

Stephen King nació en Maine (EE.UU.) en 1947. Estudió en la universidad de su estado natal y después trabajó como profesor de literatura inglesa. Su primer éxito literario fue *Carrie* (1973), que, como muchas de sus novelas posteriores, fue adaptada al cine. A partir de entonces, la ascensión de Stephen King en las listas de *best sellers* fue meteórica. Maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, ha publicado más de treinta libros. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem 's Lot*, *El resplandor*, *La zona muerta*, *Ojos de juego*, *It*, *Maleficio* y *La milla verde*, además de los recientes *El cazador de sueños*, *Buick 8* y *Todo es eventual*.

Biblioteca

# STEPHEN KING

## La tormenta del siglo

Traducción de Patricia Antón

DEBOLSILLO

Título original: *Storm of the Century*

Ilustración de la portada: Imagen cedida por cortesía de ABC

Cuarta edición en este formato: septiembre, 2004

© 1999, Stephen King © de la traducción: Patricia Antón © 2000, Random House Mondadori, S. A. Travessera de Gracia, 4749. 08021 Barcelona

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain Impreso en España

ISBN: 8497593839 (vol. 102/25) Depósito legal: B. 40.282 2004

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso en CayfosaQuebecor, Ctra. de Caldas, km. 3 Santa Perpetua de Mogoda (Barcelona)

P 8 9 3 8 3 9

En la mayoría de casos —digamos que en tres o cuatro de cada cinco— sé dónde estaba cuando tuve la idea de una historia determinada, qué combinación de sucesos (habitualmente triviales) la pusieron en marcha. *It*, por ejemplo, se gestó cuando cruzaba un puente de madera, escuchando el sonido hueco de los tacones de mis botas, y pensaba en una canción infantil. En el caso de *Cujo* fue a raíz de un encuentro real con un san bernardo con muy malas pulgas. *Cementerio de animales* surgió de la pena que sintió mi hija cuando su adorado garito, *Church*, fue atropellado en la carretera cercana a nuestra casa.

Hay ocasiones, sin embargo, en que simplemente no puedo recordar cómo llegué a una novela o historia en particular. En esos casos el germen del relato, más que una idea, parece una imagen, una instantánea mental tan potente que acaba por actuar de reclamo de personajes e incidentes del modo en que ciertos silbatos ultrasónicos actúan supuestamente de reclamo de todos los perros del vecindario. Tales son, al menos para mí, los relatos de suspense verdaderamente creativos: historias que no tienen antecedentes reales, que se forjan por sí mismas. *El pasillo de la muerte* empezaba con la imagen de un enorme hombre negro que, de pie en su celda, observaba acercarse a un ordenanza que vendía golosinas y cigarrillos de un viejo carrito metálico con una rueda chirriante. *La tormenta del siglo* también empezó con una imagen carcelaria: la de un hombre (esta vez blanco) sentado en el catre de su celda con las piernas separadas y los brazos apoyados sobre las rodillas, y cuyos ojos no parpadeaban en absoluto. No se trataba de un hombre de naturaleza noble o bondadosa, como resultó al final John Coffey en *El pasillo de la muerte*; éste era un hombre en extremo malévolos. Quizá ni siquiera fuera un hombre. Cada vez que mi mente volvía a él, mientras conducía, mientras me hallaba sentado en la consulta del optometrista esperando a que se me dilataran las pupilas, o, lo peor de todo, cuando estaba tendido en la cama en plena noche con las luces apagadas, parecía un poco más terrorífico. Estaba simplemente allí sentado en la litera y sin moverse, pero se me antojaba un poco más terrorífico. Un poco menos parecido a un hombre y un poco más parecido a... bueno, a lo que abrigaba en su interior.

Gradualmente, el relato empezó a deshilvanarse desde aquel hombre... o de lo que quiera que fuese. El hombre estaba sentado en un catre. El catre se hallaba en una celda. La celda estaba situada en la parte trasera del supermercado de la isla de Little Tall, a la que a veces considero «la isla de Dolores Claiborne». ¿Por qué en la parte trasera de un supermercado? Pues porque una comunidad tan reducida como la de Little Tall no precisaría una comisaría de policía, sino tan sólo de un agente que trabajara a media jornada y se ocupara de los ocasionales asuntos desagradables: un borracho escandaloso, digamos, o un pescador con malas pulgas que de cuando en cuando le pusiera la mano encima a su mujer. Y ¿quién sería ese agente de policía? Bueno, pues Mike Anderson, por supuesto, dueño y encargado del supermercado Anderson. Un tipo lo bastante agradable, y que maneja bien a los borrachos y a los pescadores con mal genio... pero supongamos que debiera enfrentarse a algo verdaderamente malévolos. Algo tan malévolos, tal vez, como el demonio maligno que invadió a Reagan en *El exorcista*. Algo que permaneciera simplemente allí sentado en la celda de soldadura casera de Mike Anderson, observando, esperando... ¿Esperando qué?

Bueno, pues la tormenta, por supuesto. La tormenta del siglo. Una tormenta lo bastante intensa como para cortar todo contacto de la isla de Little Tall con el continente, como para dejarla enteramente a merced de sus propios recursos. La nieve es hermosa; la nieve es mortífera; la nieve constituye además un velo, como el que utiliza el mago para ocultar sus trucos de prestidigitación. Seccionado del mundo, oculto por la nieve, mi malvado en su celda (para entonces ya pensaba en él con un nombre específico, Andre Linoge) podría causar mucho daño. Y tal vez pudiera hacerlo sin siquiera abandonar aquel catre en que se sentaba con las piernas separadas y los

brazos sobre las rodillas.

Había llegado a tal punto en mis reflexiones para octubre o noviembre de 1996; un hombre malvado (o quizá un monstruo disfrazado de hombre) en una celda, una tormenta incluso mayor que aquella que paralizara por completo todo el corredor del noreste a mediados de los años setenta, una comunidad abandonada a sus propios recursos. Me intimidaba la perspectiva de crear una comunidad por entero (ya lo había hecho en dos novelas, *El misterio de Salem 's Lot* y *La tienda*, y supone un desafío extenuante), pero la posibilidad de hacerlo me tentaba. También sabía que había llegado a un punto en que debía ponerme a escribir o desperdiciaría la oportunidad. Las ideas más completas en sí —la mayoría de ellas, en otras palabras— perduran durante un período considerable de tiempo, pero un relato que surge de una sola imagen, uno cuya existencia es en su mayor parte potencial, parece un artículo mucho más preciado.

Creí que las probabilidades de que *La tormenta del siglo* se derrumbara por su propio peso eran bastante elevadas, pero, fuera como fuese, en diciembre de 1996 empecé a escribir. El impulso definitivo me lo proporcionó el hecho de comprender que si situaba el relato en la isla de Little Tall, dispondría de una buena oportunidad de decir algo interesante y provocativo sobre la mismísima naturaleza de la comunidad, pues en América no existen comunidades más unidas que las de las islas frente a la costa de Maine. A sus habitantes les unen lazos de situación, tradición, intereses y prácticas religiosas comunes y el llevar a cabo trabajos difíciles que a veces rayan en lo peligroso. Constituyen además grupos cerrados con estrechos vínculos sanguíneos; las poblaciones de la mayoría de islas están compuestas a partir de media docena de antiguas familias en las que primos y sobrinos y parientes políticos se entrelazan como en las clásicas colchas a base de retales.<sup>1</sup>

1. En el este de Maine, los equipos de baloncesto juegan un torneo de final de temporada en el Auditorio de Bangor, y la vida de las gentes de la región llega a detenerse casi por completo cuando escuchan las emisiones de radio al respecto. Hubo un año en que el equipo de chicas de JonesportBeals participaba en el torneo de clase D (entre escuelas de pueblos) y los locutores de radio se refirieron a las cinco integrantes del mismo por sus nombres de pila. Se vieron obligados a hacerlo así, pues todas las chicas eran o hermanas o primas de alguna de las otras. Todas llevaban el apellido Beals.

Si es usted un turista (o un veraneante), le tratarán con amabilidad, pero no espere llegar a indagar en sus vidas. Puede usted acudir a su chalet con vistas al estrecho durante sesenta años y seguirá siendo un forastero. Porque la vida en una isla es diferente. Escribo sobre pueblos porque soy un chico de pueblo (aunque no un isleño, me apresuro a añadir; cuando escribo sobre Little Tall lo hago como forastero), y la mayoría de mis relatos sobre pueblos —los de Jerusalem's Lot, Castle Rock o Little Tall— están en deuda con Mark Twain (*El hombre que corrompió a Hadleyburg*) y Nathaniel Hawthorne (*Young Goodman Brown*). Y aun así todos ellos, o eso me parece, se centran en cierta premisa que no se ha analizado: la de que la invasión de algo malévolo siempre debe hacer añicos la comunidad, separando a sus integrantes y tornándolos enemigos. Pero tal ha sido mi experiencia más como lector que como miembro de una comunidad; en calidad de esto último he visto a los habitantes de los pueblos cooperar codo con codo cada vez que acaecía algún desastre.<sup>2</sup>

2. En la tormenta de hielo de enero de 1998, por ejemplo, cuando algunas poblaciones se quedaron sin electricidad durante dos semanas o más.

Pero todavía cabe plantearse la cuestión de si el resultado de esa cooperación es siempre el bien común. ¿Acaso la idea de «comunidad» resulta siempre enternecedora, o en ocasiones nos hiela la

sangre? Fue en ese punto que imaginé a la esposa de Mike Anderson abrazándole mientras al mismo tiempo le musitaba al oído: «Haz que sufra [Linoge] un accidente.» ¡Vaya escalofrío me produjo eso! Y supe entonces que al menos tendría que intentar escribir la historia.

La cuestión de la forma aún estaba por resolver. Ésta no me preocupa, nunca; no más de lo que me preocupa la cuestión de la voz. La voz de un relato (habitualmente la tercera persona y en ocasiones la primera) siempre viene incluida en el paquete. Y lo mismo sucede con la forma que asumirá una idea. Me siento más cómodo escribiendo novelas, pero también escribo relatos breves, guiones y algún poema ocasional. La idea siempre dicta la forma. Uno no puede hacer que una novela se convierta en un relato breve, que un relato breve se convierta en un poema, como tampoco puede uno impedir que un relato breve cambie de opinión y decida convertirse en novela (a menos que quiera cargárselo, claro).

Asumí que si escribía *La tormenta del siglo* sería una novela. Y aun así cuando me dispuse a enfrascarme en ella, la idea no cesaba de insistir en que se trataba de una película. Cada imagen del relato se me antojaba más una imagen cinematográfica que la imagen de un libro: los guantes amarillos del asesino, la pelota de baloncesto manchada de sangre de Davey Hopewell, los niños que volaban con el señor Linoge, Molly Anderson susurrándole al oído a su marido «Haz que sufra un accidente» y, por encima de todo, Linoge en su celda con los pies sobre el catre y las manos pendiendo lánguidas, orquestándolo todo.

Sería demasiado extenso para una película de cine, pero creí haber dado con una solución alternativa. A lo largo de los años había llegado a mantener una estupenda relación laboral con la cadena de televisión ABC, pues les había proporcionado material (y en ocasiones obras televisivas) para media docena de miniseries que habían obtenido índices de audiencia bastante buenos. Me puse en contacto con Mark Carliner (quien produjera la nueva versión de *El resplandor*) y Maura Dunbar (quien ha sido mi contacto creativo en ABC desde principios de los noventa). Les pregunté si a alguno de ellos les interesaría una novela verdadera y exclusivamente para la televisión, una que fuera creada como tal en lugar de basarse en una novela preexistente.

Ambos contestaron que sí sin apenas pensárselo y, cuando acabé los tres guiones de dos horas que siguen, el proyecto pasó a la fase previa a la producción y luego a la de la filmación sin titubeos creativos o quebra

deros de cabeza ejecutivos. Está de moda ensañarse con la televisión cuando uno es un intelectual (y, por el amor de Dios, jamás admita que ve usted *Frasier*, y no digamos ya *Jerry Springer*), pero yo he escrito tanto para la televisión como para el cine, y estoy de acuerdo con el dicho de que, en Hollywood, la gente de televisión quiere hacer programas y la gente de cine lo que quiere es reservar mesa para comer. Que conste que no se trata de un asunto de quiero y no puedo; por lo general me ha ido bastante bien con las películas (ignoremos simplemente filmes como *Turno de noche* y *Miedo azul*). Pero en la televisión a uno le dejan trabajar... y si además uno tiene un historial de ciertos éxitos con los dramas de varios episodios, también le dejan explayarse un poco. Y a mí me gusta explayarme. Es algo estupendo. ABC asignó treinta y tres millones de dólares al proyecto sobre la base de la primera versión de tres guiones, que nunca sufrirían cambios significativos. Eso también fue algo estupendo.

Escribí *La tormenta del siglo* exactamente del mismo modo que si se tratara de una novela, sin más notas paralelas que una lista de personajes, fijándome un horario de tres o cuatro horas al día para trabajar, arrastrando mi Mac portátil a habitaciones de hotel cuando mi esposa y yo salíamos en nuestras regulares expediciones para ver los partidos del equipo de baloncesto

femenino de Maine en lugares como Boston, Nueva York y Filadelfia. La única diferencia real es que utilizaba un programa Final Draft para escribir guiones en lugar del Word 6 con que escribo la prosa habitual (y de cuando en cuando el maldito programa se colapsaba y la pantalla quedaba congelada; gracias a Dios que la nueva versión de Final Draft cuenta con antivirus). Y yo argumentaría que lo que sigue (y lo que usted verá en la pantalla de su televisor si contempla *La tormenta del siglo*) no es en realidad un «drama televisivo» o una «miniserie». Se trata de una novela genuina, una novela que existe en un medio diferente.

La tarea no estuvo exenta de problemas. El principal inconveniente a la hora de trabajar para las cadenas de televisión es la cuestión de la censura (ABC es la única cadena importante que de hecho aún conserva una sección de censura; se dedica a leer guiones y a decirle a uno lo que bajo ningún concepto puede mostrar en las salas de estar de América). Ya había tenido que vérmelas con el asunto durante las producciones de *Apocalipsis* (la población mundial muere asfixiada por sus propias mucosas) y *El resplandor* (un joven escritor, de talento pero claramente perturbado, casi mata a su esposa a golpes con un mazo de croquet y luego trata de aporrear a su hijo con el mismo instrumento) y había resultado la parte más ardua del proceso, el equivalente creativo de los vendajes de pies de las chinas.

Felizmente a mi entender (es probable que los autodenominados guardianes de la moralidad estadounidense estén mucho menos contentos al respecto), las cadenas de televisión han ampliado de forma considerable su espectro de aceptabilidad desde aquellos días en que a los productores de *El show de Dick Van Dyke* se les prohibió mostrar una cama de matrimonio en el dormitorio principal (Dios santo, ¿y si la juventud estadounidense se permitía imaginar a Dick y Mary tendidos en el lecho con las piernas rozándose?). En los últimos diez años los cambios han sido incluso más radicales. La causa ha sido en cierta medida la respuesta a la revolución de la televisión por cable, pero también constituye en gran parte el resultado del desgaste de los telespectadores en general, y en particular en el codiciado grupo de edad entre los dieciocho y los veinticinco años.

Han llegado a preguntarme por qué me preocupaba por las cadenas de televisión cuando existen emisiones por cable como las de Home Box Office y Showtime, en las que la censura es insignificante. Existen dos motivos. El primero es que, por mucho revuelo que hayan causado en la crítica programas originales para cable como *Oz* y *The real world*, la audiencia potencial de televisión por cable es todavía bastante reducida. Realizar una miniserie para la HBO sería como publicar una novela importante en una editorial de segunda fila. No tengo nada contra las editoriales de segunda fila o la televisión por cable, pero si trabajo duro durante un largo período de tiempo prefiero tratar de acceder a una audiencia lo más amplia posible. Tal vez una parte de esa audiencia elija cambiar de canal los jueves por la noche para ver *Urgencias*, pero se trata de un riesgo que uno debe asumir. Si hago las cosas como es debido y la gente quiere seguir el curso de los acontecimientos, grabarán *Urgencias* y me serán fieles. «Lo más interesante viene cuando tienes alguna clase de competencia», solía decir mi madre.

La segunda razón de que insista en trabajar con una cadena importante es que tampoco le va mal a uno que le venden un poquito los pies. Cuando uno sabe que su relato va a ser sometido a la atentas miradas de unas personas en busca de tipos muertos con los ojos abiertos (mal visto en las cadenas televisivas), de niños que pronuncian palabras soeces (tampoco se aprueba), o grandes cantidades de sangre derramada (absolutamente vetado), uno empieza a pensar en métodos alternativos de hacer llegar el mensaje. En los géneros de horror y suspense, la pereza se traduce casi siempre en alguna clase de tosco elemento gráfico: un ojo fuera de su cuenca, una garganta cercenada, un zombi putrefacto. Cuando el censor televisivo elimina tales recursos fáciles para el horror se hace necesario pensar en otras rutas para alcanzar el mismo objetivo. El guionista se vuelve entonces

subversivo, y en ocasiones se vuelve elegante, como a menudo resultan elegantes las películas de Val (*Cat people*) Lewton.

Lo anterior suena probablemente a justificación, pero no lo es. Después de todo, yo soy ese tipo que en cierta ocasión dijo que pretendía aterrorizar a la audiencia, pero que la horrorizaría si no conseguía llegar a producirle terror... y que si no lograba inducirla al horror entonces la haría sentir asco. Qué demonios; lo cierto es que no me siento orgulloso de ello. Las cadenas de televisión han llegado a arrebatarle, por así decirlo, ese último recurso.

En *La tormenta del siglo* existen varios momentos viscerales —las escenas de Lloyd Wishman con el hacha y la de Peter Godsoe con la soga constituyen dos ejemplos— pero tuvimos que luchar por cada uno de ellos, y algunos (por ejemplo cuando Pippa, la niña de cinco años, araña el rostro de su madre y exclama «¡Suéltame, puta!») todavía se hallan sometidos a denodada discusión. Actualmente no soy lo que se dice la persona más popular entre los organismos responsables de la censura; no paro de llamar a la gente para quejarme y amenazarles con decírselo a mi hermano mayor si no dejan de fastidiarme (en este caso, el papel del hermano mayor lo interpreta frecuentemente Bob Iger, el mandamás de ABC). Opino que está bien que mi relación con los censores se establezca a ese nivel; llevarme de maravilla con ellos me haría sentir como Tokyo Rose. Si quiere usted saber quién resulta ganador en la mayoría de batallas, compare el guión televisivo original (que es el que publico aquí) con el programa definitivo de televisión (que en la fase de edición es como lo he escrito aquí).

Y, por favor, recuerde que no todos los cambios que tienen lugar entre el guión original y el programa definitivo se realizan para satisfacer a los chicos de la censura. Con ellos uno puede discutir; el tiempo de emisión televisiva está más allá de cualquier discusión. Cada segmento definitivo debe tener una duración de noventa y un minutos, segundo más segundo menos, y dividirse en siete «actos», con vistas a permitir la emisión de todos esos anuncios maravillosos que pagan las facturas. Existen ciertos trucos que le permiten a uno conseguir un poco de tiempo extra —uno de ellos lo constituye un método de compresión electrónica que no entiendo—, pero la mayoría de las veces uno va simplemente tallando su vara hasta que encaje en el agujero. Se trata de una tarea pesada, pero que no llega a lo insoportable; no es peor, digamos, que tener que llevar un uniforme a la escuela o una corbata al trabajo.

Mi lucha contra las normas arbitrarias de las cadenas televisivas fue a menudo pesada y en ocasiones desalentadora en los casos de *Apocalipsis* y *El resplandor* (y no quiero ni pensar por lo que tendrán que haber pasado los productores de *It*, pues una de las estrictas normas de la censura televisiva es que los relatos no deben partir de la premisa de que los niños corran peligro mortal, no digamos ya de que mueran), pero ambos programas se basaban en novelas que fueron escritas sin la menor consideración a las normas de decoro de las cadenas televisivas. Y, por supuesto, es así como deben escribirse las novelas. Cuando la gente me pregunta si escribo libros con las películas en mente, siempre me siento levemente irritado... incluso insultado. No es exactamente como preguntarle a una chica: «¿Lo haces alguna vez por dinero?», aunque solía creerlo así; es la suposición de que se trata de algo premeditado lo que resulta desagradable. Esa forma de pensar en términos de balance contable no tiene cabida en la escritura de un relato. Escribir un relato radica precisamente en eso. Los negocios y los balances vienen después, y es mejor dejárselos a gente que entienda cómo funcionan.

Ésa fue la actitud que adopté mientras trabajaba en *La tormenta del siglo*. La escribí como un guión de televisión porque era así que la historia *quería* ser escrita... pero sin la certeza de que fuera a emitirse alguna vez por televisión. En diciembre de 1996 sabía lo bastante sobre la filmación de una película como para ser consciente de que incluiría en el guión una verdadera pesadilla en lo que se refería a los efectos especiales: una tormenta de nieve más intensa que

cualquiera que se hubiera tratado previamente de producir en televisión. Estaba creando además un enorme elenco de personajes; es sólo una vez que ha concluido la escritura y ha dado comienzo el proceso real del programa televisivo que los personajes del escritor se convierten en los papeles del director de reparto. Seguí igualmente adelante con el guión, pues uno no está para presupuestos cuando escribe el libro. El presupuesto es asunto de algún otro. Además, si el guión es lo bastante bueno encuentra el modo de salvar todos los escollos.

Siempre sucede así.<sup>1</sup>

1. Y qué demonios, me dije; si *La tormenta del siglo* nunca llega a realizarse porque el presupuesto resulta exorbitante, siempre puedo convertirla en un libro. La idea de novelar mi propio guión sin producir me pareció bastante divertida.

Y como *La tormenta del siglo* se había concebido como una miniserie para la televisión me pareció que bien podía hacer entrega del original sin recortes. Creo que se trata del relato más terrorífico que jamás he escrito para una película, y en la mayoría de casos he sido capaz de forjar las escenas de miedo sin permitir que los chicos de la censura tuvieran motivos para increparme demasiado.<sup>2</sup>

2. Al final se vieron limitados a increparme por detalles bien insignificantes. En la primera parte, por ejemplo, un pescador comenta que el mal tiempo que se avecina va a suponer «la madre de todas las tormentas». Los censores insistieron en que cambiara la frase, tal vez porque creyeron que era mi modo indirecto de decir «una tormenta de puta madre», con lo que contribuiría a corromper la moral estadounidense, a provocar más tiroteos en los patios de las escuelas, etc. Planteé de inmediato una de mis quejas, señalando que la expresión «la madre de todas...» había sido utilizada originalmente por Saddam Hussein y era desde entonces de uso popular. Tras cierta consideración, los chicos de la censura permitieron la frase, aunque insistieron en que «el diálogo no se llevara a cabo con actitud obscena». Por supuesto que no. Los diálogos obscenos están reservados en las cadenas de televisión para programas como *3rd Rock from the sun* y *Dharma y Greg*.

He trabajado en tres ocasiones con el director Mick Garris, primero en el filme *Sonámbulos*, y después en las miniseries de *Apocalipsis* y *El resplandor*. A veces bromeo sobre que corremos el peligro de convertirnos en el Billy Wilder y el I. A. L. Diamond del género de terror. Él supuso mi primera elección para dirigir *La tormenta del siglo*, porque me gusta, le respeto y sé lo que es capaz de hacer. Sin embargo, Mick tenía otras cosas entre manos en ese momento (el mundo sería mucho más sencillo si la gente lo dejara todo y viniera corriendo cuando la necesito), de modo que Mark Carliner y yo nos dedicamos a la caza de otro director.

Por esas fechas yo había dado con una película realizada específicamente para vídeo llamada *The Twilight Man* en el videoclub cercano a mi casa. Nunca había oído hablar de ella, pero parecía contar con fenómenos atmosféricos y estaba protagonizada por el siempre fiable Dean Stockwell. En otras palabras, se me antojó el entretenimiento perfecto para una noche de martes. Alquilé también *Rambo*, un recurso seguro en caso de que *The Twilight Man* resultara una porquería, pero *Rambo* no llegó a salir de su caja aquella noche. *The Twilight Man* era una película de bajo presupuesto (más tarde descubrí que se trataba de un original realizado para la cadena Starz de televisión por cable), pero eso no impedía que fuera más ingeniosa que el demonio. Tim Matheson tenía también un papel principal y proyectaba algunas de las cualidades que yo confiaba reflejar en el Mike Anderson de *La tormenta del siglo*: bondad y decencia, sí... pero con cierta sensación de violencia latente que se ceñía al personaje cual veta de acero. Y aún mejor, Dean Stockwell representaba el papel de un estafalario villano, un sureño de voz melodiosa y finos modales que se vale de su habilidad con los ordenadores para arruinar la vida de un extraño... ¡sólo porque ese extraño le ha pedido que apague su puro!

La iluminación era gris y deprimente, los efectos informáticos estaban sabiamente ejecutados, el ritmo se mantenía con destreza y el nivel de interpretación era muy bueno. Rebobiné los



créditos y tomé nota del nombre del director, Craig R. Baxley. Le conocía de otras dos realizaciones: una buena película para televisión por cable sobre Brigham Young y protagonizada por Charlton Heston, y otra no tan buena de ciencia ficción, / *Come in Peace*, interpretada por Dolph Lundgren. (Lo más destacable de esa película era la frase final que el protagonista dirige al *cyborg*, que tiene doble sentido: se trata a la vez de una despedida y un recordatorio de su condición no humana.)

Hablé con Mark Carliner, quien vio *The Twilight Man*, decidió que le gustaba, y descubrió que Baxley estaba disponible. Llamé por mi cuenta a Craig y le envié el guión de trescientas páginas de *La tormenta del siglo*. Craig me devolvió la llamada, excitado y desbordante de ideas. A mí me gustaron tanto sus ideas como su entusiasmo; y lo que más me gustó fue que la magnitud del proyecto no parecía perturbarle. Nos reunimos los tres en Portland, Maine, en febrero de 1997, cenamos en el restaurante de mi hija y dimos el acuerdo prácticamente por cerrado.

Craig Baxley es un hombre alto, de hombros anchos, atractivo, aficionado a las camisas hawaianas y probablemente unos cuantos años mayor de lo que aparenta (a primera vista uno diría que ronda los cuarenta, pero su primera obra dramática fue *Action Jackson*, protagonizada por Cari Weathers, de modo que tiene que ser mayor). Esgrime esa actitud despreocupada, de «no pasa nada, hombre», de un surfista californiano (en efecto lo fue; también trabajó de especialista en Hollywood) y un sentido del humor más mordaz que el de una película de Errol Flynn sobre la legión extranjera. Esa actitud simplista y ese humor de «venga ya, que te estoy tomando el pelo» tienden a oscurecer al Craig Baxley real, quien muestra concentración y dedicación y es imaginativo y una pizca autócrata (muéstreme usted a un director sin al menos un toque de Stalin y yo le mostraré a un mal director). Lo que más me impresionó del rodaje cotidiano cuando *La tormenta del siglo* dio comienzo su larga marcha en febrero de 1998 fueron las ocasiones en que Craig exclamaba: «¡Corten!» Al principio resulta inquietante, pero entonces uno se percata de que está haciendo lo que sólo los directores más dotados visualmente hablando son capaces de hacer: interrumpir a la cámara. A la par que escribo esto he empezado a ver los primeros «chutes» — secuencias de tomas filmadas en vídeo— y, gracias a la dirección de Craig, la serie parece estar empezando a ensamblarse. Es arriesgado asumir demasiadas cosas demasiado pronto (recordemos el viejo titular de diario «Dewey derrota a Truman»), pero, basándome en esos datos tempranos, me atrevo a decir que lo que va usted a leer guarda una misteriosa semejanza con lo que verá cuando la cadena ABC emita la serie *La tormenta del siglo*. Aún tengo los dedos cruzados, pero creo que la cosa funciona. Creo que incluso puede llegar a ser extraordinaria. Eso espero, aunque más vale ser realista. Se precisa una enorme cantidad de trabajo para la realización de la mayoría de películas, incluidas las que están producidas exclusivamente para televisión, y muy pocas de ellas resultan extraordinarias; dada la cantidad de gente implicada, supongo que es sorprendente que alguna llegue siquiera a funcionar bien. Aun así, no puede usted condenarme por sentirme esperanzado, ¿no?

El guión para televisión de *La tormenta del siglo* fue escrito entre diciembre de 1996 y febrero de 1997. En marzo de 1997, Mark, Craig y yo ya estábamos cenando en el restaurante de mi hija Naomi (por cierto que ahora está cerrado; Naomi está estudiando para ser pastor protestante). Para junio ya examinaba bosquejos del bastón con empuñadura de cabeza de lobo de Andre Linoge, y para julio ya tenía entre manos el plan de rodaje. ¿Ven a qué me refería con eso de que la gente de televisión lo que desea es hacer programas y no reservar mesa para comer?

Los exteriores se filmaron en el suroeste de Harbor, Maine, y en San Francisco. También se rodaron algunos exteriores en Canadá, a unos treinta kilómetros al norte de Toronto, donde se recreó la calle principal de la isla de Little Tall en el interior de una fábrica azucarera abandonada. Durante un par de meses esa fábrica en la población de Oshawa se convertiría en uno de los mayores

escenarios sonoros del mundo. El estudio de la calle principal de Little Tall atravesó por tres etapas cuidadosamente diseñadas de recubrimiento de nieve, desde unos pocos centímetros al entierro total.<sup>1</sup>

1. La nieve consistía en copos de patata y briznas de plástico frente a ventiladores gigantescos. El efecto no es perfecto... pero es el mejor que he visto jamás en mi experiencia en el negocio del cine. Maldición, el efecto tiene que ser bueno; el coste total de la nieve fue de dos millones de dólares.

Cuando un grupo de nativos del suroeste de Harbor acudió en autobús a visitar el escenario de Oshawa, quedaron visiblemente estupefactos al ser escoltados a través de las enormes puertas metálicas de la fábrica en desuso. Debe de haber sido como volver a casa en un abrir y cerrar de ojos. Hay días en que hacer una película tiene el mismo encanto que ensamblar las atracciones de una feria de pueblo; pero hay otros en que la magia alcanza tal riqueza que le deja a uno deslumbrado. El día en que la gente de Harbor visitó las instalaciones fue uno de esos últimos.

La filmación se inició a finales de febrero de 1998, en un día de nieve en Down East Maine. Terminó en San Francisco, unas ochenta jornadas de rodaje más tarde. Al tiempo que escribo esto a mediados de julio, el proceso de montaje y edición —lo que se conoce como posproducción— acaba de dar comienzo. Los efectos ópticos y de imágenes gráficas por ordenador están llevándose a cabo uno por uno. Estoy revisando las secuencias de tomas con bandas sonoras provisionales (muchas de ellas extraídas de la película de Frank Darabont *Cadena perpetua*), al igual que lo hace el compositor Gary Chang, quien se ocupará de hecho de la música de la serie. Mark Carliner se halla en plena justa con la ABC sobre la fecha de emisión —febrero de 1999, un período de gran audiencia, parece la más probable— y yo contemplo las tomas con una satisfacción que en mí resulta muy extraña.

El guión que sigue constituye un relato completo al que se han superpuesto ciertas indicaciones, que llamamos «escenas» y «fundidos» e «inserciones», para mostrar al director cómo ir dividiendo en partes el conjunto; porque, a menos que uno sea Alfred Hitchcock rodando *La soga*, las películas siempre se realizan por partes. Entre los meses de marzo y junio de 1998, Craig Baxley rodó el guión como suelen rodarse los guiones: sin seguir el orden de las secuencias, a menudo con actores cansados trabajando en plena noche, siempre sometido a gran presión... y acabó por obtener una serie de partes que se conocen como «los preliminares». Puedo volverme desde donde estoy sentado y contemplar mis propios ejemplares de esas tomas preliminares, aproximadamente unas sesenta cintas con fundas de cartón rojo. Pero he aquí lo extraño del asunto: volver a ensamblar esas tomas preliminares para crear la serie definitiva a emitirse no es como hacer de nuevo un rompecabezas. Debería ser así, pero no lo es... porque, al igual que la mayoría de libros, la mayoría de películas son seres vivos dotados de aliento y latidos cardíacos. Lo habitual es que el resultado del ensamblaje sea algo menor que la suma de las partes. En rarísimos y maravillosos casos el resultado es mayor. En esta ocasión tal vez sea mayor. Confío en que así sea.

Una última cuestión: ¿qué pasa con esa gente que dice que las películas (en especial las de televisión) son un medio menor con respecto a los libros y tan de usar y tirar como un pañuelo de papel? Bueno, digamos que eso ya no es exactamente cierto, ¿no es así? El guión, gracias a esos buenos chicos de Pocket Books, estará ahí cada vez que usted quiera echarle un vistazo. Y supongo que la serie en sí misma estará disponible en videocasete o videodisco, al igual que muchos libros editados en cartón acaban por estar disponibles en rústica. Podrá usted compararla o alquilarla cuando lo desee (y si así lo desea). Y, como en un libro, podrá volver a echarle un vistazo para comprobar cosas que tal vez se perdiera o saborear de nuevo algo de lo que disfrutó en particular; utilizará el botón de rebobinado en su mando a distancia en lugar del dedo, eso es todo. (Y si es usted una de esas personas repugnantes que tienen que echarle una miradita al final, supongo que siempre puede utilizar la tecla de avance rápido o la de búsqueda... aunque debo

decirle que bien puede irse usted al cuerno si hace tal cosa.)

No voy a argumentar, ni a favor ni en contra, que una novela para televisión es equivalente a una novela en libro; tan sólo diré que, una vez que uno elimina las distracciones (anuncios de Tampax o de vehículos Ford, avances informativos locales, etcétera), soy de la opinión de que es posible que así sea. Y quisiera recordarle que el hombre a quien la mayoría de estudiosos de la literatura considera el más insigne escritor anglosajón trabajaba en un medio oral y visual, y no (al menos no principalmente) en el medio de la letra impresa. No estoy tratando de compararme con Shakespeare —pecaría de estafalario—, pero creo enteramente posible que escribiera para el cine o la televisión así como para Broadway si estuviera vivo hoy en día. Incluso es posible que llamara a los chicos de la censura de ABC para tratar de convencerles de que la violencia en el Acto V de *Julio César* resulta necesaria... por no mencionar que está tratada con gran delicadeza.

Además de a los chicos de Pocket Books, que se comprometieron a publicar este proyecto, quisiera agradecerle a Chuck Verrill el haber ejercido de agente en el trato y servido de contacto entre Pocket Books y la cadena ABC. En ABC me gustaría darle las gracias a Bob Iger por haber tenido tan increíble confianza en mí; también a Maura Dunbar, Judd Parkin y Mark Pedowitz. Y a los chicos del departamento de censura, que en realidad no son tan malos (de hecho creo que sería justo decir que en este caso la suya ha supuesto la «madre» de todas las colaboraciones).

Craig Baxley merece todo mi agradecimiento por haber asumido uno de los proyectos cinematográficos de mayores dimensiones que se hayan intentado emitir jamás por televisión; también lo merecen Mark Carliner y Tom Brodek, quienes se las arreglaron para ensamblar todas las piezas. Mark, quien acaba de obtener práctica mente todos los premios televisivos que existen por *Wallace*, es un tipo estupendo que tener de colega. Así mismo quisiera darle las gracias a mi esposa, Tabby, quien me ha ofrecido tanto apoyo a lo largo de los años. Como escritora que es comprende bastante bien todas mis insensateces.

STEPHEN KING  
*Bangor, Maine, 18 de julio de 1998*

## PRIMERA PARTE

### LINOGE

### CAPITULO I

FUNDIDO

1

*Exterior. Main Street, isla de Little Tall. Ultima hora de la tarde.*

Los copos de nieve caen ante el objetivo de la cámara, con tanta rapidez e intensidad que al principio no conseguimos ver nada. Se oye el ulular del viento. La cámara empieza a moverse hacia adelante y vemos una parpadeante luz naranja. Se trata del semáforo intermitente de la esquina de Main Street y Atlantic Street, la única intersección de calles del pueblo de Little Tall. El semáforo se mece a merced del viento. Ambas calles están desiertas. Cómo no iban a estarlo en medio de una ventisca de nieve de tal crudeza. Vemos algunas luces tenues en las casas, pero a ningún ser humano. La nieve se arremolina hasta media altura de los escaparates de las tiendas.

MIKE ANDERSON (*voz en off y con ligero acento de Maine*): Me llamo Mike Anderson y no soy lo que se dice un erudito. No sé gran cosa de filosofía, pero hay algo que sí sé muy bien: uno tiene que pagar para vivir en este mundo. Normalmente mucho. En ocasiones todo lo que tiene. Ésa es una lección que creí haber aprendido hace nueve años, durante lo que la gente de estos lugares conoce como «la tormenta del siglo».

La luz del semáforo se extingue. También lo hacen todas las valientes lucecillas que veíamos a través de la tormenta. Ahora sólo quedan el viento y la nieve que se arremolina.

MIKE: Pero me equivocaba; aquella ventisca no supuso más que el principio de mi aprendizaje. Un aprendizaje que no concluyó hasta la semana pasada.

FUNDIDO

2

*Exterior. Vista aérea de los bosques de Maine (desde helicóptero). Día.*

Es la época más fría del año; todos los árboles a excepción de los abetos están desnudos y sus ramas se alzan hacia lo alto cual dedos en el cielo blanquecino. El suelo está cubierto de nieve pero sólo a trozos que semejan montones de sábanas sucias. El terreno se desliza veloz bajo nosotros y los bosques sólo se ven interrumpidos por la ocasional línea tortuosa de una carretera comarcal o un clásico pueblecito de Nueva Inglaterra.

MIKE (*voz en off*): Me crié en Maine... pero, en cierto sentido, nunca he vivido allí en realidad. Creo que cualquiera de este confin del mundo diría lo mismo.

De pronto llegamos a la costa, al final de la tierra firme, y lo que Mike está diciendo cobra cierto sentido. Los bosques han desaparecido súbitamente; por un fugaz instante vemos las olas azul grisáceo que rompen espumosas contra las rocas... y entonces no hay más que agua debajo de nosotros.

3

*Exterior. Isla de Little Tall (desde helicóptero). Día.*

En los muelles tiene lugar una bulliciosa actividad a medida que las barcas de pesca de langosta van siendo amarradas o guardadas en los cobertizos. Las embarcaciones más pequeñas se sacan del agua a través de la pasarela del pueblo. La gente se las lleva sujetas a sus vehículos todoterreno. En el muelle, varios niños y muchachos transportan las nasas langosteras hasta un edificio alargado y azotado por los elementos que esgrime el letrero PESCADO Y LANGOSTAS GODSOE en un costado. Se oyen risas y charlas excitadas; unas botellas de algo caliente van pasando de mano en mano. La tormenta se avecina. Siempre resulta excitante que se avecine una tormenta. Cerca del almacén de Godsoe se halla un pequeño y cuidado cuartel de bomberos apenas lo bastante espacioso para albergar dos camiones bomba. Lloyd Wishman y Ferd Andrews están lavando uno de ellos en el exterior del establecimiento.

Atlantic Street discurre colina arriba desde los muelles hasta el centro del pueblo. En ella se alinean una serie de bonitas casas típicas de Nueva Inglaterra. Al sur de los muelles se extiende un cabo boscoso con una maltrecha escalera que desciende zigzagueante hasta el agua. Al norte, a lo largo de la playa, se hallan las casas de los ricos. A lo lejos, en el extremo norte de la isla, se ve un achaparrado faro blanco de unos quince metros de altura. La luz automatizada gira constantemente y su resplandor, aunque tenue, resulta visible a la luz del día. En la parte superior se halla una larga antena de radio.

MIKE (*continúa voz en off*): Los de Little Tall enviamos nuestros impuestos a Augusta, al igual que muchos otros, y llevamos o una langosta o un somormujo en nuestras matrículas, como muchos otros, y somos hinchas de los equipos de la Universidad de Maine, en especial del equipo femenino de baloncesto, como muchos otros...

En el barco pesquero *Evasión*, Sonny Brautigan introduce redes a través de una escotilla y luego la cierra. Cerca de él, Alex Haber está amarrando el *Evasión* con gruesos cabos.

JOHNNY HARRIMAN (*voz en off*): Será mejor que pongas doble amarra, Sonny... el hombre del tiempo dice que ya viene.

Aparece Johnny rodeando la cabina de mando y mirando al cielo. Sonny se vuelve hacia él.  
SONNY BRAUTIGAN: Las he visto venir todos los inviernos, Big John. Vienen aullando y se van aullando. Julio siempre llega.

Sonny comprueba la escotilla y apoya un pie sobre la baranda, observando a Alex finalizar su tarea. Detrás de ellos, Lucien Fournier se une a Johnny. Lucien se dirige al aljibe, lo abre y escudriña en su interior al tiempo que Alex comenta:

ALEX HABER: Aun así... dicen que ésta va a ser algo especial.

Lucien extrae una langosta y la sostiene en alto.

LUCIEN FOURNIER: Ya puedes irte olvidando de ésta, Sonny.

SONNY BRAUTIGAN: Siempre da buena suerte que una vaya a parar a la olla.

LUCIEN FOURNIER (*dirigiéndose a la langosta*): Se acerca la tormenta del siglo, *monfrère*... al menos eso dice la radio, (*golpea el cascarón del animal con los nudillos*) Menos mal que llevas puesto el abrigo, ¿eh?

Vuelve a arrojar la langosta en el aljibe con un sonoro chapoteo. Los cuatro hombres abandonan el barco y la cámara les sigue.

MIKE (*continúa su relato voz en off*): Pero no somos iguales que los demás. La vida en una isla es muy distinta. Unimos nuestras fuerzas cuando tenemos que hacerlo.  
Sonny, Johnny, Alex y Lucien recorren ahora la rampa del embarcadero llevando sus aparejos de pesca.

SONNY BRAUTIGAN: Saldremos de ésta.

JOHNNY HARRIMAN: Aja, como siempre.

LUCIEN FOURNIER: LOS truenos y el mar enseñan a rezar.

ALEX HABER: ¿Y qué sabe de eso un franchute como tú?

Lucien finge tratar de pegarle a Alex. Todos ríen y siguen andando. Vemos entrar a Sonny, Lucien, Alex y Johnny en el almacén de Godsoe. La cámara comienza a ascender Atlantic Street hacia el semáforo que hemos visto antes. Se desliza entonces hacia la derecha para mostrarnos una parte de la zona comercial y el bullicioso tráfico en la calle.

MIKE (*prosigue voz en off*): Y sabemos guardar un secreto cuando es preciso. En aquel año de 1989 nos tocó guardar unos cuantos, (*pausa*) Y la gente que vive allí todavía los guarda.

Llegamos al supermercado de Anderson. La gente entra y sale a toda prisa. Aparecen tres mujeres: Angela Carver, la señora Kingsbury y Roberta Coign.

MIKE (*continúa voz en off*): Sé que es así.

ROBERTA COIGN: Muy bien, ya tengo comida enlatada. Que venga cuando quiera.

SEÑORA KINGSBURY: Tan sólo ruego que no nos quedemos sin electricidad. No puedo cocinar en una

estufa de leña. En ese maldito trasto se me que  
maría hasta el agua. Una gran tormenta sólo sirve para una cosa...

ANGELA: Aja, y mi Jack sabe qué es...

Las otras dos mujeres la miran con expresión de sorpresa, y entonces todas ríen por lo bajo como  
niñas antes de dirigirse a sus coches respectivos.

MIKE (*voz en off*): Mantengo el contacto con la isla.

### 3 A

*Exterior. Vista del lateral de un coche de bomberos.*

Una mano saca brillo a la reluciente superficie roja con un trapo y luego se retira. Lloyd Wishman  
contempla complacido su propio rostro.

FERD ANDREWS (*la cámara no le enfoca*): En la radio dicen que va a nevar a lo bestia.

Lloyd se vuelve y la cámara gira para mostrarnos a Fred, que se apoya contra la puerta. Con los  
dedos de ambas manos sujeta una docena de botas, que empieza a disponer por pares bajo unas  
perchas en las que están colgados impermeables y cascos.

FERD ANDREWS: Mucho me temo que se avecinan problemas...

Lloyd esboza una sonrisa hacia el joven y se vuelve para continuar sacando brillo.

LLOYD: Tranquilo, Ferd. No son más que unos copos de nieve. Los problemas nunca cruzan el  
estrecho hasta esta isla... ¿acaso no es por eso que vivimos aquí?

Ferd no está tan seguro. Se dirige hacia la puerta y contempla el cielo.

### 4

*Exterior. Nubes de tormenta que se aproximan. Día.*

La cámara mantiene el plano del cielo unos instantes para luego realizar un picado y centrarse  
en una casa blanca de estilo Nueva Inglaterra. La casa se halla más o menos en la mitad de la  
colina que recorre Atlantic Street, es decir, entre los muelles y el centro del pueblo. Una valla de  
madera rodea un jardín desolado por el invierno (pero no hay nieve, no en esa parte de la isla).  
La puerta de la valla está abierta y ofrece el sendero de cemento a cualquiera que decida  
recorrerlo desde la acera hasta los empinados peldaños del porche que llevan a la puerta  
principal. A un lado de la puerta de la cerca se halla un buzón que se ha pintado y se le han  
añadido los detalles necesarios para que parezca una divertida vaca de color rosa. En uno de sus  
costados se halla escrito el apellido CLARENDON.

MIKE (*voz en off*): La primera persona de la isla de Little Tall que vio a Andre Linoge fue Martha  
Clarendon.

Aparece en primerísimo plano la rugiente cabeza de plata de un lobo. Se trata de la empuñadura de  
un bastón.

*Exterior. Linoge visto desde atrás. Día.*

De pie en la acera, de espaldas a la cámara y ante la puerta abierta de la valla de la casa, se encuentra un hombre alto vestido con vaqueros, botas, chaquetón marinero y un gorro negro de lana embutido hasta las orejas. Lleva guantes, unos guantes de piel de un amarillo tan ofensivo como una mueca de desdén. Una de sus manos empuña el bastón, que bajo la cabeza de lobo plateada es de nogal negro. Linoge inclina la cabeza entre los hombros encorvados. Se trata de una actitud pensativa. También captamos cierta inquietud en su postura. Levanta el bastón y golpea con él un costado de la puerta. Se detiene y luego golpea el otro lado. Nos da la sensación de que se trata de algún ritual.

MIKE (*prosigue voz en off*): Él fue la última persona que Martha vio en su vida.

Linoge empieza a recorrer lentamente el camino de cemento hacia los escalones del porche balanceando el bastón. Va silbando una conocida tonadilla.

*Interior. Sala de estar de Martha Clarendon.*

Es una estancia pulcra a pesar de hallarse abarrotada; algo que sólo esa gente maniática que ha vivido toda una vida en el mismo sitio es capaz de lograr. Los muebles son viejos y bonitos, aunque no exactamente piezas de anticuario. Las paredes están atiborradas de fotos en marcadas la mayoría de las cuales se remontan a los años veinte. Hay un piano con una amarillenta partitura en el atril. Arrellanada en el sofá más cómodo de la habitación (y probablemente el único asiento cómodo) se halla Martha Clarendon, una dama de unos ochenta años. Lleva el encantador cabello blanco bien peinado y viste una pulcra bata. En la mesilla junto a ella hay una taza de té y un plato con galletas. Al otro lado tiene un andador del que emergen en sendos extremos unos asidores como de manillar de bicicleta y una bandeja. Los únicos objetos modernos en la habitación son un gran televisor en color y el aparato de conexión por cable sobre éste. Martha está viendo el canal de información meteorológica mientras sorbe el té como un pajarito. En la pantalla vemos a una guapa locutora del tiempo. Tras ella se ve un mapa con dos grandes *B* en rojo sobre sendos sistemas borrascosos. Una de ellas se halla sobre Pensilvania; la otra, exactamente sobre la costa de Nueva York. La locutora del tiempo empieza refiriéndose a la tormenta más occidental.

LOCUTORA: Ésta es la tormenta que tantos daños ha causado (y quince víctimas mortales) a su paso por las regiones centrales de nuestro país. Ha recobrado toda su fuerza original, y ha ganado más aún, al cruzar la zona de los grandes lagos; vean su trayectoria...

La trayectoria aparece trazada en un amarillo brillante (el mismo color de los guantes de Linoge) que muestra su futura incidencia sobre Nueva York, Vermont, New Hampshire y Maine.

LOCUTORA (*continúa*): ... en todo su poderoso y enorme alcance. Y ahora miren esto, porque aquí va a haber problemas...

Centra la atención en la tormenta costera.

LOCUTORA (*prosigue*): Se trata en este caso de una tormenta totalmente atípica, casi de un huracán invernal, una de esas violentas ventiscas de nieve como la que paralizó toda la costa Este y dejó prácticamente enterrada la ciudad de Boston en 1976. Desde entonces no habíamos sido testigos de una de intensidad semejante... hasta ahora. ¿Nos dará un respiro y desatará su furia en el mar,



como en ocasiones lo hacen las tempestades? Por desgracia, el detector de borrascas de estos servicios meteorológicos dice que no será así. De modo que los estados al este de Big Indian Waters van a ser azotados desde una dirección...

Da unos golpecitos sobre la primera tormenta.

LOCUTORA (*continúa*): ... la costa central del Atlántico va a ser azotada desde otra dirección...

Vuelve a centrarse en la borrasca costera.

LOCUTORA (*prosigue*): ... y el norte de Nueva Inglaterra, si esta noche no tienen lugar cambios, va a llevarse la peor parte. Échenle un vistazo a esto...

Aparece la brillante trayectoria amarilla de otra tormenta, que se extiende hacia el norte desde el borrón de la borrasca cercana a Nueva York. Esta trayectoria avista tierra en torno a Cape Cod para luego recorrer la costa hacia el norte, donde cruza la trayectoria de la primera tormenta. En el punto de intersección, algún genio informático de los servicios meteorológicos al que le sobra tiempo ha añadido un manchón de un rojo brillante que semeja una explosión gráfica en un noticiario.

LOCUTORA (*continúa*): Si ninguno de estos sistemas cambia de dirección, van a colisionar y fundirse sobre el estado de Maine. Eso supone una mala noticia para nuestros amigos en la tierra de los yanquis, pero no la peor. La peor de las noticias es que pueden compensarse temporalmente.

MARTHA (*sorbiendo té*): Oh, Dios.

LOCUTORA: ¿Con qué resultado? Pues el de un supersistema tormentoso de los que tienen lugar una sola vez en la vida y que puede estancarse sobre la costa de Maine durante al menos veinticuatro horas y tal vez hasta cuarenta y ocho. Estamos hablando de vientos huracanados y de fenomenales cantidades de nieve que se combinarán para crear la clase de ventisqueros que sólo suele verse en la tundra ártica. A ello pueden ustedes añadir apagones que afectarán a regiones enteras.

MARTHA: ¡Oh, Dios mío!

LOCUTORA: Nadie quiere asustar a los televidentes, y yo menos que nadie, pero es preciso que la gente de la zona de Nueva Inglaterra, en especial la de la costa y las islas de Maine, se tome muy en serio esta situación. Hasta ahora han tenido ustedes un invierno sin prácticamente un copo, pero durante los próximos dos o tres días es muy probable que les caiga la nieve correspondiente a todo un invierno.

Se oye el timbre.

Martha mira en dirección a la puerta, para luego volver a mirar la televisión. Le gustaría quedarse a ver a la locutora del tiempo, pero aun así deja la taza, se apoya sobre el andador y se incorpora con dificultad.

LOCUTORA: En ocasiones abusamos de la expresión «tormenta del siglo», pero si las trayectorias de esas dos tormentas convergen, como creemos que harán, la expresión no va a suponer una exageración, créanme. Judd Parkin pasará a hablarles de los preparativos necesarios en caso de tormenta; que no cunda el pánico, no se trata más que de aspectos prácticos. Pero antes, vean esto.

Aparece un anuncio, el de una película de video llamada *Castigos divinos* y que se vende por correo, mientras Martha empieza su arduo, caminar a través de la sala de estar hacia el vestíbulo, asiendo con fuerza las asas del andador.

MARTHA: Cuando le dicen a una que el mundo va a acabarse, tratan de venderle cereales. Cuando dicen que no cunda el pánico, es que se trata de algo serio.

Se oye el timbre de la puerta.

MARTHA: ¡Voy todo lo rápido que puedo!

7

*Interior. Vestíbulo de la casa de Martha. Día.*

Martha recorre el vestíbulo asiendo con fuerza el andador. En las paredes penden fotografías y dibujos pintorescos de Little Tall tal como era a principios de siglo. Al final del corredor se halla una puerta cerrada con un elegante cristal oval en su mitad superior. Éste está cubierto por un visillo fino, probablemente para impedir que el sol destiña la alfombra. Contra el visillo se recorta la silueta de la cabeza y los hombros de Linoge.

MARTHA (*dando ligeros resoplidos*): Un momento... ya llego... me rompí la cadera el verano pasado y todavía voy a paso de tortuga...

La locutora del tiempo continúa:

LOCUTORA (*voz en off*): Los habitantes de Maine y sus islas fueron testigos de una tormenta de mil demonios en 1987, pero en aquel caso se trató de una lluvia gélida. Ésta va a ser harina de otro costal. Que ni siquiera se les pase por la cabeza sacar las palas hasta que hayan pasado las máquinas quitanieve.

Martha llega a la puerta, observa con curiosidad la figura del hombre que se recorta a través de la cortina, y luego la abre. Aparece Linoge. Su rostro se muestra tan hermoso como el de una estatua griega, y precisamente recuerda en cierto sentido a una estatua. Tiene los ojos cerrados. Las manos se entrecruzan sobre la cabeza de lobo de la empuñadura del bastón.

LOCUTORA (*continúa voz en off*): Como ya he dicho y volveré a decir, no hay motivo para que cunda el pánico; los habitantes del norte de Nueva Inglaterra ya han visto antes grandes tormentas y volverán a verlas. Pero incluso a los meteorólogos más veteranos les ha asombrado la mera magnitud de estos sistemas convergentes.

A Martha la deja perpleja, por supuesto, la aparición del extraño, pero en realidad no experimenta inquietud. Se trata de la isla, después de todo, y en la isla no sucede nada malo. A excepción de una ocasional tormenta, claro. Otro factor a considerar es que el hombre es un extraño para ella, y en la isla es raro que hayan extraños una vez que la breve temporada de verano concluye.

MARTHA: ¿En qué puedo ayudarle?

LINOGE (*con los ojos cerrados*): Que los nacidos en la lujuria se conviertan en polvo, que los nacidos en el pecado sean bienvenidos.

MARTHA: ¿Cómo dice?

Linoge abre los ojos... sólo que allí no hay ojos. Las cuencas sólo están llenas de negrura. Los labios se despegan para revelar unos dientes enormes y torcidos; parecen los dientes de un monstruo en el dibujo de un niño.

LOCUTORA (*continúa voz en off*): Existen áreas de bajas presiones *monstruosas*. ¿De veras se están acercando? Sí, me temo que así es.

Al interés rayano en la intriga de Martha lo sustituye un terror absoluto. Abre la boca para gritar y retrocede tambaleante, desasiéndose del andador. Está a punto de caerse.

Linoge alza el bastón con la rugiente cabeza de lobo hacia adelante. Con una mano aferra el andador, que se halla entre él y la anciana, y lo arroja detrás de sí a través de la puerta, donde aterriza sobre el porche cerca de los peldaños.

8

*Interior. Vestíbulo. Plano de Martha.*

La anciana cae pesadamente y grita, alzando las manos y la mirada hacia...

9

*Interior. Linoge desde el punto de vista de Martha.*

... un monstruo rugiente y apenas humano con el bastón en alto. Detrás de él vemos el porche y el cielo blanquecino que indica la tormenta que se aproxima.

10

*Interior. Martha en el suelo.*

MARTHA: ¡Por favor, no me haga daño!

11

*Interior. Sala de estar de Martha.*

En la televisión vemos ahora a Judd Parkin de pie ante una mesa. En ella se hallan dispuestos una linterna, pilas, velas, cerillas, latas de comida, pilas de ropa de abrigo, una radio portátil, un teléfono móvil y otros accesorios. Detrás de él está la locutora, quien contempla tales objetos como hechizada.

JUDD: Pero una tormenta no tiene por qué ser un desastre, Maura, y un desastre no tiene por qué convertirse en una tragedia. Partiendo de tal filosofía, creo que podemos proporcionarles a nuestros espectadores de Nueva Inglaterra algunos consejos que les ayudarán a prepararse para lo que, según todos los indicios, va a suponer una climatología extraordinariamente inclemente.

LOCUTORA: ¿Qué tienes ahí, Judd?

JUDD: Bueno, para empezar, ropa de abrigo. Eso es lo primero. Y será necesario que comprueben cómo anda su provisión de pilas. ¿Tienen las suficientes para hacer funcionar una radio portátil? ¿O quizá un pequeño televisor? Y si disponen de generador, el momento de comprobar la provisión de gasolina, diesel o propano es antes, no después. Si esperan a que sea demasiado tarde...

Durante esta explicación la cámara se aleja del televisor, como si perdiera interés. Se ve atraída de nuevo hacia el vestíbulo. A medida que vamos dejando de oír el diálogo, empezamos a escuchar un sonido mucho menos agradable: el rítmico golpear del bastón de Linoge. Por fin se

detiene. Tiene lugar un breve silencio, seguido de unas pisadas. Las acompaña el curioso sonido de algo que se arrastra, como si alguien empujara lentamente una silla o un taburete a través de un suelo de parquet.

JUDD (*continúa voz en off*): ... será simplemente demasiado tarde.

Linoge aparece en el umbral. Sus ojos, de un distante y en cierta manera inquietante color azul, no son normales, pero ya no esgrimen esa negrura, ese espantoso vacío que ha visto Martha. Tiene las mejillas, la frente y el puente de la nariz salpicados de pequeños puntitos de sangre. Se sitúa en primerísimo plano con la mirada fija en algo. El interés empieza a animarle levemente el rostro.

LOCUTORA (*voz en off*): Gracias, Judd. He aquí unos sabios consejos que nuestros telespectadores del norte de Nueva Inglaterra probablemente habrán escuchado con anterioridad, pero cuando se trata de una tormenta de semejante magnitud vale la pena insistir en ciertas cosas.

12

*Interior. La sala de estar vista por encima del hombro de Linoge.*

Está mirando el televisor.

LOCUTORA: Dentro de unos instantes les ofreceremos la previsión meteorológica por regiones.

La reemplaza un anuncio de *Castigos divinos 2*: todos los volcanes, incendios y terremotos que uno pueda desear por 19.95 dólares. Despacio, de nuevo de espaldas a nosotros, Linoge se dirige a la butaca de Martha. Vuelve a oírse el sonido de algo que se arrastra, y cuando entra en el fotograma de cintura para abajo al acercarse a la butaca vemos que se trata de la punta del bastón. Va dejando un fino reguero de sangre en la alfombra. También corren hilillos de sangre entre los dedos de la mano que empuña la cabeza de lobo. Lo más probable es que sea con eso que ha golpeado a la mujer, con esa cabeza de lobo, y que no deseemos comprobar qué aspecto ofrece ahora.

LINOGE (*cantando*): Soy una pequeña tetera, regordeta y certera... He aquí mi asa, he aquí mi tapadera...

Se sienta en la butaca de Martha. Coge la taza de té con una mano ensangrentada que mancha el asa. Bebe. Luego tiende la mano llena de sangre hacia una galleta y se come.

Linoge se acomoda en el asiento para ver a Judd y Maura hablar de desastres en el canal meteorológico.

13

*Exterior. Supermercado de Mike Anderson. Día.*

Se trata de un comercio a la vieja usanza con su alargado porche de entrada. Si fuera verano habría mecedoras alineadas allí y montones de viejos para llenarlas. Pero lo que hay ahora es una fila de calefactores y palas para nieve que ostentan un pulcro letrero escrito a

mano:

VENTA ESPECIAL PARA LA SUPERTORMENTA, ¡COMPRUEBE QUÉ PRECIOS!

Los peldaños se hallan flanqueados por nasas langosteras, y de los aleros del tejado del porche cuelgan algunas más. Quizá veamos también un caprichoso despliegue de aparejos de pesca. Junto a la puerta hay un maniquí de ojos saltones provistos de muelles y ataviado con chanclos de goma, impermeable amarillo y una boina con un ventilador (ahora apagado) sobre la cabeza. Alguien ha embutido una almohada bajo el impermeable para dotarlo de una prominente barriga. En una de las manos de plástico lleva un banderín azul de la Universidad de Maine; en la otra, una lata de cerveza. Del cuello del monigote pende un letrero:

APAREJOS LANGOSTEROS MARCA ROBBIE BEALS DE VENTA AQUÍ.

En las ventanas se ven letreros de ofertas de carne o pescado, de alquiler de cintas de vídeo (ALQUILE TRES CLÁSICOS POR UN DÓLAR), cenas parroquiales, el de una campaña de donación de sangre promovida por el cuerpo de bomberos. El letrero de mayor tamaño se halla en la puerta y reza:

POSIBLE SITUACIÓN DE EMERGENCIA DURANTE LOS PRÓXIMOS TRES DÍAS. LA SEÑAL DE ACUDIR AL REFUGIO SERÁ DOS PITIDOS CORTOS SEGUIDOS

DE UNO LARGO. Sobre los escaparates, ahora enrolladas, hay persianas de lamas de madera que sirven de protección contra las tormentas. Sobre la puerta se halla un encantador letrero a la antigua usanza, con letras doradas sobre fondo negro: SUPERMERCADO ANDERSON —

OFICINA DE CORREOS DE LA ISLA — AGENTE DE POLICÍA DE LA ISLA.

Varias mujeres entran en la tienda, y salen dos, Octavia Godsoe y Joanna Stanhope. Tavia (de treinta y cinco años) y Joanna (que ronda los cincuenta) llevan bolsas repletas de comida y charlan animadamente. Tavia echa una ojeada al maniquí de Robbie Beals y le propina un codazo a Joanna. Ambas prorrumpen en carcajadas mientras descienden los peldaños.

Se trata de una tienda de comestibles muy bien provista y en muchos sentidos supone un encantador retorno a las clásicas tiendas de los años cincuenta. El suelo es de madera y al pisarlo cruje de forma agradable. La iluminación proviene de globos que penden de cadenas. El techo es de hojalata. Hay signos de modernidad, sin embargo: dos cajas registradoras nuevas con lectores digitales de precios, un escáner de radio sobre un estante tras las cajas, toda una pared de vídeos de alquiler y cámaras de seguridad en lo alto de las esquinas. Al fondo hay un refrigerador de carnes que ocupa prácticamente toda la pared. A su izquierda, bajo un espejo convexo, se halla una puerta en la que se lee

simplemente: AGENTE DE POLICÍA. La tienda está repleta de gente. Todo el mundo hace acopio de víveres para la tormenta que se avecina.

15

*Interior. Mostrador de la carnicería.*

Mike Anderson emerge de la puerta que lleva al almacén de carne (y que está en el extremo opuesto a la oficina del agente de policía). Es un hombre atractivo de unos treinta y cinco años. En este momento parece tener una prisa de mil demonios... aunque en sus ojos y en las comisuras de sus labios siempre aflora una leve sonrisa. Este hombre siente aprecio por la vida, gran aprecio, y siempre encuentra en ella algo que le resulta divertido.

Lleva un traje blanco de carnicero y empuja un carrito lleno de carne envasada. Tres mujeres y un hombre le interceptan el paso casi de inmediato. El hombre, ataviado con un chaquetón sport rojo y camisa negra, es el primero en llegar a él.

REVERENDO BOB RIGGINS: No te olvides de la cena parroquial del próximo miércoles, Michael; voy a necesitar a todos los diáconos que pueda reunir.

MIKE: Allí estaré... si sobrevivimos a los tres próximos días, claro.

REVERENDO: Estoy seguro de que así será; Dios cuida de su rebaño.

El reverendo se marcha. Tras él se encuentra una bonita muchacha llamada Jill Robichaux, que por lo que parece tiene menos confianza en Dios. Se dedica a hurgar entre las bandejas de carne envasada y a leer las etiquetas antes de que Mike haya podido siquiera empezar a distribuirlas.

JILL: ¿NO hay chuletas de cerdo, Michael? Daba por seguro que aún quedarían chuletas de cerdo.

Mike le tiende una bandeja envasada. Jill la observa y luego la coloca en su ya atiborrado carrito. Las otras dos mujeres, Carla Bright y Linda St. Pierre, ya han empezado a hurgar entre el resto de las bandejas. Carla elige una de ellas y está a punto de llevársela, pero cambia de opinión y la arroja en uno de los compartimientos del mostrador de carnes.

CARLA: ¡El jarrete es carísimo! ¿No tienes simples hamburguesas, Michael Anderson?

MIKE: Aquí...

Carla le arranca la bandeja de la mano antes de que pueda siquiera acabar la frase.

MIKE: ... tiene.

Aparecen más clientes, que se lanzan sobre la mercancía apenas Mike ha conseguido sacarla del carrito. Mike lo soporta durante unos instantes, y luego decide asumir el papel de agente de policía. O al menos intentarlo.

MIKE: Escuchad, amigos. No es más que una tormenta. Hemos pasado por muchas antes que ésta, y pasaremos por muchas más. Por favor, calmaos y dejad de actuar como turistas.

Eso los contiene un poco. Retroceden y Mike empieza a distribuir de nuevo la carne.

LINDA: No te pases de listo, Michael Anderson.

MIKE (*sonríe*): No, señora St. Pierre, no voy a pasarme de listo.

Detrás de él, Alton *Hatch* Hatcher emerge de la cámara frigorífica empujando un segundo carrito de carne envasada. Hatch tiene unos treinta años y es corpulento y simpático. Es el segundo de a bordo de Mike en el

supermercado, así como en la comisaría. También lleva un traje de carnicero y un casco blanco, por si acaso. En el casco se lee: A. HATCHER.

CAT (*a través de la megafonía del supermercado*): ¡Mike! ¡Eh, Mike! ¡Tienes una llamada telefónica!

16

*Interior. La caja, con Katrina Cat Withers.*

Cat tiene diecinueve años, es muy guapa y se encarga de una de las cajas registradoras. Ignora la cola de clientes y sostiene el micrófono del sistema de megafonía en una mano. En la otra tiene el auricular del teléfono que se halla en la pared junto al aparato de radio local.

CAT: Es tu esposa. Dice que tiene un pequeño problema con los niños.

17

*Interior. De nuevo con Mike, Hatch y los clientes en el mostrador frigorífico de carnes.*

Los clientes se muestran interesados y entretenidos. La vida en la isla es como una telenovela en la que uno conoce a todos los personajes.

MIKE: ¿Suenan muy enfadada?

18

*Interior. Otra vez en la caja, con Cat.*

Cat :¿Cómo quieres que lo sepa? Es tu mujer, ¿no?

Los clientes sonrían o ríen por lo bajo. Como dicen en la isla, ése ha sido un «buen tanto». Un hombre de unos cuarenta años sonrío y comenta:

KIRK. FREEMAN: Será mejor que vayas a ver qué pasa, Mike.

19

*Interior. Nuevo plano de Mike y Hatch en el mostrador de carnes.*

MIKE: ¿Puedes encargarte un momento de esto? HATCH: Claro, ¿me prestas la silla y el látigo?

Mike suelta una carcajada, golpea con los nudillos el casco de Hatch y se aleja presuroso para comprobar qué quiere su esposa.

*Interior. En la caja.*

Aparece Mike y coge el auricular de manos de Cat. Habla con su esposa, ajeno a la interesada audiencia que « observa.

MIKE: Hola, Molly, ¿qué sucede?

MOLLY (*a través del teléfono*): Tengo un pequeño problema aquí, ¿podrías venir?

Mike recorre con la mirada la tienda, a rebosar de compradores en previsión de la tormenta.

MIKE: Yo también tengo algún que otro problemilla, cariño. ¿Cuál es el tuyo ?

*Interior. Primer plano de Pippa Hatcher.*

Pippa es una niña de unos tres años. En este momento, su rostro aterrorizado llena toda la pantalla. Está gritando. Tiene toda la cara llena de salpicaduras y manchones de color rojo. Nuestra primera impresión es que tal vez se trate de sangre.

La cámara retrocede y nos percatamos de cuál es el problema. Pippa se halla a medio camino de un tramo de escaleras y ha metido la cabeza entre dos balaustres de la barandilla. No consigue sacarla. Sin embargo, todavía aferra un pedazo de pan con mermelada, y comprobamos que lo que nos pareció sangre en un principio es en realidad confitura de fresas. Al pie de la escalera, debajo de ella y con aspecto solemne, hay un grupo de siete niños pequeños cuyas edades van de tres a cinco años. Uno de los niños de cuatro años, Ralph Anderson, es hijo de Mike y Molly. Aunque tal vez no nos percatemos de ello de inmediato, Ralphie tiene una marca de nacimiento en el puente de la nariz. No es que le desfigure en gran medida o algo parecido, pero está ahí, como una silla de montar en miniatura.

RALPHIE: Pippa, si no vas a comerte el pan, ¿puedo quedármelo yo?

PIPPA (*chillando*): ¡Nooooo!

La niña empieza a dar sacudidas hacia atrás, tratando de liberarse y aferrando aún el trozo de pan. Éste desaparece en el puño regordete y produce el efecto de que sude mermelada de fresas.

*Interior. Vestíbulo y escalera de la casa de los Anderson.*

Es aquí donde está el teléfono, sobre una mesilla a medio camino entre la escalera y la puerta. Molly Anderson, la esposa de Mike, sostiene el auricular. Tiene unos treinta años, es atractiva y en este preciso momento vacila entre la diversión y el temor.

MOLLY: Pippa, no hagas eso, querida... sólo quédate quieta...

MIKE (*su voz a través del teléfono*): ¿Pippa? ¿Qué le pasa a Pippa?



23

*Interior. Plano de Hatch tras el mostrador de la carnicería.*

Hatch levanta de pronto la cabeza, alarmado. LINDA ST. PIERRE: ¿Le pasa algo a Pippa? Hatch rodea el mostrador.

24

*Interior. De nuevo en el vestíbulo con Molly.*

MOLLY: ¡Calla! Si hay algo que no quiero es que me caiga encima Alton Hatcher.

25

*Interior. Otra vez en el supermercado.*

Hatch recorre a toda prisa el pasillo número tres hacia nosotros, todavía ataviado con el casco. La sonrisa y el buen humor han desaparecido de su rostro. Se le ve muy resuelto y metido en su papel de padre de la cabeza a los pies.

MIKE: Demasiado tarde, cariño. ¿Qué ha pasado?

26

*Interior. Vestíbulo, con Molly.*

Molly cierra los ojos y profiere un gemido.

MOLLY: A Pippa se le ha quedado la cabeza atascada en la escalera. No es nada serio, o eso creo, pero no puedo enfrentarme el mismo día a una gran tormenta y a un padre enloquecido. Si Hatch viene, ven tú con él.

Cuelga el auricular y se dirige de nuevo hacia la escalera.

MOLLY: Pippa... querida... no des esos tirones. Te vas a hacer daño en las orejas.

27

*Interior. Mostrador del supermercado, con Mike, Hatch y varios clientes.*

Mike contempla desconcertado el auricular del teléfono y luego lo cuelga. Justo cuando lo hace aparece Hatch abriéndose paso a codazos entre los clientes. Se le ve preocupado.

HATCH: ¡Pippa! ¿Qué le ha pasado a Pippa?

MIKE: Por lo que he oído parece que se ha atascado en algún sitio. ¿Qué tal si echamos

un vistazo?

28

*Exterior. Main Street, frente a la tienda de Mike.*

Vemos un aparcamiento inclinado. El vehículo en la plaza más cercana a la tienda es un todoterreno verde oscuro con el letrero ASISTENCIA DE LA ISLA en las puertas y luces policiales en el techo. Mike y Hatch salen de la tienda y bajan precipitadamente los peldaños. Cuando se aproximan les oímos decir:

HATCH: Mike, ¿te ha parecido muy preocupada?

MIKE: ¿Molly? En una escala del uno al diez, yo le daría un cinco. No te angusties.

Una fuerte ráfaga de viento les azota de pronto. Ambos miran hacia el océano. No podemos verlo, pero escuchamos el rugir de las olas.

HATCH: Ésta va a ser la madre de todas las tormentas, ¿no crees?

Mike no contesta. No es necesario que lo haga. Ambos entran en el vehículo de asistencia y se alejan.

29

*Exterior. El maniquí del porche del supermercado.*

Se levanta otra ráfaga de viento. Las nasas langosteras producen chasquidos al chocar entre sí y la hélice de la cabeza del muñeco de Robbie Beals empieza a girar lentamente.

30

*Interior. Escalera de la casa de los Anderson.*

Pippa aún tiene la cabeza atascada entre los balaustres, pero Molly está sentada ahora junto a ella en los peldaños y ha conseguido calmarla un poco. Los niños todavía se apiñan alrededor, observándola. Molly le acaricia el cabello a Pippa con una mano. En la otra sostiene el pan con mermelada de la niña.

MOLLY: Todo va bien, Pippa. Mike y tu papá estarán aquí en un momento. Mike te sacará de ahí.

PIPPA: ¿Cómo?

MOLLY: No lo sé. Es un mago para estas cosas.

PIPPA: Tengo hambre.

Molly mete un brazo entre los balaustres y se las ingenia para acercar el pan a la boca de la niña. Pippa mastica. Los demás niños observan fascinados el proceso. Uno de ellos, de cinco años, es hijo de Jill Robichaux.

HARRY ROBICHAUX: ¿Puedo darle yo de comer, señora Anderson? Una vez le di de comer

a un mono, en la feria de Bangor.

Los demás niños ríen. A Pippa no parece divertirle.

PIPPA: ¡Yo no soy un mono, Harry! ¡Soy una niña, no un mono!

DON BEALS: ¡Miradme, chicos, soy un mono!

Don empieza a dar saltos al pie de la escalera, rascándose las axilas y comportándose de forma tan absurda como sólo puede hacerlo un niño de cuatro años. Los otros proceden a imitarle de inmediato.

PIPPA: ¡YO no soy un mono!

MOLLY: ¡Dejadlo ya, niños! ¡Basta! No resulta agradable, y estáis poniendo triste a la pobre Pippa.

La mayoría se detiene, pero Don Beals, un mocoso sin el más mínimo ápice de sensatez, continúa saltando y rascándose.

MOLLY: Haz el favor de parar. Es una maldad de tu parte.

RALPHIE: Mamá dice que eso que haces es una maldad.

Trata de sujetar a Don, pero éste se retuerce hasta liberarse.

DON BEALS: ¡Estoy haciendo el mono!

Don hace el mono todavía con más ganas, sólo para fastidiar a Ralphie... y a la madre de Ralphie, por supuesto. Se abre la puerta de entrada. Aparecen Mike y Hatch. Este último se percata de inmediato del problema y reacciona experimentando una mezcla de temor y alivio.

PIPPA: ¡Papaíto!

La niña empieza a dar tirones de nuevo, tratando de liberarse.

HATCH: ¡Pippa! ¡Quédate quieta! ¿Es que quieres arrancarte las orejas?

RALPHIE (*corre hacia Mike*): ¡Papi! A Pippa se le ha atascado la cabeza y Don no para de hacer el mono.

Ralphie se echa en los brazos de su padre. Hatch sube los peldaños hasta donde su hija ha sido atrapada por aquella increíble escalera comeniños y se arrodilla junto a ella. Molly mira por encima de la niña hacia su marido y le transmite un silente mensaje: «Por favor, haz algo.» Una encantadora niñita rubia con coletas tirona del bolsillo del pantalón blanco de carnicero de Mike. La niña ostenta la mayor parte de su ración de mermelada en la pechera de la camisa.

SALLY GODSOE: ¿Señor Anderson? Yo he parado de hacer el mono. En cuanto ella nos lo ha dicho.

Sally señala a Molly. Mike le suelta la manita con suavidad. Sally, que también tiene cuatro años, empieza acto seguido a chuparse el pulgar.

MIKE: ESO está muy bien, Sally. Ralphie, ahora tengo que dejarte en el suelo.

Mike deja al niño en el suelo. Don Beals le propina de inmediato un empujón.

RALPHIE: ¡Ay! ¡Eh! ¿Por qué has hecho eso? DON BEALS: ¡Por pasarte de listo!

Mike coge en volandas a Don Beals hasta que los ojos de ambos quedan al mismo nivel. El pequeño tontaina no muestra el más mínimo temor.

DON BEALS: ¡No te tengo miedo! ¡Mi padre es el alcalde! ¡Él te paga el sueldo!

Saca la lengua y le hace una pedorreta a Mike. Éste no se inmuta en lo más mínimo.

MIKE: A los que empujan acaban por empujarles, Donnie Beals. Más te vale recordarlo, porque es un hecho en esta triste existencia nuestra. A quienes empujan acaban por empujarlos.

Don no comprende lo que le dicen, pero reacciona al tono de voz. A la larga volverá a las andadas, pero por el momento le han puesto en su sitio. Mike deja a Don en el suelo y se dirige a un lado de la escalera. Detrás de él vemos una puerta entreabierta con un letrero que pone DUENDES. En la habitación a la que da paso la puerta hay mesas y sillas pequeñas. Del techo penden móviles de alegres colores. Se trata del aula de la guardería que Molly ha montado en su casa. Hatch está empujando la coronilla de la cabeza de su hija. No está consiguiendo nada con ello; la única consecuencia es que la niña sea de nuevo presa del pánico porque cree que se quedará atascada para siempre.

HATCH: Cariño, ¿por qué lo has hecho?

PIPPA: Heidi St. Pierre me desafió a que lo hiciera.

Mike pone sus manos sobre las de Hatch y le aparta. Hatch le mira esperanzado.

31

*Interior. Los niños al pie de la escalera.*

Heidi St. Pierre, la hija de cinco años de Linda St. Pierre, es una pelirroja con gafas de gruesos cristales.

HEIDI: NO es verdad.

PIPPA: ¡Sí lo es!

HEIDI: ¡Mentirosa asquerosa!

MOLLY: Vosotras dos, ¡basta ya!

PIPPA (*a Mike*): Ha sido fácil meter la cabeza, pero ahora no puedo sacarla. Me parece que mi cabeza es más grande en este lado.

MIKE: Así es... pero voy a hacer que sea más pequeña. ¿Sabes cómo?

PIPPA (*fascinada*): No... ¿cómo?

MIKE: Simplemente voy a apretar el botón que la hace más pequeña. Y cuando lo haga, tu cabeza se volverá más pequeña y podrás deslizarla fuera de ahí. Con la misma facilidad con la que entró. ¿Lo entiendes, Pippa?

Mike habla despacio y con tono tranquilizador. Su método casi raya en la hipnosis.

HATCH: ¿Qué clase de...?

MOLLY: ¡Shhh!

MIKE: ¿Estás lista para que apriete el botón? PIPPA: Sí.

Mike tiende una mano y le oprime la punta de la nariz con la yema del dedo.

MIKE: ¡Bip! ¡Ahí está! ¡Más pequeña! ¡Rápido, Pippa, antes de que vuelva a crecer!

La niña saca la cabeza con facilidad de entre los balaustres. Los demás niños aplauden y vitorean. Don Beals empieza a saltar como un mono. Otro de los niños, Frank Bright, también da unos cuantos saltos, pero ve entonces que Ralphie le dirige una mirada de desprecio y se detiene. Hatch estrecha a su hija entre los brazos. La niña también le abraza, pero al mismo tiempo le da un bocado al pan con mermelada. En cuanto Mike empezó a hablarle ya no tuvo miedo. Molly esboza una sonrisa de agradecimiento hacia Mike y mete una mano entre los balaustres de la escalera en que Pippa estaba atascada. Mike se la coge desde el otro lado y besa cada dedo de modo extravagante. Los niños emiten risillas. Uno de ellos, Buster Carver (es el último de los alumnos de Molly en la guardería y tiene cinco años), se tapa los ojos con una mano.

BUSTER (*con un gemido*): ¡Le está besando los dedos! ¡Oh, no!

Molly ríe y retira la mano. MOLLY: Te lo agradezco, de veras. HATCH: Sí, gracias, jefe.

MIKE: NO hay de qué.

PIPPA: Papi, ¿todavía está pequeña mi cabeza? He notado cómo se volvía pequeña cuando el señor Anderson me lo ha dicho. ¿Aún está pequeña?

HATCH: NO, cariño, tiene el tamaño normal.

Mike se dirige al pie de la escalera. Molly acude a su encuentro. Ralphie también está ahí; Mike lo coge en brazos y besa la marca de nacimiento en el puente de la nariz del niño. Molly besa a Mike en la mejilla.

MOLLY: LO siento si te he hecho venir en un mal momento. La he visto con la cabeza ahí metida y cuando me he dado cuenta de que no conseguía sacarla por mí misma sencillamente me he... asustado muchísimo.

MIKE: NO te preocupes. De cualquier forma necesitaba un respiro.

MOLLY: ¿Tan mal andan las cosas en la tienda?

HATCH: Pues sí, bastante mal. Ya sabes qué pasa cuando se avecina una tormenta, y ésta no va a ser una tormenta cualquiera, (*a Pippa*) Tengo que volver, cariñito. Pórtate bien.

Don escupe otra frambuesa.

MIKE (*en voz baja*): Vaya, ese hijo de Robbie es adorable.

Molly no dice nada, pero pone los ojos en blanco para mostrar que está de acuerdo.

MIKE: ¿Qué me dices, Hatch?

HATCH: Movámonos mientras aún podamos. Si están en lo cierto, lo más probable es que estemos atrapados durante los próximos tres días, (*pausa*) Como Pippa, con la cabeza atascada en la balaustrada.

Ninguno de ellos ríe. Hay demasiada verdad en lo que dice.

32

*Exterior. La casa de los Anderson en la parte baja de Main Street. Día.*

El todoterreno de asistencia de la isla está aparcado junto al bordillo. En primer plano, en la acera, vemos un letrero que dice: GUARDERÍA LOS DUENDES. Está sujeto con una cadena y se mece a merced del viento. El cielo aparece más grisáceo que nunca. El mar, visible al fondo, está picadísimo.

Se abre la puerta. Salen Mike y Hatch, sujetándose las gorras para evitar que el viento se las arranque y levantándose los cuellos de las chaquetas. Cuando se aproximan al coche, Mike levanta la vista para observar el cielo. Ya se acerca. Es una de las grandes. La ansiedad que refleja el rostro de Mike nos revela que sabe que así es. O que cree saberlo. Nadie conoce en realidad la magnitud de la tormenta que se avecina. Mike se sienta al volante y saluda con la mano a Molly, quien se halla de pie en el porche con el jersey sobre los hombros. Hatch saluda a su vez. Molly les devuelve el saludo. El todoterreno efectúa un cambio de sentido y se dirige hacia el supermercado.

33

*Interior. Vehículo de asistencia de la isla, con Mike y Hatch.*

HATCH (*con tono levemente burlón*): Conque el «botón que la hace más pequeña», ¿eh?

MIKE: Todo el mundo tiene uno. ¿Vas a contárselo a Melinda?

HATCH: NO... pero Pippa lo hará. No sé si te habrás dado cuenta, pero durante todo el episodio no ha perdido nunca de vista el pan.

Los dos hombres se miran y sonríen.

34

*Exterior. Atlantic Street. Día.*

Vemos ascender por el centro de la calzada, ajeno a la inminente tormenta y al viento en aumento, a un muchacho de unos catorce años. Es Davey Hopewell. Lleva un abrigo grueso y guantes con los dedos cortados; hace que le resulte más fácil manejar la pelota de baloncesto. Va de un lado a otro de la calle, driblando y hablando para sí. De hecho hace de comentarista de jugadas.

DAVEY: Davey Hopewell está pivotando... evita el acoso... Stockton trata de quitarle la pelota, pero no tiene oportunidad de hacerlo... He aquí a Davey Hopewell en su mejor momento... el

partido está tocando a su fin... Davey Hopewell es la única esperanza para los Celtic... bota la pelota y...

Davey Hopewell se para en seco. Sostiene la pelota y mira fijamente.

35

*Exterior. Casa de Martha Clarendon desde el punto de vista de Davey.*

La puerta está abierta, a pesar del frío, y vemos el andador volcado en los peldaños del porche donde Linoge lo tiró.

36

*Exterior. Nuevo plano de Davey.*

Davey se coloca la pelota bajo el brazo y se dirige despacio hacia la puerta de la valla de Martha. Se queda parado ante ella unos instantes y ve entonces algo oscuro en la pintura blanca. Se trata de las huellas de suciedad en los sitios en que Linoge dio golpecitos con el bastón. Davey toca una de las manchas con dos dedos desnudos (recordemos que lleva guantes cortados) y luego los retira de súbito.

DAVEY: ¡Uau!

Las huellas aún están frescas. Pero Davey pierde el interés en ellas al mirar hacia el andador volcado y la puerta abierta. Esa puerta no debería estar abierta, no con ese mal tiempo. Recorre el sendero y sube los peldaños. Se inclina para apartar el andador.

LOCUTORA DEL TIEMPO (*voz en off*): ¿Qué papel juega el calentamiento global en tormentas como estas? Lo cierto es que simplemente no lo sabemos...

DAVEY (*en voz bien alta*): ¿Señora Clarendon? ¿Se encuentra usted bien?

37

*Interior. Sala de estar de Martha, con Linoge.*

Aún se emite la información meteorológica. Los gráficos de las borrascas se han acercado más a su punto de impacto final. Linoge está sentado en la butaca de Martha con el bastón ensangrentado cruzado sobre el regazo. Tiene los ojos cerrados. Su rostro esboza una expresión de meditación.

LOCUTORA: Lo que sí sabemos es que la borrasca sigue una pauta que resulta típica de esta época del año, pero el frente frío es más fuerte de lo habitual y colabora a aumentar la fabulosa fuerza de esta tormenta occidental.

DAVEY (*voz en off*): ¿Señora Clarendon? ¡Soy Davey! ¡Davey Hopewell! ¿Está usted bien?

Linoge abre los ojos. Una vez más son negros... pero ahora en el negro vemos chispas de color rojo, como en el fuego. Sonríe ampliamente, mostrando sus terroríficos dientes. El plano se

mantiene unos instantes.

FUNDIDO



## CAPITULO II

38

*Exterior. Porche de la casa de Martha. Día.*

A través de la puerta miramos hacia afuera y vemos a Davey Hopewell aproximarse lentamente y con creciente inquietud. Todavía lleva la pelota de baloncesto debajo del brazo.

DAVEY: ¿Señora Clarendon? ¿Señora...?

LOCUTORA DEL TIEMPO (*voz en off*): Sería conveniente que aplicaran cinta adhesiva a las ventanas más grandes para ayudar a preservar la integridad de los vidrios cuando soplen fuertes ráfagas de viento.

Davey se detiene de pronto y abre desmesuradamente los ojos.

39

*Interior. El vestíbulo desde el punto de vista de Davey.*

Vemos que de las sombras surgen unos zapatos anticuados y el bajo de un vestido.

LOCUTORA (*voz en off*): En esta tormenta, las ráfagas de viento pueden oscilar entre...

40

*Exterior. El porche, con Davey.*

Superados momentáneamente sus temores, pues cree saber qué sucede: que la dama se ha desmayado o ha tenido un ataque o algo así, Davey se apoya sobre una rodilla y se inclina para examinarla... y se queda entonces paralizado. La pelota se le escapa de bajo el brazo y rueda a través del porche mientras en sus ojos se refleja el horror. No es preciso que veamos nada; sabemos qué ha pasado.

LOCUTORA (*voz en off*):... velocidades que normalmente se asocian con los huracanes. ¡Comprueben los tiros de sus chimeneas y campanas extractoras! Es muy importante que lo hagan...

Davey inspira profundamente, y al principio no consigue espirar. Le vemos luchar por lograrlo. Está tratando de gritar. Toca uno de los zapatos de Martha y profiere un leve sonido sibilante.

LINOGE (*su voz*): Olvídate de la NBA, Davey; nunca jugarás en primera fila en el instituto. Eres lento y no encestarías ni en un océano.

Davey mira hacia el fondo del vestíbulo en penumbra y se da cuenta de que lo más probable es que el asesino de Martha aún esté en la casa. Sale de inmediato de su parálisis. Deja escapar un chillido, se pone en pie de un brinco y se precipita escalera abajo. Tropieza en el último peldaño y cae cuan largo es sobre el sendero.

LINOGE (*su voz, en tono más alto*): Además, eres bajo. No eres más que un enano. ¿Por qué no entras aquí, Davey? Te haría un favorcito. Te ahorraría un montón de sufrimiento.

Davey se levanta a toda prisa y echa a correr dirigiendo temerosas miradas por encima del hombro mientras traspone la puerta de la valla y cruza la acera hasta la calzada. Se precipita calle abajo en dirección a los muelles.

*DAVEY (gritando):* ¡Socorro! ¡La señora Clendon está muerta! ¡Alguien la ha matado! ¡Hay sangre! ¡Socorro! ¡Oh, Dios mío, que alguien me ayude!

41

*Interior. Sala de estar de Martha, con Linoge.*

Los ojos de Linoge han vuelto a su color normal... si puede considerarse normal ese azul tan frío e inquietante. Levanta una mano y con el dedo índice le señala a algo que se acerque.

LOCUTORA DEL TIEMPO: La mejor forma de resumir lo que le estamos diciendo es «prepárese para lo peor, porque ésta va a ser una de las gordas».

42

*Exterior. Porche de la casa de Martha.*

Aún oímos débilmente a Davey pidiendo ayuda. Su pelota de baloncesto, que había ido a parar contra la balastrada del porche, empieza a rodar a través del suelo de tablones, despacio al principio y adquiriendo paulatina velocidad, hasta la puerta de entrada. Atraviesa el umbral de un bote y penetra en el interior.

43

*Interior. Vestíbulo de Martha mirando hacia el porche.*

Al fondo se ve el cuerpo de Martha, un mero bulto sumido en las sombras. La pelota de Davey pasa sobre él y continúa botando, dejando grandes pegotes de sangre cada vez que toca el suelo.

LOCUTORA: ¿Quieren otro consejo? Asegúrense de tener en casa una buena cantidad de salchichas ahumadas SmileBoy. Cuando hace muy mal tiempo, no hay nada que le reconforte tanto a uno...

44

*Interior. Sala de estar, con Linoge.*

La pelota atraviesa rodando el suelo, esquivando los muebles. Cuando llega a la butaca de Martha, donde está sentado Linoge, empieza a botar cada vez a mayor altura. Al tercer bote aterriza en su regazo. Linoge la coge.

LOCUTORA (*sostiene un bocadillo*): ... como un buen bocadillo de salchicha ahumada. ¡En especial si la salchicha es SmileBoy!

LINOGE: Lanza la pelota y...

Lanza la pelota con fuerza sobrehumana contra el aparato de televisión. Acierta justo en el centro de la pantalla y envía a la locutora del tiempo, a su bocadillo y a sus dos enormes sistemas tormentosos al limbo electrónico entre una lluvia de chispas.

LINOGE: ... ¡canasta!

45

*Exterior. Atlantic Street, con Davey.*

Davey todavía corre por el centro de la calzada y aún grita a pleno pulmón.

DAVEY: ¡La señora Clarendon! ¡Alguien ha matado a la señora Clarendon! ¡Le han sacado un ojo! ¡Le cuelga en la mejilla! ¡Oh, Dios mío, tiene un ojo colgando en la mejilla!

La gente se está asomando a las ventanas y abriendo las puertas para ver qué pasa. Todos conocen a Davey, por supuesto, pero antes de que alguien consiga detener y calmar al chico, un gran Lincoln de color verde se cruza ante él, como un policía que interceptara el paso a un fugitivo. En el costado del coche se lee AGENCIA INMOBILIARIA DE LAS ISLAS. De él se apea un caballero corpulento y vestido con traje, corbata y abrigo (probablemente el único atuendo de hombre de negocios de toda la isla). Es posible que advirtamos cierto parecido con el absurdo maniquí del porche del supermercado. Se trata de Robbie Beals, el mandamás del pueblo, el aún más desagradable padre del desagradable Don Beals. Coge a Davey de los hombros de la chaqueta y le zarandea con dureza.

ROBBIE: ¡Davey! ¡Basta ya, chico! ¡He dicho que basta!

Davey deja de gritar y empieza a recobrar la compostura.

ROBBIE: ¿Por qué estás corriendo por toda Atlantic Street haciendo ese numerito?

DAVEY: Alguien ha matado a la señora Clarendon. ROBBIE: Pero ¿qué tonterías estás diciendo?

DAVEY: Hay sangre por todas partes. Y le han sacado un ojo. Lo tiene en... en la mejilla.

Davey empieza a sollozar. Se está congregando más gente que observa intrigada al hombre y al chico. Robbie suelta a Davey poco a poco. Allí está pasando algo; quizá se trate de algo serio y, de ser así, sólo hay un hombre que pueda comprobarlo. Vemos cómo se refleja

en el rostro de Robbie que está siendo consciente de | ello.

Vuelve la mirada hacia una mujer de mediana edad con un jersey echado sobre los hombros y que aún lleva en la mano un cuenco con masa para pasteles.

ROBBIE: Señora Kingsbury. Cuide de él. Déle una taza de té. *(lo reconsidera)* No, déle un poco de whisky, si tiene.

SEÑORA KINGSBURY: ¿Va usted a llamar a Mike Anderson?

El rostro de Robbie refleja amargura. El y Mike no se tienen lo que se dice mucho cariño.

ROBBIE: No hasta que haya echado un vistazo por mí mismo.

DAVEY: Tenga cuidado, señor Beals. Está muerta... pero creo que hay alguien en la casa...

Robbie le dirige una mirada de impaciencia. El chico | está claramente histérico. Un anciano de rostro curtido y anguloso, típico de Nueva Inglaterra, da un paso adelante.

GEORGE KIRBY: ¿Necesitas ayuda, Robbie Beals?

ROBBIE: No es necesario, George. Me las apañaré.

Vuelve a entrar en el coche. Es demasiado grande para cambiar de sentido en la calle, de modo que utiliza el camino de entrada de una casa vecina.

DAVEY: No debería ir allí solo.

El grupo congregado en la calle (que aún está creciendo) observa con inquietud cómo se aleja Robbie hacia la casa de la señora Clarendon.

SEÑORA KINGSBURY: Entra conmigo, Davey. No pienso darle whisky a un muchacho como tú, pero puedo preparar un poco de té.

Rodea con un brazo los hombros del chico y le guía hacia la casa.

46

*Exterior. Casa de Martha Clarendon.*

El Lincoln de Robbie se detiene justo delante. Robbie se apea. Examina el sendero, el andador volcado, la puerta abierta. Su rostro sugiere que el asunto quizá sea más serio de lo que creyó en un principio. En cualquier caso, empieza a recorrer el sendero. ¡Como si fuera a dejárselo a ese sabelotodo de Mike Anderson! ¡Ni en broma!

47

*Exterior. Ayuntamiento de la isla de Little Tall. Día.*

Se trata de un edificio de madera blanca, característico del estilo de Nueva Inglaterra, y constituye el centro de la vida pública. Ante él vemos una pequeña cúpula con una campana de tamaño considerable en su interior; digamos que del tamaño de un cesto de manzanas. El vehículo de asistencia de la isla aparca frente a ella, utilizando una plaza en la que se lee RESERVADO PARA ASUNTOS OFICIALES.

*Interior. Vehículo de asistencia de la isla, con Mike y Hatch.*

Hatch ha conseguido un panfleto llamado *Preparativos ante una tormenta: pautas para el estado de Maine*. Está inmerso en su lectura.

MIKE: ¿Quieres entrar?

HATCH (*sin levantar la vista*): No. Estoy bien aquí.

Cuando Mike abre la puerta, Hatch sí alza la mirada y le brinda a Mike una amplia y franca sonrisa.

HATCH: Gracias por ocuparte de mi pequeña, jefe. MIKE (*sonríe a su vez*): Ha sido un placer.

*Exterior. Plano angular del vehículo todoterreno de asistencia de la isla.*

Mike se apea del coche, una vez más sujetándose la gorra para impedir que le vuele. Mientras lo hace dirige otra mirada inquisitiva hacia el cielo.

*Exterior. Mike, en la acera.*

Se detiene ante la cúpula. Ahora que estamos más cerca, podemos leer la placa en su parte delantera. En ella hay grabada una lista de víctimas de guerra: diez de la guerra civil, una de la hispanoamericana, un par de cada una de las guerras mundiales, y de la de Corea, y seis de Vietnam. Entre los nombres vemos varios Beals, Godsoe, Hatcher y Robichaux. Sobre la lista, en grandes letras, está grabado lo siguiente: CUANDO LAS CAMPANAS TAÑEN POR LOS VIVOS HONRAN A NUESTROS MUERTOS.

Mike roza el badajo de la campana con un dedo enguantado. Éste produce un levísimo tañido. Mike entra entonces al edificio.

*Interior. Oficina del ayuntamiento de la isla de Little Tall.*

Se trata de la clásica oficina claustrofóbica y atiborrada, dominada por una fotografía aérea de la isla en una de las paredes. Una sola mujer orquesta todo el espectáculo: la rellenita y atractiva Úrsula Godsoe (tiene una placa con su nombre junto a la bandeja portapapeles del escritorio). Detrás de ella, a través de varias ventanas de vidrio a lo largo del pasillo central, vemos el salón de actos municipal, que consiste en hileras de bancos de respaldo recto, semejantes a los de los puritanos, y un desnudo atril de madera provisto de micrófono. Su aspecto es más eclesiástico que de órgano de gobierno. En este momento está desierto.

En un lugar prominente de la pared de la oficina de Úrsula se halla el mismo letrero que vimos en la puerta del supermercado: POSIBLE SITUACIÓN DE EMERGENCIA DURANTE LOS PRÓXIMOS TRES DÍAS. LA SEÑAL DE ACUDIR AL REFUGIO SERÁ DOS PITIDOS CORTOS SEGUIDOS DE UNO LARGO. Mike se acerca y observa el letrero mientras espera a Úrsula, que está al teléfono y habla con alguien en un tono de paciencia forzada.

URSULA: No, Betty, no sé nada que no sepas tú... todos disponemos de la misma información meteorológica... No, la campana conmemorativa no, no con el viento que anuncian... Será la sirena, exactamente... Dos cortos y uno largo, eso es... Mike Anderson, por supuesto... le pagamos para tomar esa clase de decisiones, ¿no te parece, querida?

Ursula le guiña un ojo a Mike y le indica con un gesto que espere un momento. Mike levanta una mano y, abriendo y cerrando los dedos contra el pulgar, simula una boca parlante. Ursula sonríe y asiente con la cabeza.

URSULA: Sí... yo también rezaré... por supuesto, todos lo haremos. Gracias por llamar, Betty.

Cuelga el auricular y cierra los ojos unos instantes. MIKE: Un día duro, ¿eh?

URSULA: Betty Soames parece creer que tenemos acceso a alguna clase de información meteorológica secreta.

MIKE: ¿Como a una previsión hecha por Jeane Dixon? ¿Un informe parapsicológico del tiempo?

URSULA: Algo así.

Mike propina unos golpecitos al letrero de emergencia.

MIKE: ¿Ha visto esto la gente?

URSULA: Si no están ciegos lo habrán visto. Tienes que relajarte, Mike Anderson. ¿Cómo está la pequeña Pippa Hatcher?

MIKE: Vaya, las noticias vuelan. ÚRSULA: Aja, en la isla no hay secretos.

MIKE: Está bien. Se le quedó la cabeza atascada en la barandilla de la escalera. Su padre está ahí fuera en el coche, haciendo los deberes para la gran tormenta del ochenta y nueve.

URSULA (*riendo*): Vaya si eso no es típico de la hija de Alton y Melinda Hatcher. (*recobra la seriedad*) La gente sabe que esta tormenta será una de las malas, y si oyen la sirena, vendrán. No tienes que preocuparte por eso. Veamos... has venido a echarle un vistazo al refugio de emergencia, ¿no es así?

MIKE: Se me ocurrió que quizá no fuera mala idea.

URSULA (*se levanta*): Podemos albergar a trescientas personas por tres días, a ciento cincuenta durante una semana. Y si lo que he oído por radio es cierto, quizá tengamos que hacerlo. Ven, echemos un vistazo.

Se disponen a salir de la habitación, con Ursula delante.

52

*Interior. Primer plano de Robbie Beals.*

Su rostro refleja espanto e incredulidad. ROBBIE: Oh, Dios mío.

LOCUTORA DEL TIEMPO (*voz en off*): ¡Ya está bien de malos augurios! ¡Hablemos del sol!

La cámara retrocede y vemos que Robbie está arrodillado junto a Martha en el vestíbulo, llevando a cabo el inútil ritual de tomarle el pulso. Vemos la muñeca de la mujer y el bajo manchado de sangre de su vestido, pero eso es todo. Robbie mira alrededor, incrédulo. La locutora del tiempo sigue con su perorata como sonido de fondo. Linoge ha destrozado el televisor, pero ella sigue allí como si tal cosa.

LOCUTORA: ¿En qué parte de Estados Unidos tendrán hoy el mejor clima? Bueno, no hay ni la más mínima duda al respecto: en la mayor de las islas del archipiélago hawaiano. Las temperaturas oscilarán entre los veinticinco y los treinta grados y soplará una ligera brisa desde el mar para refrescarles un poco. Y las cosas tampoco andan nada mal en Florida, donde el frío de la última semana ya pertenece al pasado. En Miami las temperaturas rondarán los veinticinco grados, ¿y en la isla de Sanibel y en la hermosa Captiva? Pues si andan ustedes por allí estarán recogiendo conchas bajo el sol y a temperaturas por encima de los treinta grados.

ROBBIE: ¿Hay alguien ahí?

Se incorpora. Primero observa las paredes, en las que algunas de las bonitas fotografías de Martha están ahora salpicadas de minúsculas gotitas de sangre. Luego baja la mirada hacia el suelo y descubre más sangre: la del fino trazo dejado por el bastón de Linoge y los manchones que dejara la pelota de Davey al rebotar.

ROBBIE: ¿Quién anda ahí?

Se detiene, indeciso, y luego empieza a recorrer el vestíbulo.

53

NEGRO

En el techo se enciende de pronto una hilera de fluorescentes para revelarnos el espacioso sótano del ayuntamiento. La estancia se utiliza corrientemente para bailes, para jugar al bingo y otras actividades municipales. Los letreros en las paredes revestidas de madera les recuerdan a los visitantes el banco de donación de sangre organizado por el cuartel de bomberos, y que se llevará a cabo aquí. La habitación está ahora llena de catres, cada uno con una pequeña almohada en el cabecero y una manta plegada a los pies. En el extremo más alejado se ven una pila de refrigeradores, cajas de agua envasada y una gran radio cuyo lector digital parpadea. Úrsula y Mike están de pie y observan todo lo dicho.

URSULA: ¿Te parece bien?

MIKE: Sabes que sí. *(ella sonríe)* ¿Cómo está el armario de víveres?

URSULA: Lleno, justo como tú querías. En su mayoría de alimentos concentrados, de esos para añadir en polvo al agua y que hay que esforzarse en tragar, pero nadie pasará hambre.

MIKE: ¿Has preparado todo esto tú sola?

URSULA: Me ha ayudado la hermana de Pete, Tavia. Dijiste que fuera discreta. Que no hiciera cundir el pánico.

MIKE: Aja, eso dije. ¿Cuánta gente sabe que estamos preparados para la tercera guerra mundial?

URSULA *(con absoluta serenidad)*: Todo el mundo.

Mike esboza una mueca pero no parece en exceso sorprendido.

URSULA *(un poco a la defensiva)*: Yo no me he ido de la lengua, Mike Anderson, y Tavia tampoco. Ha sido Robbie Beals quien ha ido cotorreando por ahí. Está más furioso que una gallina mojada con todo esto. Clama que le estás costando dinero al pueblo sin motivo.

MIKE: Bueno... ya veremos, *(pausa)* Te diré algo: su hijo hace el mono a las mil maravillas.

URSULA: ¿Cómo dices?

MIKE: NO, nada, nada.

URSULA: ¿Quieres echar un vistazo al almacén?

MIKE: Creo que me fiaré de ti. Volvamos arriba.

Úrsula tiende una mano hacia el interruptor de la luz, pero se detiene. Su rostro expresa preocupación.

URSULA: ¿Hasta qué punto es seria la situación, Mike?

MIKE: No lo sé. Espero que Robbie Beals pueda darme una patada en el culo por ser un alarmista en la asamblea municipal del mes que viene. Venga, vamos.

Ursula acciona el interruptor y la habitación queda a oscuras.



Vemos la puerta que da al vestíbulo. La televisión es más audible. Están emitiendo un anuncio de un bufete de abogados especialistas en litigios. ¿Ha resultado usted herido en un accidente? ¿No puede trabajar? ¿Ha perdido la razón?

ANUNCIANTE (*voz en off*): Se siente usted desamparado. Incluso es posible que le parezca que tiene a todo el mundo en contra. Pero el bufete de Macintosh y Redding se pondrá de su lado y se ocupará de que consiga llevar su caso a juicio. ¡No haga que una mala situación empeore aún más! Cuando la vida le dé reveses, podemos ayudarle a sacarles provecho y convertirlos en jugadas maestras. ¡Aprovéchese de los demás antes de que ellos se aprovechen de usted! Si ha resultado herido en un accidente, quizá le estén esperando miles, incluso decenas de miles de dólares. De modo que no espere más. Llame ahora. Levante el auricular y marque nuestro número gratuito...

Robbie aparece en el umbral. Su arrogancia y su autoridad se han evaporado. Se le ve ajado, asqueado y muerto de miedo.

55

*Interior. La sala de estar, desde el punto de vista de Robbie.*

El televisor está hecho pedazos y echa humo... pero aún así seguimos oyendo el anuncio a todo volumen.

ANUNCIANTE (*voz en off*): Duro con ellos. Consiga lo que le corresponde. ¿Acaso no lo ha pasado ya bastante mal?

Vemos sobresalir la coronilla de Linoge del respaldo de la butaca. Oímos el ruido que produce al sorber el té.

56

*Interior. Un plano más amplio de la sala de estar.*

Estamos mirando prácticamente por encima del hombro de Robbie hacia el aparato de televisión destrozado pero aún audible y la coronilla de Linoge.

ROBBIE: ¿Quién es usted?

El televisor se queda mudo. Desde el exterior llega el sonido del viento, cuya intensidad es creciente en la tormenta. Despacio, muy despacio, la *cabeza* plateada de lobo se va alzando detrás del respaldo de la butaca dirigida hacia Robbie como una siniestra marioneta. Del hocico y los ojos parece gotear sangre. Se balancea lentamente hacia adelante y hacia atrás como un péndulo.

LINOGE (*voz*): Que los nacidos en el pecado sean bienvenidos.

Robbie se estremece y abre la boca, para volver a cerrarla. ¿Qué va a contestar uno a semejante comentario? Pero Linoge no ha terminado.

LINOGE (voz): Estabas con una puta en Boston cuando tu madre murió en Machias. Mamá estaba en esa porquería de asilo que cerraron el pasado otoño, ése en el que encontraron ratas en la cocina, ¿verdad? Se atragantó hasta morir gritando tu nombre. ¿No es encantador? Aparte de un buen pedazo de queso de barra amarillento, ¡no hay nada en el mundo como el amor de una madre!

57

*Interior. Plano de Robbie*

La reacción de Robbie es bien visible. ¿Como reaccionaría cualquiera de nosotros si uno de nuestros más oscuros secretos fuera revelado por un extraño asesino al que no vemos claramente?

LINOGE (voz): Pero está bien así, Robbie.

Robbie vuelve a experimentar una violenta reacción: ¡el extraño sabe su nombre!

58

*Interior. Butaca de Martha.*

Linoge asoma la cabeza en torno a la oreja izquierda de la butaca, casi con coquetería. Sus ojos parecen más o menos normales, pero está prácticamente tan manchado de sangre como la cabeza plateada del bastón.

LINOGE: TU madre te está esperando en el infierno. Y se ha vuelto caníbal. Cuando llegues allí, va a comerte vivo. Una y otra vez. Porque de eso se trata precisamente el infierno, de la eterna repetición. Creo que en el fondo de nuestros corazones la mayoría sabemos que es así. ¡Cógela!

Le tira la pelota de Davey.

59

*Interior. Plano de Robbie.*

La reacción de Robbie es bien visible. ¿Cómo reaccionaría cualquiera de nosotros si uno de nuestros más

*Interior. Umbral de la sala de estar, con Robbie.*

La pelota le golpea en el pecho, dejándole una huella sangrienta. Aquello es demasiado para Robbie. Se vuelve y echa a correr, gritando.

60

*Interior. Sala de estar de Martha. Plano angular de la butaca y el televisor.*

Una vez más sólo vemos la coronilla de Linoge. De pronto aparece una mano con el puño apretado. Se mantiene inmóvil en el aire unos instantes para luego surgir un dedo que señala hacia el televisor. De inmediato oímos otra vez a la locutora del tiempo.

LOCUTORA (*voz en off*): Comprobemos ahora qué zonas tienen mayores probabilidades de verse severamente afectadas por la tormenta que se avecina.

Linoge tiende la mano para coger otra galleta.

61

*Exterior. Plano frontal de la casa de Martha.*

Robbie desciende los peldaños del porche y se precipita hacia el coche con toda la rapidez que le permiten sus piernas regordetas. Su rostro es una máscara de horror y desconcierto.

62

*Interior. Sala de estar de Martha. Plano de televisor*

La cámara avanza muy lentamente hasta un primerísimo plano del tubo de imagen hecho pedazos y las entrañas humeantes del aparato mientras la locutora sigue hablando:

LOCUTORA (*voz en off*): La previsión meteorológica anuncia la destrucción para esta noche, la muerte para mañana y el Armagedón para el fin de semana. De hecho, esto podría significar el fin de la vida tal como la conocemos.

63

*Interior. Plano de Linoge.*

LINOGE: NO parece probable... pero siempre podemos confiar en que así sea.

Le da otro mordisco a la galleta.

FUNDIDO

## CAPITULO III

64

*Exterior. El Lincoln de Robbie, con Robbie. Día.*

Se aferra a la manecilla de la puerta del conductor. Un grupo de gente le observa con curiosidad desde un poco más abajo de la calle.

GEORGE KIRBY: ¿Va todo bien ahí arriba, Beals?

Robbie no contesta al anciano. Abre la puerta del coche y se mete de cabeza. Lleva una radio de alcance local bajo el salpicadero, y arranca el micrófono de su horquilla. Oprime el botón de encendido, selecciona el canal 19 y habla. Durante todo el proceso no cesa de dirigir nerviosas miradas hacia la puerta abierta de la casa de Martha, aterrizado ante la posibilidad de que aparezca por ella el asesino.

ROBBIE: ¡Robbie Beals llamando al agente Anderson! ¡Conteste, Anderson! ¡Se trata de una emergencia!

65

*Interior. Supermercado de Anderson. Día.*

El supermercado está más lleno que nunca. Cat y Tess Marchant, una mujer de aspecto maternal de entre cuarenta y cinco y cincuenta años, han estado cobrando en las cajas con la mayor rapidez posible, pero ahora todo el mundo se queda paralizado al oír la excitada perorata que emite la radio.

ROBBIE (voz): ¡Contesta, maldita sea! ¡Anderson! ¡Se ha cometido un asesinato! ¡Han matado a golpes a Martha Clarendon!

Un murmullo de consternación e incredulidad se extiende entre los compradores. Todos abren desmesuradamente los ojos.

ROBBIE (voz): ¡El tipo que lo hizo aún está en la casa! ¡Anderson! ¡¡Anderson!! Contesta ahora mismo, ¿me oyes? Siempre andas por ahí cuando nadie quiere tus consejos, ¿dónde estás cuando... ?

Tess Marchant alarga la mano hacia el micrófono de la radio como si fuera una sonámbula.

TESS: ¿Robbie? Soy Tess Marchant. Mike no...

ROBBIE (voz): ¡No quiero hablar contigo! ¡Quiero hablar con Anderson! ¡No puedo hacer su trabajo y el mío a la vez!

CAT (coge el micrófono): Tenía una emergencia en casa. Alton ha ido con él. Se trata de su pequeña...

Justo en ese momento Mike y Hatch trasponen la puerta. Cat y Tess parecen experimentar un alivio increíble. Un sordo murmullo recorre la multitud. Mike sólo ha dado tres o cuatro pasos cuando se detiene, comprendiendo de pronto que allí sucede algo fuera de lo normal.

MIKE: ¿Qué pasa aquí?

Nadie en todo el supermercado va a contestarle. Entretanto, la radio continúa rezongando:

ROBBIE (voz): ¿Qué quieres decir con eso de una emergencia en casa? ¡Aquí sí que hay una emergencia! ¡Una anciana ha sido asesinada! ¡Hay un lunático en el salón de Martha Clarendon! ¡Quiero hablar con el agente de policía!

Mike se dirige con rápidas zancadas hacia las cajas. Cat le tiende el micrófono como si le alegrara librarse de él.

MIKE: ¿De qué habla? ¿A quién han asesinado?

TESS: A Martha, eso dice.

Se oye otro murmullo, esta vez más alto.

MIKE (pulsando el botón de transmisión): Aquí estoy, Robbie. Dame un segundo...

ROBBIE (voz): ¡No puedo darte ni un segundo, maldita sea! ¡Podría tratarse de una situación de vida o muerte!

Mike le ignora por unos instantes, mientras oprime el micrófono contra el pecho y se dirige a los diez o doce isleños que se han agolpado en las bocas de los pasillos y le miran perplejos. En la isla no se ha cometido un asesinato desde hace casi setenta años... a menos que se tenga en cuenta el del marido de Dolores Claiborne, Joe, que nunca pudo probarse.

MIKE: Hagan el favor de apartarse y concederme un poco de privacidad. Cobro seis mil dólares al año por hacer de comisario; déjenme hacer el trabajo por el que me pagan.

Los clientes retroceden, pero continúan escuchando; no pueden evitarlo. Entretanto, Mike les vuelve la espalda, de modo que queda de cara a la radio y las máquinas de billetes de lotería.

MIKE: ¿Dónde estás, Robbie? Contesta.

*Interior. Robbie, en su coche.*

Detrás de él vemos al grupo de unas diez o doce personas que, de pie en la calle, le están observando. Han conseguido acercarse un poco más, pero no se atreven a hacerlo demasiado. La

puerta de la casa de Martha sigue abierta y no presagia nada bueno.

ROBBIE: ¡En casa de Martha Clarendon, en Atlantic Street! ¿Dónde creías que estaba, en Bar Har-bor?... *(se le ocurre una gran idea)* Tengo al tipo acorralado ahí dentro. ¡Ahora mueve el culo y ven aquí!

Devuelve el micrófono a su horquilla y se dedica entonces a hurgar en la guantera. Bajo el revoltijo de mapas, documentos municipales y envoltorios de hamburguesa, encuentra una pequeña pistola. Sale del coche.

67

*Exterior. Robbie.*

ROBBIE *(se dirige a gritos al grupo de curiosos)*: ¡Quedaos donde estáis!

Tras haber ejercido así su autoridad, Robbie se vuelve hacia la casa y apunta con la pistola a la puerta abierta. Ha recobrado en cierta medida su detestable *savoir faire*, pero no está dispuesto a volver a entrar ahí. Aquel hombre no sólo ha matado a Martha Clarendon; sabe además dónde estaba Robbie cuando murió su madre. Y sabe su nombre.

Sopla una ráfaga de viento que aparta el cabello entrecano de la frente de Robbie... y los primeros copos de nieve de la tormenta del siglo pasan danzando ante su rostro.

68

*Interior. Supermercado de Anderson, con Mike, Hatch y los clientes.*

Mike está de pie con el micrófono en la mano, tratando de averiguar qué hacer. Cuando Cat Withers le quita el micrófono y lo devuelve a la horquilla, toma una decisión.

MIKE *(a Hatch)*: Vamos a dar otro paseo, ¿de acuerdo? HATCH: Claro...

MIKE: Cat, tú y Tess haceos cargo de la tienda, *(levanta la voz)* Y ustedes quédense donde están y acaben sus compras, ¿de acuerdo? En Atlantic Street no hay nada que puedan hacer y, sea lo que sea lo que ha pasado allí, se enterarán bien pronto.

Mientras habla va rodeando la caja registradora. Busca algo debajo de ella.

CAT: ¿Queréis que avise a vuestras esposas? MIKE: Por supuesto que no.

Su mirada se dirige entonces a los isleños que le observan con avidez. Si Cat no las avisa, alguno de ellos lo hará en cuanto llegue al teléfono más cercano.

MIKE: Bueno, supongo que será mejor que lo hagas. Pero asegúrate de hacerles saber que la situación está bajo control.

71

69

*Interior. Primer plano del estante.*

Sobre él hay un 38 y un par de esposas. Mike coge ambas cosas.

70

*Interior. Plano angular de Mike.*

Se mete las esposas en un bolsillo del chaquetón y el revólver en el otro. Lo hace con rapidez y destreza, de modo que ninguno de los clientes de ojos desorbitados se da cuenta. Cat y Tess sí lo hacen, sin embargo, y ello las hace tomar consciencia de la realidad de la situación: por descabellado que parezca, es posible que haya un peligroso criminal en la isla de Little Tall.

CAT : ¿ Queréis que avise a vuestras esposas ?

MIKE : Por supuesto que no.

Su Mirada se dirige entonces a los isleños que le observan con avidez. Si Cat no las avisa, alguno de ellos lo hará en cuanto llegue al teléfono más cercano.

MIKE : Bueno, supongo que será mejor que lo hagas. Pero asegúrate de hacerles saber que la situación está bajo control.

71

*Exterior. Supermercado de Anderson.*

Mike y Hatch descienden corriendo los peldaños y la cámara les sigue hasta el vehículo de asistencia de la isla. La nieve todavía cae en ráfagas, pero comprobamos que los copos son ahora más gruesos.

HATCH: Ha empezado pronto a nevar.

Mike se detiene con una mano ya a punto de abrir la puerta del coche. Inspira profundamente, haciendo acopio de valor, y luego contesta.

MIKE: Así es. Vamonos ya.

Entran en el coche y se marchan. Entretanto, la gente ha ido saliendo de la tienda y los ve alejarse desde el porche.

72

*Exterior. Plano del monigote de Robbie Beals.*

La hélice que lleva en la boina está girando ahora enérgicamente.

73

*Exterior. El muelle.*

Las olas rompen con fuerza contra los pilares y salpican el muelle. La tarea de asegurar los botes y poner a cubierto los enseres de pesca ha progresado considerablemente. La cámara se centra en George Kirby (que ronda los sesenta años), Alex Haber (de treinta y cinco) y Cal Freese (de veintitantos). Alex señala hacia el oeste, hacia donde acaban los muelles y empieza el estrecho.

ALEX HABER: Mirad hacia allá, hacia el continente.

74

*Exterior. El continente visto desde los muelles.*

El continente se halla a unos tres kilómetros de distancia y vemos con bastante claridad sus bosques de un verde grisáceo.

75

*Exterior. Nuevo plano de los muelles, con George, Alex y Cal.*

ALEX HABER: Cuando uno no puede ver más allá, es el momento de ponerse a cubierto mientras aún pueda; y cuando uno ya ni siquiera puede ver el estrecho, es el momento de dirigirse al ayuntamiento, haya oído o no la sirena.

CAL FREESE (*a George*): Tío George, ¿hasta qué punto crees que va a ser dura esta tormenta?

GEORGE KIRBY: Quizá sea la peor que veamos jamás. Vamos, ayúdame con las redes que quedan. (*pausa*) Me pregunto si ese chiflado de Beals tiene la más mínima idea de lo que está haciendo allá arriba.

76

*Exterior. Atlantic Street, frente a la casa de Martha.*

El chiflado de Beals aún está haciendo de centinela, de pie ante su Lincoln y con el 38 apuntando hacia la puerta abierta de la casa de Martha Clarendon. Ahora nieva en copos más gruesos, que le salpican los hombros del abrigo como partículas de caspa. Lleva así un buen rato.

Un poco más abajo, el reducido grupo de curiosos (la señora Kingsbury y Davey Hopewell vuelven a hallarse entre ellos) se desplaza hacia un lado para dejarle paso al vehículo de asistencia de la isla. Éste aparca junto al Lincoln. Mike desciende de detrás del volante y Hatch del asiento del acompañante.

HATCH: ¿Quieres la escopeta?

MIKE: Supongo que será mejor que la llevemos; pero asegúrate de que esté puesto el seguro, Alton Hatcher.



Hatch vuelve al vehículo para hurgar en su interior y reaparecer con la escopeta que corrientemente se halla sujeta bajo el salpicadero. Comprueba el seguro con gesto ostentoso y luego ambos se aproximan a Robbie. La actitud de Robbie durante todo el proceso es de enfrentamiento y desdén. La historia de tales sentimientos nunca será plenamente explorada, pero se basa sin duda en el deseo de Robbie de mantener todas las riendas del poder en sus propias manos.

ROBBIE: Ya era hora.

MIKE: Guarda esa pistola, Robbie.

ROBBIE: No pienso hacerlo, agente Anderson. Tú haz tu trabajo, que yo haré el mío.

MIKE: Tu trabajo es el de agente inmobiliario. ¿Harás por lo menos el favor de bajarla? (*hace una pausa*) Vamos, Robbie, me estás apuntando a la cara y sé que está cargada.

Robbie baja a regañadientes el 38. Entretanto, Hatch observa con inquietud la puerta abierta y el andador volcado.

MIKE: ¿Qué ha pasado?

ROBBIE: Me dirigía en coche hacia el ayuntamiento cuando he visto a Davey Hopewell correr por el centro de la calle, (*señala a Davey*) Iba diciendo que Martha Clarendon estaba muerta, que la habían asesinado. No le creía, pero es cierto. Está... es espantoso.

MIKE: Antes has dicho que la persona que la ha matado aún estaba ahí dentro.

ROBBIE: Me ha hablado. HATCH: ¿Y qué te ha dicho?

ROBBIE (*se muestra nervioso y miente*): Me ha dicho que me fuera. Creo que ha dicho que si no me largaba me mataría a mí también. No lo sé. Pero no me parece que éste sea el momento adecuado para un interrogatorio.

MIKE: ¿Qué aspecto tiene?

Robbie se dispone a responder, pero se detiene, confundido.

ROBBIE: Yo... bueno, apenas le he visto en realidad.

De hecho le ha visto con bastante claridad... pero no lo recuerda.

MIKE (*a Hatch*): Quédate a mi derecha. Mantén el cañón de esa escopeta hacia abajo, y no quites el seguro a menos que te lo diga, (*a Robbie*) Quédate exactamente donde estás, por favor.

ROBBIE: Tú eres el policía.

Observa a Mike y Hatch dirigirse hacia la puerta. Los llama.

ROBBIE: Está puesta la televisión. Con el volumen bastante alto. Si ese tipo empieza a moverse por ahí no estoy seguro de que le oigáis.

Mike asiente y luego traspone la puerta de la valla con Hatch a su derecha. El grupo de curiosos se ha acercado un poco más; ahora los vemos al fondo. La nieve revolotea en torno a ellos a merced del viento. Todavía son copos ligeros, pero su grosor se va incrementando.

*Exterior. Mike y Hatch vistos desde el porche.*

Recorren el sendero. Mike parece tenso, pero se controla; Hatch está asustado y trata de no demostrarlo.

HATCH: Incluso si había un tipo ahí, lo más probable es que haya salido por la puerta de atrás, ¿no crees? La valla del jardín de la señora Claren-don no tiene más que un metro y medio...

Mike niega con la cabeza para indicar que no lo sabe, luego se lleva el dedo índice a los labios para indicarle a Hatch que debe guardar silencio. Se detienen al pie de los peldaños. Mike extrae unos guantes del bolsillo del chaquetón y se los pone. Saca entonces su propia pistola. Le indica con señas a Hatch que se ponga guantes, y éste le tiende la escopeta para obedecerle. Mike tiene la oportunidad de comprobar el seguro (que aún está puesto), luego se la devuelve. Ascenden los peldaños y examinan el andador. Proceden entonces a cruzar el porche. Ven los pies de la anciana, embutidos en los anticuados zapatos, surgiendo de las sombras del vestíbulo, e intercambian una mirada de consternación. Entran en la casa.

*Interior. Vestíbulo de la casa de Martha.*

Detrás de ellos, la locutora del tiempo parlotea de forma interminable.

LOCUTORA (*voz*): Se espera que las condiciones en la costa de Nueva Inglaterra empeoren drásticamente hacia la puesta del sol, aunque lo cierto es que me temo que nuestros amigos del este no van a ver ponerse hoy el sol. Se esperan vientos muy fuertes en las costas de Massachusetts y New Hampshire, y ráfagas de viento huracanado en la costa de Maine y sus islas. Va a tener lugar una significativa erosión de las playas, y una vez que la nieve empiece a caer su grosor va a incrementarse drásticamente hasta que... bueno, hasta que todo termine. En este punto resulta literalmente imposible hablar de grosores. Digamos tan sólo que la cantidad total de nieve caída va a ser enorme. ¿Un metro? Es posible. ¿Un metro y medio? Incluso eso es posible. Será mejor que permanezcan a la escucha para estar al corriente y tengan la seguridad de que interrumpiremos nuestra programación para informarles si las condiciones así lo requieren.

Los dos hombres ignoran a la locutora; tienen problemas más inmediatos de qué ocuparse. Se arrodillan a ambos lados de la anciana muerta. A Mike Anderson se le ve sombrío e impresionado, pero se contiene. Se concentra en la tarea que tiene ante sí y en los pasos que debe dar. Por el contrario, Hatch está a punto de perder el control. Alza la mirada hacia Mike, con el rostro muy pálido y los ojos llenos de lágrimas. Habla en meros susurros.

HATCH: Mike... oh, Dios mío, Mike... ¡No le queda cara! Está...

Mike tiende una mano y posa el índice sobre los labios de Hatch. Inclina la cabeza hacia el sonido del parloteante televisor, indicando así que puede haber alguien escuchando. Luego Mike se

inclina hacia su tembloroso ayudante por encima del cadáver de la anciana.

MIKE (*en voz muy baja*): ¿Te recuperarás? Porque si no es así quiero que me des la escopeta y vuelvas junto a Robbie.

HATCH (*en voz baja*): Estoy bien. MIKE: ¿Seguro?

Hatch asiente con la cabeza. Mike le observa detenidamente y decide creerle. Se pone en pie. Hatch le imita, pero se tambalea un poco. Para recobrar el equilibrio apoya una mano en la pared, que se le embadurna de la sangre salpicada. Contempla su propia mano enguantada con sorpresa y consternación.

Mike señala hacia el umbral de la sala de estar y el sonido del televisor. Hatch hace acopio de valor y asiente. Muy despacio, ambos recorren el vestíbulo. (Toda la escena se reviste del máximo suspense, por supuesto.) Ya han recorrido tres cuartas partes del vestíbulo cuando el sonido del televisor se interrumpe de pronto. El hombro de Hatch roza uno de los cuadros de la pared y lo hace caer. Mike lo coge al vuelo antes de que se estrelle contra el suelo... gracias a una mezcla de suerte y buenos reflejos. El y Hatch intercambian una mirada de crispación y luego continúan.

79

*Interior. El umbral entre el vestíbulo y la sala de estar.*

Los dos hombres aparecen en el umbral. Tal como los vemos, desde la sala de estar, Hatch está a la izquierda y Mike a la derecha. Están mirando fijamente.

80

*Interior. La sala de estar, desde el punto de vista de Mike y Hatch.*

Vemos el destrozado aparato de televisión y la butaca orejera de Martha. Por encima de ésta vemos sobresalir la coronilla de Linoge. Está absolutamente inmóvil. Se trata con toda probabilidad de la cabeza de un hombre, pero resulta imposible saber si está vivo.

81

*Interior. Nuevo plano del umbral del vestíbulo, con Mike y Hatch.*

Los dos hombres intercambian miradas, y Mike indica con la cabeza que sigan adelante. La cámara va retrocediendo a medida que se dirigen hacia la parte trasera de la butaca, muy despacio. Cuando ya ha avanzado tres pasos, Mike le indica a Hatch que se separe de él al avanzar. Hatch así lo hace. Mike da un paso más hacia la butaca (que ahora empezamos a ver, así como a los dos hombres) y se detiene cuando aparece una mano ensangrentada. La mano se dirige hacia la mesilla y coge una galleta.

MIKE (*apuntando con la pistola*): ¡Quieto!

La mano hace precisamente eso: se queda inmóvil en el aire, con la galleta entre los dedos.

MIKE: Arriba las manos; las dos manos, por encima del sillón. Quiero verlas con claridad. Le están apuntando dos armas, y una de ellas es una escopeta.

Linoge levanta las manos. La izquierda todavía sujeta la galleta.

Mike le indica a Hatch que rodee la butaca por su lado. Mientras Hatch le obedece, Mike la rodea por el suyo.

82

*Interior. Sala de estar de Martha. Plano angular de la butaca.*

Vemos a Linoge sentado, con las manos levantadas y el rostro impertérrito. No hay huella alguna de un arma, pero los dos hombres reaccionan ante el rostro y el abrigo manchados de sangre. El tranquilo comportamiento de Linoge contrasta con el de Mike y Hatch, quienes nos parecen más tiesos que palos. Quizá la escena nos haga comprender que en ocasiones se les dispare por accidente a los sospechosos.

MIKE: Junte las manos.

Linoge lo hace, muñeca contra muñeca.

83

*Exterior. Frente a la casa de Martha.*

Varios curiosos se adelantan a toda prisa hasta el capó del coche de Robbie. Uno de ellos es una mujer anciana llamada Roberta Coign.

ROBERTA COIGN: ¿Qué le ha pasado a Martha?

ROBBIE (*con agudos chillidos, al borde de la histeria*): ¡Quédense donde están! ¡La situación está bajo control!

Vuelve a apuntar hacia la casa con la pistola y cabe preguntarse qué pasará cuando Mike y Hatch hagan salir al prisionero. Robbie está a punto de apretar el gatillo.

84

*Interior. Sala de estar de Martha. Primerísimo plano de las esposas. MIKE (voz):* Si se mueve, dispárale.

La cámara retrocede hasta incluir a Linoge, Mike y Hatch.

LINOGE (*en voz baja y tono agradable y sereno*): Si dispara, nos alcanzará a ambos. Ese trasto aún está cargado con perdigones.

Mike y Hatch reaccionan visiblemente ante tal comentario, no porque sea cierto, sino porque podría serlo. Sea como fuere, Hatch muy bien podría hacerle un maldito agujero a Mike; él y Linoge están demasiado cerca.

LINOGE: Además, aún lleva puesto el seguro.

Hatch reacciona aterrorizado; en efecto, ha olvidado quitar el seguro. Mientras Mike, con torpeza e inexperiencia, cierra las esposas en torno a las muñecas de Linoge, Hatch quita el seguro con dedos temblorosos. Al hacerlo deja de apuntar a Linoge. Es necesario que veamos que Linoge podría reducir a esos dos hombres, valientes pero torpes, si quisiera... pero que decide no hacerlo.

Ya tiene puestas las esposas. Mike retrocede con alivio. Él y Hatch intercambian una mirada inquieta.

LINOGE: Pero se han acordado de ponerse los guantes. Eso está bien.

Empieza a morder la galleta, indiferente a la sangre que le mancha la mano.

MIKE: En pie.

Linoge termina la galleta y se pone obedientemente en pie.

*Exterior. Porche de Martha Clarendon.*

Más allá del porche caen gruesos copos de nieve que el viento amontona de forma irregular. Las casas del otro lado de la calle se ven borrosas, como a través de un velo.

Mike y Linoge salen uno junto al otro. Linoge lleva las manos esposadas ante sí, una visión a la que nos tienen acostumbrados los noticiarios de la noche. Hatch camina tras ellos con la escopeta cruzada. En la calle, una docena de curiosos se apiña junto al parachoques trasero del Lincoln de Robbie. Cuando los tres hombres salen de la casa, Robbie se agacha levemente y Mike ve cómo les apunta con el pequeño revólver.

MIKE: ¡Aparta esa arma!

Ligeramente avergonzado, Robbie lo hace. MIKE: Hatch, cierra la puerta.

HATCH: ¿Crees sensato hacer eso? Quiero decir, ¿no se supone que debemos dejar las cosas tal como están? Tratándose de la escena de un crimen y todo eso...

MIKE: Si dejamos la puerta abierta, la escena del crimen va a quedar bajo dos metros de nieve polvo. ¡Cierra esa puerta ahora mismo!

Hatch trata de hacerlo. Uno de los zapatos de Martha se lo impide. Se agacha y, esbozando una mueca, aparta el pie con una mano enguantada. Luego se incorpora y cierra la puerta. Mira a Mike, quien asiente con la cabeza.

MIKE: Dígame su nombre, señor.

Linoge vuelve la mirada hacia él. Por un instante no estamos seguros de si contestará. Pero entonces lo hace.

LINOGE: Andre Linoge.

MIKE: Bueno, pues vamos, Andre Linoge. Andando.

86

*Exterior. Primer plano de Linoge.*

Por un instante los ojos de Linoge cambian. Vemos aparecer en ellos un remolino de color negro en lugar

de los iris azules. Luego vuelven a asumir un aspecto normal.

87

*Exterior. Nuevo plano del porche, con Mike, Hatch y Linoge.*

Mike parpadea ante la visión, como si tratara de enfrentarse a un ataque de vértigo. Hatch no ha visto nada, pero Mike sí. Linoge le sonríe, como si quisiera decir «es nuestro secreto». Vemos entonces imponerse de nuevo la racionalidad de Mike, que le propina un empujón a Linoge.

MIKE: Venga. Muévase. Descienden los peldaños.

88

*Exterior. En el sendero de cemento.*

La tormenta de nieve arrecia; les azota el rostro y los hace entrecerrar los ojos. La gorra de Hatch sale volando. Cuando la sigue con la vista con expresión de impotencia, Linoge vuelve a dirigirle a Mike esa mirada, la de que tienen un secreto en común. Esta vez a Mike le cuesta más ignorarla... pero hace que Linoge continúe andando.

FUNDIDO

## CAPITULO IV

89

*Exterior. Faro de la isla de Little Tall. Mediodía.*

La nieve cae con tanta densidad que sólo podemos discernir el contorno... y por supuesto la luz, cada vez que gira ante nosotros. Las olas rompen con fuerza contra las rocas del promontorio. El viento aulla.

*90 Exterior. Pescado y langostas Godsoe. Mediodía.*

El alargado edificio, en parte almacén, en parte pescadería al por menor, se ve al fondo del muelle. Las olas se estrellan contra el muelle y la espuma salpica y empapa los costados y el tejado del edificio. Mientras observamos, el viento arranca el pestillo de una puerta, que empieza a batirse con violencia. Cerca de ella, una lona se suelta del bote que cubría y se aleja dando vueltas en el torbellino de la nevada.

91

*Exterior. Casa de los Anderson. Mediodía.*

Un vehículo todoterreno está aparcado en la curva, junto al letrero con el anuncio de la guardería. Los limpia-parabrisas se mueven con rapidez de un lado al otro, pero el cristal sigue cubriéndose de nieve. Los faros proyectan gemelos conos de luz a través del aire plagado de copos. El letrero de la guardería se balancea colgado de su cadena. En el porche, Molly Anderson hace entrega de un encogido Buster Carver y una igualmente encogida Pippa Hatcher a sus respectivas madres, Angela y Melinda. La cámara se acerca hasta el porche. Las tres mujeres tienen que gritar para hacerse oír por sobre el viento huracanado.

MELINDA: Pippa, ¿seguro que estás bien?

PIPPA: Sí. Don Beals hirió mis sentimientos, pero ahora ya están mejor.

MOLLY: Siento haber tenido que llamaros tan pronto, chicas...

ANGELA CARVER: Has hecho bien. La radio dice que van a dejar a los niños mayores en Machias, por lo menos esta noche... hay demasiado oleaje en el estrecho para traerlos de vuelta en el barco escolar.

MOLLY: Probablemente será lo mejor.

BUSTER: Mami, tengo frío.

ANGELA CARVER: Claro que tienes frío... pero entrarás en calor en el coche, cariño, *(a Molly)* ¿Queda alguno más?

MOLLY: Buster y Pippa son los últimos, *(a Pippa)* Vaya aventura la tuya de hoy, ¿eh?

PIPPA: Sí. ¡Mamá, tengo un botón para hacerla más pequeña!

La niña se oprime la nariz. Ni Melinda ni Angela comprenden el gesto, pero ambas ríen; les parece encantador y con eso les basta.

ANGELA CARVER: NOS veremos el lunes, si las carreteras están abiertas. Despidete, Buster.

Buster obedece y se despide con un ademán. Molly se despide a su vez mientras las madres llevan a sus niños escalera abajo a través de la cada vez más furiosa tormenta. Luego vuelve a entrar en la casa.

92

*Interior. Vestíbulo de la casa de los Anderson, con Molly y Ralphie.*

Hay un espejo a medio camino del vestíbulo, junto a la mesilla del teléfono. Ralphie ha acercado una silla y se ha subido a ella para ver la mancha roja que tiene en el puente de la nariz. Es una marca de nacimiento, pero más que desfigurarle resulta encantadora. Molly apenas repara en su presencia. Se siente aliviada por estar de nuevo al abrigo de la tormenta, y más aliviada aún por haber mandado a casa a todos los niños

a su cargo. Se sacude la nieve del cabello; luego se quita la parca y la cuelga. Mira hacia las escaleras, esboza una mueca al acordarse del percance de Pippa, y luego se echa a reír.

MOLLY (*para sí misma*): ¡Conque el botón para hacerla más pequeña!

RALPHIE (*todavía mirándose al espejo*): Mami, ¿por qué tengo que tener esto?

Molly se dirige hacia el niño, apoya el mentón sobre su hombro y contempla la imagen de su hijo en el espejo. En esa postura, forman un retrato de madre e hijo de lo más encantador. Molly alarga una mano para acariciar la pequeña marca roja en la nariz del niño.

MOLLY: TU padre dice que es una silla de montar para los duendes. Y que significa que naciste con suerte.

RALPHIE: Donnie Beals dice que es un grano.

MOLLY: Donnie Beals es un... Donnie Beals es un chalado.

Molly esboza una breve mueca; de haber podido elegir, probablemente no hubiera utilizado la palabra «chalado».

RALPHIE: NO me gusta. Incluso aunque sea una silla de montar para duendes.

MOLLY: A mí me encanta... pero si sigues sintiendo lo mismo al respecto cuando seas mayor, te llevaremos a Bangor y haremos que te la quiten. Hoy en día pueden hacerlo. ¿De acuerdo?

RALPHIE: ¿Cuántos años habré de tener? MOLLY: Unos diez... ¿qué te parece?

RALPHIE: ESO es esperar demasiado. A los diez uno es viejo.



Suena el teléfono. Molly levanta el auricular. MOLLY: ¿Hola?

93

*Interior. El supermercado, con Cat Withers.*

Está al teléfono, detrás del mostrador. Tess Marchant se encarga de la operación de cobrar por el momento. Todavía hay bastante cola en la caja, aunque ahora que la tormenta ha aumentado de intensidad se ha acortado un poco. Los clientes que quedan comentan con excitación la llamada al agente de policía para acudir a la casa de Martha Clarendon.

CAT: Ahí estás, por fin; llevo al menos diez minutos tratando de hablar contigo.

94

*Interior. El vestíbulo de los Anderson, con Molly y Ralphie.*

[Durante la conversación que sigue, el director podrá cortar y cambiar de escena cuando así lo desee, pero deberíamos ver a Molly medir sus palabras de modo casi inconsciente y no hacer todas las preguntas que quisiera porque «hay moros en la costa».]

MOLLY: He estado en el porche casi todo el rato, entregando niños a sus padres. Los he mandado a casa temprano. ¿Qué sucede, Katrina?

CAT: Bueno... no quiero asustarte ni nada por el estilo, pero nos hemos enterado de que se ha cometido un asesinato en la isla. La anciana Martha Clarendon. Mike y Hatch han ido para allá.

MOLLY: ¡Qué dices! ¿Estás segura?

CAT: En este momento no estoy segura de nada... este sitio ha sido una casa de locos durante todo el día; sólo sé que han ido para allá y que Mike me ha dicho que te llamara y te dijera que todo está bajo control.

MOLLY: ¿LO está?

CAT: ¿Cómo voy a saberlo? Bueno, probablemente sí... sea como fuere, ha querido que te llamara antes de que lo hiciera algún otro. Si ves a Melinda Hatcher...

MOLLY: Acaba de salir de aquí con Angie Carver. Van juntas en el coche. La encontrarás en casa dentro de unos quince minutos.

En el exterior, el aullido del viento aumenta de intensidad. Molly mira hacia afuera.

MOLLY: Será mejor que le des veinte minutos.

CAT: De acuerdo.

MOLLY: ¿No existe la posibilidad de que se trate de... no sé, de una broma? ¿De una travesura?

CAT: Ha sido Robbie Beals quien ha avisado. No tiene mucho sentido del humor, ¿sabes?

MOLLY: Sí. Ya lo sé.

CAT: Ha dicho que la persona que lo ha hecho quizá esté aún allí. No sé si Mike quería que te dijera eso o no, pero me parece que tienes derecho a saberlo.

Molly cierra los ojos unos instantes, como si la aquejara algún dolor; tal vez sea precisamente eso lo que le sucede.

CAT: ¿Molly?

MOLLY: Salgo ahora hacia la tienda. Si Mike llega antes que yo, dile que no se mueva de ahí.

CAT: No estoy segura de que quiera que... MOLLY: Gracias, Cat.

Molly cuelga antes de que Cat pueda decir nada más. Se vuelve hacia Ralphie, que aún examina la marca de nacimiento en el espejo. Está tan cerca de él que se pone bizco, lo cual resulta gracioso. Molly esboza una amplia sonrisa que sólo convencería a un niño de cuatro años; sus ojos están empañados por la preocupación.

MOLLY: Vayamos a la tienda a ver a papá, grandullón... ¿qué me dices?

RALPHIE: ¡A ver a papi! ¡Yupi!

Baja de un salto de la silla, pero se detiene y la mira con expresión dubitativa.

RALPHIE: ¿Y qué pasa con la tormenta? Sólo tenemos el coche, y en la nieve patina.

Molly coge el abrigo del niño del colgador junto a la puerta y empieza a ponérselo a toda prisa. No deja en ningún momento de esbozar esa sonrisa amplísima y falsa.

MOLLY: Eh, sólo son cuatrocientos metros. Y volveremos con papá en el todoterreno, porque apuesto a que va a cerrar la tienda temprano. ¿Qué tal? ¿Te parece bien?

RALPHIE: ¡Sí, excelente!

Molly le sube la cremallera del chaquetón al niño. Mientras lo hace nos percatamos de que está terriblemente preocupada.

#### *95 Exterior. Frente a la casa de Martha Clarendon.*

La tormenta empeora gradualmente; los curiosos tienen ciertas dificultades para mantenerse erguidos ante la nieve y el viento que arrecian... pero nadie se ha marchado. Robbie Beals se ha unido a Mike y Hatch. Todavía lleva el revólver en la mano, pero, con el prisionero esposado, parece un poco más tranquilo y lo apunta hacia el suelo.

Mike ha abierto el maletero del vehículo de asistencia de la isla, adaptado para transportar animales perdidos o enfermos. El fondo es de acero. Una malla sirve de separación entre ese compartimiento para equipajes y el asiento trasero. En un costado se ha instalado un depósito plástico de agua provisto de un tubo.

HATCH: ¿Vas a meterle ahí dentro?

MIKE: A menos que quieras sentarte con él en el asiento trasero y hacer de niñera.

HATCH (*que lo ha entendido demasiado bien*): Entre ahí.

Linoge no obedece, al menos no de inmediato. En lugar de ello, busca con la mirada a Robbie. A éste no le agrada precisamente que lo haga.

LINOGE: Recuerda lo que te he dicho, Robbie; el infierno no es otra cosa que repetición.

Esboza una sonrisa; una sonrisa sólo para Robbie, como la que le brindara a Mike. Luego entra en la parte de atrás del vehículo de asistencia.

ROBBIE (*con nerviosismo*): Este hombre dice un montón de tonterías. Creo que está loco.

Linoge tiene que sentarse con las piernas cruzadas y la cabeza agachada, pero eso no parece inmutarle en lo más mínimo. Todavía sonríe, con las manos esposadas en el regazo, cuando Mike cierra la puerta trasera.

MIKE: ¿Cómo es que sabe tu nombre? ¿Se lo has dicho tú?

ROBBIE (*bajando la vista*): No lo sé. Lo único que sé es que nadie en su sano juicio querría matar a Martha Clarendon. Iré hasta la tienda contigo. Te ayudaré a aclarar este asunto. Tenemos que ponernos en contacto con la policía estatal...

MIKE: Robbie, ya sé que va en contra de tus principios, pero tienes que dejar que yo me ocupe de esto.

ROBBIE (*muy irritado*): Yo soy el concejal de este lugar, en caso de que lo hayas olvidado. Tengo mis responsabilidades...

MIKE: Y yo tengo las mías, y las responsabilidades de ambos se hallan claramente especificadas en los estatutos municipales. En este momento, Úrsula necesita más de ti en el ayuntamiento que yo en mi oficio de policía. Vamonos, Hatch.

Mike se aleja del furioso concejal. ROBBIE: ¡Escúchame bien...!

Empieza a caminar junto al costado del vehículo hacia ellos, pero luego se da cuenta de que se está rebajando ante una docena de sus electores. La señora Kingsbury se halla cerca de él, rodeando con un brazo los hombros de un asustado Davey Hopewell. Tras ellos, Roberta Coign y su marido, Dick, miran a Robbie con rostros impertérritos que no consiguen enmascarar del todo su desdén.

Robbie deja de perseguir a Mike. Se guarda el revólver en el bolsillo del abrigo.

ROBBIE (*aún furioso*): ¡Te estás pasando de la raya, Anderson!

Mike ignora el comentario. Abre la puerta del conductor del vehículo de asistencia de la isla. Al ver que están a punto de salirse con la suya, Robbie utiliza el último recurso que le queda.

ROBBIE: ¡Y quítale el letrero a ese maldito monigote de tu porche! ¡No tiene ninguna gracia!

La señora Kingsbury se lleva una mano a la boca para reprimir la risa. Robbie no la ve hacerlo; probablemente por suerte para ella. El vehículo de asistencia se pone en marcha; vemos encenderse las luces. Parte calle arriba, con destino al supermercado y la comisaría de policía que éste alberga. Robbie sigue de pie, con los hombros hundidos y echando chispas; luego se vuelve hacia el

puñado de gente en la calle recubierta de nieve.

ROBBIE: ¿Qué hacen ahí de pie? ¡Vayanse a casa! ¡Se acabó el espectáculo!

Se dirige indignado hacia el Lincoln.

96

*Exterior. Principio de Main Street, en plena nevada.*

Vemos incidir la luz de unos faros en la ululante cortina blanca, y por fin aparece un coche tras ellos. Es pequeño, ligero y con tracción únicamente en dos ruedas. Va despacio y patinando; en la calle ya hay más de diez centímetros de nieve polvo.

*97 Interior. El coche, con Molly y Ralphie.*

Más adelante vemos surgir unas luces entre los copos de nieve, a la izquierda, y luego el porche y las nasas langosteras que penden en él.

RALPHIE: ¡ES el supermercado! ¡Yupi! MOLLY: Sí, menos mal.

Gira hacia la zona de aparcamiento. Ahora que están allí, Molly se da cuenta de que salir ha sido peligroso, pero ¿quién iba a imaginarse que la nieve cuajaría con tal rapidez? Para el motor y permanece unos instantes apoyada sobre el volante.

RALPHIE: ¿Estás bien, mami?

MOLLY: Estoy bien.

RALPHIE: Desátame ya, mami. ¡Quiero ver a papi!

MOLLY: ¡Cómo no!

Molly abre la puerta del coche.

*98 Exterior. El vehículo de asistencia de la isla.*

El coche gira a la izquierda en el semáforo y se dirige hacia el supermercado a través de la cada vez más densa nevada.

99

*Interior. El vehículo de asistencia, con Mike y Hatch.*

HATCH: ¿Qué vamos a hacer con él, Mike?

MIKE (*en voz baja*): No hables tan alto. (*Hatch se muestra avergonzado*) Tendremos que llamar al cuartel de la policía estatal en Machias, Robbie tenía al menos razón en eso; pero ¿qué posibilidades tenemos de que sean capaces de llevárselo con este tiempo?

Con expresión dubitativa, Hatch mira por la ventanilla la nieve que se amontona. La situación es

cada vez más complicada, y Hatch es un tipo sencillo. Continúan hablando en voz baja, de modo que Linoge no pueda oírlos.

MIKE: Robbie nos dijo que la televisión estaba encendida, y yo la he oído cuando estábamos en el vestíbulo. ¿Y tú?

HATCH: Sí, al principio. Daban el tiempo. Luego ese tipo debe de haberla...

Se interrumpe, tratando de recordar.

HATCH: Estaba rota. Destrozada, hecha añicos. Y no ha podido hacerlo mientras estábamos en el vestíbulo. Si uno destroza el tubo de imagen de un televisor tiene que hacer ruido, como un ¡Puf! Lo habríamos oído. *(Mike asiente con la cabeza)* Debe de haber sido la radio...

Lo dice casi como pregunta. Mike no contesta. Ambos saben que no se trataba de la radio.

100

*Interior. Linoge, en el compartimiento de transporte de animales.*

Sonríe. Vemos sólo las puntas de sus colmillos. Linoge sabe que lo saben. . . y a pesar de que hablen en voz baja puede oírlos.

101

*Exterior. Vista angular del supermercado a través de la nieve que cae. Tarde.*

El todoterreno de asistencia de la isla pasa lentamente ante el aparcamiento (el coche en que han llegado Molly y Ralphie ya está cubierto de una capa de nieve recién caída) y se introduce en un callejón que recorre el lateral de la tienda y lleva a la parte de atrás.

*102 Exterior. Plano desde el final del callejón.*

El vehículo de asistencia avanza con dificultad hacia nosotros sobre la nieve con los faros encendidos. La cámara retrocede cuando el coche llega al patio nevado en la parte trasera del edificio. En él hay una plataforma de carga y descarga, con un letrero que reza SÓLO PARA ENTREGAS DE MERCANCÍAS — UTILICEN LA ENTRADA DEL SUPERMERCADO PARA ASUNTOS POLICIALES. El

vehículo se detiene allí y retrocede para aparcar. La plataforma resulta muy conveniente para esa clase de asuntos, y desde luego Mike y Hatch tienen que hacer una *entrega*.

Se apean del vehículo y se dirigen hacia la parte de atrás. Hatch está tan nervioso como antes, pero Mike consigue mantener el control.

MIKE: ¿Has quitado el seguro?

Hatch primero parece sorprendido, luego avergonzado. Quita el seguro de la escopeta. Mike, que lleva su propio revólver en la mano, asiente satisfecho.

MIKE: Eres el mejor.

Hay unos peldaños en el extremo de la plataforma. Hatch sube por ellos y permanece en pie con la escopeta cruzada. Mike abre la puerta trasera del vehículo y se aparta de él.

MIKE: Salga y diríjase a la plataforma. Y no se acerque a mi... compañero.

A Mike le hace sentir incómodo sonar como un personaje de *Adam 12*, pero en esas circunstancias «compañero» es el término adecuado.

A pesar de la incómoda postura, Linoge se apea del coche con elegancia. Y todavía esboza esa leve sonrisa que le curva las comisuras de la boca. Hatch retrocede un paso para dejarle sitio cuando asciende los peldaños. El prisionero va esposado y ambos llevan armas, pero aun así Hatch tiene miedo de Linoge. Éste se queda de pie bajo la nieve y parece tan cómodo como un hombre en su sala de estar. Mike sube los escalones de la plataforma de carga hurgando en el bolsillo del pantalón. Extrae un manojito de llaves, selecciona la que abre la puerta trasera y se lo entrega a Hatch. La pistola de Mike apunta ligeramente hacia abajo, pero todavía en la dirección de Linoge.

103

*Exterior. Hatch, ante la puerta de carga y descarga.*

Se inclina e introduce la llave en la cerradura.

104

*Exterior. Primer plano de Linoge.*

Observa muy de cerca a Hatch... y vemos un repentino parpadeo de color negro en sus ojos.

105

*Exterior. Primer plano de Mike.*

Frunce el entrecejo. ¿Ha visto algo? No está seguro; ha pasado demasiado rápido.

106

*Exterior. Primer plano de la puerta de la plataforma.*

Hatch hace girar la llave. Se oye un chasquido. Y la mano de Hatch no sostiene ahora más que la cabeza de la llave.

107

*Exterior. Nuevo plano de la plataforma de carga y descarga.*

HATCH: ¡Vaya, hombre! ¡Se ha partido! Debe de haber sido el frío.

Empieza a aporrear la puerta con un puño enguantado.

108

*Interior. Cuartel de policía de la isla.*

Se trata de lo que en otros tiempos fuera una parte de la zona de almacenaje. Ahora contiene un escritorio, unos cuantos archivadores, un fax, una radio de frecuencia local y un tablón de anuncios en la pared. También hay una celda en una esquina. La celda parece lo bastante resistente pero de elaboración casera; uno de esos proyectos de «móntelo usted mismo». Es una instalación estrictamente temporal para borrachos de fin de semana y camorristas ocasionales.

Se oyen unos golpes contra la puerta.

HATCH (*voz en off*): ¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¿Hay alguien?

109

*Exterior. Nuevo plano de la plataforma de carga y descarga.*

MIKE: Déjalo. Da la vuelta y ábrela desde dentro. HATCH: ¿Quieres que te deje solo aquí fuera con él?

MIKE (*con cierta tensión en la voz*): A menos que hayas visto rondar por el callejón a Lois o Supermán.

HATCH: Podríamos llevarle...

MIKE: ¿A través del supermercado? ¿Con media isla haciendo sus compras para la tormenta? No lo creo. Venga, vete ya.

Hatch le dirige una mirada dubitativa y luego comienza a descender los peldaños.

110

*Exterior. Frente al supermercado.*

A través de una nevada más densa que nunca, el Lincoln de Robbie Beals entra en la zona de aparcamiento con

un giro brusco que lo hace patinar y casi arremeter contra el costado del coche de Molly. Robbie sale del vehículo y asciende los peldaños del porche justo cuando Peter Godsoe sale de la tienda. Peter es un hombre atractivo, de facciones duras y entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Es el padre de Sally, la pequeña que llevaba la camisa manchada de mermelada.

PETER GODSOE: ¿Qué ha pasado, Beals? ¿De verdad está muerta Martha?

ROBBIE: Está muerta y bien muerta.

Robbie ve el maniquí con el letrero en torno al cuello y se lo arranca de un tirón. Lo mira con ceño. Hatch dobla la esquina procedente de la parte de atrás justo a tiempo de contemplar la escena y reaccionar ante ella. Peter Godsoe sigue a Robbie de vuelta al interior, para seguir el desarrollo de los acontecimientos. Hatch los sigue a ambos.

111

*Interior. El supermercado. Tarde.*

En la tienda hay un montón de gente que pulula. Entre ellos destaca Molly Anderson, quien habla con Cat pero sobre todo se halla preocupada por Mike. Vemos a Ralphie a medio camino de uno de los pasillos, deambulando ante los cereales.

MOLLY (*a Hatch en cuanto éste entra*): ¿Dónde está Mike? ¿Está bien?

HATCH: Está bien. Se ha quedado fuera con el prisionero, en la parte de atrás. Sólo tengo que dejarle entrar.

Se ve abordado por otras personas. PETER GODSOE: ¿Es de aquí ese tipo? HATCH: No le había visto en toda mi vida.

Somos testigos del alivio que produce tal comentario. Otros tratan de llamar la atención de Hatch y de hacerle preguntas, pero Molly no se cuenta entre ellos; cuanto antes haga Hatch su trabajo, antes recuperará a su marido. Hatch se abre paso a través del pasillo central, deteniéndose para revolverle el cabello a Ralphie. Este le brinda una sonrisa afectuosa.

112

*Exterior. En la plataforma de carga y descarga, con Mike y Linoge.*

Están de pie y frente a frente en medio de la nieve que cae. Transcurren unos instantes de silencio.

LINOGE: Dadme lo que quiero, y me marcharé.

MIKE: ¿Qué es lo que quiere?

Mike no puede evitar que aquella sonrisa le estremezca.



*Interior. El cuartel de policía, con Hatch.*

Vemos entrar a Hatch, que se precipita hacia la puerta de carga y descarga. Trata de abrirla accionando el pomo con pestillo. La puerta sigue sin abrirse. La empuja con fuerza, y luego con más fuerza aún. No hay suerte. Como último recurso, arremete contra ella con un hombro. Nada. Es como si hubieran hundido la puerta en cemento.

HATCH: ¿Mike?

MIKE (*voz en off*): ¡Vamos, date prisa! ¡Nos estamos congelando aquí fuera!

HATCH: ¡No se abre! ¡Está atascada!

*Exterior. Nuevo plano de la plataforma de carga y descarga, con Mike y Linoge.*

Mike está totalmente exasperado; todo está saliendo mal y el asunto empieza a parecer digno del día de los Inocentes. Linoge todavía esboza su sonrisilla. Para él, todo está saliendo como es debido.

MIKE: ¿Has quitado el pestillo?

HATCH (*algo ofendido*): ¡Claro que sí, Mike!

MIKE: ¡Entonces arremete contra ella! Es probable que haya hielo en la jamba.

*Interior. Nuevo plano del cuartelillo, con Hatch.*

Robbie se halla en el umbral, detrás de Hatch, y observa el proceso con franco desdén. Hatch pone los ojos en blanco, pues sabe muy bien que la puerta no se ha helado; ya ha arremetido contra ella. Aun así, le propina otro buen par de empellones. Robbie cruza la estancia, deteniéndose por el camino a arrojar el burlón letrero sobre el escritorio policial de Mike. Hatch se vuelve con un respingo. Robbie (físicamente más robusto) aparta a Hatch sin demasiada delicadeza.

ROBBIE: Déjame a mí.

Arremete varias veces más contra la puerta y su expresión de confianza va remitiendo gradualmente. Hatch le contempla con ligera pero comprensible satisfacción. Robbie abandona y se frota el hombro.

ROBBIE: ¡Anderson! Tendrás que dar la vuelta y traerle a través de la tienda.

HATCH (*voz en off*): ¡Sí!

MIKE: Ven aquí, (*puntualiza*) Solo.

HATCH: ¡Voy para allá!

Mike vuelve a centrar la atención en Linoge.

MIKE: Vamos a tener que esperar un poco más. Simplemente no se mueva.

LINOGE: Recuerda lo que te he dicho, Anderson. Y cuando llegue el momento...  
hablaremos.

Sonríe.

116

*Exterior. Nuevo plano de la plataforma, con Mike y Linoge.*

Mike pone los ojos en blanco, presa de la irritación; así que Beals aún anda entrometiéndose y está en el cuartelillo. Desde luego, aquello va de mal en peor.

MIKE: ¡Hatch!

117

*Exterior. Main Street, isla de Little Tall. Atardecer.*

Las fachadas de las casas están adquiriendo un tono grisáceo y empiezan a semejar espejismos a medida que la intensidad de la tormenta aumenta.

118

*Exterior. Plano del rompeolas y el faro.*

Olas enormes se estrellan contra las rocas y salpican el aire de espuma.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO V

119 *Exterior. Supermercado de la isla. Atardecer.*

Bajo unas condiciones cada vez más duras que convierten el mero hecho de moverse en un serio problema, Mike, Hatch y Linoge emergen del callejón y se dirigen con dificultad hacia los peldaños de la tienda. Han obligado a Linoge a caminar delante de ellos, y ahora alza la vista, sonriendo.

120 *Exterior. Tejado del supermercado de la isla.*

Sobre él vemos un pequeño nido de antenas de radio que alimentan a los varios sistemas bidireccionales del interior de la tienda. La más alta de las antenas es arrancada de cuajo con un chasquido y cae rodando hacia atrás por el inclinado tejado.

121

*Exterior. Al pie de los peldaños que llevan al supermercado, con Mike, Hatch y Linoge.*

HATCH (*estremeciéndose*): ¿Qué ha sido eso?

MIKE: Una antena, creo. No te preocupes ahora de eso. Adelante.

Hatch empieza a subir los escalones poniendo entre él y Linoge una distancia prudencial.

122

*Exterior. El ayuntamiento. Escuchamos el mismo chasquido vibrante.*

123

*Interior. Oficinas del ayuntamiento, con Úrsula.*

URSULA: ¡Cambio! Rodney, ¿estás ahí? ¡Contesta, Rodney!

Nada. Tras unos instantes haciendo girar el dial, Ursula coloca el micro en su percha y contempla con indignación el inservible aparato de radio.

124

*Interior. El supermercado.*

Entra Hatch cubierto de nieve. Los clientes reaccionan ante la escopeta: antes la llevaba bajo un brazo y apuntando al suelo; ahora la lleva apoyada en el hombro y apuntando al techo.

HATCH: Mike quiere que todos ustedes retrocedan hacia los lados, ¿de acuerdo? No quiere a nadie en el pasillo número dos. Hemos pillado a un chico malo, y no podemos utilizar la puerta trasera para hacerle entrar como nos gustaría hacer, de modo que simplemente háganse a un lado. Déjennos un poco de espacio.

PETER GODSOE: ¿Por qué la ha matado?

HATCH: Simplemente retrocede un poco, Pete, ¿de acuerdo? Mike está ahí fuera de pie en la nieve y ya debe de tener los pies bastante fríos. Además, todos nos sentiremos mejor cuando tengamos a ese tipo entre rejas. Retrocedan, amigos, y déjenles libre el segundo pasillo.

Los clientes se separan en dos grupos y dejan libre el pasillo central del supermercado. Peter Godsoe y Rob-bie Beals forman parte de un grupo (del de la izquierda, mirando hacia el fondo de la tienda); Molly está en el otro junto a Cat y Tess Marchant, quien ha dejado momentáneamente la caja.

Hatch examina el resultado y decide que será suficiente; así tendrá que ser. Se dirige de nuevo hacia la puerta y la abre. Hace señas.

125

*Exterior. El porche, con Mike y Linoge.*

Linoge camina delante, con las manos esposadas a la altura de la cintura. Mike está alerta ante cualquier o eso espera sin duda. cosa.

MIKE: NO haga ningún movimiento en falso, señor Lino-ge, o no respondo de mí.

126

*Interior. El supermercado. Plano de Hatch.*

Baja la escopeta hasta cruzarla ante el pecho, con una mano en el cañón y la otra dispuesta a apretar el gatillo. Linoge, cubierto de nieve hasta las cejas, hace su entrada. Mike le sigue de cerca; la pistola apunta ahora a la espalda de Linoge.

MIKE: Diríjase al pasillo número dos y que no se le ocurra ir por otro sitio.

Pero el asesino de Martha se detiene unos instantes a examinar a los grupos de atemorizados isleños. Se trata de un momento de excepcional importancia. Linoge es como un tigre liberado de su jaula. El domador está allí (de hecho hay dos si contamos a Hatch), pero cuando se trata de tigres sólo resultan seguros los barrotes, muchos y muy gruesos. Mira fijamente a los residentes de Little Tall con ojos brillantes. Las miradas que los residentes le devuelven expresan temor mezclado con fascinación.

MIKE (*le da empujoncitos con la pistola*): Venga, vamos.

Linoge empieza a andar, pero se detiene. Está mirando a Peter.

LINOGE: ¡Peter Godsoe! ¡Mi mayorista de pescado favorito hombro con hombro con mi político

favorito!

Peter se estremece al oír que le llama por su nombre. MIKE (*instándole a seguir con la pistola*):

Venga, siga...

LINOGE (*ignorando a Mike*): ¿Qué tal va el negocio del pescado? No muy bien, ¿no es así? Suerte que te has conseguido el negocio de la marihuana para compensar. ¿Cuántos fardos tienes ahora en la parte trasera de tu almacén? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Cuarenta?

Peter Godsoe experimenta una violenta reacción. El tiro ha dado en el blanco. Robbie Beals se aparta de su amigo, como si temiera contagiarse de algún germen. Y por unos instantes Mike está demasiado asombrado para hacer callar a Linoge.

LINOGE: Será mejor que te asegures de tenerla bien embalada, Pete; con la tormenta, esta noche va a haber un oleaje de mil demonios cuando suba la marea.

Mike tiende una mano y aferra con fuerza el hombro de Linoge para obligarle a avanzar. Linoge trastabilla, pero recupera el equilibrio con facilidad. Esta vez es en Cat Withers que posa su brillante mirada.

LINOGE (*como si saludara a una vieja amiga*): ¡Cat Withers!

A Cat la recorre un estremecimiento. Molly la rodea con un brazo y mira a Linoge con temor y desconfianza.

LINOGE: Tienes buen aspecto... pero ¿por qué no? Hoy en día se hace en la misma consulta y no es nada del otro mundo...

CAT (*presa de la desesperación*): ¡Mike, hazle callar!

Mike empuja de nuevo a Linoge, pero esta vez no consigue hacerle ceder; se mantiene tan firme como... bueno, digamos que tan firme como esa problemática puerta atascada de la parte de atrás.

LINOGE: Te fuiste a Derry para que te libieran de él, ¿no es así? Supongo que aún no se lo has dicho a tu familia, ¿verdad? ¿Y a Billy? ¿No? Yo te aconsejaría que lo hicieras. Entre amigos, ¿qué importancia tiene un pequeño raspado hoy en día?

Cat se lleva las manos al rostro y se echa a llorar. Las personas que la rodean la miran con expresiones de asombro y horror. Uno de los hombres parece totalmente atónito. Es Billy Soames, de veintitrés años, y lleva un delantal rojo. Es hijo de Betty Soames y encargado de la limpieza del supermercado; también es novio de Cat y es la primera vez que oye hablar de que ella se haya deshecho de un hijo de ambos. Mike apoya el cañón de la pistola contra la nuca de Linoge y la amortilla con el pulgar.

MIKE: Muévete, o te muevo yo.

Linoge echa a andar por el centro del pasillo. No tiene miedo de la pistola que le apunta a la cabeza; simplemente ha dado por concluido el asuntillo que se traía entre manos.

Cat está sollozando al borde de la histeria y Molly la rodea con los brazos. Tess Marchant divide su atención entre la gimoteante muchacha y el incrédulo Billy Soames. De pronto, Molly se percató de que ha olvidado algo de considerable importancia.

MOLLY: ¿Dónde está Ralphie?

128

*Interior. Pasillo número dos, con Linoge y Mike, y Hatch en segundo plano.*

Cuando se acercan al final del pasillo, Ralphie aparece corriendo desde el otro lado con una caja de cereales en las manos.

RALPHIE: ¡Mamá! ¡Mami! ¿Puedo quedarme éstos?

Sin titubear, Linoge se inclina, coge en brazos a Ralphie y da media vuelta con él. De súbito, el hijo de Mike se halla entre Linoge y la pistola que empuña. El niño se ha convertido en un rehén. La primera reacción de

Mike es la absoluta sorpresa, seguida de un angustioso y escalofriante temor.

MIKE: Deje al niño en el suelo, o...

LINOGE (*sonriendo, al borde de la risa*): ¿O qué?

129 *Interior. Junto a la caja, con Molly.*

Pierde cualquier interés en Cat y se precipita hacia el principio del pasillo número dos para ver qué sucede. Uno de los residentes de la isla, Kirk Freeman, trata de detenerla.

MOLLY: ¡Déjame, Kirk!

Tironea con fuerza, y el hombre hace lo que le pide. Cuando Molly ve que Linoge tiene a su hijo, profiere un grito ahogado y se lleva las manos a la boca. Mike le indica con un gesto que se quede donde está sin apartar en ningún momento la mirada de Linoge. Detrás de Molly empiezan a congregarse los compradores, que contemplan con expresión tensa el enfrentamiento.

130

*Interior. Pasillo número dos, con Linoge y Ralphie en primer plano.*

Linoge apoya la frente contra la de Ralphie, de modo que ambos pueden mirarse a los ojos.

Ralphie es demasiado pequeño para tener miedo. Clava su mirada en esos ojos felinos, brillantes e interesados que le sonríen con una especie de excitada curiosidad.

LINOGE: Yo te conozco. RALPHIE: ¿Ah, sí?

LINOGE: Tú eres Ralph Emerick Anderson. Y sé algo más sobre ti.

Ralphie está fascinado, y no es consciente de que Hatch carga con un cartucho la escopeta, no

es consciente de que el supermercado se ha convertido en un polvorín del que él es la mecha. Se siente fascinado, casi hipnotizado, por Linoge.

RALPHIE: ¿Qué?

Linoge le da un brevísimo beso a Ralphie en el puente de la nariz.

LINOGE: ¡Que tienes una silla de montar para los duendes!

RALPHIE (*sonriendo, encantado*): ¡Así es como la llama mi papá!

LINOGE (*sonriendo a su vez*): ¡Por supuesto! Y hablando de tu papá...

Deja a Ralphie en el suelo, pero por unos instantes sigue tan cerca de él que el niño aún es, de hecho, su rehén. Ralphie advierte las esposas.

RALPHIE: ¿Por qué las llevas?

LINOGE: Porque he elegido llevarlas. Vamos. Ve a ver a tu padre.

Le da la vuelta al niño y le propina una leve palmada en el trasero. Ralphie ve a su padre y una sonrisa le ilumina el rostro. Antes de que pueda dar siquiera un par de pasos Mike le coge en brazos. Ralphie ve la pistola.

RALPHIE: Papi, ¿por qué llevas...? MOLLY: ¡¡Ralphie!!

Se precipita hacia el niño, rozando a Hatch al pasar junto a él y tirando un montón de latas de comida al suelo. Las latas ruedan por todas partes. Arranca a Ralphie de los brazos de Mike y le abraza con frenesí. Mike, conmocionado y tambaleante (¿quién no lo estaría?), vuelve a centrar la atención en el sonriente Linoge, quien acaba de disponer de todas las oportunidades del mundo para escapar.

RALPHIE: ¿Por qué le apunta papi con la pistola a ese hombre?

MIKE: Molly, llévatelo de aquí.

MOLLY: ¿Qué vas a...?

MIKE: ¡He dicho que te lo lleves de aquí!

Molly se estremece, pues no está acostumbrada a que Mike utilice ese tono, y empieza a retirarse con Ralphie en brazos hacia el resto del grupo que se apiña tímidamente en el extremo opuesto del pasillo. Pisa una lata y trastabilla. Kirk Freeman la sujeta antes de caer y la ayuda a recobrar el equilibrio. Ralphie, que mira a su padre por encima del hombro de Molly, acaba por sentirse disgustado.

RALPHIE: No le dispares, papi; sabe lo de la silla de montar para duendes.

MIKE (*dirigiéndose más a Linoge que a Ralphie*): No voy a dispararle. No si va a donde se supone que tiene que ir.

Mira hacia el final del pasillo. Linoge sonríe y asiente, como queriendo decir: «Por supuesto, si insiste», y empieza a dirigirse hacia allí con las manos de nuevo ante sí. Hatch se sitúa junto a Mike.

HATCH: ¿Qué vamos a...? MIKE: ¡Encerrarle! ¿Qué si no?

Mike experimenta temor, vergüenza, alivio... todos los sentimientos habidos y por haber. Hatch detecta las suficientes emociones en Mike como para sentirse intimidado y retrocede a un segundo plano mientras Mike sigue de cerca a Linoge hasta el final del pasillo.

131

*Interior. Plano angular del mostrador de la carnicería y la puerta del cuartelillo de policía.*

Cuando Linoge y Mike llegan al final del pasillo, el primero dobla a la izquierda hacia la puerta del cuartelillo, como si supiera de antemano donde está. Les sigue Hatch. De pronto, desde el pasillo número uno, aparece Billy Soames. Está demasiado furioso para experimentar temor, y antes de que Mike pueda detenerle, agarra a Linoge y le arroja contra el mostrador de la carnicería.

BILLY SOAMES: ¿Qué sabes tú de Katrina? ¿Y cómo lo sabes?

Mike ya ha aguantado bastante. Agarra a Billy de la espalda de la camisa y tira de él para arrojarle contra una estantería de especias y condimentos para pescado. Billy la golpea con fuerza y cae despatarrado.

MIKE: ¿Estás loco o qué? ¡Este tipo es un asesino! ¡Apártate de su camino! ¡Y apártate del mío, Billy Soames!

LINOGE: Sí, y límpiate un poco.

Volvemos a vislumbrar en sus ojos esa extraña y vacilante negrura.

132

*Interior. Primer plano de Billy.*

Al principio le vemos sentado donde ha caído dirigiendo a Linoge una mirada inquisitiva. Entonces empieza a manarle sangre de la nariz. Billy se lleva las manos a la cara para detener la hemorragia y contempla incrédulo la sangre que le empapa las palmas. Cat corre por el pasillo uno hasta donde está Billy y se arrodilla junto a él; en realidad desea hacer cualquier cosa que borre aquella desagradable expresión de sorpresa, dolor y rabia en el rostro del muchacho. Pero Billy no piensa consentirlo. La aparta de un empujón.

BILLY SOAMES: ¡Déjame en paz! Se pone en pie, tambaleándose.

133

*Interior. Plano más amplio del mostrador de la carnicería.*



LINOGE: Antes de que se ponga demasiado farisaico, Katrina, pregúntale hasta qué punto conoce bien a Jenna Freeman.

Billy se estremece, atónito.

134

*Interior. Kirk Freeman, en el pasillo número dos.* KIRK FREEMAN: ¿Qué sabes tú de mi hermana?

135

*Interior. Nuevo plano del mostrador de la carnicería.*

LINOGE: Que los caballos no son lo único que le gusta montar cuando hace calor. ¿No es así, Billy?

Cat mira perpleja a Billy. Éste se enjuga la sangrante nariz con el dorso de la mano y mira a cualquier parte menos a ella. Su rabia farisaica y dolida se ha disuelto en una especie de furtiva vergüenza. Su rostro parece decir: «Dejadme salir de aquí.» La expresión de Mike es de que aún no consigue creer que todo el asunto se haya convertido en semejante lío.

MIKE: Apártate de ese hombre, Cat. Tú también, Billy.

Cat no se mueve de donde está. Quizá ni siquiera le haya oído. Sus mejillas están surcadas de lágrimas. Hatch la empuja con suavidad con una mano para apartarla de la puerta en la que se lee CUARTEL DE POLICÍA. Sin darse cuenta la ha empujado hacia Billy, y tanto él como Cat retroceden inmediatamente.

HATCH (*con tono amable*): Será mejor que te alejes del alcance de sus garras, querida.

En esta ocasión Cat pasa dando traspies ante Billy (que no hace movimiento alguno para detenerla) hacia la entrada de la tienda. Mike, entretanto, se adelanta para coger un paquete de bolsas de plástico, de las que uno utilizaría para guardar sobras, de un estante. Luego presiona con el cañón de la pistola entre los omóplatos de Linoge.

LINOGE: Venga, muévase.

136

*Interior. El cuartel de policía.*

El viento aulla de forma escalofriante, como el silbato de un tren. Oímos repicar las tejas y crujir las maderas.

Se abre la puerta. Entra Linoge, seguido de Mike y Hatch. Linoge se dirige hacia la celda, pero se detiene cuando una ráfaga de viento particularmente fuerte sacude el edificio y lo hace estremecer. Vemos colarse una vaharada de nieve bajo la puerta de carga y descarga.

HATCH: NO me gusta cómo suena eso. MIKE: Siga, señor Linoge.

Cuando pasan ante el escritorio, Mike deja el paquete de bolsas y coge un gran candado de combinación. Del bolsillo extrae un manajo de llaves y por unos instantes contempla compungido la llave partida de la puerta de carga. Le tiende el manajo y el candado a Hatch. También intercambia su pistola por la escopeta de Hatch. Llegan a la celda.

MIKE: Levante las manos y cójase a los barrotes. (*Lino-ge le obedece*) Ahora separe las piernas. (*Linoge le obedece*) Más abiertas. (*Linoge le obedece*) Voy a cachearle, y si se mueve, mi buen amigo Alton Hatcher va a ahorrarnos a todos un montón de sufrimiento.

Hatch traga saliva, pero apunta con la pistola. Mike deja a un lado la escopeta.

MIKE: Ni siquiera parpadee, señor Linoge. Ha puesto usted sus sucias manos en mi hijo, de modo que no se le ocurra siquiera parpadear.

Mike rebusca en los bolsillos del chaquetón marinero de Linoge y extrae los guantes amarillos. Están manchados de la sangre de Martha. Mike esboza una mueca de desagrado y los arroja sobre el escritorio. Hurga un poco más en los bolsillos del chaquetón y no encuentra nada. Adelanta las manos para hundirlas en los bolsillos de los vaqueros de Linoge y los vuelve del revés. Están vacíos. Comprueba los bolsillos traseros. Nada a excepción de unas bolillas de pelusa. Le quita el gorro a Linoge y busca en su interior. Nada. Lo arroja sobre el escritorio junto a los guantes.

MIKE: ¿Dónde está su cartera? (*Linoge no responde*) ¿Dónde está su cartera, eh?

Mike golpea dos veces a Linoge en el hombro. El primer golpe es casi una palmada amistosa; el segundo es demasiado fuerte para serlo. Sigue sin obtener respuesta.

MIKE: ¿Eh?

HATCH (*inquieto*): Mike, tómatelo con calma.

MIKE: Este tipo le ha puesto las manos encima a mi hijo, ha estado cara a cara con mi hijo; este tipo ha llegado a besarle la nariz a mi hijo... así que no me digas que me lo tome con calma. ¿Dónde está su cartera, señor?

Mike le propina un fuerte empujón a Linoge. Éste se ve aplastado contra los barrotes caseros de la celda, pero consigue seguir aferrado a ellos y mantener las piernas separadas.

MIKE: ¿Dónde está su cartera? ¿Dónde está su tarjeta de crédito? ¿Dónde está su carnet de donante de sangre? ¿Dónde guarda sus boletos de descuento del supermercado? ¿Qué alcantarilla ha recorrido nadando para llegar hasta aquí? ¿Eh? ¡Contésteme!

Toda la frustración, la ira, el temor y la humillación de Mike están a punto de salir a flote. Agarra a Linoge del cabello y le estampa el rostro contra los barrotes.

MIKE: ¿Dónde está su cartera? HATCH: Mike...

Mike vuelve a estamparle el rostro contra los barrotes. Está dispuesto a hacerlo de nuevo, pero Hatch le agarra el brazo.

HATCH: ¡Basta ya, Mike!

Mike se detiene, inspira profundamente y de algún modo consigue controlarse. En el exterior el viento arrecia, y escuchamos el débil rumor de las olas al estrellarse.

MIKE (*respira con dificultad*): Quítese las botas.

LINOGE: Voy a tener que soltar los barrotes para hacer eso. Son de cordones.

Mike se arrodilla. Coge la escopeta. Planta la culata en el suelo y el cañón justo en el centro del trasero de los vaqueros de Linoge.

MIKE: Un solo movimiento, señor, y no tendrá que volver a preocuparse jamás del estreñimiento.

A Hatch se le ve cada vez más asustado. Nunca había visto esa faceta de Mike (y habría podido pasar sin ella). Entretanto, Mike desabrocha las botas de Linoge y afloja los cordones. Luego se pone en pie, coge la escopeta y retrocede.

MIKE: Quíteselas.

Linoge se deshace de ellas con sendas patadas. Mike le hace una indicación con la cabeza a Hatch, quien se inclina (mirando por el rabillo del ojo a Linoge mientras lo hace) para recogerlas. Tantea en su interior y luego las agita.

HATCH: Nada.

MIKE: Tíralas sobre el escritorio.

Hatch le obedece.

MIKE: Entre en la celda, señor Linoge. Muévase despacio y mantenga las manos donde pueda verlas.

Linoge abre la puerta de la celda y la hace oscilar un par de veces sobre sus goznes antes de entrar. La puerta chirría y no parece muy nivelada cuando queda abierta del todo. Linoge toca un par de las caseras soldaduras con la yema de un dedo y sonrío.

MIKE: ¿Qué está pensando, que no podrá retenerle? Por supuesto que lo hará.

Aun así, Mike no parece enteramente convencido, y Hatch todavía parece abrigar más dudas. Linoge entra en la celda, la cruza y se sienta de cara a la puerta. Encoge las piernas hasta apoyar los talones (lleva calcetines blancos de deporte) sobre el catre y mira a la cámara entre las rodillas dobladas. A partir de ahora vamos a verle en esa postura durante cierto tiempo. Las manos penden lánguidas. Esboza una levísima sonrisa. Si viéramos a un tipo como él mirarnos de ese modo, lo más probable es que saliéramos corriendo. Esa mirada es la de un tigre enjaulado; muy fija y vigilante, pero llena de violencia contenida.

Mike cierra la puerta de la celda y Hatch hace girar en el candado una de las llaves del manajo. Tras hacerlo, le da una sacudida a la puerta. Está bien cerrada, pero aun así él y Mike intercambian una mirada de desdicha. Esa puerta es tan estable como el último diente en la mandíbula de un viejo. La celda está destinada a tipos como Sonny Brautigan, quien tiene la desagradable costumbre de emborracharse y tirar piedras a los cristales de la casa de su ex mujer... no a un extraño sin identificación que ha matado a palos a una anciana viuda. Mike se dirige hacia la puerta de carga, echa un vistazo al pestillo y luego prueba a accionar el pomo. La puerta se abre con facilidad,

permitiendo la entrada de una gélida ráfaga de viento y un remolino de nieve. Hatch se queda boquiabierto.

HATCH: Mike, te juro que no cedía.

Mike cierra la puerta. Cuando acaba de hacerlo entra en el cuartel Robbie Beals. Se dirige hacia el escritorio y tiende la mano hacia un guante.

MIKE: ¡NO toques eso!

ROBBIE (*retirando la mano*): ¿Lleva algún documento de identidad encima?

MIKE: Quiero que salgas de aquí.

Robbie coge el letrero de broma y lo blande ante Mike.

ROBBIE: Voy a decirte algo, Anderson; tu sentido del humor es enteramente...

Hatch, que de hecho fue quien colgó el letrero del cuello del monigote, parece incómodo. Ninguno de los otros dos se percató de ello. Mike arranca el maldito cartel de manos de Robbie y lo tira a la papelera.

MIKE: No dispongo ni de tiempo ni de paciencia para esto. Sal de aquí o te echaré yo.

Robbie mira a Mike y se da cuenta de que habla totalmente en serio. Retrocede hacia la puerta.

ROBBIE: En la próxima asamblea municipal, es posible que tengan lugar ciertos cambios en el brazo de la ley de Little Tall.

MIKE: La próxima asamblea es en marzo; estamos en febrero. Así que lárgate ahora mismo..

Robbie se marcha. Mike y Hatch permanecen inmóviles unos instantes, y luego Mike exhala un largo bufido. Hatch parece aliviado.

MIKE: Creo que lo he llevado bastante bien, ¿no te parece?

HATCH: Como todo un diplomático.

Mike vuelve a inspirar y espirar con lentitud. Abre el paquete de bolsas. En cuanto él y Hatch acaban de hablar, introduce los guantes manchados de sangre en sendas bolsas, y el gorro en una tercera.

MIKE: Tengo que salir a...

HATCH: ¿Vas a dejarme solo con él?

MIKE: Voy a tratar de alertar a la comisaría de policía de Machias. Y mantente alejado de él.

HATCH: YO diría que puedes contar con ello.

Unos veinticinco o treinta vecinos han obstruido los pasillos y miran esperanzados y temerosos hacia la puerta del cuartelillo. A un lado, echando más chispas que un fuego recién avivado, se halla Robbie. Ahora se han unido a él los otros dos miembros de su familia: su esposa Sandra y el encantador Don, que han vuelto de la guardería. Al frente del grupo está Molly, con Ralphie en los brazos. Al abrirse la puerta y ver a Mike, se precipita hacia él. Mike la rodea con un brazo consolador.

RALPHIE: NO le has hecho daño, ¿verdad, papá?

MIKE: NO, cariño, sólo le he metido en un lugar seguro.

RALPHIE: ¿En la cárcel? ¿Le has metido en la cárcel? ¿Qué ha hecho?

MIKE: Ahora no, Ralph.

Le da un beso en el puente de la nariz y se vuelve hacia la gente que se ha congregado.

MIKE: ¡Peter! ¡Peter Godsoe!

Todos miran en derredor, murmurando. Tras unos instantes, Peter Godsoe se adelanta con actitud incómoda pero bravucona (también parece un poco asustado).

PETER GODSOE: Mike, respecto a lo que ha dicho ese tipo, es la mayor estupidez que...

MIKE: Eh, eh. Quiero que entres ahí con Hatch. Vamos a vigilar a ese tipo, y vamos a hacerlo de dos en dos.

PETER GODSOE (*enormemente aliviado*): De acuerdo. Cómo no.

Traspone la puerta del cuartelillo. Mike, que aún rodea con el brazo a Molly, se vuelve hacia sus vecinos.

MIKE: Tengo la sensación de que voy a tener que cerrar la tienda, amigos, (*se oyen murmullos*) Les invito a llevarse cuanto tengan; confío en que saldrán la deuda cuando haya pasado la tormenta. En este momento tengo un prisionero del que ocuparme.

Una mujer de mediana edad, Della Bissonette, se adelanta con expresión preocupada.

DELLA: ¿De veras ha matado ese hombre a la pobre Martha?

Se oyen más murmullos en esta ocasión, murmullos de temor e incredulidad. Molly dirige una tensa mirada a su marido. También parece desear que Ralphie padeciera sordera temporal.

MIKE: A su debido tiempo conocerán toda la historia, pero no ahora. Por favor, Della, ayúdeme a hacer mi trabajo. Recojan sus cosas y vayanse a casa antes de que la tormenta empeore aún más. Quiero que algunos de los hombres se queden un par de minutos más. Kirk Freeman, Jack Carver, Sonny Brautigan, Billy Soames, Johnny Harriman, Robbie... con ustedes me bastará para empezar.

Los hombres en cuestión se adelantan mientras el resto se vuelve y se dispone a marcharse. Robbie esgrime su típica actitud presuntuosa. Billy presiona un montón de pañuelos de papel contra su nariz.

*Interior. El cuartelillo de policía.*

Hatch está sentado al escritorio y trata de utilizar la radio. Peter contempla la celda con inquieta fascinación. Linoge, sentado en el catre, les observa entre las rodillas separadas.

HATCH: Machias, al habla Alton Hatcher, de Little Tall. Tenemos una emergencia policial. ¿Me oyen, Machias? Contéstenme si me oyen. Cambio.

Deja de oprimir el botón. No se oye otra cosa que la electricidad estática.

HATCH: Machias, al habla Alton Hatcher por el canal 19. Si me oyen...

PETER GODSOE: No te oyen. Te has quedado sin antena en el tejado.

Hatch exhala un suspiro, pues sabe que así es. Baja el volumen y enmudece con ello el sonido de la estática.

PETER GODSOE: Inténtalo con el teléfono.

Hatch le mira con expresión de sorpresa, y luego levanta el auricular del teléfono. Escucha, oprime unas cuantas teclas al azar, y por fin cuelga.

PETER GODSOE: Nada, ¿eh? Bueno, era una posibilidad muy remota.

Peter se vuelve de nuevo hacia Linoge, quien le está mirando fijamente. Hatch, entretanto, observa a Peter con cierta fascinación.

HATCH: NO es cierto que tengas un cargamento de hierba oculto tras las nasas langosteras, ¿verdad?

Peter le mira... y no dice nada.

MOLLY: ¿Seguro que estarás bien?

MIKE: Claro.

MOLLY: ¿Cuándo volverás a casa?

MIKE: En cuanto pueda. Llévate la furgoneta; en el coche no podrías recorrer ni trescientos metros. Nunca había visto nevar de forma tan copiosa. Yo utilizaré el vehículo de asistencia o haré que alguien me deje en casa cuando todo esto se haya resuelto. Tengo que volver a casa de Martha para acordonarla.

Molly desearía formularle un montón de preguntas, pero no puede hacerlo; hay «moros en la costa». Le da un beso a Mike en la comisura de los labios y se vuelve para marcharse.

*Interior. Plano de Molly, Ralphie y Mike al fondo del supermercado.*

Los compradores (a excepción del reducido grupo de hombres que Mike ha señalado) se van

dirigiendo hacia la salida del supermercado y el mundo exterior. Se oye el constante tintineo de la campanilla de la puerta a medida que la gente sale.

140

*Interior. Junto a la caja con Cat y Tess Marchant.*

Cat todavía está sollozando. Tess la abraza y la mece, pero podemos ver que incluso ella está muy afectada por lo que ha dicho Linote. Molly le dirige a Tess una mirada inquisitiva cuando lleva a Ralphie hacia la puerta.. Tess asiente con la cabeza, como queriendo decir que todo está bajo control. Molly asiente a su vez y se marcha.

141

*Exterior. Plano frontal del supermercado.*

Molly desciende con cuidado los peldaños con Ralphie en brazos en medio de una tormenta de nieve que se ha tornado atroz. Se dirige hacia la cámara viéndose obligada a luchar contra el viento a cada paso... y la tormenta aún no ha llegado a su apoteosis.

RALPHIE (*gritando para hacerse oír*): La isla no va a salir volando, ¿verdad, mamá?

MOLLY: NO, cariño, por supuesto que no. Pero Molly no parece tan segura como dice.

142

*Exterior. El centro del pueblo. Plano panorámico.*

Está nevando copiosamente. Unos pocos vehículos circulan por Main y Atlantic Street, pero no lo harán por mucho tiempo. La isla de Little Tall está absolutamente aislada del mundo exterior. El viento aulla; la nieve arrecia.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO VI

143

*Exterior. El pueblo. Plano panorámico. Tarde.*

Se trata del mismo plano anterior, pero ahora es más tarde y no queda mucha luz diurna. El viento continúa aullando.

144

*Exterior. La zona boscosa al sur del pueblo. Tarde.*

La cámara efectúa un plano picado del mar, muy revuelto, a través de unos cables de alta tensión. Se escucha un crujido y un enorme y viejo pino se derrumba contra los cables, que ceden en medio de una lluvia de chispas.

145

*Exterior. Main Street. Tarde.*

En una nueva toma de la primera escena, vemos apagarse todas las luces, incluida la del semáforo en la intersección de calles.

146

*Interior. Cuartel de policía, con Hatch y Peter. Se va la luz.*

HATCH: ¡Oh! ¡Maldita sea! Peter no responde. Su mirada está fija en algo.

147

*Interior. La celda del cuartel desde el punto de vista de Peter.*

Linoge no es más que un bulto oscuro... a excepción de los ojos, en los que brilla una inquietante luz roja, como en los ojos de un lobo.



148 *Interior. Nuevo plano de Hatch y Peter.*

Hatch rebusca en el cajón del escritorio. Cuando extrae de él una linterna, Peter le aferra el brazo.

PETER GODSOE: ¡Mírale!

Hatch, sorprendido, se da la vuelta para mirar a Lino-ge. El prisionero sigue sentado como antes, pero en sus ojos ya no brilla ninguna luz misteriosa. Hatch enciende la linterna y enfoca con el haz de luz el rostro de Lino-ge. Este les mira con actitud tranquila.

HATCH (*a Peter*): ¿Qué le pasa?

PETER GODSOE: Yo... nada.

Vuelve a mirar a Linoge, perplejo y un poco asustado.

HATCH: Será que has fumado demasiado de eso que vendes.

PETER GODSOE (*entre avergonzado y furioso*): Cierra la boca, Hatch. No hables de algo que no tienes ni idea.

149

*Interior. Mostrador del supermercado, con Mike y Tess Marchant.*

Al parecer son los únicos que quedan, y ahora que se ha ido la luz el supermercado está en penumbra; los ventanales de la fachada son grandes, pero la luz que entra por ellos ha empezado a menguar. Mike rodea el mostrador y abre un pequeño armario metálico empotrado en la pared. En su interior hay una serie de fusibles y un interruptor algo mayor. Acciona este último.

150

*Exterior. Parte de atrás del supermercado. Tarde.*

Vemos un pequeño cobertizo con un letrero que reza GENERADOR a la izquierda de la plataforma de carga y descarga. En su interior se pone en marcha un motor y de la chimenea surge un humo azulado que el viento se lleva de inmediato.

151

*Interior. El cuartel de policía.*

Vuelven a encenderse las luces. Hatch exhala un suspiro de alivio.

HATCH: Eh... Pete.

Hatch desea disculparse, y pretende que Peter le ayude un poco, pero Peter no está de humor para

eso. Se aleja de Hatch y observa el tablón de anuncios de la pared.

HATCH: Me he pasado de la raya.

PETER: Aja, un buen trecho.

Peter se vuelve a mirar a Linoge. Éste le observa a su vez esbozando una leve sonrisa.

PETER: ¿Qué estás mirando?

Linoge no contesta; simplemente continúa mirándole con aquella sonrisilla. Peter se vuelve de nuevo hacia el tablón, inquieto. Hatch mira a Peter, ansiando poder retirar su desagradable comentario.

152

*Exterior. El porche del supermercado, con Mike y Tess.*

Tess lleva una parca, guantes y un par de botas altas de caucho. Aun así, el viento la hace balancearse y Mike tiene que ayudarla a recobrar el equilibrio antes de dirigirse al escaparate junto a la puerta. A ambos lados de éste, en la parte inferior, hay sendas manivelas. Mike coge una de ellas y Tess se abre paso hasta la otra. Hablan mientras las accionan (gritando para hacerse oír por encima del viento) para bajar las persianas de lamas de madera ante los cristales.

MIKE: ¿Seguro que estarás bien? Puedo acompañarte si quieres...

TESS: ¡Vas en la dirección contraria! Y sólo vivo seis casas más abajo... como sabes muy bien. ¡No hace falta que me hagas de niñera!

Mike asiente con la cabeza y esboza una sonrisa. Se dirigen al escaparate del otro lado de la puerta y bajan también la persiana.

TESS: Mike, ¿tienes idea de por qué ha venido aquí o de por qué querría matar a Martha?

MIKE: No. Vamos, vete a casa, Tess. Enciende un buen fuego. Ya cerraré yo.

Acaban con la persiana y se dirigen a los escalones. Tess se estremece y se ciñe aún más la capucha cuando los azota otra ráfaga de viento.

TESS: Vigílale bien. No queremos verle merodeando por ahí con este... *(alza el mentón hacia la ventisca)* tiempo.

MIKE: NO te preocupes.

Tess le mira unos instantes más y parece sentirse razonablemente satisfecha de lo que ve. Asiente con la cabeza y desciende con cautela los peldaños cubiertos de nieve, sujetándose con fuerza a la barandilla. Ahora que está de espaldas a él, Mike permite que su rostro refleje cuan preocupado está en realidad. Luego vuelve a entrar en la tienda y cierra la puerta. Vuelve el letrero de ABIERTO del lado que dice CERRADO y baja el estor.

153 *Interior. El cuartelillo.*

Entra Mike, todavía pisando fuerte para quitarse la nieve de las botas, y echa un vistazo

alrededor. Hatch ha

encontrado una segunda linterna y ha sacado también varias velas. Peter aún estudia los anuncios desparramados por el tablón. Mike se dirige hacia él mientras extrae un papel del bolsillo trasero.

MIKE: ¿Va todo bien por aquí?

HATCH: Digamos que bastante bien, pero no puedo alertar a la policía estatal en Machias. No consigo alertar a nadie.

MIKE: Lo cierto es que no me sorprende.

Sujeta al tablón con una chincheta el papel garabateado con la lista de turnos, y Peter se dedica de inmediato a estudiarla. Mike se dirige al escritorio y abre el cajón inferior.

MIKE (*a Hatch*): Tú y Peter hasta las ocho, Kirk Freeman y Jack Carver de las ocho hasta medianoche, Robbie Beals y Sonny Brautigan desde la medianoche hasta las cuatro, Billy Soames y John-ny Harriman de las cuatro a las ocho de la mañana. A partir de entonces ya veremos.

Mike encuentra un pequeño maletín y una cámara Polaroid. Saca ambas cosas, cierra el cajón y observa a los dos hombres a la espera de algún comentario. Tan sólo obtiene un incómodo silencio.

MIKE: ¿Seguro que va todo bien por aquí, chicos? HATCH (*con excesivo entusiasmo*):

Claro. PETER: Aja, todo va bien.

Mike los observa unos instantes y se hace una idea de por dónde van los tiros. Abre el maletín y vislumbramos brevemente varios objetos que podrían resultarle de ayuda a un policía de pueblo (una gran linterna, vendas, botiquín, etc.). Mete junto a ellos la Polaroid.

MIKE: Permaneced alerta. Los dos. ¿Entendido?

No obtiene respuesta. Hatch parece incómodo y Peter, enfurruñado. Mike vuelve la mirada hacia Linoge, quien le observa con aquella leve sonrisa suya.

MIKE: Más tarde tendremos esa conversación que usted deseaba tener, señor.

Cierra el maletín y se dirige hacia la puerta. Una fortísima ráfaga de viento azota el edificio y lo hace crujir. Desde el exterior oyen caer algo con un sonoro crujido. Hatch se estremece.

HATCH: ¿Qué hacemos con él si Robbie y Úrsula deciden hacer sonar la sirena para atraer a todo el mundo? No podemos tenerle simplemente sentado en un rincón del sótano del ayuntamiento con una manta y un tazón de sopa.

MIKE: NO lo sé. Supongo que quedaros aquí con él.

PETER: ¿Y salir volando con él?

MIKE: ¿Quieres irte a casa, Pete?

PETER: NO.

Mike asiente con la cabeza y se marcha.

154 *Exterior. Casa de Martha Clarendon. Anochecer.*

De la creciente penumbra emerge el vehículo de asistencia de la isla, haciendo crujir la nieve y las ramas caídas en la calle bajo los neumáticos. Se detiene ante la puerta de Martha. Mike se apea del coche, con el pequeño maletín, y recorre el sendero. La tormenta ha empeorado aún más; las ráfagas de viento azotan a Mike, quien asciende con dificultad los escalones cubiertos de nieve del porche.

155 *Exterior. El porche, con Mike. Anochecer.*

Abre el maletín y extrae la linterna y la Polaroid. Se cuelga ésta al cuello. El viento aulla y las ramas tabletean contra el porche. Mike mira alrededor, un poco nervioso, y vuelve a concentrar la atención en el caso que le ocupa. Saca un rollo de cinta adhesiva blanca y un rotulador. Sujetando la linterna (ahora encendida) entre el costado y el brazo, *arranca*, un pedazo de cinta adhesiva y la adhiere a la puerta de entrada de Martha. Destapa el rotulador, piensa unos instantes, y escribe:  
ESCENA DEL  
CRIMEN. PROHIBIDO EL PASO. MICHAEL ANDERSON,  
AGENTE DE POLICÍA. Se coloca entonces el rollo de cinta a modo de pulsera y abre la puerta. Recoge el andador de Martha, sujetando las empuñaduras con las manos enguantadas, y lo deja en el vestíbulo. Cierra entonces el maletín, lo coge del asa y entra en la casa.

156

*Interior. El vestíbulo a oscuras.*

Mike introduce la linterna encendida en el bolsillo del chaquetón. El haz de luz se dirige hacia el techo. El propio Mike es poco más que una silueta que se mueve en la oscuridad mientras prepara la Polaroid y se la lleva al rostro.  
El resplandor del flash nos permite ver durante una fracción de segundo.

157

*Interior. Plano de Martha Clarendon.*

A la luz del flash, vemos su rostro maltrecho y sanguinolento por un instante. Luego se desvanece. Esta imagen y las que siguen tienen la crudeza de las fotografías tomadas en la escena de un crimen, la crudeza de la evidencia, precisamente lo que serán algún día en un tribunal. O en eso confía Mike.

158

*Interior. El vestíbulo a oscuras.* La silueta de Mike Anderson se inclina levemente.

159 *Interior. Fotografías en la pared del vestíbulo.*

A la luz del flash, vemos unas barcas en el mar. El muelle del pueblo en 1920. Viejos automóviles Ford que traquetean Atlantic Street arriba en 1928. Unas muchachas celebrando una merienda campestre junto al faro. Las fotografías están salpicadas de sangre. Entre ellas, sobre el papel pintado, los regueros de sangre son mayores. La imagen se disuelve.

160

*Interior. El vestíbulo a oscuras.*

La silueta de Mike Anderson se inclina levemente.

161

*Interior. El vestíbulo a la luz del flash.*

Mike recorre el vestíbulo hacia la sala de estar.

Mike se vuelve, mete la primera fotografía en el bolsillo del chaquetón y vuelve a oprimir el disparador.

162

*Interior. La sala de estar a oscuras.*

Se trata de un escenario bastante espeluznante, con los muebles que no son más que oscuras formas amenazantes y el viento aullando en el exterior. Las ramas continúan tableteando y los árboles parecen gemir. Mike continúa andando con el haz de la linterna emergiendo todavía del bolsillo del chaquetón. Sin querer, le propina una patada a algo. Una forma oscura rueda por el suelo, choca contra una pata de la butaca de Martha y se desvía hasta desaparecer del cuadro. Mike la sigue, saca la linterna del bolsillo y enfoca hacia la lente de la cámara: está mirando el objeto con el que ha tropezado, aunque nosotros no podemos verlo. Vuelve a meterse la linterna en el bolsillo, levanta la Polaroid y se inclina.

163

*Interior. Pelota de baloncesto de Davey.*

A la luz del flash, vemos la pelota con manchones y salpicaduras de sangre. Parece algún extraño planeta. La imagen se funde.

164

*Interior. La sala de estar, con Mike, a oscuras.*

Arranca un pedazo de cinta adhesiva, escribe «prueba» y lo pega en la pelota. Luego rodea la butaca, enfoca la Polaroid hacia el televisor y oprime el disparador.

165

*Interior. El televisor.*

Vemos el tubo de imagen totalmente destrozado. Las entrañas electrónicas del aparato son visibles a través del orificio. Tienen el aspecto de un ojo fuera de su cuenca. La imagen se desvanece.

166

*Interior. La sala de estar, con Mike, a oscuras.*

Mike contempla el televisor con el entrecejo fruncido y expresión de perplejidad. Maldición, él y Hatch lo oyeron. Está seguro de que así fue. Se dirige con cautela hacia el aparato, luego se vuelve y alza de nuevo la Polaroid.

167

*Interior. La butaca de Martha.*

A la cruda luz del flash, salpicada de sangre, resulta tan escalofriante como un instrumento de tortura. El platito de galletas y la taza manchada de sangre aún están sobre la mesilla junto a ella.

168

*Interior. Nuevo plano de Mike.*

Decide tomar una segunda instantánea. Levanta la cámara, y se detiene. Alza la mirada y la fija en algo.

169

*Interior. Plano de la pared sobre la puerta entre la sala de estar y el vestíbulo.*

Allí arriba hay algo escrito en el papel pintado sobre el marco de la puerta. Podemos verlo, pero está demasiado oscuro para descifrarlo.

170

*Interior. Nuevo plano de Mike.*

Vuelve a llevarse la Polaroid a los ojos, enfoca y dispara.  
Tal vez lo reconozcamos, o tal vez no. La imagen se funde.

171

*Interior. Plano de la pared sobre la puerta.*

Se trata de un mensaje escrito con la sangre de Martha Clarendon: «Dadme lo que quiero, y me marcharé.» Sobre él hay el siguiente dibujo:



Tal vez lo reconozcamos, o tal vez no. La imagen se funde.

172

*Interior. Nuevo plano de Mike.*

Está muy impresionado, casi al borde de la conmoción. Aun así, está decidido a hacer su trabajo. Alza la Polaroid para tomar la segunda instantánea de la butaca y oprime el disparador.

173

*Interior. La butaca de Martha.*

Vemos que ahora, cruzado sobre los brazos de la butaca, se halla el bastón de Linoge con la cabeza de lobo de la empuñadura rugiendo a la luz del flash. Si no habíamos entendido el significado del dibujo anterior, lo hacemos ahora.

174

*Interior. Nuevo plano de Mike.*

La Polaroid se le escurre de entre las manos; de no ser por la correa caería al suelo. Está

asustado, lo cual es comprensible porque el bastón no estaba ahí unos instantes antes. Una ráfaga de viento, la más fuerte hasta el momento, azota la casa. Detrás de Mike, el cristal de la ventana frontal estalla hacia adentro. La nieve entra en espectrales remolinos. Las cortinas se hinchan y agitan como los brazos de un fantasma. Mike se ha llevado un buen susto (es de esperar que nosotros también), pero se recobra casi de inmediato. Echa las cortinas sobre la ventana rota. Éstas se hinchan hacia afuera, pero Mike arrastra con rapidez una mesa para sujetarlas. Luego se vuelve de nuevo hacia la butaca de Martha... y hacia el bastón inesperado. Se inclina y acciona la cámara una vez más.

175

*Interior. Primer plano de la empuñadura de cabeza de lobo.*

Nos mira con los dientes ensangrentados y los ojos de un hombre lobo a la luz de un relámpago; luego la imagen se desvanece.

176

*Interior. Nuevo plano de Mike.*

Permanece donde está unos instantes, tratando de recobrar la compostura. Luego se mete en el bolsillo la última foto, arranca otro pedazo de cinta blanca y la adhiere al bastón. En ella escribe: «Prueba» y «posible arma homicida».

177

*Interior. El comedor de Martha, a oscuras.*

Entra Mike, que quita del centro de la mesa una pina que sostiene una vela a modo de candelabro; luego quita a su vez el mantel de hilo blanco.

178

*Interior. El vestíbulo, con Mike.*

Sale del comedor y se acerca al cuerpo de Martha. Al hacerlo advierte algo en la pared junto a la puerta de entrada. Dirige hacia ahí el haz de la linterna. Se trata de un colgador de llaves, que a su vez tiene forma de llave. Mike lo recorre con la linterna y encuentra el juego de llaves que busca. Lo descuelga del gancho en cuestión.

179

*Interior. Plano de las llaves en la palma de Mike.*

En la etiqueta de una de las llaves se lee PUERTA DE ENTRADA en la caligrafía anticuada y de trazo inseguro de Martha.



180

*Interior. Nuevo plano del vestíbulo, con Mike.*

Se mete las llaves en el bolsillo y deja a un lado, en la escalera, el maletín y la cámara.

MIKE: LO siento muchísimo, vieja amiga.

Cubre el cuerpo de Martha con el mantel y vuelve a coger sus cosas. Abre la puerta que da al porche sólo lo justo para pasar y sale a la aullante tormenta. Ha anochecido.

181

*Exterior. En el porche, con Mike. Noche.*

Utiliza la llave de Martha para cerrar la puerta. Comprueba que quede bien cerrada. Se dirige entonces hacia los peldaños y emprende el arduo camino de vuelta hacia el vehículo de asistencia de la isla.

182

*Exterior. Una casa en la parte alta de Main Street. Noche.*

Apenas si podemos verla a través de la cortina de nieve.

183

*Interior. La cocina de los Carver, con Jack, Angela y Buster.*

No disponen de generador. La cocina está iluminada por dos lámparas de gas que proyectan enormes sombras en los rincones. La familia está comiendo fiambres y bebiendo soda. Cada vez que una ráfaga de viento azota la casa y la hace crujir, Angela mira en torno a sí con nerviosismo. A Jack, como pescador de langostas, le preocupa menos el tiempo (por el amor de Dios, ¿para qué preocuparse cuando uno se halla en tierra firme?). Está jugando al avión con Buster. El avión en cuestión es un emparedado de salchicha; la boca abierta de Buster es el hangar. Jack se dedica a acercarle el emparedado a la boca (emitiendo el correspondiente sonido de un avión) para luego apartarlo. Buster ríe encantado. Su papi es todo un payaso. Del exterior les llega un estrépito desgarrador. Angela aferra el brazo de Jack.

ANGELA: ¿Qué ha sido eso?

JACK CARVER: Un árbol. En el patio trasero de los Robi-chaux, por cómo ha sonado. Espero que no les haya caído en el porche.

Vuelve a jugar al avión, y esta vez lo hace aterrizar en la boca de Buster. El niño le propina un buen mordisco y mastica satisfecho.

ANGELA: Jack, ¿es absolutamente necesario que vuelvas a la tienda?

JACK: Aja.

BUSTER: ¡Papi va a vigilar al hombre malo! Procura que no se te escape... ¡en un avión!

JACK: LO procuraré, grandullón.

Jack bombardea en picado la boca de Buster con otro mordisco y le alborota el cabello; luego le dirige una seria mirada a Angela.

JACK: Se trata de una situación grave, cariño. Todos tenemos que poner de nuestra parte. Además, estaré con Kirk; vamos a vigilarle por parejas.

BUSTER: ¡Don Beals es mi pareja! ¡Sabe hacer el mono!

JACK: Aja. Lo más probable es que haya aprendido ese truco de su padre.

Angela ríe y se lleva una mano a la boca. Jack le sonrío. Buster empieza a producir sonidos de mono y a rascarse las axilas. Se trata de la típica actitud de un niño de cinco años a la hora de la cena. Sus padres le tratan con despreocupado cariño.

JACK: Si oyes la sirena, coge a Buster y vete. Demonios, vete antes si te pones nerviosa; abrigaos bien y llevaos la motonieve.

ANGELA: ¿Estás seguro?

JACK: Aja. Lo cierto es que cuanto antes vayáis más probable será que tú y Buster consigáis dos buenos catres. Hay gente que ya ha ido para allá. He visto los faros, (*señala con el mentón hacia la ventana*) Cuando acabe mi guardia, estarás aquí o allí; no importa, te encontraré.

Esboza una sonrisa. Angela sonrío a su vez, más tranquila. El viento aulla. Ambos escuchan y sus sonrisas se desvanecen. Escuchamos débilmente el sonido de las batientes olas.

JACK: ES probable que el sótano del ayuntamiento sea el lugar más seguro de la isla durante las próximas cuarenta y ocho horas. Esta noche la tormenta va a hacer que haya un oleaje de todos los demonios cuando suba la marea, te lo digo yo.

ANGELA: ¿Por qué habrá tenido que venir ese hombre precisamente hoy?

BUSTER: Mami, ¿qué ha hecho ese hombre malo?

Otra vez los moros en la costa. Angela se inclina y besa al niño.

ANGELA: Ha robado la luna y nos ha traído el viento. ¿Qué me dices de otro emparedado, grandullón?

BUSTER: ¡Sí! ¡Y que papi haga el avión!

Las olas que se estrellan contra el muelle son mayores que nunca.

185

*Exterior. El faro. Noche.*

Ahora no es más que una forma vaga en medio de la tormenta cuya luz giratoria ilumina periódicamente un paisaje enterrado por la nieve.

186

*Exterior. Cruce de Main y Atlantic Street. Noche.*

El viento arranca de cuajo el semáforo, que sale disparado hacia el extremo del cable, como un yoyó hacia el final de su cuerda, para desplomarse por fin sobre la calle cubierta de nieve.

187

*Interior. La celda del cuartel de policía, con Linoge. Noche.*

Linoge sigue sentado como antes, con los pies sobre el catre y el rostro enjuto enmarcado por las rodillas ligeramente separadas. Tiene la mirada fija, concentrada en algo, y aún esboza la sombra de una sonrisa.

188

*Interior. Plano angular del cuartel de policía, con Hatch y Peter.*

Hatch tiene ante sí un ordenador portátil; está abierto y el resplandor de la pantalla se refleja en su rostro absorto. Está inmerso en un programa de resolución de crucigramas. No se ha percatado de que Peter, sentado bajo el tablón de anuncios mirando fijamente a Linoge, tiene el rostro flaccido y los ojos muy abiertos; le han hipnotizado.

189

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Esboza una sonrisa más amplia. Sus ojos se oscurecen hasta tornarse negros y vuelven a aparecer en ellos aquellas vetas de color rojo.

190

*Interior. Nuevo plano de Hatch y Peter.*

Sin apartar su mirada de la de Linoge, Peter tiende una mano hacia atrás y coge del tablón un

viejo aviso de marea roja del Departamento de Pesca. Le da la vuelta. En el bolsillo de la camisa lleva un bolígrafo. Lo coge y empieza a escribir. Pero en ningún momento mira lo que hace; su mirada nunca se aparta de la de Linoge.

HATCH (*sin levantar la vista*): A ver, Pete, ¿qué te parece que puede ser ésta? «Cumbres de un tirolés.» De cinco letras.

montón de veces en torno a las palabras, a modo de extrañas iluminaciones en el manuscrito de un monje, advertimos la misma forma que viéramos sobre el umbral de la sala de estar de Martha. Bastones.

191

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Sonriendo, articula en silencio una palabra.

192

*Interior. Nuevo plano de Hatch y Peter.*

PETER: Alpes.

HATCH: Por supuesto que sí. (*teclea la palabra*) Este programa es estupendo. Si quieres, luego te dejaré probar.

PETER: Claro.

Su tono de voz es el debido, pero en ningún momento aparta la mirada de Linoge. El bolígrafo tampoco deja de moverse. Ni siquiera baja el ritmo.

193

*Interior. Plano del dorso del aviso.*

Vemos escrito lo siguiente, una y otra vez, en irregulares letras mayúsculas: DADME DADME DADME DADME LO QUE QUIERO DADME LO QUE QUIERO. Dibujada un montón de veces en torno a las palabras, a modo de extrañas iluminaciones en el manuscrito de un monje, advertimos la misma forma que viéramos sobre el umbral de la sala de estar de Martha. Bastones.

194

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Sonríe más ampliamente. En los ojos, negros y feroces, giran sendos torbellinos de color rojo. Apenas vemos los extremos de unos dientes que semejan colmillos.

195

*Exterior. El bosque en el cabo de la isla. Noche.*

El viento aulla. Los árboles se inclinan a merced de la ventisca y sus ramas se entrechocan.

196

*Exterior. Plano panorámico del pueblo de Little Tall. Noche.*

La nieve ha cubierto los tejados de las casas y se amontona en las dos calles que discurren entre ellas. Sólo se ven unas pocas luces. Se trata de una población aislada por completo de cualquier contacto con el mundo exterior. El plano se prolonga unos instantes.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO VII

197

*Exterior. El ayuntamiento. Noche.*

Jack Carver estaba en lo cierto: los isleños sin estufas de leña, o aquellos que viven en la senda de una posible crecida del oleaje en pleamar, ya están acudiendo en busca de refugio. Unos llegan en vehículos todoterreno; otros, en motonieve o trineos a motor. Algunos llevan raquetas de nieve o esquís. Incluso a pesar del aullido del viento escuchamos el ronco rugir del generador del ayuntamiento.

Por la acera se aproximan Jonas Stanhope y su esposa Joanna. No son precisamente jóvenes, pero gozan de buena salud y su aspecto es incluso atlético, como el de los actores en los anuncios de Ensure. Llevan raquetas de nieve y cada uno tira de una cuerda. Detrás de ellos vemos una silla fijada a un trineo de niño; el resultado es una especie de improvisado vehículo de una plaza. Sentada en la silla, envuelta en ropa y con un enorme sombrero de piel, va Cora Stanhope, madre de Jonas. Tiene unos ochenta años y se la ve tan regia como la reina Victoria en su trono.

JONAS: ¿Estás bien, mamá?

CORA: Mejor que una flor en mayo.

JONAS: ¿Y tú, Joanna?

JOANNA (*apesadumbrada*): Lo conseguiré.

Doblan hacia el aparcamiento del edificio, que se está llenando con rapidez de vehículos apropiados para la nieve. Varios pares de raquetas y esquís se han clavado en la nieve acumulada frente al ayuntamiento. El edificio, por cortesía de su potente generador, está iluminado como un transatlántico en plena tempestad, una isla de seguridad y relativas comodidades en una noche horrible. Por supuesto, el *Titanic* probablemente ofrecía un aspecto parecido antes de chocar contra el iceberg.

La gente se dirige hacia el porche charlando con animada excitación. Ya hemos forjado un elenco considerable de personajes, y en esta escena el esfuerzo se ve compensado por el hecho de que reconozcamos a viejos amigos del grupito de curiosos ante la casa de Martha y de los compradores del supermercado. Vemos aparecer a Jill y Andy Robichaux de un vehículo todoterreno. Mientras Jill desata

el cinturón que sujeta a Harry, de cinco años, a su sillita (Harry es uno de los alumnos de la guardería de Molly), Andy se dirige con animoso esfuerzo hacia la familia Stanhope.

ANDY: ¿Qué tal estáis? Vaya nohecita, ¿eh? JONAS: Y que lo digas. Estamos bien, Andy.

Pero Joanna, aunque no exactamente a las puertas de la muerte, sí está lejos de sentirse bien. Jadea ostensible-

mente y ha aprovechado el descanso para inclinarse y aferrarse las perneras de los pantalones de esquiar.

ANDY: Déjame sustituirte un rato con eso, Joanna...

CORA (*su majestad imperial*): Joanna está bien, señor Robichaux. Sólo necesita recobrar el aliento, ¿no es así, Joanna?

Joanna dirige a su suegra una sonrisa que expresa: «Muchas gracias; oh, cómo me gustaría meterte uno de esos parquímetros por tu descarnado y viejo culo.» Andy se da cuenta de ello.

ANDY: A Jill le iría bien un poco de ayuda con el niño, Jo. ¿Te importaría? Yo sigo con esto, de veras.

JOANNA (*agradecida*): Cómo no.

Andy aferra la mitad del arnés correspondiente a Joanna. Cuando ésta se dirige hacia Jill (Cora le clava una gélida mirada a su nuera, una mirada que expresa claramente: «Rajada»), Davey Hopewell, sus padres y la señora Kingsbury se apean de una enorme furgoneta.

JONAS: Bueno, Andy, ¿qué me dices? ¿Listo?

ANDY (*con tono alegre, que Dios le bendiga*): ¡Adelante!

Proceden de nuevo a tirar de la anciana dama hacia el ayuntamiento. Cora va con su afilada nariz, típica de los habitantes de Nueva Inglaterra, regiamente alzada. Jill y Joanna caminan detrás, charlando; Harry, tan abrigado que parece un bollo gigantesco, trota junto a su madre asiéndole la mano.

*Interior. Oficinas del ayuntamiento. Noche.*

Úrsula, Tess Marchant y Tavia Godsoe llevan un registro de la gente que entra mediante unas tablillas sujetapapeles en las que deben inscribir los nombres de los miembros de cada familia que quieren pernoctar en el sótano del ayuntamiento. Detrás de las mujeres vemos a cuatro hombres que se las dan de importantes pero no colaboran demasiado. Son Robbie Beals, el alcalde, y los tres concejales del pueblo: George Kirby, Burt Soames y Henry Bright. Henry es el marido de Carla Bright y en este momento sostiene en brazos a su hijo, otro de los alumnos de la guardería; Frank está profundamente dormido. De nuevo vemos aparecer rostros que conocemos; una isla cuenta con una población reducida. No hay niños de más de cinco años; a los niños mayores les ha sido imposible cruzar el estrecho y han tenido que quedarse en el continente.

URSULA (*atribulada*): ¡Que todo el mundo se inscriba en el registro! Tenemos que saber quiénes de ustedes están aquí, de modo que, por favor, inscribanse antes de bajar al sótano.

Dirige una mirada impaciente a los cuatro hombres, que básicamente no hacen otra cosa que estar ahí plantados y cotillear.

199

*Interior. Plano angular de Robbie y los concejales.*

BURT SOAMES: Así pues, ¿qué dijo?

ROBBIE: ¿Qué querías que dijera? Demonios, todo el mundo al norte de la bahía de Casco sabe que Peter Godsoe vende al por mayor cinco kilos de hierba por cada kilo de langosta.

Observa a Ursula y Tavia; esta última hurga en un armario de suministros en busca de almohadas, algo que Robbie no haría a menos que le pusieran una pistola en la sien.

ROBBIE: NO le culpo de ello. Maldita sea, ¿acaso no tiene una casa llena de mujeres que mantener?

Burt Soames suelta una carcajada. George Kirby y Henry Bright intercambian una mirada dubitativa. Lo mezquino de aquel cotilleo no les hace sentir del todo cómodos.

GEORGE KIRBY: La cuestión, Robbie, es cómo lo sabía ese tipo.

Robbie pone los ojos en blanco, como queriendo decir: «Vaya idiota estás hecho.»

ROBBIE: ES probable que estén juntos en el negocio. ¿Por qué iba un tipo a matar a una vieja inofensiva como Martha Clarendon, en primer lugar, a menos que estuviera flipado? ¡Dímelo tú, George Kirby!

HENRY BRIGHT: Eso no explica cómo podía saber que Cat Whitters había ido a Derry para un aborto.

VOZ DE MUJER: ¡Úrsula! ¿Quedan mantas?

URSULA: ¡Robbie Beals! ¡Henry Bright! ¿Os parece que podríais ir al sótano y traer unas cuantas mantas del trastero? ¿O todavía no habéis llegado lo bastante lejos con vuestros politíqueos?

Robbie y Henry se dirigen hacia ella, el primero con una sonrisa desdeñosa; el segundo, con expresión avergonzada por no haber sido de gran ayuda hasta el momento.

ROBBIE: ¿Qué te pasa, Ursula? ¿Son «esos días» del mes, querida?

Ursula le dirige una mirada de absoluto desdén y se aparta el cabello del rostro.

TESS: ¿No te parece que ya va siendo hora de hacer sonar la sirena y hacerles venir a todos, Robbie?

ROBBIE: Por lo que parece ya hay bastantes que vienen por su cuenta. Y, en cuanto al resto, se las arreglarán para llegar hasta aquí. En lo que a mí respecta, todo esto es una soberana tontería. ¿De veras crees que nuestros abuelos se apiñaban en el ayuntamiento cuando había tormenta, como una tribu de cavernícolas asustados de los relámpagos?

URSULA: NO... nuestros abuelos utilizaban la iglesia metodista. Tengo una foto que podría enseñarte. De la tormenta del 27. Puedo señalarte a tu abuelo en ella, si quieres. Parece estar revolviendo un cazo de sopa. Resulta agradable saber que al menos un miembro de tu familia sabía arrimar el hombro.

Robbie parece dispuesto a replicar, pero antes de que pueda hacerlo interviene Henry Bright.

HENRY BRIGHT: Vamos, Robbie.

Henry, todavía con su hijo dormido en brazos, se dirige hacia la escalera del sótano. Le sigue George Kirby. Han conseguido cerrarle la boca a Robbie. George le lleva fácilmente unos veinte años, y si no está por encima de la tarea de conseguir mantas, Robbie tendrá al menos que seguirle y fingirse atareado. Ursula, Tavia y Tess cruzan miradas de exasperación al marcharse los hombres. Entretanto, la gente continúa llegando en parejas o tríos y la tormenta sigue rugiendo en el exterior.

URSULA: ¡Inscribanse en el registro antes de bajar! ¡Por favor! Hay sitio para todos, pero tenemos que saber quiénes han llegado ya.

Entra Molly Anderson, sacudiéndose la nieve del cabello y con Ralphie de la mano.

MOLLY: Ursula, ¿has visto a Mike?

URSULA: NO, pero si llama por la radio del coche recibiré la señal, o eso creo, (*señala la radio de frecuencia local*) Esta noche no sirve para mucho más. Quítate el abrigo e inscribete.

MOLLY: ¿Qué tal va la cosa?

ÚRSULA: Oh, es como celebrar un baile. Hola, Ralphie. RALPHIE: Hola.

Molly se arrodilla en el suelo mojado y comienza la tarea de liberar a Ralphie de su anorak. No cesa de llegar gente mientras lo hace. En el exterior, la nieve se arremolina y el viento aulla.

200

*Exterior. Cuartel de bomberos. Noche.*

Hace mucho que el coche de bomberos que vimos lavar al principio de la serie no está ante el cuartel, pero ahora se abre la puerta lateral y emerge Ferd Andrews, que camina con dificultad y se pone la capucha del abrigo. Dirige su mirada colina abajo, y la cámara nos muestra lo que ve.

201

*Exterior. Pescados y langostas Godsoe. Noche.*

La marea ya casi ha subido. El continente ha desaparecido tras una cortina grisácea y negra. La olas que agitan el estrecho son tan grandes que parecen surgidas de una pesadilla. Se estrellan rítmicamente contra el extremo del muelle y salpican con fuerza el alargado cobertizo.

202

*Interior. Pescados y langostas Godsoe. Noche.*

Nos hallamos en un almacén alto y alargado atiborrado de nasas langosteras, cajones de embalaje y aparejos de pesca. Una de las paredes está por entero cubierta de prendas impermeables y botas altas. El



ruido de la tormenta nos llega levemente amortiguado. Las olas rocían de agua los cristales de las ventanas. La cámara recorre un pasillo lleno de nasas, pasa de largo un gran tanque lleno de langostas. Gira en torno al extremo de éste y vemos escabullirse unas cuantas ratas. En el pequeño espacio polvoriento entre el tanque y la pared, se halla almacenado un objeto alargado cubierto con mantas. El viento aulla. El edificio cruje. Una ola enorme se estrella contra el muelle y hace añicos uno de los cristales. El viento, el agua y la nieve entran en remolinos. El viento arranca la manta del extremo del objeto largo, y vemos que se trata de fardos apilados de marihuana, todos ellos pulcramente embalados en plástico transparente. Las nasas que penden del techo se balancean y producen un sonoro tableteo al chocar entre sí. Oímos el estrépito de otro cristal al hacerse añicos.

203

*Exterior. El supermercado de Little Tall.*

Escuchamos el débil ronroneo del generador y vemos brillar con valentía unas cuantas luces. Los únicos vehículos aparcados frente al edificio son el pequeño utilitario de Molly y una furgoneta de reparto cubierta de nieve y con el letrero PESCADOS Y LANGOSTAS GODSOE en un costado.

204

*Interior. Primer plano del crucigrama en la pantalla del ordenador.*

Ya le falta poco para estar completo; Hatch teclea otra palabra.

205

*Interior. El cuartelillo. Noche.*

Hatch se despereza y se pone en pie. En la celda, Linoge continúa sentado como antes, con la espalda contra la pared y mirando entre las rodillas separadas.

HATCH: Tengo que ir al lavabo. ¿Quieres un café o un refresco, Pete?

Peter no responde al principio. Todavía tiene en el regazo el aviso que cogió del tablón, pero con la cara impresa con la advertencia de marea roja para arriba. Tiene los ojos muy abiertos e inexpresivos.

HATCH: Peter... la Tierra llamando a Peter.

Hatch agita una mano ante el rostro de Peter. Éste parpadea y su mirada se torna de nuevo consciente, al menos en apariencia. Alza la vista hacia Hatch.

PETER: ¿Qué?

HATCH: Sólo te preguntaba si querías una soda o un café.

PETER: No. Pero gracias.

HATCH (*volviéndose en su camino hacia la puerta*): ¿Te encuentras bien?

PETER: Sí. Me he pasado el día haciendo preparativos para la tormenta, y supongo que casi me he quedado dormido con los ojos abiertos. Lo siento.

HATCH: Bueno, pues aguanta un poco. Jack Carver y Kirk Freeman deberían estar aquí en unos veinte minutos.

Hatch coge una revista para leerla en el lavabo y se marcha.

206

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Sus ojos se oscurecen. Está mirando a Peter. Sus labios se mueven sin emitir sonido alguno.

207

*Interior. Primer plano de Peter.*

De nuevo se le ve totalmente inexpresivo. Hipnotizado. De pronto, la sombra del bastón de Linoge aparece en su rostro. Peter alza la mirada.

208

*Interior. Una viga del techo, desde el punto de vista de Peter.*

El bastón está enganchado en esa viga. La sangrienta cabeza de lobo parece rugir.

*Exterior. Ferd Andrews junto a la puerta lateral del cuartel de bomberos.*

FERD ANDREWS: ¡Oh... Dios mío! (*levanta la voz*) ¡Lloyd! ¡Lloyd, tienes que venir a ver esto!

209

*Interior. El cuartelillo. Noche.*

Peter se levanta y cruza lentamente la habitación; de su mano pende el aviso en el que estaba escribiendo. Pasa justo por debajo del bastón. Linoge sigue sentado en el catre de la celda, observándole; sólo sus misteriosos ojos se mueven. Peter se detiene ante un armario sujeto a la pared y lo abre. En el interior vemos toda clase de herramientas. También hay un rollo de cuerda. Coge este último.

210

*Exterior. Pescados y langostas Godsoe. Noche.*

Una ola gigantesca se estrella contra el extremo del muelle y arranca la parte trasera del almacén de Peter Godsoe. Oímos el restallido de la madera al romperse incluso por encima del bramido de la

tormenta.

211

*Exterior. Ferd Andrews junto a la puerta lateral del cuarte de bomberos*

FERD ANDREWS: ¡Oh.... Dios mío! (levanta la voz) ¡Lloyd! ¡Lloyd, tienes que venir a ver esto!

212

*Interior. El garaje del cuartel de bomberos, con Lloyd Wishman. Noche.*

Los dos coches de bomberos de la isla son de color verde manzana. La ventanilla del pasajero de uno de ellos está parcialmente bajada. De ella cuelga la sangrienta empuñadura de cabeza de lobo del bastón de Linoge. De pie un poco más allá, y con la mirada tan perdida como la de Peter Godsoe, vemos a Lloyd. Una de sus manos sujeta un pequeño pote de pintura roja. La otra aferra una brocha. Está inmerso en su trabajo con todo el cuidado de un Manet o un Van Gogh.

FERD ANDREWS (*voz en off*): ¡Lloyd! ¡Va a arrasar el almacén de Godsoe! ¡Va a llevarse el muelle entero!

Lloyd Wishman no presta atención. Continúa pintando.

213

*Interior. El cuartelillo, visto desde lo alto.*

El bastón ya no pende de la viga, pero alguien lanza una lazada de cuerda para hacerla pasar por el lugar exacto en que se hallaba. Al fondo vemos a Linoge sentado en su celda con la expresión de un depredador en el rostro y sendos torbellinos de rojo y negro en los ojos.

214

*Exterior. Pescados y langostas Godsoe. Noche.*

De nuevo una ola gigantesca se estrella contra el muelle arrancándole un buen pedazo y haciendo volcar una pequeña embarcación que alguien había cometido la locura de amarrar allí. También se lleva otro buen bocado del almacén.

215

*Interior. Pescados y langostas Godsoe. Noche.*

A través de un enorme y dentado agujero en el extremo del almacén vemos el muelle amputado y las bullentes olas en el estrecho. Una de ellas, gigantesca, se dirige hacia la cámara, inunda lo que queda del muelle e irrumpe en el edificio. Las nasas langosteras son arrancadas y succionadas. El tanque se vuelca y docenas de langostas quedan libres en una repentina e inesperada conmutación de su sentencia de muerte.

Y, cuando la enorme ola retrocede, vemos salir flotando fardos de hierba a través del agujero.

216

*Exterior. Junto al cuartel de bomberos, con Ferd Andrews.*

FERD ANDREWS (*gritando*): ¡Será mejor que vengas, Lloyd, si quieres ver algo que no volverás a ver jamás! ¡Se lo está llevando! ¡Se lo está llevando!

217

*Interior. El cuartel de bomberos, con Lloyd Wishman.*

De hecho, a Lloyd también parece que en cierto modo «se lo hayan llevado». Cuando acaba de pintar, la cámara gira para mostrarnos lo que ha escrito en grandes letras mayúsculas rojas en el costado del camión verde de bomberos. Sobre las letras doradas que rezan CUERPO DE BOMBEROS DE LITTLE TAIX se lee el siguiente mensaje: DADME LO QUE QUIERO Y ME MARCHARÉ.

FERD ANDREWS (*voz en off*): ¡Sal ahora mismo, Lloyd! ¡Todo el maldito tinglado va a acabar en el agua!

Haciendo caso omiso, Lloyd deja el pote de pintura en el estribo del camión y coloca la brocha encima con sumo cuidado. Mientras lo hace nos percatamos de que el bastón que pendía de la ventanilla entreabierta ya no está, o quizá nunca ha estado ahí. Quizá estuviera sólo en la imaginación de Lloyd Wishman.

Lloyd se dirige a un costado del camión y abre uno de los compartimientos de herramientas. Extrae un hacha.

la forma que uno empuñaría un hacha si pretendiera cortar ramitas para el fuego en el patio trasero... o partirse la cara en dos.

218

*Interior. Cuartel de policía. Noche.*

Peter Godsoe, con la mirada perdida, está de pie en una silla. El extremo de la cuerda que arrojara sobre la viga forma ahora un lazo que le rodea el cuello. En la camisa lleva prendidos «los deberes»: la hoja en que ha garabateado DADME LO QUE QUIERO una y otra vez y dibujado los bastones. En la parte superior y en letras más grandes, a modo de título, ha escrito: DADME LO QUE QUIERO Y ME MARCHARÉ.

219

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Sus labios se mueven en lo que semeja un cántico silencioso. Los ojos son grandes orificios negros recorridos por un fuego rojo.

220

*Interior. El cuartel de bomberos. Noche*

Lloyd está de pie con el filo del hacha apuntándole al rostro. La sostiene por la parte superior del mango, de la forma que uno empuñaría un hacha si pretendiera cortar ramitas para el fuego en el patio trasero.... o partirse la cara en dos.

221

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Sus labios se mueven ahora con mayor rapidez y aquellos ojos extraños están más abiertos. Aprieta con fuerza los puños ante sí.

222

*Exterior. El costado del cuartel de bomberos que da al mar, con Ferd.*

Su rostro expresa asombro mezclado con terror. Está boquiabierto.

FERD ANDREWS: ¡Por todos los santos!

223

*Exterior. El muelle y lo que queda del almacén de Godsoe.*

A través de la intensa ventisca vemos dirigirse hacia el muelle una ola gigantesca, casi propia de un maremoto.

224

*Interior. El cuartelillo. Plano de los pies de Peter.*

Le propinan una patada a la silla, que cae con estrépito, y luego se estremecen en el aire.

225

*Exterior. Plano de la ola gigantesca. Noche. La ola engulle el muelle y el almacén.*

226

*Interior. El supermercado, con Hatch.*

Deja de servirse café y se vuelve hacia el cuartelillo, reaccionando ante el ruido de la silla al caer.

HATCH: ¿Peter?

227

*Interior. Primer plano del hacha.*

La vemos describir un arco en el aire y salirse del cuadro, y escuchamos un sonido desagradable, como el de alguien que palmeara barro con la mano.

228

*Interior. Pescados y langostas Godsoe. Noche.*

La cámara ofrece un plano del mar desde el interior... pero de pronto la visión queda emborronada por la ola que se avecina. A través de los restos del almacén ya no se ve otra cosa que agua grisácea y arrolladora. De súbito la cámara se halla bajo el agua. Vemos pasar flotando entre burbujas una nasa destrozada, un fardo de marihuana y una langosta con las pinzas aún sujetas.

229

*Exterior. El muelle. Noche.*

Lo que queda de él está inundado y completamente destrozado. La resaca de la ola arrastra una maraña de barcas, cabos, listones, defensas de caucho y tejas del almacén de Godsoe. Quizá veamos un pedazo del letrero antes de que todo desaparezca en las fauces del rugiente temporal.

230

*Interior. El ayuntamiento, con Úrsula, Tavia, Tess, etc.*

El bullicio general se acalla momentáneamente. El crepitar y sisear de la radio se torna muy audible. Todo el mundo se ha vuelto hacia la puerta.

RALPHIE: Mami, ¿qué pasa?

MOLLY: Nada, cariño.

JONAS: En el nombre de Dios, ¿qué ha sido eso?

CORA: El ruido que ha hecho el mar al llevarse el muelle.

Aparece Robbie procedente de la escalera del sótano, seguido de George, Henry Bright y Burt Soames. La bravuconería y la arrogancia de Robbie se han esfumado.

ROBBIE: Úrsula, haz sonar la sirena.

231

*Exterior. Junto al cuartel de bomberos, con Ferd. Noche.*

Está tan excitado y consternado como quien acaba de ver al mismísimo Satán acecharle desde detrás de un árbol. Se vuelve y corre de nuevo hacia la puerta del cuartel.

HATCH: ¿Pete? ¿Estás bien? He oído...

Su rostro se llena de asombro y terror. Alza la mirada, presumiblemente hacia la cara del hombre que se ha ahorcado de la viga. El café se le escapa de la mano, cae al suelo y le salpica las botas.

232

*Interior. El cuartelillo. Plano de la puerta.*

Hatch asoma por la puerta con un vaso de poliestireno en la mano.

233

*Interior. El cuartel de bomberos, con Ferd.*

FERD ANDREWS: ¡Lloyd! ¿Dónde demonios estás? ¿Te has dormido, o qué...?

Empieza a rodear por detrás el camión más cercano a él, pero se detiene. Ha visto asomar un par de botas.

FERD: ¿Lloyd? ¿Lloyd...?

Muy despacio, con cierta desgana, termina de rodear el vehículo hasta donde pueda ver a su compañero. Por un instante permanece en silencio, tan impresionado que es incapaz de reaccionar. Luego irrumpe en agudos chillidos.

234

*Interior. Primer plano de Hatch. Su rostro esboza una expresión de absoluto terror.*

235

*Interior. Plano del costado del camión de bomberos.*

Vemos la frase DADME LO QUE QUIERO Y ME MARCHARÉ pintada en grandes letras mayúsculas de color rojo sangre.

236

*Interior. Plano del letrero en la pechera de Peter Godsoe.*

En él se lee: DADME LO QUE QUIERO, DADME LO QUE QUIERO, DADME LO QUE QUIERO

Y ME MARCHARÉ.

Y vemos también aquellos escalofriantes bastoncitos dibujados.

237

*Interior. Primer plano de la pantalla del ordenador de Hatch.*

Las soluciones que Hatch tecleara han desaparecido. Ahora la cuadrícula del crucigrama está rellena con las palabras DADME LO QUE QUIERO Y ME MARCHARÉ. Van de un lado a otro y de arriba abajo, entrecruzándose. Y en el centro de cada recuadro negro hay un pequeño icono en forma de bastón.

238

*Interior. Primerísimo plano de Linoge.*

Esboza una macabra sonrisa que deja al descubierto sus afilados colmillos.

LA IMAGEN SE FUNDE LENTAMENTE

239

*Exterior. Plano panorámico del centro del pueblo. Noche.*

Todo está en penumbra a excepción del edificio del ayuntamiento. La sirena de emergencia empieza a sonar: emite dos pitidos cortos y uno largo, hace una pausa y vuelve a empezar. Ha llegado la hora de refugiarse. La imagen de Linoge se prolonga unos instantes, sobre-impuesta a la del pueblo nevado y quizá sugiriendo que no existe refugio posible para los habitantes de la isla de Little Tall... esta noche no, y tal vez nunca jamás. Por fin la imagen de Linoge se desvanece... y también la del pueblo.

FUNDIDO



## **SEGUNDA PARTE**

### **LA TORMETA DEL SIGLO**

#### **CAPITULO I**

[Empezamos con un montaje de escenas de la primera parte que concluye con la imagen final de ésta: el rostro feroz de Linoge sobreimpuesto a la intersección de calles del pueblo.]

*1*

*Exterior. El centro del pueblo. Noche.*

La ventisca se ha incrementado hasta adquirir verdadera furia; la nieve cae con tanta intensidad y en copos tan gruesos que los edificios han adquirido un aspecto fantasmal. La nieve se está acumulando ante las fachadas de Main Street.

A medida que se desvanece la imagen de Linoge escuchamos un sonido, débil al principio, pero cuya intensidad va creciendo: es la sirena del pueblo transmitiendo la señal de emergencia una y otra vez: dos pitidos cortos y uno largo.

Vemos discurrir una hilera de luces por Main Street y escuchamos el ruido de los motores a medida que la gente obedece.

2

*Exterior. La acera de Main Street, con Ferd Andrews. Noche.*

Le vemos correr desafortadamente por la nieve hacia el ayuntamiento, resbalando y cayendo una y otra vez para volver a levantarse. No hace el menor intento de evitar la nieve acumulada ante el edificio, sino que se abre camino a través de ella. Se aproxima a un grupo de cinco o seis hombres que se dirigen esquiando al ayuntamiento. Uno de ellos es Bill Toomey.

BILL TOOMEY: Vaya, Ferd... ¿dónde está el fuego?

Como todos conocen el trabajo de Ferd (en cuya parca se lee CUERPO DE BOMBEROS DE LITTLE TALL), el comentario hace prorrumpir en risotadas a los amigos de Bill; déjenme decirles que no hace falta mucho para hacer reír a unos isleños, y que estos tipos probablemente se han tomado unas copas para afrontar la tormenta.

Ferd hace caso omiso de las risas; se levanta una vez más y continúa su carrera hacia el ayuntamiento. más que montículos de nieve, pero en el caso de la furgoneta no tiene gran importancia: los días de conductor de Peter han concluido.

3

*Interior. El cuartel de policía. Noche.*

Hatch está tal como le dejamos al final de la primera parte, con la mirada alzada hacia las balanceantes piernas de Peter. Cerca de él está volcada la silla en que se subiera para ponerse la soga al cuello.

4

*Interior. Primer plano del letrero en la pechera de Peter.*

DADME LO QUE QUIERO, está escrito una y otra vez y de forma caótica en toda su superficie, además de aquellos bastones danzarines. Y encima de todo, a modo de título, vemos la frase completa en letras tan grandes que casi parecen gritar: DADME LO QUE QUIERO Y ME MARCHARÉ.

5

*Exterior. El supermercado de Mike Anderson. Noche.*

Está cerrado a cal y canto contra la tormenta. En el porche ya se ha acumulado la nieve. Las persianas de madera repiquetean en sus rieles. La furgoneta de Peter Godsoe y el pequeño utilitario de Molly son ahora poco

6

*Interior. Nuevo plano del cuartelillo.*

Hatch aparta la mirada de las piernas de Peter y la fija en Linoge, que sigue sentado en la celda con los pies embutidos en calcetines sobre el catre y el rostro levemente sonriente asomando entre las rodillas separadas. Sus ojos han vuelto a la normalidad, pero sigue transmitiendo una intensa sensación de depredadora voracidad. Es cierto que está encerrado, pero la celda resulta totalmente ridícula con aquel suelo de madera y los barrotes de manufactura casera. A Hatch empieza a parecerle que en realidad es él quien está en apuros, allí encerrado con esa fiera de forma humana. Nosotros podemos llevar ese razonamiento un poco más allá: es el pueblo entero el que está en apuros. Entre el cuerpo del ahorcado y el silencioso Linoge que le mira fijamente, Hatch empieza a perder el control de sí mismo.

HATCH: ¿Qué estás mirando? (*Linoge no contesta*) ¿Has provocado tú que lo hiciera, de algún modo? ¿Le has hecho escribir eso que lleva al cuello y luego ahorcarse? ¿Has sido tú?

Linoge continúa sin responder. Tan sólo sigue allí sentado, mirando a Hatch. Éste ya ha tenido bastante y se dirige hacia la puerta. Intenta hacerlo caminando, pero no consigue controlarse lo bastante para ello. Aprieta el paso... y entonces sencillamente sale disparado. Aferra el pomo, lo gira, abre la puerta de un tirón... y ve una sombra junto al mostrador de la carnicería. La sombra agarra a Hatch y éste suelta un alarido.

7

*Interior. Sótano del ayuntamiento. Plano de Pippa Hatcher.*

Pippa lleva en la mano una cola (que en realidad es un pañuelo enrollado) de la que sobresale un alfiler. Se di-

rige despacio hacia una hoja de papel pegada con cinta adhesiva a la pared. En el papel, Molly

Anderson ha dibujado un burro sonriente. Alrededor de Pippa, y gritándole «¡Caliente!» o «¡Frío!», están todos los alumnos de la guardería de Molly a excepción de uno: Ral-phie, Don Beals, Harry Robichaux, Heidi St. Pierre, Buster Carver y Sally Godsoe (que ha quedado huérfana de padre pero por fortuna aún no lo sabe). Frank Bright está durmiendo en un catre cercano. Detrás de los niños, vemos a Cat Withers, Melinda Hatcher y Linda St. Pierre haciendo camas. Cerca de ellas, de pie y sosteniendo sendos montones de mantas, están George Kirby, Henry Bright y Robbie Beals. Este último no parece muy satisfecho. Carla Bright se dirige hacia Molly, que supervisa el juego.

CARLA: ¿Ahora haces sesiones nocturnas? MOLLY: LO cierto es que resulta divertido, pero...

Pippa se las arregla para clavar la cola en algún lugar del trasero del burro.

MOLLY (*continúa*): ... cuando todos acaben por dormirse, pretendo hacerme con la bebida alcohólica más cercana y hacerla desaparecer.

CARLA: Yo te la serviré.

DON BEALS: ¡YO quiero ser el siguiente!

MOLLY (*a Carla*): Trato hecho.

Le quita a Pippa el pañuelo que le cubre los ojos y procede a anudárselo a Don.

8

*Interior. Planta baja del ayuntamiento. Noche.*

Ferd Andrews entra precipitadamente con los ojos muy abiertos y cubierto de nieve de la cabeza a los pies.

FERD (*a pleno pulmón*): ¡Lloyd Wishman está muerto!

El bullicio y la actividad cesan por completo. Cuarenta o cincuenta rostros se vuelven hacia Ferd. En el grupo destaca Úrsula Godsoe con su tablilla.

Hatch se detiene y, cuando alza la mirada hacia Mike, su terror se transforma en alivio. Le abraza estrechamente; de puro milagro no le cubre el rostro de besos.

MIKE: Pero ¿qué...?

De pronto, sin la distracción que suponía el asedio de su más bien robusto segundo de a bordo, Mike se percata de lo que sucede. Su rostro se llena de asombro. Pasa lentamente junto a Hatch hacia el cuerpo del ahorcado. Lo observa. ... y luego se vuelve a mirar a Linoge. Éste le sonríe.

9

*Interior. Sótano del ayuntamiento.*

Los niños aún se están divirtiendo; le gritan «caliente» o «frío» a Don Beals, quien trata de clavarle la cola al burro. Pero todos los adultos se han vuelto al oír la exclamación de Ferd. Robbie Beals deja caer su montón de mantas y empieza a subir la escalera.

10

*Interior. Cuartel de policía. Noche.*

Hatch forcejea con la sombra, frenético y aterrorizado, hasta que...

MIKE: ¡Basta, Hatch! ¡Eh, eh!

11

*Interior. Ayuntamiento. Plano de Ferd. Noche.*

FERD: ¡Lloyd Wishman se ha suicidado! ¡Se ha partido la cara en dos con un hacha! ¡Oh, Dios mío, es espantoso! ¡Hay sangre por todas partes!

Robbie aparece en la planta baja. Su esposa, Sandra (una mujer menuda y sencilla), le oprime con suavidad el hombro, probablemente en busca de un poco de consuelo. Pero el gesto resulta inútil; Robbie la aparta sin apenas mirarla (modo en que suele tratarla incluso en circunstancias normales) y se dirige hacia Ferd.

FERD (*balbuceando*): ¡Nunca había visto nada igual! ¡Se ha partido el cráneo en dos! Y ha escrito algo en el costado del camión nuevo, algo que no tiene sentido...

ROBBIE (*lo coge y lo zarandea*): ¡Contrólate, Ferd! ¡Maldita sea, contrólate!

Ferd deja de balbucear. Se hace un silencio tan absoluto que se oiría caer un alfiler, de no ser por la lógica excepción del incesante aullido de la tormenta en el exterior. Los ojos de Ferd se llenan de lágrimas.

FERD: ¿Por qué querría Lloyd partirse en dos la *cabeza*, Robbie? Iba a casarse esta primavera...

Mike le mira y vuelve a centrar la atención en Hatch, a quien se le ve pálido y sudoroso. Pero al fin inspira profundamente y asiente.

HATCH: De acuerdo...

12

*Interior. Cuartel de policía. Noche.*

HATCH (*balbuciendo a su vez*): Sólo he salido un momento al lavabo y por un poco de café... él estaba bien entonces. Pero ese hombre no paraba de mirarle... como una serpiente que mirara a un pajarillo... él...

Mike vuelve la vista hacia Linoge, que le mira a su vez.

MIKE: ¿Qué le ha hecho?

No obtiene respuesta. Mike se vuelve hacia Hatch.

MIKE: Ayúdame a bajarle.

HATCH: Mike... no sé si podré.

MIKE: Sí que podrás.

Hatch le dirige una mirada implorante.

LINOGE (*con tono muy amable*): Déjame salir y yo te ayudaré, Michael Anderson.

13

*Exterior. Parte trasera del supermercado. Noche.*

Una motonieve se detiene junto a la plataforma de carga y descienden dos hombres embutidos en gruesos trajes de esquiar. Llevan sendos rifles sujetos a la espalda. Son Kirk Freeman y Jack Carver, miembros de la siguiente guardia. Ascenden los peldaños.

14

*Interior. Cuartel de policía.*

Mike y Hatch acaban de cubrir a Peter con una manta, de la que vemos emerger sus botas de pescador, cuando se oyen unos golpes en la puerta trasera. Hatch emite un jadeo y se precipita hacia el escritorio, donde reposa la pistola junto al letrero improvisado que los dos hombres le han quitado del pecho al suicida. Mike agarra a Hatch del brazo.

MIKE: Tranquilízate.

Se dirige a la puerta y la abre. Entran Kirk y Jack entre remolinos de nieve y sacudiéndose los pies.

KIRK FREEMAN: Aquí estamos, a la hora en punto, con tormenta o sin... (*advierde el cuerpo cubierto con la manta*) Pero qué... Mike, ¿quién es?

JACK CARVER (*presa de las náuseas*): Es Peter Godsoe; reconozco esas botas.

Jack se vuelve hacia Linoge y Kirk sigue la dirección de su mirada. Aunque acaban de llegar, ambos comprenden instintivamente que Linoge ha tenido algo que ver en lo ocurrido; advierten su poder. Desde el rincón les llega el chisporroteo de la radio de frecuencia local.

URSULA (*voz por radio*): Mike... Contesta, Mike An... tenemos una situación de... ayuntamiento... Lloyd... gencia... emergencia...

La última palabra al menos se oye con absoluta claridad. Mike y Hatch intercambian una mirada de sorpresa y preocupación: ¿qué pasa ahora? Mike se dirige al estante en que reposa la radio y coge el micrófono.

MIKE: Ursula, ¡repíte eso! Repítelo, por favor... y más despacio. El viento ha arrancado la antena y apenas te recibo. ¿Qué clase de emergencia tenéis?

Deja de oprimir el botón. Sigue una tensa pausa. Hatch tiende una mano y gira el dial del volumen para subirlo; sólo se oye la estática... y de pronto:

URSULA (*voz por radio*): Lloyd... shman... Ferd dice que... Robbie Beals... Henry Br... han ido... ¿pued... oírme?

Mike parece frustrado, pero se le ocurre una idea.

MIKE (*a Hatch*): Sal por la puerta delantera y trata de contactar con ella desde la radio del vehículo de

asistencia. Vuelve en cuanto te enteres de cuál es el problema.

Hatch comienza a alejarse, pero se vuelve con expresión dubitativa.

HATCH: ¿Estarás bien?

MIKE: Está encerrado, ¿no?

Hatch parece dudar más que nunca, pero se marcha.

KIRK FREEMAN: Mike, ¿tienes idea de lo que está pasando aquí?

Mike levanta una mano, como si quisiera decir «ahora no». Rebusca en el bolsillo del chaquetón y extrae las instantáneas que tomara en casa de Martha Clarendon. Las va pasando hasta encontrar la de la pared sobre el umbral. La coloca sobre una esquina del papel que él y Hatch le han quitado del cuello a Peter Godsoe. Los trazos son idénticos; incluso el dibujo del bastón en la pared de la sala de estar de Martha es igual a los que parecen danzar en el pedazo de papel.

JACK CARVER: En el nombre de Dios, ¿qué está ocurriendo?

Mike empieza a incorporarse, pero de pronto ve algo más.

15

*Interior. La pantalla del ordenador, desde el punto de vista de Mike.*

La cuadrícula entera del crucigrama de Hatch está rellena con variaciones de la frase «Dadme lo que quiero y me marcharé»; en los cuadrados negros se ven pequeños iconos en forma de bastón.

16

*Interior. Nuevo plano del cuartelillo.* MIKE: NO tengo ni idea.

17

*Interior. El ayuntamiento, con Úrsula. Noche.*

Está tratando de hacer funcionar la radio. Tras ella vemos a una serie de hombres y mujeres con rostros ansiosos, entre los cuales se hallan Sandra Beals y Carla Bright.

URSULA: Mike, ¿estás ahí?

Molly, comprensiblemente preocupada a su vez, se abre paso a través del apretado grupo de curiosos.

MOLLY: ¿NO consigues establecer contacto con él?

ÚRSULA: ¡El viento ha arrancado las malditas antenas! La de aquí... la de allá... y probablemente las de toda la isla.

HATCH (*voz por radio entre el ruido de la estática*): Ursula, ¿me recibes? Contesta, cambio.

URSULA: ¡Aquí estoy! ¡Te recibo! ¿Me recibes tú, Alton Hatcher?

HATCH (*voz a través de la radio*): Se me escapan algunas cosas, pero te recibo mejor que antes. ¿Cuál es el problema?

URSULA: Ferd Andrews dice que Lloyd Wishman se ha suicidado en el cuartel de bomberos...

HATCH (*voz a través de la radio*): ¡¿Qué?!

URSULA: ... sólo que nunca había oído hablar de un modo semejante de suicidarse... Ferd dice que Lloyd se ha partido la cabeza en dos con un hacha. Y ahora Robbie Beals y Henry Bright han ido para allá. ¡Robbie ha dicho que para investigar!

HATCH (*voz por radio preñada de estática*): ¿Y los has dejado ir?

Carla le arrebató el micrófono a Ursula.

CARLA: No ha habido forma de retener a Robbie. Se ha llevado a mi marido prácticamente por la fuerza. ¡Y podría haber alguien más allí! ¿Dónde está Mike? ¡Quiero hablar con Mike!

18

*Interior. Vehículo de asistencia de la isla, con Hatch.*

Sentado al volante, sujeta el micrófono y trata de sacar conclusiones de todo aquello. Las cosas se están descontrolando de forma vertiginosa, y Hatch es consciente de ello. Por fin vuelve a llevarse el micrófono a los labios.

HATCH: Estoy llamando desde la furgoneta. Mike está dentro. Con el hombre que... ya sabes, el prisionero.

CARLA (*voz muy distorsionada por la estática*): ¡Tienes que mandarle para allá!

HATCH: Bueno... verás, aquí tenemos una situación un poco problemática y...

19

*Interior. Oficina del ayuntamiento. Noche.* Molly le arrebató el micrófono a Carla.

MOLLY: ¿Mike está bien, Hatch? Contéstame a eso, cambio.

20

*Interior. Vehículo de asistencia de la isla, con Hatch.*

El pobre hombre parece aliviado de verdad. Por fin le hacen una pregunta a la que puede contestar de forma satisfactoria.

HATCH: Está bien, Molly. Tenlo por seguro. Escucha, ahora tengo que marcharme. Pasaré el



mensaje. Aquí asistencia de la isla. Corto.

Baja el micrófono, perplejo y aliviado a la vez, y lo devuelve a su horquilla. Abre la puerta y sale a la aullante tormenta. Mike ha aparcado el vehículo cerca de la furgoneta de Peter Godsoe. Ahora, cuando Hatch alza la mirada, ve el rostro sonriente y desagradable de Lino-ge que le observa desde la ventanilla cubierta de nieve del lado del conductor. Los ojos de Linoge son del negro más absoluto.

Hatch emite un jadeo y retrocede tambaleante. Vuelve a mirar hacia la ventanilla. Allí no hay nada. Debe de haberlo imaginado. Empieza a caminar hacia los peldaños del porche, pero se vuelve a mirar una vez más, como un niño que tratara de pillar moviéndose a los demás en el juego del pajarito inglés. No ve nada. Sigue adelante.

21

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Sonríe. Sabe perfectamente qué ha visto Hatch en la furgoneta de Godsoe.

22

*Exterior. Cuartel de bomberos. Noche.*

La puerta lateral está abierta; Ferd no se ha molestado en cerrarla al salir corriendo ante la visión del cadáver de su compañero. Las luces de emergencia del interior del garaje arrojan su resplandor sobre la nieve. Aparece la luz de un faro; la acompaña el ruido quejumbroso del motor de un coche oruga. El vehículo en cuestión se detiene. Robbie se apea por un lado (el del conductor, como es natural) y Henry Bright por el otro.

HENRY: No sé si deberíamos entrar, Robbie...

ROBBIE: ¿Acaso crees que podemos esperar a Anderson? ¿En una noche como ésta? Alguien tiene que hacerse cargo del asunto, y resulta que somos nosotros quienes estamos en el lugar de los hechos. Venga, ¡vamos!

Robbie traspone con paso decidido la puerta lateral abierta y Henry Bright le sigue al cabo de unos instantes.

23

*Interior. Garaje del cuartel de bomberos.*

Robbie está de pie a un lado del camión más cercano. Se ha echado hacia atrás la capucha y de nuevo ha perdido en gran medida su pomposa autoridad. En una mano sostiene la pequeña pistola, con cuyo cañón señala ahora hacia el suelo. Henry observa lo que le indica y ambos hombres intercambian una mirada inquieta. Ferd ha dejado huellas sangrientas al salir corriendo. Robbie y Henry ya no tienen muchas ganas de seguir adelante, pero, como Robbie bien ha señalado, se hallan en el lugar de los hechos. Rodean la parte trasera del camión de bomberos.

24

*Interior. Plano de Robbie y Henry.*

Cuando acaban de rodear el camión sus ojos se abren desmesuradamente y sus rostros se contorsionan, presas de la repugnancia. Henry se lleva las manos a la boca, pero no consigue impedir lo inevitable. Se inclina, saliéndose del marco, y le oímos vomitar. (Como si se tratara de un sonido musical, pero más alto.) Robbie mira fijamente algo.

25

*Interior. El hacha ensangrentada, desde el punto de vista de Robbie.*

Está en el suelo, junto a una de las botas de Lloyd Wish-man. La cámara asciende por el costado del camión hasta las palabras escritas en pintura tan roja como la sangre: DADME LO QUE QUIERO Y ME MARCHARÉ.

26

*Interior. Primer plano de Robbie Beals.*

Tiene los ojos muy abiertos. Le vemos ir más allá del temor y la perplejidad e internarse en el paraje que habita el pánico y en el que se toman decisiones verdaderamente erróneas.

27

*Exterior. Plano angular de Atlantic Street. Noche.*

La tormenta continúa aullando. Oímos el sonoro crujido de algo que cede y la rama de un árbol que se desploma en la calle, aplastando el techo cubierto de nieve de un coche que estaba aparcado. Las condiciones son cada vez peores.

28

*Interior. Cuartel de policía.*

Jack Carver y Kirk Freeman miran fascinados a Lino-ge. Mike aún está de pie ante el escritorio, contemplando el extraño crucigrama en el ordenador. Todavía tiene en la mano las instantáneas tomadas con la Polaroid. Cuando Jack da un paso hacia la celda, Mike se dirige a él sin levantar la vista.

MIKE: NO te acerques ahí.

Jack se detiene de inmediato, con expresión culpable. Entra Hatch, procedente del supermercado; a cada paso que da cae un poco de nieve.

HATCH: Úrsula dice que Lloyd Wishman está muerto en el cuartel de bomberos.

KIRK FREEMAN: ¡Muerto! ¿Y qué hay de Ferd?

HATCH: Ferd es quien le ha encontrado. Dice que se ha suicidado. Creo que Úrsula se teme un asesinato. Mike... Robbie Beals se ha llevado a Hen-ry Bright para allá. A investigar, supongo.

Jack Carver se lleva una mano al rostro. Mike, sin embargo, apenas si reacciona. Mantiene la calma y le da vueltas y más vueltas al asunto.

MIKE: ¿Aún puede transitarse por las calles? ¿Qué os parece?

HATCH: ¿En un vehículo con tracción en las cuatro ruedas? Sí. Probablemente hasta medianoche. A partir de entonces...

Hatch se encoge de hombros, como si dijera «quién sabe».

MIKE: Quiero que tú y Kirk vayáis al cuartel de bomberos. Encontrad a Robbie y Henry. Mantened los ojos bien abiertos y tened cuidado. Cerrad-lo todo bien y luego traéroslos de vuelta, (*dirige una larga mirada a Linoge*) Nosotros vigilaremos a nuestro nuevo amiguito mientras lo hacéis. ¿No es así, Jack?

JACK: No sé si es muy buena idea...

MIKE: Quizá no, pero de momento es la única que tenemos; lo siento, pero así es.

Ninguno de ellos parece muy satisfecho, pero Mike es quien manda. Hatch y Kirk Freeman se cierran las cremalleras de los chaquetones, disponiéndose a salir. Jack está mirando de nuevo a Linoge. Cuando la puerta se cierra, Mike se dedica de nuevo a las fotografías. De pronto se queda mirando algo fijamente.

29

*Interior. Primer plano de la instantánea de la butaca de Martha.*

Con las manchas de sangre se nos antoja tan espeluznante como una vieja silla eléctrica, pero está vacía. Las manos de Mike rebuscan hasta encontrar la siguiente foto de la butaca; en ella también aparece vacía.

30

*Interior. Primer plano de Mike.*

Sorprendido y desconcertado, le vemos recordar.

31

*Flashback. Interior. Sala de estar de Martha, con Mike.*

Acaba de echar las cortinas sobre la ventana rota y de sujetarlas con la mesa. Se vuelve de nuevo hacia la butaca de Martha, levanta la Polaroid y oprime el disparador.

32

*Flashback. Interior. Primer plano de la cabeza de lobo de la empuñadura del bastón.*

Mira fijamente a la cámara con dientes ensangrentados y los ojos de un lobo fantasmagórico a la fulgurante luz de un relámpago; la imagen se desvanece.

33

*Interior. Nuevo plano del cuartelillo, con Mike.*

Ha dispuesto tres fotografías de la butaca de Martha en una hilera.

MIKE: Ha desaparecido. JACK: ¿Qué ha desaparecido?

Mike no responde. Escoge una cuarta instantánea del montón. En ésta aparece el mensaje escrito con la sangre de Martha y el rudimentario dibujo del bastón. Mike alza lentamente la mirada y la fija en Linoge.

34

*Interior. Plano de Linoge.*

Ladea la cabeza y se lleva un índice al mentón, como una muchacha coqueta. Esboza una leve sonrisa.

35

*Interior. Nuevo plano del cuartelillo.*

Mike se dirige hacia la celda. Por el camino coge una silla para sentarse, pero su mirada nunca se aparta del rostro de Linoge. Todavía lleva las fotografías.

JACK (*nervioso*): Creía haberte oído decir que no nos acercáramos.

MIKE: Si intenta agarrarme, ¿por qué no le disparas? La pistola está ahí, sobre el escritorio.

Jack mira en esa dirección, pero no hace intento alguno de coger la pistola. El pobre hombre está más nervioso que nunca.

36

*Exterior. Puerto de la isla. Noche.*

Los muelles han sido prácticamente barridos por el embate de las olas.

37

*Exterior. Faro del cabo. Noche.*

Se alza erguido y blanco tras la cortina de nieve y su gran foco gira una y otra vez. Olas enormes se estrellan contra él.

*Interior. Sala de control del faro. Noche.*

Está completamente automatizada, y vacía. Vemos destellos y parpadeos de luces. El sonido del viento en el exterior es muy audible, y el anemómetro oscila entre ochenta y cien kilómetros por hora. Oímos el crujir y el chirriar de la estructura. La espuma de las olas salpica las ventanas y perla los cristales.

*Exterior. El faro. Noche.*

Una ola enorme, una verdadera monstruosidad como la que destruyera el almacén de Peter Godsoe, se estrella contra el cabo y prácticamente inunda el faro.

*Interior. Sala de control del faro. Noche.*

Varias ventanas se hacen añicos y el agua salpica el equipo. La ola retrocede y todo continúa funcionando... al menos de momento.

*Exterior. Puerta lateral del cuartel de bomberos. Noche.*

Salen Robbie Beals y Henry Bright con las espaldas encorvadas entra la furia de la tormenta. No son los mismos que cuando entraron; Robbie, en especial, está muy afectado. Extrae un manajo enorme de llaves (Robbie tiene llave de prácticamente todo en la isla, prerrogativa del alcalde) y hurga en busca de una con que cerrar la puerta. Henry le posa tentativamente una mano en el brazo. Una vez más, ambos se ven obligados a gritar por encima del aullido de la tormenta.

HENRY: ¿No deberíamos al menos comprobar el piso de arriba? Ver si alguien más...

ROBBIE: Eso le corresponde hacerlo al agente de policía.

Se percata de que la mirada que Henry le dirige expresa: «Vaya si has cambiado de parecer», pero incluso así no cede; haría falta alguien mucho más hombre que Henry Bright para hacer subir a Robbie al piso de arriba después de lo que han visto en el de abajo. Encuentra por fin la llave adecuada y la hace girar en la cerradura para asegurar el cuartel de bomberos.

ROBBIE: Hemos determinado que la víctima ha muerto y hemos salvaguardado el lugar de los hechos. Con eso basta. Ahora vamos. Quiero volver a...

HENRY (*pedante y quisquilloso*): En realidad no nos hemos asegurado de que estuviera muerto, ¿sabes?... no le hemos tomado el pulso o...

ROBBIE: Sus sesos estaban esparcidos por todo el estribo del camión número dos; en el nombre de Dios, ¿para qué habríamos de tomarle el pulso?

HENRY: Pero podía haber alguien en el piso de arriba. Jack Civiello... o quizá Duane Pulsifer...

ROBBIE: LOS únicos dos nombres inscritos en el tablón de servicio eran los de Ferd Andrews y Lloyd Wishman. Cualquiera otra persona ahí dentro es probable que resultara un amigo de ese Lino-ge, y no quiero conocer a ningún amigo suyo, si es que a ti te da lo mismo. ¡Ahora vamos!

Agarra a Henry del abrigo y prácticamente le arrastra de vuelta al coche oruga. Robbie lo pone en marcha, acelera con impaciencia mientras espera a que Henry trepe al vehículo y traza entonces un semicírculo para regresar a la calle.

Cuando lo hace, el todoterreno de asistencia de la isla surge penosamente de la tormenta. Robbie corrige el rumbo con la intención de evitarlo, pero Hatch advierte sus intenciones y le corta limpiamente el paso.

42

*Exterior. Plano del coche oruga y del vehículo de asistencia de la isla. Noche.*

Hatch se apea de su vehículo, linterna en mano. Robbie abre la portezuela forrada de lona del coche oruga y se asoma. Ha reconocido a Hatch y eso le ha hecho recobrar su intimidante autoridad. De nuevo todos tienen que gritar para hacerse oír por encima del clamor del viento.

ROBBIE: ¡Apártate de mi camino, Hatcher! ¡Si quieres hablar, sigúenos hasta el ayuntamiento!

HATCH: ¡Me envía Mike! ¡Te quiere ver en el cuartelillo! ¡A ti también, Henry!

ROBBIE: Me temo que eso es imposible. Tenemos esposas e hijos esperándonos en el ayuntamiento. Si Mike Anderson quiere que alguno de nosotros haga guardia más tarde, de acuerdo. Pero por el momento...

HENRY: Lloyd Wishman está muerto... y hay algo escrito en el costado de uno de los camiones de bomberos. Si se trata de la nota de un suicida, es la más extraña de la que he oído hablar jamás.

Kirk rodea el todoterreno hasta la parte delantera sujetándose el sombrero con ambas manos.

KIRK: ¡Venga, vamos ya! ¡Éste no es lugar para una discusión!

ROBBIE (*irritado*): Ya. Podemos discutir todo lo que queráis en el ayuntamiento, donde aún se está calentito.

Se dispone a cerrar la portezuela del coche oruga, pero Hatch la sujeta.

HATCH: Peter Godsoe también está muerto. Se ha ahorcado, (*pausa*) También ha dejado una nota muy extraña.

Robbie y Henry se han quedado sin habla.

HATCH: Mike me ha pedido que venga a buscarte, Robbie Beals, y eso es lo que voy a hacer. Sigúeme de vuelta al supermercado. Y no quiero oír ni una impertinencia más al respecto.

HENRY (*a Robbie*): Será mejor que lo hagamos.

KIRK: ¡Por supuesto que será mejor que lo hagáis! ¡Daos prisa!

HENRY: Peter Godsoe... Dios santo, ¿por qué?

Robbie se ve arrastrado hacia un lugar al que no quiere ir, y detesta que así sea. Esboza una sonrisa exenta de humor hacia Hatch, quien permanece en pie, robusto y resuelto tras la linterna.

ROBBIE: Tú eres el responsable de que ese monigote siga en el porche del supermercado. ¿Acaso crees que no lo sé?

HATCH: Si quieres podemos hablar de eso más tarde. Ahora lo único que importa es que esta noche tenemos serios problemas... y no sólo a causa de la tormenta. No puedo obligaros a arrimar el hombro si no queréis hacerlo, pero puedo asegurarme de que, cuando todo esto termine, la gente sepa que se os pidió ayuda... y os negasteis.

HENRY: YO voy contigo, Hatch. KIRK: ¡Buen chico!

Henry abre la portezuela y se dispone a salir para unirse a Hatch y Kirk. Robbie le agarra de la chaqueta y de un tirón le obliga a volver a sentarse.

ROBBIE: De acuerdo... pero de ésta no me olvido.

HATCH: No lo hagas. ¿Has cerrado debidamente este sitio?

ROBBIE (*con desdén*): Por supuesto. ¿Me crees estúpido?

Hatch no se atrevería a afirmar una cosa así... aunque quizá sí lo haría de no haber decidido comportarse con la mayor diplomacia posible. Tan sólo asiente con la cabeza y regresa con dificultad al vehículo de asistencia, cuyos faros describen sendos arcos a través de la nieve que cae. Henry vuelve a abrir la puerta para añadir algo.

HENRY: ¿Podrías contactar por radio con el ayuntamiento y decirles a Carla y Sandy que estamos bien?

Hatch levanta los pulgares en gesto afirmativo y sube al todoterreno. Pone en marcha el motor y gira lentamente para dirigirse de nuevo al supermercado con las cuatro ruedas levantando nieve. Le sigue el coche oruga conducido por Robbie.

43

*Interior. Cabina del vehículo de asistencia, con Hatch.*

HATCH (*hablando por la radio*): ¿Úrsula? ¿Estás ahí, Úrsula? Cambio.

44

*Interior. Oficina del ayuntamiento.*

En torno a Úrsula se agolpa un grupo de curiosos que demuestra gran ansiedad. Entre ellos se halla Ferd Andrews, quien se ha quitado el abrigo y sorbe una bebida caliente envuelto en una manta. También destacan Molly, Carla y Sandy; ésta tiene ahora a Don junto a ella a modo de consuelo.

HATCH (*voz distorsionada a través de la radio*): ¿... sula... ? Cambio...

Úrsula ignora la llamada durante unos instantes y, con el micrófono apoyado contra el hombro, observa inquieta a la multitud, que ahora la constriñe aún más, ávida de noticias frescas. Por muy

vecinos suyos que sean...

Molly intuye el incipiente ataque de agorafobia de Úrsula y se vuelve hacia la multitud.

MOLLY: Vamos, chicos, dejadle un poco de espacio a Úrsula. Retroceded... Si escuchamos cualquier cosa, lo sabréis.

TESS MARCHANT (*uniéndose a Molly*): ¡Vamos, atrás! ¡Retrocedan un poco! Si no tienen nada más que hacer, bajen al sótano y vean la tormenta por el canal meteorológico.

UPTON BELL: ¡No podemos! ¡El cable no funciona!

Pero aun así retroceden y le dejan un poco de espacio a Úrsula. Ésta dirige a Molly y Tess una mirada de agradecimiento, se lleva el micrófono a los labios y oprime el botón de transmisión.

URSULA: Muy débilmente pero te recibo, Hatch. Habla despacio y bien alto. Cambio.

45

*Interior. Vehículo de asistencia, con Hatch.*

HATCH: Robbie y Henry están bien. Pensé que os interesaría saberlo. Cambio.

46

*Interior. Ayuntamiento. Plano de Ursula.*

Sandra Beals y Carla Bright experimentan alivio. Don, que no consigue estar mucho rato quieto cuando hay juguetes que romper y compañeros que humillar, se libera de los brazos de su madre y sale corriendo hacia el sótano.

DON BEALS: ¡Mi papi está bien! ¡Es el alcalde! ¡Puede hacer un pase de pelota a varios kilómetros de distancia! ¡El año pasado vendió miles de millones de dólares en seguros! ¿Quién quiere hacer el mono conmigo?

ÚRSULA: ¿Es cierto que Lloyd Wishman ha muerto, Hatch?

47

*Interior. Vehículo de asistencia, con Hatch.*

Titubea e intercambia una mirada con Kirk Freeman, quien no parece dispuesto a ayudarle. Hatch sabe que debe mostrarse cauteloso; decidir qué información facilitar y qué guardarse en la manga es en realidad tarea de Mike. Comprueba el espejo retrovisor, sólo para asegurarse de que el coche oruga aún les sigue, como en efecto hace.

HATCH: Esto... lo cierto es que aún no conozco los detalles, Ursula. Sólo diles a Sandy y Carla que sus chicos tardarán un poco más. Mike les quiere en la tienda durante un rato.

ÚRSULA (*voz muy distorsionada por la estática*): ¿Por qué...? ¿No está ese... ncerrado? Molly quiere... saber...

HATCH: No te oigo muy bien, Ursula... te estoy perdiendo. Trataré de contactar contigo un poco más tarde. Aquí asistencia de la isla, cambio y corto.

Cuelga el micrófono con expresión de alivio no exento de culpabilidad, advierte que Kirk le mira y se



encoge de hombros.

HATCH: Demonios, ¡no sé qué decirles! Dejemos que sea Mike quien lo haga; para eso le pagan.

KIRK: Aja, le pagan para comer y unos cuantos dólares extra para billetes de lotería.

48

*Interior. Mike y Linoge en el cuartelillo. Noche.*

Mike está sentado en la silla que antes moviera. Linoge sigue en su catre en la misma postura, con la espalda contra la pared y las rodillas separadas. Se miran el uno al otro a través de los barrotes. Al fondo, junto al escritorio, Jack Carver está de pie y les observa.

MIKE: ¿Dónde está su bastón? *(no obtiene respuesta de Linoge)* Tenía un bastón, sé que lo tenía... ¿dónde está? *(Linoge no responde)* Dígame, señor, ¿cómo ha llegado usted a la isla de Little Tall? *(Linoge no responde)*

Mike sostiene en alto la instantánea que muestra el mensaje en la pared sobre el umbral de Martha.

MIKE: «Dadme lo que quiero y me marcharé.» ¿Ha escrito usted eso? Lo ha hecho, ¿no es así? *(no hay respuesta)* Y ¿qué quiere usted?

El prisionero no responde... pero sus ojos brillan. Muestra los dientes en esa leve y escalofriante sonrisa suya. Mike le concede tiempo, pero no obtiene nada más de él.

MIKE: Andre Linoge. Asumo que es usted francés. Hay un montón de descendientes de franceses en la isla. Tenemos apellidos como Pierre, Robi-chaux, Bissonette... *(no obtiene respuesta)* ¿Qué le ha pasado a Peter Godsoe? ¿Ha tenido usted algo que ver en ello? *(no obtiene respuesta)* ¿Cómo es que sabía que traficaba con hierba desde su almacén? Asumiendo que lo hiciera, claro.

LINOGE: Sé un montón de cosas, agente. Sé, por ejemplo, que cuando estabas en la Universidad de Maine, y corrías el peligro de perder tu beca por un suspenso en química durante el segundo curso, copiaste en los exámenes parciales. Ni siquiera tu esposa sabe eso, ¿no es así?

Mike está conmocionado. No quiere que Linoge advierta que lo está, pero no puede evitarlo.

MKE: No sé dónde obtiene usted la información, pero en este caso se equivoca. Iba a hacerlo... tenía una chuleta, señor Linoge, y todas las intenciones de utilizarla, pero la tiré en el último momento.

UNOGE: Estoy seguro de que a lo largo de los años te has convencido de que ésa era la verdad... pero en este preciso momento ambos sabemos que no es así. Deberías decírselo a Ralphie alguna vez. Opino que sería un bonito cuento para

explicarle en la cama: «Cómo aprobó papi su carrera universitaria.» *(centra ahora su atención en Jack)* Tú nunca tuviste que copiar en un examen en la universidad, ¿no es así? De hecho nunca fuiste a la universidad, y a ti nadie te incordia por haber sacado suspensos en el bachillerato.

Jack le mira fijamente y con los ojos muy abiertos.

LINOGE: Pero lo que sí harían es meterte en la cárcel por asalto... si te atrapan. Tuviste suerte el año

pasado, ¿no es así? Tú y Lucien Fournier y Alex Haber. Vaya tipos con suerte.

JACK: ¡Cállese!

LINOGE: Aquel pobre chico simplemente os cayó mal, ¿verdad? Con aquella manera de cecear... y aquel cabello rubio y rizado como el de una muchacha... por no mencionar su forma de andar... Aun así, tres contra uno... y con tacos de billar... bueno... no es que fuera muy deportivo...

Linoge niega con la cabeza y chasquea la lengua con actitud recriminatoria. Jack da un paso hacia el escritorio y aprieta los puños.

JACK: ¡Se lo advierto, señor!

LINOGE (*sonriendo*): El chico perdió un ojo... ¿qué te parece eso, eh? Puedes comprobarlo por ti mismo. Vive en Lewiston. Lleva un parche estampado que le hizo su hermana. No puede llorar por ese ojo; el lagrimal está seco. Por las noches se queda tumbado en la cama oyendo pasar los coches por Lisbon Street y a los grupos que tocan en los clubes nocturnos, esos que pueden tocar cualquier cosa siempre que se trate de *Louie Louie* o *Hang on Sloopy*, y le ruega a san Andrés que le devuelva la vista en el ojo izquierdo. Ya no puede conducir; perdió la percepción de la profundidad. Eso le pasa a uno cuando pierde un ojo. Ni siquiera puede leer mucho rato, porque le produce dolor de cabeza. Y aun así tenía aquel andar afeminado... y ceceaba de aquel modo... y a vosotros lo cierto es que os gustaba la forma en que el cabello le caía en torno al rostro, aunque nunca lo admitiríais ante los demás, ¿no es así? En cierto modo os ponía calientes. Digamos que os preguntabais qué se sentiría al acariciarle ese cabello...

Jack coge la pistola de encima del escritorio y apunta a la celda.

JACK: ¡Cállese o yo le haré callar! ¡Se lo juro! MIKE: ¡Jack, deja esa pistola!

Linoge no se mueve en ningún momento, pero su rostro ha adquirido una especie de oscuro resplandor. En esta escena no se precisan lentes de contacto o efectos especiales; todo está en el rostro de Linoge, que se muestra provocativo, aborrecible y poderoso a la vez.

UNOGE: He aquí otro bonito cuento para una noche de tormenta. Te veo en la cama rodeando con un brazo los hombros de tu pequeño. «Buster, papi quiere contarte cómo le sacó un ojo a un asqueroso maricón con la punta de un taco de billar, porque...»

Jack aprieta el gatillo. Mike cae de la silla en que estaba sentado. Profiere un grito de dolor. Linoge no se ha movido para nada de su sitio en el catre, pero Mike yace ahora en el suelo, boca abajo.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO II

49

*Exterior. Supermercado de la isla. Noche.*

La tormenta arrecia y la nieve cae con tal densidad y en copos tan gruesos que confiere al supermercado un aspecto fantasmal.

Escuchamos el sonoro crujido de algo que cede. Vemos caer un árbol, que pasa silbando junto a la furgoneta de Godsoe y destroza el capó del pequeño utilitario de Mo-Hy y pulveriza un extremo de la barandilla del porche.

JACK (*voz en off*): ¡Mike! Mike, ¿estás bien?

50

*Interior. Cuartel de policía.*

Mike se está poniendo de rodillas. Se ha llevado la mano derecha al bíceps izquierdo y vemos correrle un hilillo de sangre entre los dedos. Jack está abrumado por el remordimiento y el terror ante lo que ha hecho... o lo que casi ha hecho. Arroja de nuevo la pistola sobre el escritorio y se precipita hacia Mike. Entretanto, éste se ha puesto en pie.

JACK (*balbuceando*): Mike, lo siento... no pretendía... ¿te encuentras bi...?

Mike le propina un violento empujón.

MIKE: ¿NO te he dicho que te mantuvieras alejado de él?

Pero ése no es el motivo de que Mike le haya empujado; lo ha hecho porque se ha comportado como un verdadero gilipollas, y Jack lo sabe. Permanece en pie entre la celda y el escritorio, con los labios temblorosos y los ojos llenos de lágrimas. Mike aparta la mano del brazo para examinar la herida. La camisa tiene un desgarrón del que mana la sangre.

Escuchamos el sonido de los motores del todoterreno y el vehículo oruga que se aproximan.

MIKE: Apenas ha desgarrado la piel. He tenido suerte, (*el rostro de Jack refleja alivio*) Pero un palmo más hacia la izquierda y yo estaría muerto y él riéndose.

Mike se vuelve hacia la celda. Uno de los barrotes muestra una rozadura fresca en el reluciente metal. Mike tiende una mano y la toca con la yema del dedo con expresión de asombro.

MIKE: ¿Dónde...? LINOGE: Aquí.

Tiend<sup>e</sup> una mano con el puño cerrado. Como en un ruego, Mike introduce un brazo a través de los barrotes con la palma abierta hacia arriba.

JACK: ¡Mike, no!

Mike no le presta atención. El puño cerrado de Lino-ge permanece unos instantes sobre la palma de Mike, y de pronto se abre. Vemos caer un objeto pequeño y oscuro. Mike retira la mano. Jack se adelanta un par de pasos. Mike coge el minúsculo objeto entre el índice y el pulgar y lo sujeta en alto para que ambos puedan verlo. Es el casquillo de la bala que Jack ha disparado.

El ruido de motores se hace más audible.

MIKE (*a Linoge*): ¿La ha cogido? Sí lo ha hecho, ¿no es así?

Linoge sólo le mira sonriente y sin decir palabra.

51

*Exterior. El supermercado. Noche.*

El todoterreno de asistencia de la isla se detiene en la zona de aparcamiento y el coche oruga lo hace a su lado. Los cuatro hombres se apean y contemplan el árbol caído que ha aplastado el coche y el porche.

HATCH: ¿Le cubrirá eso el seguro, Robbie?

ROBBIE (*con cara de que no es momento para trivialidades*): Venga, vamos ya; acabemos con esto de una vez.

Comienzan a ascender los peldaños del porche. malhumorada como de temor; no resulta precisamente buena combinación.

ROBBIE: Muy bien, ¿qué está pasando aquí? : Robbie, ojalá lo supiera.

52

*Interior. Cuartel de policía.*

Mike tiene la manga de la camisa subida para mostrar un corte poco profundo en el bíceps. Sobre el escritorio, junto a la pistola, vemos abierto un maletín de primeros auxilios. Jack le coloca una gasa doblada en la herida y la sujeta con un pedazo de esparadrapo.

JACK: Mike, lo siento de veras.

Mike inspira profundamente, retiene el aire unos instantes y espira despacio. Recupera el control de sí mismo; supone un esfuerzo, pero lo consigue. Se abre la puerta principal del supermercado. La campanilla tintinea; escuchamos aproximarse el taconeo de las botas y el murmullo de voces.

MIKE: ¡Ahí está Hatch!

JACK: Respecto a lo que ha dicho ese tipo...

Jack dirige una mirada entre despectiva y asombrada a Linoge, quien le mira a su vez con perfecta calma. Mike alza una mano para acallar a Jack. Se abre la puerta. Entra Hatch, seguido de Henry Bright y Kirk Freeman. En último lugar entra Robbie Beals, con expresión tanto

53

*Exterior. Intersección de Main y Atlantic Street. Noche.*

La tormenta continúa arreciando y los ventisqueros son más altos que nunca.

54

*Exterior. Escaparate de la farmacia. Noche.*

En él hay un mural que muestra varias escenas invernales: gente que va en trineo, que esquía o patina. Frente a él y sujetos con hilos penden botes de vitaminas. En la parte superior del mural se lee: RESISTA ADECUADAMENTE EL INVIERNO CON LAS NUEVAS VITAMINAS NU-U.

En la pared de la izquierda un reloj de péndulo da la hora; son las 8.30.

Escuchamos otro tremendo crujido. Una rama enorme atraviesa el escaparate haciéndolo añicos y arranca el mural. Los copos de nieve revolotean en el interior de la tienda.

55

*Exterior. Ayuntamiento. Noche.*

Apenas podemos ver el edificio a través de la densa nevada.

56

RALPHIE : NO dejará que ese hombre malo salga y nos haga daño, ¿verdad?

MOLLY: NO, te lo prometo.

PON BEALS (*le oímos gritar en tono airado*): ¡Déjame en el suelo! ¡Basta ya! ¡Déjame en paz!

Molly se vuelve.

*Interior. La escalera que desciende al sótano. Noche.*

Sandra Beals baja tambaleante por ellas llevando en brazos a un Don que no cesa de chillar y patear. La expresión de su rostro sugiere que está acostumbrada a tales arranques... demasiado acostumbrada, quizá. Cuando llega al pie de la escalera Molly se precipita a ayudarla; Don consigue al fin liberarse de los brazos de su madre. Está cansado y furioso y exhibe esa clase de conducta que provoca la decisión de los matrimonios jóvenes de no tener hijos.

MOLLY: ¿Necesitas ayuda?

SANDRA BEALS (*esbozando una sonrisa cansina*): No... sólo está un poco alterado...

DON BEALS: ¡ES papá quien me acuesta, no tú! SANDRA BEALS: Donnie, cariño...

Don le propina una patada; no es más que la patada de un pie de niño calzado con zapato de deporte, pero aun así duele.

DON: ¡He dicho mi papá! ¡No tú!

Por un instante vemos reflejarse auténtica aversión hacia ese niño en el rostro de Molly. Tiende una mano hacia él y Don se encoge ligeramente, aguzando la mirada.

SANDRA: ¡Molly, no!

Pero Molly no hace sino volver al niño y darle una palmada en el trasero.

MOLLY (*más dulce que la miel*): Ve arriba. Espera a tu papá.

Don Beals, siempre tan encantador, le hace una pederreta a Molly, salpicándola de gotitas de saliva. Luego corretea escaleras arriba. Las dos mujeres le ven hacerlo; Sandra se muestra avergonzada por la conducta de su hijo, y Molly trata de recobrar el autodomínio. Deberíamos ver que, buena madre y maestra o no, al menos le ha pasado por la cabeza la posibilidad de darle un buen bofetón en lugar de una mera palmadita en las nalgas.

SANDRA: Lo siento, Molly, creí que estaba dispuesto para acostarle. Y está acostumbrado a que sea su padre quien le meta en la cama por las noches.

MOLLY: Será mejor dejarle quedarse arriba. Creo que Buster aún corretea por ahí. Jugarán un rato a pillarse y luego se quedarán dormidos en cualquier rincón. Durante esta conversación han vuelto a dirigirse a la zona de los niños y han bajado el tono de voz.

SANDRA: Mientras no moleste a nadie... MOLLY: Qué va, si están muertos de sueño.

Lo cual incluye también a Ralphie. Molly le arropa bien con la manta y le da un beso en la comisura de los labios. Sandra la observa hacerlo con cierta envidia.

SANDRA: Don a veces me preocupa; le quiero, pero eso no evita que me preocupe.

MOLLY: LOS niños atraviesan distintas etapas, Sandy. Es posible que Don pase ahora por... por momentos poco cariñosos, pero a la larga su actitud será normal.

Sandra tiene sus dudas, sin embargo; confía en que sea cierto lo que Molly dice pero no acaba de creerlo. En el exterior, el viento aulla. Las dos mujeres alzan la vista inquietas... y Sandra no puede evitar de

pronto hacerle una confidencia a Molly.

SANDRA: En primavera voy a dejar a Robbie. Me llevaré a Don y regresaré con mi gente en la isla de Deer. No creía haber tomado aún una decisión en firme al respecto... pero por lo visto así es.

Molly la mira con una mezcla de simpatía y confusión. No sabe qué responder.

58

*Interior. Cocina del ayuntamiento. Noche.*

Se trata de una cocina muy bien equipada; en ella se han preparado multitud de comidas benéficas y celebraciones. Vemos a una serie de mujeres afanarse ahora con los preparativos del desayuno del día siguiente de los refugiados. Entre ellas se encuentran la señora Kingsbury y Joanna Stanhope. La suegra de Joanna se halla sentada junto a la puerta como una reina, supervisándolo todo. Vemos entrar a Cat Withers con el abrigo puesto.

SEÑORA KINGSBURY: ¿Vas a ayudar a Billy? CAT: Sí, señora.

SEÑORA KINGSBURY: Mira a ver si queda un poco de avena en la estantería de atrás de todo. Y dile a Billy que se acuerde de las bebidas.

CORA: Oh, supongo que Billy no tendrá problemas con la bebida, ¿no?

Cora, que no tiene ni idea de lo ocurrido cuando llevaban a Linoge a través de la tienda, y consecuentemente desconoce el problema surgido entre Cat y Billy, profiere una desagradable risilla de anciana. A Cat no le parece divertido. Cruza la estancia hacia la puerta trasera. Su rostro, o lo que vemos de él entre la bufanda y el gorro embutido hasta las orejas, muestra preocupación y desdicha. Aun así, está resuelta a hablar con Billy y a salvar la relación si está en su mano hacerlo.

59

*Exterior. Parte trasera del ayuntamiento. Noche.*

Vemos un sendero cubierto de nieve que conduce a un pequeño anexo de ladrillo: el cobertizo de las provisiones. La puerta está abierta y la tenue luz de una lámpara de gas se derrama sobre la nieve y nos muestra una vía amplia y plana sobre la que ya se acumula la nieve. La cámara entra en el cobertizo y vemos a Billy Soames, muy abrigado a su vez, colocando alimentos envasados en el carretón que ha dejado ahí a tal efecto. En su mayoría se trata de los concentrados a que aludiera Úrsula («sólo hay que verter agua sobre los polvos y revolver»), pero también hay cajas de paquetes de cereales, un cesto de manzanas y varias bolsas de patatas.

CAT (*voz en off*): ¿Billy? Billy se vuelve.

60

*Interior. Cobertizo de provisiones. Noche.*

Cat está de pie en el umbral. Billy ha vuelto la cabeza para mirarla. Los vemos exhalar vaho a la luz incierta de la lámpara de gas. Entre ellos se extiende ahora un vasto abismo de desconfianza.

CAT: ¿Puedo hablar contigo? BILLY: Supongo. ¿Por qué no?

CAT: Billy, yo...  
ha dicho ese tipo? ¿Fuiste a

BILLY: ¿Es cierto lo que abortar a Derry?

Cat no dice nada, lo cual es respuesta suficiente.

BILLY: Me parece que no hay nada más que hablar, ¿no crees? Me parece que con eso está todo dicho.

Se vuelve y se aleja deliberadamente de ella para rebuscar de nuevo en las estanterías. Cat reacciona con rabia y frustración y entra en el cobertizo pasando sobre el carretón a medio cargar para llegar hasta Billy.

CAT: ¿No quieres saber por qué lo hice?

BILLY: No especialmente. Era nuestro, o al menos supongo que lo era, y está muerto. Creo que es todo cuanto preciso saber.

Cat está más furiosa que nunca. Olvida que su intención era salvar la relación, no destruirla. Aunque tal vez su reacción nos resulte comprensible dada la actitud de Billy.

CAT: Tú ya has preguntado; ahora me toca a mí. ¿Qué me dices de Jenna Freeman?

Su voz ha adquirido un tono de desafío. Las manos de Billy se quedan inmóviles sobre las latas que estaba clasificando. Se trata de grandes latas de hostelería de zumo de manzana. En cada etiqueta se lee «Lo mejor de Mc-Call» sobre el dibujo de una succulenta manzana. Bajo la manzana vemos las palabras: «Calidad superior.» Billy se vuelve hacia Cat con expresión de amenaza.

BILLY: ¿Por qué lo preguntas si ya lo sabes?

CAT: Quizá para borrarte de la cara esa expresión de santurrón. Pues sí, lo sabía. La mayor de las golfas de toda la costa, y la perseguías como si ella fuera fuego y tú bombero.

BILLY: La cosa no era exactamente así. CAT: ¿Cómo era, entonces? Dímelo.

Billy no responde. Ahora está de espaldas a la estantería; pero evita mirar a Cat a los ojos.

CAT: No lo entiendo... yo nunca te dije que no. No me negué ni una sola vez... y aun así... Billy, ¿cuántas veces al día vas caliente?

BILLY: ¿Qué tiene eso que ver con nuestro bebé? ¿Ese de cuya existencia tuve que enterarme por un extraño y delante de la mitad del pueblo?

CAT: Sabía con quién te habías liado, ¿es que no lo entiendes? ¿Cómo iba a confiar en que harías lo correcto? ¿Cómo iba a confiar en ti para nada?



Billy no contesta. Su rostro expresa dureza y obstinación. Si hay algo de verdad en lo que Cat ha dicho, Billy es incapaz de verlo. De hecho, no quiere verlo.

CAT: ¿Sabes cómo se siente una al descubrir que está embarazada y a la semana siguiente enterarse de que su novio pasa las tardes con la fulana del pueblo?

Cat está ahora justo ante él, gritándole a la cara.

BILLY (*gritando a su vez*): ¡Ese bebé también era mío! ¡Te fuiste a Derry y te deshiciste de él, y también era mío!

CAT (*con tono burlón*): Sí, claro. Ahora que ya no está resulta que también era tuyo.

61

*Interior. Cuartel de policía. Noche.*

Los cinco hombres, Mike, Hatch, Kirk, Jack y Robbie, están reunidos en torno al escritorio. Mike trata de contactar por radio con la policía estatal en Machias. Hatch está mirando a Mike, pero los demás no consiguen apartar los ojos de Linoge.

De pronto el prisionero se incorpora y abre desmesuradamente los ojos. Jack le da un codazo a Mike para llamar su atención al respecto. Entretanto, Linoge tiende una mano con el índice señalando hacia abajo. Lo hace girar en el aire.

62

CAT: Que no soy estúpida. Si hubiera recurrido a ti cuando aún andabas detrás de Jenna, sé qué habrías pensado de mí: «Esa putita se ha quedado preñada sólo para asegurarse de que no me le escaparé.»

BILLY: Has estado muy ocupada pensando por mí, ¿eh?

CAT: ¡Deberías agradecermelo! ¡Desde luego tú no has pensado mucho por ti mismo últimamente!

BILLY: ¿Y qué me dices del bebé? ¿De ése al que mataste? ¿Cuánto pensaste tú en el bebé? (*Cat no responde*) Lárgate de aquí. No soporto seguir escuchándote.

CAT: Dios santo. No sabes ser fiel, lo cual ya es malo; pero además eres un cobarde, y eso es mucho peor. Eres demasiado gallina para admitir la parte de culpa que te corresponde. Creí que conseguiría salvar nuestra relación, pero no hay nada que salvar. Después de todo no eres más que un crío estúpido.

Cat se vuelve para marcharse. Las facciones de Billy se contorsionan a causa de la ira. Está de pie ante la estantería, y de pronto ve algo.

*Interior. Cobertizo de provisiones, con Cat y Billy. Noche.*

Billy se vuelve otra vez hacia la estantería y le da la espalda a Cat. Tal movimiento parece inducido por el gesto que Linoge ha hecho con el dedo.

BILLY: ¿Qué se supone que significa eso?

*Interior. Las latas de zumo, desde el punto de vista de Billy.*

La leyenda «Lo mejor de McCall» ha sido sustituida por «El bastón de McCall». A la jugosa manzana de la etiqueta la ha reemplazado un bastón negro de empuñadura plateada en forma de cabeza de lobo. Y en lugar de «Calidad superior» vemos escrito en cada lata «Mala uva superior».

*Interior. Cuartel de policía, con Linoge.*

Linoge alarga la mano y finge asir un objeto.

KIRK: ¿Qué está haciendo?

Mike niega con la cabeza; no lo sabe.

*Interior. Cobertizo de provisiones, con Billy y Cat.*

Billy coge una de las latas de la estantería por uno de sus extremos, como si se tratara de un garrote, mientras Cat, que se dirige hacia la puerta, pasa por encima del carretón a medio cargar.

*Interior. Cuartel de policía, con Linoge.*

MIKE: Oiga, ¿qué hace? ¿Le importaría decírmelo?

Linoge hace caso omiso. Está totalmente absorto. Vuelve a describir un giro con el índice en el aire y luego hace un movimiento de tijera con los dedos en una réplica de mimo de alguien que camina.

*Interior. El cobertizo, con Billy y Cat.*

Cat está en la puerta, de espaldas a él, cuando Billy se vuelve con la lata de zumo en la mano. Se dirige hacia ella...

68

*Interior. Cuartel de policía.*

Mike da unos pasos hacia la celda al tiempo que Lino-ge se pone en pie y levanta un brazo por encima de la cabeza. Tiene la mano ahuecada como si asiera un objeto que sólo él puede ver.

69

*Interior. El cobertizo, con Billy y Cat.*

Cuando Cat sale a la tormenta, Billy levanta la lata por encima de la cabeza.

70

*Interior. La celda, con Linoge.*

Levanta el otro brazo y realiza el mímico gesto de asir el objeto con ambas manos.

71

*Exterior. Ante el cobertizo de provisiones, con Cat. Noche.*

Cat está de pie ante el umbral sobre la vía que está desapareciendo bajo la nieve. Se enjuga las lágrimas con las manos enguantadas y luego se reajusta la bufanda. Con ello le da tiempo de sobra a Billy, que aparece tras ella en el umbral con la lata alzada sobre la cabeza y sujeta con ambas manos y el rostro contorsionado en una horrorosa mueca.

72

*Interior. La celda, con Linoge.*

Mike está de pie al otro lado de los barrotes, contemplando al prisionero con asombro y temor. Los demás se agolpan detrás de él. Linoge les ignora y baja de golpe los brazos.

73

*Exterior. Ante el cobertizo, con Billy y Cat.*

Billy está a punto de hacerlo. De hecho, vemos cómo la lata de zumo inicia un arco de descenso en mímico gesto del descrito por las manos de Linoge, pero de pronto se detiene. La expresión de rabia ciega del rostro de Billy da paso a una de desconcierto y horror: ¡Dios santo, ha estado a punto de aplastarle el cráneo! Cat no advierte ni intuye nada. Empieza a caminar penosamente hacia el ayuntamiento con la cabeza gacha y los extremos de la bufanda flotando al viento.

74

*Interior. La celda, con Linoge.*

Todavía está inclinado y balancea levemente las manos entre las rodillas; es la imagen de un hombre que acaba de asestar un golpe seco con un objeto contundente. Pero sabe que ha fallado. Su rostro está perlado de sudor y la rabia le enciende los ojos.

LINOGE: Ella tiene razón. Eres un cobarde.

MIKE: ¿Qué demonios está...?

LINOGE (*a pleno pulmón*): ¡Cállate!

Sobre la mesa, el vidrio de una de las lámparas de gas estalla haciéndose añicos y rovocando el estremecimiento general. Linoge comienza a dar vueltas con expresión violenta y trastornada, con lo que semeja más que nunca un tigre enjaulado, y de pronto se arroja boca abajo sobre el catre y se cubre la cabeza con los brazos. Está murmurando algo. Mike se acerca tanto como le permiten los barrotes para escucharle.

LINOGE: Los escalones de atrás... en los escalones de atrás...

75

*Exterior. Escalones traseros del ayuntamiento. Noche.*

A través de los cristales llenos de nieve contemplamos la cocina, donde Cora sigue sentada observando el ajeteo de Joanna y la señora Kingsbury. Ahora se han unido a ellas Carla St. Pierre y Roberta Coign, quienes están cargando el lavavajillas. Se trata de una escena agradable y acogedora, en especial desde fuera, donde el viento aulla y la nieve se arremolina. La cámara desciende en picado. Junto a la entrada cubierta de nieve hay un cajón para guardar leche. Y apoyado contra el cajón de leche está el bastón de Linoge, semienterrado en un ventisquero. Vemos relucir la cabeza de lobo.

La mano enguantada de Cat desciende para tocar la cabeza plateada. Recorre con un dedo el rugiente hocico del lobo.

76

*Exterior. Primer plano de Cat. Noche.*

Tiene los ojos muy abiertos, presa de la fascinación.

77

*Interior. La celda, con Linoge. Noche.*

Todavía tumbado en el catre con los brazos sobre la cabeza, murmura incesantemente en lo que semeja un cántico. Mike no sabe qué está pasando, pero tiene la certeza de que no es nada bueno.

MIKE: ¡Basta ya, Linoge!

Linoge no le presta atención; más bien al contrario, los murmullos se aceleran.

78

*Exterior. Entrada trasera del ayuntamiento. Noche.*

Cat ya no está, pero vemos sus huellas, que han girado sobre sí mismas y se dirigen de nuevo hacia el cobertizo de las provisiones.

El bastón tampoco está. Los copos van amontonándose en los bordes del agujero que dejara al ser hundido en la nieve.

79

*Interior. Cobertizo de provisiones. Plano de Billy. Noche.*

Está agachado a un lado del carretón, cargado ahora hasta los topes. Extiende sobre los víveres una lona impermeable que procede entonces a asegurar con unos pedazos de cordel elástico.

El ángulo nos impide ver el umbral, pero sí vemos la sombra de la figura que se inclina sobre Billy... y también la sombra del bastón cuando se extiende desde aquella forma humana y empieza a alzarse. El movimiento también atrae a Billy, quien cambia de postura y levanta la vista...

80

*Interior. Cat Witbers, desde el punto de vista de Billy. Noche.*

Se ha transformado en una vengativa arpía. Emite un salvaje rugido enseñando los dientes. Sujeta el bastón por la parte inferior y la cabeza de lobo sobresale en la oscuridad. Profiere un grito y arremete con el bastón.

81

*Interior. Linoge, boca abajo sobre el catre de la celda.*

Profiere gritos de triunfo contra la almohada, todavía con los brazos sobre la cabeza.

82

*Interior. Plano más amplio del cuartelillo.*

Mike retrocede desde la celda, presa de la inquietud. El grupo que forman los otros cuatro es tan prieto que semejan ovejas en plena granizada. Están aterrorizados. Linoge continúa gritando.

83

*Exterior. Plano angular del cobertizo. Noche.*

Desde fuera no conseguimos ver qué ocurre... lo cual probablemente sea mejor. Sin embargo sí vemos la sombra de Cat, y la sombra del bastón que se eleva y desciende una y otra vez...

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPÍTULO III

84

*Exterior. El faro. Noche.*

La marea ahora está bajando y las olas todavía rompen entre explosiones de espuma, pero el reflector continúa girando. Una de las ventanas de la parte superior está rota, pero el faro ha sobrevivido a la tormenta. Al menos por el momento.

85

*Exterior. Escaparate de la farmacia de la isla. Noche.*

Los pasillos se están llenando de nieve, que también ha empezado a cubrir la esfera del reloj de péndulo, aunque todavía se ve la hora: las 8.47.

86

*Interior. Rincón del sótano del ayuntamiento, con Molly.*

Está sentada en una butaca orejera y lleva puestos unos auriculares, pero se ven torcidos y a punto de caérsele. Escuchamos débilmente el sonido de música clásica. Molly está profundamente dormida. En el marco aparecen unas manos que le quitan los auriculares. Molly abre los ojos. Una muchacha de unos

diecisiete años se halla de pie junto a ella. Annie sonríe, un poco avergonzada, y le tiende a Molly los auriculares.

ANNIE HUSTON:  Quieres volver a pon rtelos? Es que... bueno, se te estaban cayendo.

MOLLY: NO, gracias. Con esos trastos siempre acabo dormida y hasta las narices de escuchar a Schu-bert.

Molly se levanta, se despereza y deja el *walkman* en el asiento de la butaca. La zona del sótano en que está se ha separado con una cortina de la zona destinada a dormir; vemos esta última a través de una abertura en las improvisadas cortinas. Todos los niños duermen ahora, así como unos cuantos adultos.

En una de las paredes de la zona de actividades hay un televisor. Unas cuarenta personas se han congregado ante él, algunas sentadas en el suelo, otras en sillas plegables de madera, y unas cuantas de pie al fondo. La pantalla muestra una imagen borrosa del hombre del tiempo de la WWII, canal subsidiario de la ABC en Bangor. De pie junto al televisor y moviendo la antena a uno y otro lado en el intento de obtener una imagen más nítida (lo cual me temo que es más bien una causa perdida), vemos a Lucien Fournier, un hombre atractivo de unos treinta años y ataviado con un jersey con renos. Es uno de los compinches de Jack Carver cuando de apalear a gays se trata.

HOMBRE DEL TIEMPO: En estos momentos la tormenta continúa aumentando de intensidad, y las mayores concentraciones de nieve tienen lugar en las zonas costera y central. Las cifras que nos llegan aquí al Canal Siete resultan casi increíbles, pero Machias nos informa de que ya van por el medio metro de nieve... eso sin tener en cuenta los ventisqueros, no lo olviden, y la visibilidad cero. No hay nada de tráfico en las carreteras, (*rie*) Eh,  en qué carreteras?, se preguntarán. En Bangor, las condiciones son casi igual de deplorables; se nos informa de que han habido apagones por todas partes. Brewer está absolutamente a oscuras, y en el sudoeste de Bangor el viento ha arrancado la aguja de una iglesia. Las cosas no van muy bien por all , y aún no hemos visto lo peor de la tormenta. De ésta les hablarán ustedes a sus nietos en el futuro... y probablemente no les creerán. Yo mismo tengo que mirar de vez en cuando por la ventana de la sala de redacción para creérmelo.

Detrás de todo, asomando la cabeza entre los demás telespectadores que est n de pie, vemos a  rsula Godsoe. Molly le da unas palmaditas en el hombro y  rsula se vuelve; su expresión es adusta.

MOLLY (*indica con la cabeza hacia el televisor*):  Qu  está diciendo?

URSULA: Ventiscas y viento huracanado seguidos de viento huracanado y ventiscas. Tales condiciones continuarán durante todo el día de mañana hasta la noche, en que se supone que las cosas finalmente empezarán a apaciguarse. Se han quedado sin electricidad desde Kittery hasta Millinocket. Las poblaciones costeras est n incomunicadas. En cuanto a los isleños... mejor olvid moslo.

Ursula tiene muy mala cara; Molly se percata de ello y reacciona con una mezcla de comprensión y curiosidad.

MOLLY:  Qu  te ocurre?

URSULA: No lo s . Es sólo que tengo un mal presentimiento; uno malo de verdad.

MOLLY: Bueno,  y quién no? Martha Clarendon ha sido asesinada... Lloyd Wishman se ha suicidado... la tormenta del siglo se cierne sobre nuestras cabezas...  qui n no va a tener malos presentimientos?

URSULA: Me temo que se trata de algo aún peor.

*Exterior. Plano angular del cobertizo de provisiones. Noche.*

Por unos instantes el umbral está vacío, y entonces Cat lo traspone lentamente y se detiene. Tiene los ojos muy abiertos y la mirada perdida. Lo poco que vemos de su rostro entre el gorro y la bufanda está salpicado de minúsculas gotitas de sangre. Casi semejan pecas. Todavía lleva el bastón en una mano. La cabeza de lobo está una vez más bañada en sangre.

La cámara comienza a acercarse a medida que vemos reflejarse en los ojos de Cat cierta conciencia de lo que acaba de hacer. Baja la mirada hacia el bastón y lo deja caer.

*Exterior. El bastón, desde el punto de vista de Cat.*

Yace sobre la nieve junto al umbral, mirándola con lascivia. Los ojos de plata del lobo están llenos de sangre.

*Exterior. Nuevo plano de Cat en el umbral del cobertizo.*

Se lleva las manos enguantadas a las mejillas. Pero entonces, quizá sintiendo algo, las aparta para mirárselas. Su rostro aún aparece inexpresivo, parece hallarse bajo el efecto de una droga... está en estado de shock.

*Interior. El sótano. Plano de Molly y Ursula.*

Ursula mira alrededor para comprobar que nadie las escuche. Nadie lo hace, pero aun así conduce a Molly a una zona más tranquila cerca del pie de las escaleras, por si acaso. Molly la observa preocupada. Desde el exterior les llega el sonido de una enorme ráfaga de viento; las dos mujeres se nos antojan casi insignificantes en comparación.

URSULA: Cuando tengo esa clase de presentimientos, me fío de ellos. A lo largo de los años he aprendido a creer en ellos. Molly... creo que algo malo le ha sucedido a Peter.

MOLLY (*preocupándose*): ¿Por qué? ¿Es que ha vuelto alguien del supermercado? ¿Es que Mike...?

URSULA: No, no ha venido nadie de esa parte del pueblo desde las ocho, pero Mike está bien.

Ve que Molly no parece muy convencida y esboza una sonrisa levemente amarga.

URSULA: En ese sentido no hay fenómeno extraño alguno; he recibido un par de retazos de transmisiones fallidas por radio. Una de las veces era Hatch; la otra, estoy bastante segura de que se trataba de Mike.

MOLLY: ¿Qué decía? ¿Con quién hablaba?

URSULA: Con la antena inutilizada resulta imposible saber de qué unidad a qué unidad hablaban; sólo se oían voces. Imagino que aún tratan de alertar a la policía estatal en Machias.



MOLLY: De modo que no has oído nada sobre Peter, y no puedes saber si...

URSULA: NO... pero de alguna forma lo sé. Si consigo que Lucien Fournier deje de jugar con ese televisor y me lleve al cuartelillo en su mo-tonieve, ¿podrás ocuparte un rato de esto? A menos que se hunda el tejado, sólo supone decir constantemente que todo marcha bien, que el desayuno es a las siete, y que aún faltan voluntarios para ayudar a servir y a lavar después los platos. Gracias a Dios, esta noche ya está casi todo hecho. La gente ya ha empezado a irse a dormir.

MOLLY: Yo iré contigo. Tavia puede apañárselas aquí. Quiero ver a Mike.

URSULA: No. No con Ralphie aquí y un prisionero quizá peligroso en el cuartelillo.

MOLLY: Tú también tienes una cría de la que ocuparte; Sally está aquí.

URSULA: Es el padre de Sally quien me preocupa, no el de Ralphie. En cuanto a Tavia Godsoe... nunca le he dicho esto a la cara porque le tengo cariño, pero tiene la enfermedad de las solteronas: adora a su hermano. Si sospecha que algo malo le ha sucedido a Peter...

MOLLY: De acuerdo. Pero dile a Mike que quiero que monte guardias... no importa cuántos hombres necesite; de cualquier forma ninguno está ocupado esta noche, y que regrese aquí. Dile que su mujer quiere verle.

URSULA: Le daré el mensaje.

Se aleja de Molly y se abre camino entre la gente congregada ante el televisor en busca de Lucien.

91

*Exterior. Plano angular del cobertizo de provisiones. Noche.*

Cat aún se mira las manos, pero sus ojos comienzan a reflejar plena conciencia de lo sucedido. Su mirada va del bastón ensangrentado a sus guantes manchados de sangre... de nuevo al bastón... de vuelta a los guantes... para perderse por fin en la tormenta. De pronto abre desmesuradamente la boca y profiere un agudo chillido.

92

*Interior. Cocina del ayuntamiento. Noche.*

Joanna, quien casualmente está lavando cazos en el fregadero cercano a la puerta trasera, alza la mirada y frunce el entrecejo. Las demás mujeres prosiguen con sus tareas. JOANNA: ¿Habéis oído algo?

CORA: Sólo el viento.

JOANNA: Ha sonado como un grito.

CORA (*con exagerado tono de paciencia*): Así es como suena esta noche el viento, querida. Joanna, que está bastante harta de su suegra, se dirige a la señora Kingsbury.

JOANNA: ¿Ha regresado la muchacha del supermercado? No, ¿verdad?

SEÑORA KINGSBURY: NO, por aquí no...

CORA: Imagino que tenían cosas que discutir, Joanna.

Le dirige una mirada maliciosa, que acompaña con el gesto más obsceno que probablemente aceptarían en televisión (o quizá sea demasiado obsceno): la anciana forma un círculo con el índice y el pulgar de una mano y da unos golpecitos en él con el índice de la otra, sonriendo mientras lo hace.

Joanna la mira con expresión de desagrado, para luego dirigirse a coger una parca del perchero del rincón. Le queda grande, pero se sube igualmente la cremallera.

CORA: Mi madre solía decir: «Por la cerradura mira lo justo si no quieres llevarte un disgusto.»

JOANNA: Me ha parecido un grito. CORA: No seas ridícula. JOANNA: Cállese ya, madre.

Cora se queda perpleja. La señora Kingsbury está sorprendida, pero agradablemente; la vemos contener el impulso de exclamar «¡Bien dicho!» Joanna, que sabe reconocer un buen comentario cuando lo hace, aprovecha para ceñirse la capucha forrada de la parca y salir por la puerta trasera a la inhóspita oscuridad.

93

MOLLY: Digamos que no va mal.

*Interior. Nuevo plano del sótano del ayuntamiento, con Molly.*

Observa a Úrsula hablar con Lucien, quien ha dejado de toquetear la antena y la escucha atentamente. En la borrosa pantalla del televisor vemos un mapa de Maine. La mayor parte se ha coloreado de rojo y luce la palabra «emergencia» en grandes letras mayúsculas. También vemos escrito: «De uno a dos metros de nieve acompañados de violentas ventiscas.»

HOMBRE DEL TIEMPO: Si se hallan ustedes en una zona periférica, nuestro consejo es que se queden donde están incluso aunque se hayan quedado sin electricidad y no tengan calefacción. Esta noche su necesidad primordial es disponer de refugio. Si se halla usted en un refugio, no lo deje. Abriéndose bien, comparta sus alimentos, y sus energías. Si ha habido una noche en que uno debiera demostrar que es un buen vecino, es ésta. En el Maine central y costero tenemos esta noche una situación de emergencia a causa de la nevada; repito, en la costa y en las regiones centrales, la situación es de emergencia.

Johnny Harriman y Joñas Stanhope descienden la escalera del sótano llevando grandes bandejas de pastelillos y galletas. Tras ellos aparece Annie Huston, que lleva un termo de café de tamaño industrial. Molly, aún muy preocupada, se hace a un lado para dejarles pasar. Está observando atentamente a Úrsula y Lucien, que todavía conversan.

JOHNNY: ¿Va todo bien, Molly Anderson?

JOHNNY: Esta tormenta va a ser de las que les contaremos a nuestros nietos.

MOLLY: Ya lo es.

94

*Exterior. Zona entre la parte trasera del ayuntamiento y el cobertizo. Noche.*

Vemos aparecer a Joanna caminando con dificultad. La parca ondea en torno a ella como una vela y la capucha no cesa de caérsele hacia atrás. Pero al fin consigue aproximarse al cobertizo de las provisiones. La puerta aún está abierta, pero Cat ya no está en el umbral. Aun así, Joanna se detiene a un par de metros del umbral. Allí pasa algo y es capaz de intuirlo, como Úrsula.

JOANNA: ¿Katrina? ¿Cat?

No obtiene respuesta. Da un par de pasos más bajo la luz dura y parpadeante de la lámpara de gas. Baja la mirada.

95

*Exterior. La nieve junto a la puerta, desde el punto de vista de Joanna. Noche.*

Casi todas las pruebas de lo sucedido han desaparecido a causa de la nieve y el viento, pero aún quedan unas manchas rosáceas donde Cat dejara caer el bastón de Linoge, aunque el bastón tampoco está. Un poco más allá vemos una mancha más brillante justo en el umbral donde Cat se detuviera.

96

*Exterior. Nuevo plano de Joanna. Noche.*

JOANNA: ¿Cat...?

Siente deseos de regresar, pues le atemoriza estar allí en plena ventisca, pero ha llegado demasiado lejos. Se dirige muy despacio hacia la puerta, sujetándose la capucha bajo el mentón como si del chal de una anciana se tratara.

97

*Interior. Plano del umbral desde dentro. Noche.*

Joanna aparece en el umbral y se detiene; sus ojos abren lenta y desmesuradamente a causa del horror.

98

*Interior. El cobertizo de provisiones, desde el punto de vista de Joanna. Noche.*

Hay sangre por todas partes: en las cajas de embalaje de cereales y leche en polvo, en los sacos de arroz, harina y azúcar, en los grandes envases de plástico de refrescos y zumos. La sangre chisporrotea en un costado de la lámpara de gas, mancha el calendario de la pared, y se ven las huellas sangrientas de unos guantes en las paredes desnudas y en las vigas (se trata de un almacén muy espartano). También hay sangre en los víveres que Billy apilara en el carretón. Podemos verlos porque la lona que los cubría ya no está.

99

*Interior. Nuevo plano de Joanna en el umbral del cobertizo.*

Está mirando fijamente algo.

100

*Interior. Un rincón del cobertizo de provisiones, desde el punto de vista de Joanna.*

Ahí está la lona impermeable. La han utilizado para cubrir el cuerpo de Billy, aunque los pies sobresalen de ella.

La cámara recorre el fondo del cobertizo. Ahí, en el otro rincón, vemos a Cat Withers encogida en posición fetal, con las rodillas contra el pecho y los dedos de una mano en la boca. Alza la mirada hacia Joanna (hacia la cámara) con los ojos muy abiertos y expresión aturdida.

101

*Interior. Nuevo plano de Joanna en el umbral.*

JOANNA: Cat... ¿qué ha pasado?

102

*Interior. Nuevo plano de Cat, agazapada en el rincón.*

CAT: Le he cubierto. Él no habría querido que la gente le viera tal como está ahora, de modo que le he tapado, *(pausa)* He cubierto su cuerpo porque le quiero.

103

*Interior. Nuevo plano de Joanna en el umbral.*

Su expresión es de absoluto horror.

104

*Interior. Nuevo plano de Cat, agazapada en el rincón.*

CAT: Creo que ha sido el bastón con la cabeza de lobo el que me ha hecho hacerlo. Yo de ti no lo tocaría, *(mira en torno a sí)* Hay tanta sangre. Yo le quería, y mira esto. He venido hasta aquí y le he matado.

Muy lentamente, vuelve a meterse los dedos en la boca.

105

*Interior. Nuevo plano de Joanna en el umbral.*

JOANNA: Oh, Cat. Oh, Dios mío.

Se vuelve y se precipita de nuevo a la oscuridad, de vuelta al ayuntamiento.

106

*Interior. Nuevo plano de Cat, agazapada en el rincón.*

Acurrucada, mira en torno a sí con los ojos muy abiertos. De pronto empieza a cantar con melodiosa voz infantil. Las palabras surgen ahogadas por los dedos que tiene en la boca, pero conseguimos descifrarlas.

CAT (*cantando*): Soy una pequeña tetera, regordeta y certera... He aquí mi asa, he aquí mi tapadera. Cógeme si quieres y vacíame entera... Soy una pequeña tetera, regordeta y certera...

107

*Exterior. Plano de Joanna. Noche.*

Camina con apresurado esfuerzo de vuelta al ayuntamiento. El viento le ha bajado la capucha de la parca una vez más, pero en esta ocasión no hace nada por subírsela. Se detiene a mirar algo.

108

*Exterior. Aparcamiento del ayuntamiento, desde el punto de vista de Joanna. Noche.*

Dos figuras se abren paso a través de la nieve hacia una serie de trineos y motos de nieve cercanos a la pared lateral del edificio.

109

*Exterior. Nuevo plano de Joanna. Noche.*

JOANNA: ¡Eh! ¡Socorro! ¡Ayúdenme!

110

*Exterior. Nuevo plano del aparcamiento. Noche.*

Las dos figuras siguen avanzando. No han oído a Joanna por sobre el rugir del viento.

111

*Exterior. Nuevo plano de Joanna. Noche.*

Cambia de dirección y se dirige al aparcamiento en lugar de a la puerta de la cocina, tratando de correr. Mira por encima del hombro con expresión de terror hacia la puerta abierta del cobertizo.

112

*Exterior. El aparcamiento, con Úrsula y Lucien. Llegan a una de las motonieve y Lucien sube delante.*

URSULA (*gritando para hacerse oír*): ¡No vayas a tirarme en una cuneta llena de nieve, Lucien Fournier!

LUCIEN: NO, señora.

Úrsula le estudia unos instantes, como para asegurarse de que dice la verdad, y se encarama entonces a la moto. Lucien acciona el contacto. El faro y las rudimentarias luces del salpicadero se encienden. Oprime el botón de encendido. El motor arranca y vuelve a pararse.

URSULA: ¿Qué pasa?

LUCIEN: Nada, sólo se está haciendo la gruñona.

Tira del estérter y se dispone a poner en marcha de nuevo el motor.

JOANNA (*voz apenas audible*): ¡Socorro! ¡Socorro!

Úrsula posa una mano sobre la de Lucien antes de que éste pueda accionar de nuevo el encendido, y ahora ambos escuchan los gritos. Se vuelven.

113

*Exterior. Joanna, desde el punto de vista de Úrsula y Lucien. Noche.*

La ven abrirse paso a través de los ventisqueros hacia el aparcamiento, tambaleándose y haciendo señas con un brazo como si se estuviera ahogando. Está cubierta de nieve (supongamos que por lo menos se ha caído una vez) y jadeante.

114

*Exterior. Plano angular del aparcamiento. Noche.*

Lucien se apea de la moto y se dirige hacia Joanna. Llega justo a tiempo de cogerla antes de que vuelva a caer. La ayuda a llegar a la moto y Úrsula se une a ellos, muy preocupada.

ÚRSULA: Jo, ¿qué sucede?

JOANNA: Billy... está muerto... ¡allí! (*señala*) Katrina Withers le ha matado.

JOANNA: Está sentada en un rincón... Creo que ha tratado de decirme que le ha golpeado con un bastón, pero hay tanta sangre... Al salir de allí me ha parecido oírla cantar...

Úrsula y Lucien reaccionan con asombro y desconcierto. Úrsula se recobra unos segundos antes.

ÚRSULA: ¿De verdad estás diciendo que Cat Withers ha matado a Billy Soames? (*Joanna asiente con decisión*) ¿Estás segura? Jo, ¿estás segura de que está muerto?

JOANNA (*asintiendo*): Le ha cubierto con una lona, pero estoy segura... hay tantísima sangre...

LUCIEN: Será mejor que vayamos a echar un vistazo.

JOANNA (*aterrorizada*): ¡No pienso volver a entrar ahí! ¡No pienso acercarme siquiera! Ella está ahí en el rincón... Si la hubierais visto, la expresión de sus ojos...

ÚRSULA: Lucien, ¿puedo conducir ese trasto? LUCIEN: Si vas despacio supongo que sí, pero...

ÚRSULA: Iré despacio, créeme. Joanna y yo vamos a hablar con Mike Anderson, ¿de acuerdo, Jo?

Joanna asiente con lastimero entusiasmo y sube al asiento trasero de la motonieve de Lucien. Iría a cualquier parte con tal de no regresar al cobertizo de las provisiones.

URSULA: ¿Cat?

ÚRSULA (*a Lucien*): Reúne a un par de amigos y acercaos a comprobar qué ha pasado en el cobertizo, ¿de acuerdo? Pero no lo divulgues... y actúa con la mayor astucia posible.

LUCIEN: ¿Qué está pasando aquí, Úrsula?

Úrsula se dirige a la moto, se sube en el asiento delantero y pone en marcha el motor. Úrsula sujeta el manillar con las manos enguantadas.

URSULA: No tengo ni idea.

Pone una marcha y se aleja entre una nube de nieve, con Joanna aferrada a ella. Lucien se queda allí de pie viéndolas marcharse; es la viva imagen de la perplejidad.

*Exterior. Supermercado de la isla. Noche.*

Ahora es poco más que una forma cubierta de nieve y azotada por la ventisca. Las escasas luces nos parecen débiles y vanas.

*Exterior. Plataforma de carga detrás del supermercado. Noche.*

La moto en que llegaron Jack Carver y Kirk Freeman está casi enterrada en la nieve. Sobre la plataforma vemos una silueta: se trata de Peter Godsoe. El cuerpo se ha envuelto en una manta, sujeta con cuerda. Parece un cadáver dispuesto para recibir sepultura en el mar.

117

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Su rostro tiene una expresión lobuna y de gran concentración. En sus ojos brilla el interés. La cámara retrocede lentamente a través de los barrotes. Al hacerse más amplia la imagen, comprobamos que Linoge ha vuelto a adoptar su postura favorita: la espalda contra la pared, los talones en el borde del catre y las rodillas levemente separadas para atisbar entre ellas.

118

*Interior. El cuartelillo. Plano angular del escritorio.*

Vemos a Mike, Hatch, Robbie, Henry Bright, Kirk Freeman y Jack Carver. Todos miran a Linoge con una mezcla de desconfianza y temor, menos Mike, que le observa perplejo.

KIRK: En toda mi vida no he visto a nadie sufrir un ataque parecido.

HENRY (*a Mike*): ¿No llevaba ninguna clase de identificación?

MIKE: NO; ni identificación, ni cartera, ni dinero, ni llaves. Tampoco lleva etiquetas en la ropa, ni siquiera en los téjanos. Simplemente está... aquí. Y eso no es todo, (*se dirige a Robbie*) ¿Te ha dicho algo antes? Cuando has ido a casa de

Martha, ¿te ha dicho algo que no tuviera modo de saber?

Robbie se pone nervioso. Como se dice vulgarmente, no quiere tocar ese tema.

LINOGE (*voz*): Estabas con una puta en Boston cuando tu madre murió en Machias.

MIKE: ; Robbie?

119

*Flashback. Interior. Sala de estar de Martha Clarendon.*

Linoge asoma juguetón por una de las orejas de la butaca de Martha, con el rostro salpicado de la sangre de la anciana.

LINOGE: Te está esperando en el infierno. Y se ha vuelto caníbal. El infierno no es otra cosa que repetición, Robbie, ¿no es así? Nacidos en el pecado, sed bienvenidos... ¡Cógela!

La pelota ensangrentada de Davey Hopewell sale volando hacia la cámara.



*Interior. Nuevo plano del cuartelillo. Noche*

Robbie parpadea como si la pelota estuviera a punto de golpearle; así de intenso es el recuerdo.

MIKE : Sí te ha dicho algo, ¿verdad?

ROBBIE: Ha dicho... algo sobre mi madre. No es necesario que sepáis qué.

Vuelve una mirada desconfiada hacia Linoge, que los observa. No debería oír lo que dicen, pues hablan en voz baja y casi en el extremo opuesto de la estancia, pero Robbie cree (prácticamente *sabe*) que sí puede hacerlo. Y sabe algo más; que Linoge podría contarles a los demás lo que le dijera a él: que estaba revolcándose con una prostituta cuando su madre murió.

HATCH: No me parece humano.

Dirige a Mike una mirada casi implorante, como pidiéndole que le contradiga. Pero Mike no lo hace.

MIKE: A mí tampoco. No sé qué o quién es.

JACK: Que Dios nos ayude.

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Los observa atentamente y con los ojos muy abiertos mientras la tormenta aulla en el exterior.

*Interior. Nuevo plano del cuartelillo. Noche.*

Robbie parpadea como si la pelota estuviera a punto de golpearle; así de intenso es el recuerdo.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO IV

122

*Exterior. Supermercado del pueblo. Noche.*

La cámara enfoca Main Street hacia el centro del pueblo. Aparece la luz de un faro y escuchamos el quejumbroso zumbido de una motonieve que se aproxima. Son Úrsula y Joanna, que se aferra a la primera como si le fuera la vida en ello.

123

*Interior. Umbral del cobertizo de provisiones. Noche.*

CAT (voz): Soy una pequeña tetera, regordeta y certera... He aquí mi asa, he aquí mi tapadera...

Lucien Fournier está de pie en el umbral. Tras él vemos a Upton Bell, Johnny Harriman, el anciano George Kirby y Sonny Brautigan. Todos esbozan similares expresiones de horror.

124

*Interior. Plano de Cat, agazapada en el rincón. Noche.*

Se está meciendo con los dedos en la boca y el rostro salpicado de sangre totalmente inexpresivo.

CAT: Cógeme si quieres y vacíame entera... Soy una pequeña tetera, regordeta y certera.

125

*Interior. Nuevo plano de los hombres en el umbral.*

LUCIEN (*sobreponiéndose con esfuerzo*): Vamos. Ayudadme a llevarla adentro.

126

*Interior. Cuartel de policía, con Mike y los demás.*

KIRK: ¿Por qué habrá sufrido esa especie de... ataque?

Mike niega con la cabeza. No lo sabe. Se vuelve hacia Robbie.

MIKE: Cuando le has visto antes, ¿llevaba un bastón?

ROBBIE: Y tanto que sí. Tenía una gran cabeza plateada de lobo en la empuñadura. Estaba lleno de sangre. Me pareció que era eso lo que había usado para... para...

Oímos el sonido de la motonieve. Su luz parpadea a través de la ventana de barrotes que hay en lo alto de la celda. Úrsula está recorriendo el callejón hacia la parte posterior del edificio. Mike vuelve a centrar la atención en Linoge. Como siempre, se dirige a él con la calma propia de un oficial de policía, aunque nos da la sensación de que cada vez le resulta más difícil mantener esa actitud.

MIKE: ¿Dónde está su bastón? ¿Dónde está en este momento? (*no obtiene respuesta*) ¿Qué quiere?

Linoge sigue sin decir nada. Jack Carver y Kirk Free-man se dirigen hacia la puerta trasera para comprobar quién llega. Hatch ha estado haciendo admirables esfuerzos por mantener el control de sí mismo, pero advertimos que cada vez está un poco más asustado. Se vuelve hacia Mike.

HATCH: No hemos sido nosotros quienes le hemos sacado de casa de Martha... ¿no es así? Ha dejado que le apresáramos. Tal vez quería que le cogieran.

ROBBIE: Podríamos matarle.

Hatch se queda atónito, con los ojos muy abiertos. Mike parece menos sorprendido.

ROBBIE: No sería necesario que nadie lo supiera. Lo que pasa en la isla siempre ha sido asunto de los isleños; siempre ha sido así y siempre lo será. Como lo que fuera que Dolores Claiborne le hiciera a su marido durante el eclipse. O lo de Peter y su marihuana.

MIKE: Lo sabríamos nosotros.

ROBBIE: Sólo digo que podríamos hacerlo... y que quizá debiéramos. No me digas que la idea no se te ha pasado por la cabeza, Michael Anderson.

127

*Exterior. Parte trasera del supermercado. Noche.*

La motonieve de Lucien se detiene junto a la forma se-mienterrada de la que llevara hasta allí a Jack y Kirk. Úrsula se apea y ayuda a hacerlo a Joanna. Encima de ellas vemos abrirse la puerta del cuartelillo que da a la plataforma de carga. Jack Carver está de pie en el umbral.

JACK: ¿Quién anda ahí?

URSULA: Somos Úrsula Godsoe y Joanna Stanhope. Tenemos que hablar con Mike. Ha sucedido algo en el...

Está ascendiendo los peldaños de la plataforma, y de pronto advierte el bulto que han dejado allí. Jack y Kirk intercambian una mirada que expresa: «Oh, mierda.» Jack se adelanta y coge del brazo a Úrsula, tratando de hacerla entrar antes de que tenga ocasión de echar un vistazo.

JACK: Ursula, yo de ti no miraría eso...

Ursula se libera y se deja caer de rodillas junto al cuerpo de su marido.

KIRK (*por encima del hombro*): ¡Mike! ¡Será mejor que vengas!

Ursula no presta atención. Las botas de caucho verde de Peter emergen de la manta, unas botas que ella conoce muy bien y que quizá incluso ha remendado. Toca una de ellas y se echa a llorar quedamente. Joanna permanece en pie detrás de Ursula entre remolinos de nieve, sin saber qué hacer.

Mike aparece en el umbral, y Hatch detrás de él. Mike comprende la situación al instante y se dirige a Ursula con ternura.

MIKE: LO siento, Ursula.

Ursula hace caso omiso; sólo sigue arrodillada en la nieve sujetando la bota remendada y llorando. Mike se inclina, le rodea los hombros con un brazo y la ayuda a ponerse en pie.

MIKE: Vamos, entremos, Ursula. Vayamos a donde hay luz y se está caliente.

La guía al interior pasando ante Jack y Kirk. Joanna los sigue tras dirigir una rápida y tímida mirada al bulto del que sobresalen las botas. Jack y Kirk entran detrás de ella, y Kirk cierra la puerta, dejando al otro lado la noche y la tormenta.

128

*Exterior. Ayuntamiento. Noche.* El edificio está envuelto en densas nubes de nieve.

129

*Interior. Cocina del ayuntamiento, con Cat Withers.*

Está sentada en un taburete, envuelta en una manta, y su mirada se pierde en el vacío. Melinda Hatcher entra en el marco inclinándose hacia ella. Con un trapo húmedo empieza a borrar las salpicaduras de sangre del rostro de Cat. Lo hace con suavidad y delicadeza.

SONNY BRAUTIGAN: NO sé si debería usted hacer eso, señora Hatcher; puede tratarse de una prueba o algo así.

Mientras Sonny habla, la cámara retrocede y vemos a una multitud de curiosos contra las paredes de la cocina y abarrotando el umbral. Cerca de Sonny, un aspirante a Archie Bunker con su gran panza y su temperamento avinagrado, está su amigo Upton Bell. Quizá advirtamos también a los otros que fueran al cobertizo, además de a Joñas Stanhope y la joven Annie Huston. Melinda contempla unos instantes a Sonny con desdén y luego continúa limpiando el rostro inquietantemente silencioso de Cat. La señora Kingsbury está ante los fogones sirviendo caldo en una taza. Cuando termina de hacerlo cruza la estancia hasta Cat.

SEÑORA KINGSBURY: Katrina, tómate un poco de caldo. Te reconfortará.

UPTON BELL: Tendría que espolvorearle un poco de veneno para ratas, señora Kingsbury... eso sí la reconfortaría...

Oímos un leve murmullo de aprobación... y Sonny profiere una sonora carcajada ante el sofisticado ingenio de su amigo Upton. Melinda les dirige a ambos una mirada que echa chispas.

SEÑORA KINGSBURY: ¡Upton Bell, cierra de una vez esa boca de ignorante que tienes!

SONNY (*en defensa de su amigo*): ¡La tratan como si acabara de salvar la vida de ese chico en lugar de atacarle por la espalda y hacerle papilla los sesos!

Oímos un nuevo murmullo de aprobación. Molly Anderson se abre paso entre la multitud. Le dirige a Sonny una mirada de desdén tan fulminante que éste es incapaz de sostenérsela; luego observa de igual modo a Upton y los demás.

MOLLY: ¡Largo de aquí, todos vosotros! ¡Esto no es ninguna barraca de feria!

Se mueven un poco, pero no acaban de marcharse.

MOLLY (*en tono más razonable*): Vamos... conocéis a esta chica de toda la vida. Sea lo que sea lo que ha hecho, merece un respiro.

JOÑAS STANHOPE: Vamos, amigos. Salid de aquí. Todo está bajo control.

Jonas es un profesional de alguna clase (quizá un abogado) y de la suficiente talla moral como para hacerles marchar. Sonny y Upton resisten la marea unos instantes.

JOÑAS STANHOPE: Vamos, Sonny... Upton. Aquí ya no podéis hacer nada más.

SONNY: ¡Podemos llevarla al cuartelillo y arrojar su culo asesino en la cárcel!

UPTON BELL (*le parece una idea estupenda*): ¡Claro!

JOÑAS STANHOPE: Me parece que ya tienen a un tipo allí dentro... y lo cierto es que la chica no parece tener aspecto de ir a escaparse... ¿o es que os parece que sí lo tiene?

Indica con un gesto a la muchacha, quien está (y perdonen el juego de palabras) prácticamente CATatónica. Ha hecho caso omiso de todo el incidente; quizá ni siquiera sepa que ha tenido lugar. Sonny comprende a qué se refiere Stanhope y sale arrastrando los pies, seguido de Upton.

MOLLY: Gracias, señor Stanhope.

La señora Kingsbury, entretanto, ha dejado a un lado la taza de caldo (es una causa perdida) y contempla a Cat con cansina perplejidad.

JONAS STANHOPE (*a Molly*): No hay de qué. ¿Dónde está mi madre? ¿La ha visto?

JONAS STANHOPE: Bien. Bien.

Se apoya contra la pared, y tanto su rostro como su cuerpo parecen expresar: «Dios santo, vaya día.»

130

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Noche.*

Los bancos y el estrado están vacíos, pero unas cuantas personas ataviadas con pijamas y batas recorren en ambas direcciones un pasillo lateral. La única mujer entre ellas es la anciana Cora Stanhope, la autocoronada reina de Little Tall. Lleva un neceser en la mano. Un anciano caballero llamado Orville Boucher pasa junto a ella en dirección contraria. Lleva bata, zapatillas y calcetines blancos. En una mano sujeta la cajita de plástico del cepillo de dientes.

ORVILLE: ¡Eh, Cora! Esto se parece a un campamento, ¿verdad? Alguien debería colgar una sábana en la pared y proyectar dibujos animados.

Cora suelta un resoplido, levanta el mentón y pasa junto al anciano sin articular palabra... aunque no puede evitar mirar horrorizada las blancas y velludas espinillas de viejo de Orville, visibles entre los calcetines y el ruedo de la bata.

MOLLY: Creo que se disponía a irse a la cama.

131

*Exterior. Parte trasera del ayuntamiento. Noche.*

Vemos al fondo una estructura pequeña de ladrillo; el sonoro ronroneo de un motor nos hace identificarla como el cobertizo del generador. De pronto el motor falla y hace falsas explosiones.

132

*Interior. Nuevo plano del pasillo lateral del salón de actos del ayuntamiento, con Orville y Cora.*

Las luces parpadean; vemos alzar la vista a los dos ancianos (así como a los demás que acaban de utilizar las instalaciones sanitarias o se disponen a hacerlo) entre apagón y apagón.

ORVILLE: Tranquila, Cora, no es más que el generador carraspeando un poco.

133

*Exterior. Cobertizo del generador. Noche.*

El generador vuelve a adoptar un rítmico ronroneo.

134

*Interior. Nuevo plano del pasillo, con Orville y Cora.*

ORVILLE: ¿Lo ve? ¡Más luz de la que uno podría desear!

Sólo trata de ser amable, pero Cora actúa como si tuviera la intención de revolcarse con ella en uno de esos duros bancos de estilo Nueva Inglaterra. Sigue adelante sin decir palabra, más altiva que nunca. Al final del pasillo hay dos puertas con sendas figuras de una dama y un caballero. Cora abre la de la dama y entra en el lavabo de señoras. Orville la observa hacerlo, más desconcertado que ofendido.

ORVILLE (*estrictamente para sí*): Vaya con Cora, tan simpática como siempre.

Se dirige de nuevo hacia la escalera que lleva al piso inferior.

135

*Interior. Cuartel de policía. Noche.*

Entra Hatch, procedente del supermercado y llevando una bandeja con suma cautela. Sobre ella hay nueve tazas de poliestireno llenas de café. La deja en el escritorio de Mike y dirige una mirada nerviosa a Úrsula, sentada en la silla de Mike con la capucha bajada y la cremallera del chaquetón abierta. Aún se la ve aturdida. Cuando Mike le ofrece una taza de café, al principio ni siquiera parece verla.

MIKE: Cógela, Úrsula. Te reconfortará un poco.

ÚRSULA: No creo que vuelva a sentirme jamás reconfortada.

Pero coge dos tazas y le tiende una a Joanna, de pie detrás de ella. Mike coge otra. Robbie les tiende sendas tazas a Jack y Kirk; Hatch le ofrece una a Henry. Cuando todos se han servido, queda una taza. Hatch mira en dirección a Linoge.

HATCH: Oh, qué demonios. ¿Quiere una taza?

Linoge no responde; continúa sentado en su postura habitual, observando.

ROBBIE (*con cierta ironía*): ¿No toman café en su planeta, señor?

MIKE (*a Joanna*): Cuéntamelo otra vez.

JOANNA: Ya te lo he contado una docena de veces.

MIKE: Ésta será la última. Te lo prometo.

JOANNA: Dijo: «Creo que ha sido el bastón con la cabeza de lobo el que me ha hecho hacerlo. Yo que tú no lo tocaría.»

MIKE: Pero tú no has visto bastón alguno; con cabeza de lobo o sin ella.

JOANNA: No. Mike, ¿qué vamos a hacer?

MIKE: Esperar a que pase la tormenta. Es lo único que podemos hacer.

ÚRSULA: Molly quiere verte. Me ha encargado que te lo dijera. Ha dicho que montes una guardia y vuelvas con ella. Dice que puedes contar con tantos hombres como precisas; en todo caso, ninguno está haciendo gran cosa esta noche.

MIKE: Desde luego que es así. *(pausa)* Hatch, sal ahí fuera conmigo un momento. Quiero decirte algo.

Empiezan a dirigirse hacia la puerta que da al supermercado, pero Mike titubea y se vuelve hacia Úrsula.

MIKE: ¿Estarás bien?

ÚRSULA: Sí.

Mike y Hatch salen. Úrsula se percata de que Linoge la observa.

ÚRSULA: ¿Qué está mirando?

Linoge simplemente continúa haciéndolo. Y sonriendo levemente. Y de pronto...

LINOGE *(cantando)*: Soy una pequeña tetera, regordeta y certera...

136

*Interior. Lavabo de señoras del ayuntamiento. Noche.*

Angela Carver, ataviada con un bonito camión, está ante uno de los lavamanos cepillándose los dientes.

Desde el otro lado de la puerta de uno de los retretes detrás de ella, escuchamos el crujir de una tela y el chasquido de un elástico cuando Cora se pone su propia ropa de dormir.

CORA *(cantando desde el retrete)*: He aquí mi asa, he aquí mi tapadera.

Angela mira en dirección a la voz, al principio perpleja, pero luego decide sonreír. Se enjuaga por última vez los dientes, recoge el neceser y se marcha. Cuando lo hace, Cora emerge del retrete en que se cambiara vestida de lana rosa de la cabeza a los pies... y con un gorro de dormir en la cabeza. Coloca el neceser sobre uno de los lavamanos, lo abre y extrae un tubo de crema.

CORA: Cógeme si quieres y vacíame entera...

137

*Interior. Cuartel de policía.*



Los cuatro hombres y las dos mujeres contemplan a Linoge entre sorprendidos y perplejos. Éste realiza el mímico gesto de embadurnarse la cara de crema.

LINOGE (*cantando*): Soy una pequeña tetera, regordeta y certera.

HENRY BRIGHT: Está absolutamente loco. Tiene que estarlo.

138

*Interior. Junto al mostrador de la carnicería del supermercado, con Mike y Hatch.*

La zona está sumida en tenebrosas sombras; la única iluminación procede de los fluorescentes del mostrador de carnes.

MIKE: Te voy a dejar al mando aquí durante un rato.

HATCH: Oh, Mike, lo cierto es que desearía que no lo hicieras...

MIKE: Sólo por un rato. Quiero llevarme a las mujeres de vuelta al ayuntamiento en el todoterreno mientras aún pueda hacerlo; asegurarme de que Molly está bien, y que ella compruebe que yo lo estoy; darle un beso a Ralphie. Y luego meteré en el furgón a cualquier hombre que tenga aspecto de resultarnos útil y regresaré aquí. Le vigilaré por grupos de tres o cuatro hasta que pase la tormenta. O en grupos de cinco, si es lo que hace falta para sentirnos tranquilos.

HATCH: No volveré a sentirme tranquilo hasta que esté en la cárcel del condado en Derry.

MIKE: Sé a qué te refieres.

HATCH: LO de Cat Withers... no puedo creerlo, Mike. Cat no le haría daño a Billy.

MIKE: Yo opino lo mismo.

HATCH: ¿Quién mantiene prisionero a quién aquí? ¿Lo sabes con seguridad?

Mike considera la pregunta de Hatch detenidamente, para luego negar con la cabeza.

HATCH: Vaya lío.

MIKE: Desde luego. ¿Te llevarás bien con Robbie?

HATCH: Tendré que hacerlo... ¿no crees? Saluda a Me-linda por mí, si aún está levantada. Dile que estoy bien. Y dale un besito a Pippa.

MIKE: Lo haré.

HATCH: ¿Cuánto rato crees que tardarás en volver?

MIKE: Cuarenta y cinco minutos; como mucho una hora. Y volveré con un cargamento de hombres corpulentos. Entretanto, tienes a Jack, Henry, Robbie, Kirk Freeman...

HATCH: ¿De veras crees que eso supondrá alguna diferencia si ese tipo empieza a hacer de las suyas?

MIKE: ¿Acaso crees que el ayuntamiento es más seguro? ¿O cualquier otro lugar de la isla?

HATCH: Considerando lo de Cat y Billy... no. Mike regresa al cuartelillo; Hatch le sigue.

139

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Se aplica crema invisible en las mejillas al tiempo que tararea *Soy una pequeña tetera*.

140

*Interior. Cora, en los lavabos del ayuntamiento.*

Se está aplicando crema real en las mejillas (se trata de una mascarilla nocturna) y tararea *Soy una pequeña tetera*. Parece contenta de verdad por primera vez desde que fuera arrastrada al ayuntamiento por su hijo y su nuera. Vemos reflejarse en el espejo el lavabo de señoras, ahora vacío. De pronto se apagan las luces al fallar de nuevo el generador.

CORA (*voz en la oscuridad*): ¡Oh, maldita sea!

Las luces vuelven a encenderse. Cora parece aliviada y empieza a aplicarse otra vez la crema. Pero se detiene de repente. El bastón de Linoge está apoyado contra la pared de azulejo bajo el secador de manos. No estaba ahí antes, pero ahora sí, reflejado en el espejo. No hay huellas de sangre en él. La cabeza de plata reluce tentadora. Cora lo observa y luego se vuelve para dirigirse hacia él.

141

*Interior. Primer plano de Linoge.*

LINOGE: ¡ES como el de papá!

142

*Interior. Cuartel de policía.*

Los hombres se agrupan cerca del escritorio. Úrsula está sentada; Joanna está de pie junto a ella. Ninguno de los que se encuentran en el cuartelillo advierte el regreso de Mike y Hatch. Los tiene fascinados el nuevo espectáculo de mímica de Linoge.

JOANNA: ¿Qué está haciendo?

Úrsula niega con la cabeza. Los hombres están igual de perplejos que ellas.

143

*Interior. Lavabo de señoras del ayuntamiento, con Cora.*

CORA (*cogiendo el bastón*): ¡Es como el de papá!

144

*Interior. Nuevo plano del cuartelillo.*

Mike y los demás observan a Linoge. Éste los ignora, concentrado en su asuntillo con Cora. Coge dos objetos invisibles, uno en cada mano, y los hace girar. Presiona alguna otra cosa con el pulgar, como uno haría con un pequeño émbolo. Luego finge revolver en algo y encontrar un objeto de tamaño reducido, que sostiene en alto entre el pulgar, el índice y el dedo medio de la mano izquierda.

145

*Interior. Nuevo plano del lavabo de señoras, con Cora.*

Ha apoyado el «bastón de papá», horizontal, entre dos lavamanos y regresado ante el que estuviera al descubrir el bastón. Abre un grifo con cada mano para hacer correr el agua. Oprime con el pulgar el émbolo que cierra el tapón y la pila empieza a llenarse. Rebusca en el neceser hasta encontrar un lápiz de labios. Lo sostiene en alto con la mano izquierda.

146

*Interior. Nuevo plano del cuartelillo.*

Linoge vuelve a apoyarse contra la pared con el aspecto de un hombre que acaba de llevar a cabo una tarea difícil y agotadora. Contempla al grupo reunido en el otro extremo y esboza una leve sonrisa.

LINOGE: Vamos, Mike, vete ya; estaremos bien. Dale a ese chiquillo tuyo un buen beso de mi parte. Dile que su amigo del supermercado le manda saludos.

La expresión de Mike se endurece. Desearía partirla la cara a Linoge.

HATCH: ¿Cómo sabe tantas cosas? ¿Qué demonios quiere usted?

Linoge apoya los antebrazos en las rodillas y no pronuncia palabra.

MIKE: Hatch, ¿por qué no os quedáis un par de vosotros aquí dentro con él hasta que yo regrese? Los demás podéis rondar por el supermercado. El espejo de ahí fuera puede ajustarse para ver qué pasa aquí dentro.

HATCH: NO quieres que ese tipo pueda pillarnos a todos al mismo tiempo, ¿no es así?

MIKE: Bueno... digamos que es un plan.

Se vuelve hacia las mujeres antes de que Hatch pueda responder.

MIKE: ¿Señoras? Demos un paseo de vuelta al ayuntamiento.

Úrsula le tiende un llavero con una sola llave.

ÚRSULA: Es de la motonieve de Lucien Fournier, que está ahí fuera. He pensado que podrías necesitarla. Mike...

Mike hace entrega de la llave a Hatch y se vuelve de nuevo hacia ella.

ÚRSULA: Peter estará bien ahí fuera, ¿verdad?

MIKE: Sí. Y cuando todo esto termine nos ocuparemos de que disponga del adecuado... bueno, haremos lo que siempre solemos hacer. Vamonos.

Úrsula se pone en pie y se cierra la cremallera del chaquetón.

147

*Interior. Pasillo del ayuntamiento. Noche.*

Jill Robichaux recorre el pasillo ataviada con una bata y llevando su propio neceser. Desde el exterior nos llega el aullido del viento.

148

*Interior. Plano angular de la puerta del lavabo de señoras. Noche.*

La puerta se abre y vemos entrar a Jill. Por unos instantes su rostro refleja calma; es el rostro de una mujer sumida en el diario ritual de los preparativos para irse a la cama. Y de pronto refleja el más absoluto horror. Deja caer el neceser y se lleva una mano a la boca para ahogar un grito. Permanece unos instantes más donde está, paralizada por lo que ve, sea lo que sea. Entonces se vuelve en redondo y sale corriendo.

149

*Interior. Zona de dormitorio del sótano del ayuntamiento. Noche.*

La iluminación se ha reducido al máximo. En la zona de los niños, todos los alumnos de la guardería de Molly duermen profundamente; incluso el odioso Don Beals se ha rendido. Aproximadamente la mitad de las camas destinadas a adultos están ocupadas, la mayoría por los residentes de más edad.

Molly Anderson sostiene abierta una de las improvisadas cortinas (quizá no sean más que sábanas colgadas de tendederos para la ocasión) para que Andy Robichaux pueda pasar. Andy lleva a Cat en brazos. Se dirige hacia una de las camas. Le siguen Molly y la señora Kingsbury.

Cuando llegan a una cama lo bastante al fondo y alejada de los demás durmientes, Molly la abre. Andy deja a Cat sobre ella y Molly la tapa con la sábana y la manta. Hablan en voz baja para no molestar a la gente que duerme.

ANDY ROBICHAUX: ¡Vaya, está completamente fuera de combate!

SEÑORA KINGSBURY: Estas pastillas para dormir son muy suaves... el doctor Grissom dijo que si fueran sólo un poquito más suaves podría comprarlas sin receta. Creo que sólo es víctima del shock. Sea lo que sea lo que ha hecho, o lo que le han hecho a ella, ahora lo ha olvidado. Probablemente sea lo mejor.

La señora Kingsbury se inclina y, tal vez para su propia sorpresa, besa levemente en la mejilla a la chica dormida.

SEÑORA KINGSBURY: Que duermas bien, querida.

ANDY: ¿NO debería sentarse alguien junto a ella para montar guardia?

Molly y la señora Kingsbury intercambian una mirada de desconcierto que nos da una idea de hasta qué punto la situación se ha salido de control. ¿Montar guardia junto a la inofensiva y menuda Cat Withers? Qué tontería.

MOLLY: NO necesita vigilancia alguna, Andy. ANDY: Pero... MOLLY: Venga.

Se vuelve para marcharse. La señora Kingsbury la sigue. Andy, que no está tan seguro, permanece unos instantes más junto al catre. Por fin se marcha a su vez.

Molly dirige a la señora Kingsbury una mirada inquisitiva.

150

*Interior. Zona «de estar» del sótano del ayuntamiento.*

Molly, la señora Kingsbury y Andy emergen a través de las cortinas. A su izquierda, unas cuarenta o cincuenta personas, la mayoría en pijama, están viendo la borrosa imagen del televisor. A la derecha se encuentra la escalera. Por ellas descienden Sandra Beals, Melinda Hatcher y Jill Robichaux. Sandra parece aterrorizada; a Melinda se la ve asustada y muy seria; Jill está al borde de la histeria, pero se contiene... al menos hasta que ve a su marido. Se arroja en sus brazos, llorando.

ANDY: Jill, cariño, ¿qué sucede?

Varios televidentes se vuelven para ver qué ocurre. Molly observa el pálido rostro de Melinda y se da cuenta de que ha pasado algo... pero ése no es momento para alterar a los demás, que por fin están ya retirándose a dormir.

MOLLY: Vayamos arriba. Sea lo que sea podemos hablarlo allí.

Ascienden al piso superior. Andy rodea con un brazo la cintura de su esposa.

151

*Exterior. Cruce de Main y Atlantic Street. Noche.*

El vehículo de asistencia de la isla se acerca traqueteando a través de la nevada. Progresá lentamente y en ocasiones la nieve amontonada le llega al capó. Nos percatamos que con esa ventisca no podrá hacer muchos viajes más.

152

*Interior. Vehículo de asistencia de la isla, con Mike, Úrsula y Joanna.*

JOANNA: Tengo mucho miedo. MIKE: YO también.

153

*Interior. Al otro lado de la puerta del lavabo de señoras.*

Ligeramente alejados de la puerta, abrazados, están Andy y Jill Robichaux. Melinda Hatcher y Molly están más cerca de los lavabos. A medio camino se halla Sandra Beals.

SANDRA: Lo siento... no puedo. No puedo soportarlo más.

Pasa junto a Jill y Andy y se aleja precipitadamente por el pasillo.

154

*Interior. Oficina del ayuntamiento. Noche.*

Sandra, que ahora está llorando, cruza a toda prisa la estancia con la intención de dirigirse al sótano. Antes de que pueda hacerlo se abre la puerta principal y Mike entra cubierto de nieve y sacudiéndose las botas. Le siguen Úrsula y Joanna. Sandra se detiene y contempla a los recién llegados con expresión atribulada y sorprendida.

MIKE: Sandra, ¿qué te pasa? ¿Qué sucede?

155

*Interior. Plano angular de la puerta del lavabo de señoras.*

Se abre lentamente... casi a regañadientes. Entran Molly y Melinda, hombro con hombro para reconfortarse mutuamente. Tras ellas vemos a Andy y Jill Robichaux. En los rostros de Molly y Melinda se van reflejando paulatinamente el horror y la sorpresa.

MELINDA: ¡Oh, Dios santo!

156

*Interior. Los lavamanos, desde el punto de vista de Molly y Melinda.*

Arrodillada ante uno de ellos vemos a Cora Stanhope. La pila está llena de agua, en cuya superficie flota el cabello blanco de Cora. Se ha ahogado, por sí misma al parecer. Escrita en lápiz de labios en el espejo vemos la misma cantinela de siempre: DADME LO QUE QUIERO Y ME ¡CARCHARÉ En ambos extremos, Cora ha dibujado bastones rojo sangre con el lápiz de labios. Del bastón real, el de la cabeza de lobo, no hay ni rastro.

## FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO V

157

*Exterior. El faro. Noche.*

Las olas aún se estrellan contra las rocas con fuerza suficiente para salpicar de espuma el faro. Pero la marea está bajando y las cosas han mejorado un poco. Aunque sólo temporalmente, como comprobaremos.

158

*Interior. Sala de control del faro. Noche.*

Las luces aún parpadean, pero ahora algunas están salpicadas de hielo y en los rincones de la sala empiezan a formarse pequeños montones de nieve. El viento aulla y el anemómetro todavía indica más de noventa kilómetros por hora.

Oímos el agudo pitido de una alarma informática. La cámara se acerca a una pantalla de ordenador que se ha teñido de rojo. Aparecen letras blancas con el siguiente mensaje: «Advertencia del

Servicio Climatológico Nacional para todas las islas, incluidas Cranberry, Jerrod Bluff, Kankamongus, Big Tall y Little Tall. La pleamar a las 7.09 horas puede producir inundaciones significativas y daños considerables en las tierras bajas. Se aconseja encarecidamente a los residentes de dichas islas que se trasladen a zonas elevadas del interior.» Como para corroborarlo, una ola especialmente poderosa se estrella contra el faro; el agua penetra a través de las ventanas rotas y salpica de espuma la pantalla del ordenador.

159

*Exterior. Final de Atlantic Street. Noche.*

El almacén de Godsoe ha desaparecido por completo; sólo quedan los maltrechos cimientos del edificio. Lo mismo ha sucedido con el muelle. Las rocas se estrellan contra las rocas que le servían de base. Vemos ir y venir flotando pedazos astillados de nasas langostas y un empapado y solitario fardo de marihuana.

160

*Interior. Oficina del ayuntamiento. Noche.*

Úrsula está consolando a Sandra. Mike se dirige hacia el salón de actos del edificio cuando Joanna pasa decidida junto a él.

MIKE: Tranquila, Joanna Stanhope... despacito y buena letra.

Se abre la puerta entre el salón de actos y la oficina y entran Molly y Melinda Hatcher. La angustia de Molly se transforma en alegría al ver a Mike, y casi se arroja en sus brazos. Él la abraza con fuerza. Entretanto, Joanna decide que le importa un bledo lo de «despacito y buena letra». Esquiva a Melinda y se precipita al pasillo que lleva a los lavabos. Úrsula y Sandra se dirigen hacia Mike y Molly.

161

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Noche.*

Andy y Jill están sentados en uno de los bancos centrales. Andy rodea con un brazo a su esposa y la consuela en la medida de sus posibilidades cuando Joanna pasa junto a ellos en sus prisas por llegar a los lavabos.

ANDY: Joanna, yo de ti no...

Joanna hace caso omiso y simplemente continúa recorriendo el pasillo.



*Interior. Lavabo de señoras, plano de la puerta.*

La puerta se abre. Joanna, de pie en el umbral, abre desmesuradamente los ojos y se queda boquiabierta. Transcurridos unos instantes, Mike se une a ella. Tras echar un rápido vistazo la aparta de la puerta, y cuando ésta empieza a cerrarse sobre sus goznes, le oímos decir:

MIKE: Molly. Ayúdame.

T

*Interior. Salón de actos.*

Mike empuja suavemente a la atónita Joanna hacia su esposa, quien la conduce por el pasillo hasta Andy y Jill. Allí, Joanna trastabilla y emite un leve gemido de desconcierto y dolor.

JILL: Déjame a mí.

Jill la obliga a sentarse y la rodea con un brazo. Joanna se echa a llorar.

Molly se dirige de nuevo hacia el lavabo de señoras. Mike sale de éste con los brazos mojados casi hasta los codos. Molly le mira con expresión inquisitiva. Mike niega con la cabeza, la rodea con un brazo y la guía de vuelta hacia el trío del banco.

MIKE: Andy, ¿tienes un momento?

Andy dirige una mirada inquisitiva a Jill, quien asiente. Está ocupada en consolar a Joanna.

*Interior. Nuevo plano de la oficina del ayuntamiento.*

Entran Mike, Molly y Andy. De pie, cerca de la puerta, están Úrsula y Sandra; en sus ojos se refleja lo que quieren preguntarle a Mike.

MIKE: Está muerta, en efecto. Sandra, ¿podrías conseguirme un par de mantas para envolverla?

SANDRA (*con enorme esfuerzo*): Sí. Claro que puedo. En un abrir y cerrar de ojos.

Mike se empeña en mantener la calma y en hacer las cosas tal como es debido. Nos da la sensación de que improvisa un poco sobre la marcha, pero ¿por qué no iba a ser así? ¿Existe acaso un procedimiento a seguir para situaciones como ésta?

Sonny Brautigan y Upton Bell aparecen en la escalera, movidos por la curiosidad. Mike los observa.

MIKE: ¿Estáis seguros de que Billy Soames está muerto? SONNY: Por supuesto. ¿Qué pasa ahora?

MIKE: La anciana señora Stanhope también ha muerto. En el lavabo de señoras.

UPTON BELL: ¡Dios santo! ¿Cómo ha sido, un infarto?

MOLLY: Se ha suicidado.

MIKE: ¿Billy aún está en el cobertizo de provisiones?

SONNY: Sí. Parecía el lugar más adecuado. Le hemos cubierto. ¿Qué demonios...?

Sandra aparece en la escalera cargada de mantas. Ahora hay otro cuerpo que es preciso cubrir.

MIKE: Andy, tú y Sonny cubrid a la señora Stanhope. Sacadla de ahí y llevadla con Billy. Utilizad la puerta trasera del salón de actos. No quiero que la gente vea pasar un cadáver, si puedo evitarlo.

SONNY: ¿Y qué pasa con Joñas, su hijo? Le he visto abajo, dispuesto a irse a...

MIKE: Confiemos en que lo haga. Su esposa puede decírselo por la mañana. ¿Upton Bell?

UPTON: A la orden.

MIKE: Ve al sótano y elige a cinco o seis hombres de los que estén levantados. Tipos capaces de andar varios cientos de metros hundiéndose en la nieve sin sufrir un ataque al corazón, si la cosa llega a ese punto. No les digas nada; sólo que quiero verles, ¿de acuerdo?

UPTON: ¡De acuerdo!

Tremendamente excitado, Upton se dirige a la escalera que lleva al sótano.

165

*Interior. Supermercado de la isla. Noche.*

Hatch, Jack Carver y Kirk Freeman están sentados a una mesa instalada en el pasillo de las conservas y juegan una partida de *gin rummy*. Hatch alza la mirada.

166

*Interior. Espejo de seguridad, desde el punto de vista de Hatch.*

El espejo se ha dispuesto de forma que Hatch pueda ver el interior del cuartelillo. Henry está sentado al escritorio de Mike, reclinado hacia atrás, con el mentón contra el pecho y los brazos cruzados, dormitando. Robbie está sentado un poco más allá, observando a Linoge, que ha vuelto a adoptar su postura de siempre: talones sobre el catre, rodillas separadas y cabeza gacha.

167

*Interior. Nuevo plano de los jugadores de cartas.*

Satisfecho, Hatch roba una carta, sonríe y expone sus naipes cara arriba sobre la mesa.

HATCH:  Gin!

KIRK:  Ser s mam n!

168

*Interior. Primer plano del espejo convexo antirrobo.*

Robbie alza la mirada hacia el espejo, tratando de determinar si está siendo observado. Decide que no es así. Tiende una mano hacia el escritorio, coge la pistola que aún está sobre él y se levanta.

169

*Interior. El cuartelillo.*

Henry dormita. Los hombres del supermercado siguen jugando a las cartas. Robbie se aproxima a la celda con la pistola. Linoge continúa sentado y le observa acercarse. Cuando habla, lo hace con la voz de una mujer anciana: la de la madre de Robbie.

LINOGE:  D nde está Robbie? Quiero ver a mi Robbie antes de morir. Dijo que estaría aquí.  D nde est s Robbie? No quiero morir sin que alguien me coja la mano.

Henry se agita un poco, para sumirse en un sueño aún más profundo. La reacción de Robbie es una mezcla de horror, sorpresa y vergüenza... pero luego su expresión se endurece.

ROBBIE: Opino que este pueblo ya ha tenido bastante de usted.

Alza la pistola y apunta a través de los barrotes.

170

*Exterior. Ayuntamiento. Noche.*

Se abre una puerta lateral y entran varios hombres dispuestos a aumentar el número de los que ya se hallan en la tienda. Según lo prometido, se trata de individuos robustos: Upton, Sonny, Johnny Harriman, Alex Haber y Stan Hopewell, el padre de Davey. Stan es un pescador de langostas al que vimos brevemente en la primera parte, llevando a cabo preparativos para la tormenta en un muelle que ya no existe. Se dirigen al vehículo de asistencia de la isla abriéndose paso a través de la nieve. Dos figuras se entretienen en el umbral: Mike y Molly. Molly lleva un chai y se arrebujaba en él para protegerse del frío.

MOLLY:  ES culpa de ese hombre?  El que cogió a Ralphie en el supermercado? Es culpa suya,  verdad?

Mike no contesta.

MOLLY (*prosigue*): Estarás bien, ¿no es así?

MIKE: Aja.

MOLLY: Ese hombre... si es que es un hombre... nunca va a acabar ante un jurado, Michael. Tú lo sabes tan bien como yo. (*pausa*) Quizá debieras librarte de él. Haz que sufra un accidente.

MIKE: Vuelve adentro, antes de que se te congele el trasero.

Molly le da otro beso, un poco más prolongado esta vez. MOLLY: Quiero que vuelvas.

MIKE: LO haré.

Molly cierra la puerta. Mike se dirige hacia el vehículo siguiendo las huellas que dejaron los demás e inclinándose para protegerse del viento implacable.

171

*Interior. Un dormitorio inundado de sol. Día.*

Es una habitación bonita y llena de luz. La ventana está abierta y las cortinas ondean levemente hacia la cama en la suave brisa estival. Henry Bright sale del baño ataviado sólo con pantalones de pijama y una toalla colgada al cuello. Cuando se dirige hacia la ventana, Frank Bright, su hijo, asoma la cabeza en la jamba de la puerta.

FRANK: ¡Mami dice que bajes a desayunar, papi!

Por encima de la de Frank asoma la cabeza de Carla.

CARLA: No... ¡Mami ha dicho que el dormilón de tu padre bajara a desayunar!

Frank se lleva las manitas a la boca y emite una risilla. Henry sonrío.

HENRY: Bajaré en un segundo.

Se dirige a la ventana.

172

*Exterior. Isla de Little Tall, desde el punto de vista de Henry.*

Aparece tan hermosa como sólo puede serlo una isla de Maine en pleno verano, con un cielo azul sobre extensas praderas verdes que descienden con suavidad hasta un mar azul salpicado de blanco. Vemos unas cuantas barcas de pesca en la lejanía. Las gaviotas chillan y revolotean en lo alto.

*Interior. Nuevo plano del dormitorio, con Henry. Día.*

Inspira profundamente, retiene el aire unos instantes y luego espira.

HENRY: Gracias a Dios por la realidad. He soñado que era invierno... que se desataba una gran tormenta... y que ese hombre llegaba al pueblo...

LINOGE (*voz, puntualizando*): Ese hombre terrorífico...

Henry se vuelve sorprendido.

*Interior. Linoge, desde el punto de vista de Henry.*

A pesar de que en el sueño de Henry es verano, Linoge va vestido como cuando le viera por primera vez en Atlantic Street, frente a la casa de Martha Clarendon: chaquetón marineru, gorro de lana, guantes de brillante color amarillo. Hace una mueca hacia la cámara, revelándonos una boca llena de colmillos. Sus ojos se vuelven negros. Le arroja a Henry la cabeza plateada del bastón, que cobra Vida y abre y cierra las mandíbulas entre rugidos.

*Interior. Dormitorio de verano, con Henry.*

Henry retrocede para evitar al lobo plateado. Sus pan-torrillas tropiezan con el marco de la ventana y cae por ella gritando.

*Exterior. Henry, cayendo.*

Sólo que no cae desde su casa y no está cayendo hacia la tierra de la isla de Little Tall, por dura que esa tierra pueda ser. Está cayendo hacia un hirviente pozo de fuego rojo y negro. Es un pozo del infierno; y también es el torbellino de rojo y negro que hemos visto de cuando en cuando en los ojos de Linoge. Henry cae, chillando, y la cámara le pierde de vista.

*Interior. El cuartelillo. Plano de Henry.*

Se revuelve en la silla del escritorio, se cae y profiere un grito ahogado al golpearse contra el suelo. Abre los ojos y mira alrededor, aturdido.

178

*Interior. El supermercado. Plano de los jugadores.*

Alzan la vista al oír el grito de Henry y ven a Robbie de pie junto a la celda.

KIRK: Hatch, Robbie tiene una pistola. ¡Creo que va a dispararle a ese tipo!

Hatch se pone en pie de un salto y vuelca la mesa de jugar a las cartas.

HATCH: ¡Robbie! ¡Apártate de él! ¡Deja esa pistola!

179

*Interior. El cuartelillo, con Henry. HENRY: ¿Robbie...?*

Se pone en pie. Está atontado y medio perdido aún en su sueño.

180

*Interior. La celda, con Robbie y la falsa madre de éste.*

La anciana está sentada en el catre en que estaba Lino-ge (como es natural, se trata del propio Linoge). Es muy mayor, de unos ochenta años, y está muy delgada. Va vestida con una camisola blanca de hospital. Lleva el cabello despeinado y su rostro refleja reproche. Robbie la mira hipnotizado.

MADRE FALSA: Robbie, ¿por qué no viniste? Después de todo lo que hice por ti, todo lo que dejé por ti...

HATCH (voz): ¡Robbie, no!

MADRE FALSA: ¿Por qué me dejaste morir entre extraños? ¿Por qué me dejaste morir sola?

Tiende hacia él sus manos huesudas y temblorosas.

181

*Interior. El supermercado.*

Hatch, Jack y Kirk se precipitan hacia la puerta abierta del cuartelillo.

182

*Interior. El cuartelillo.*

Henry, todavía apenas consciente de lo que sucede, se dirige hacia la celda. Linoge está sentado en el catre y tiende las manos hacia Robbie; desde la perspectiva de Henry se trata en efecto de Linoge. Linoge vuelve la vista hacia la puerta que da al supermercado. Ésta se cierra de golpe en las narices de Hatch.

183

*Interior. Detrás de la puerta, del lado del supermercado, con Hatch, Jack y Kirk.*

Hatch choca de lleno contra la puerta y rebota. Trata de accionar el pomo, pero no gira. Arremete con el hombro contra la puerta, y luego se vuelve hacia los otros dos.

HATCH: NO OS quedéis ahí parados. ¡Ayudadme!

184

*Interior. Nuevo plano del cuartelillo.*

Oímos unos golpes sordos cuando los hombres del otro lado de la puerta tratan de echarla abajo. La madre falsa sigue sentada en el catre ataviada con su camisola y mirando a su díscolo hijo.

MADRE FALSA: Te estuve esperando, Robbie, y todavía te espero. Te estoy esperando aquí abajo, en el infierno.

BOBBIE: Cállate ya o te disparo. MADRE FALSA: ¿Con eso?

Mira la pistola con expresión de desdén. Robbie sigue la dirección de su mirada.

185

*Interior. Primer plano de la mano de Robbie, desde el punto de vista del propio Robbie.*

La pistola ya no está. En su lugar sostiene una serpiente que se retuerce. Robbie deja escapar un grito y abre la mano.

LINOGE: Vuestro destino.

Se vuelve y levanta el colchón del catre. El bastón está debajo. Lo coge y lo sostiene en alto, y de súbito el bastón emite una luz brillante y azul. Henry retrocede y se lleva un brazo al rostro para protegerse los ojos. Robbie, que ha conseguido ponerse en pie, también se cubre los ojos. El resplandor se torna cada vez más brillante. Todo el cuartelillo está ahora inundado de una luz chillona.

186

*Interior. El cuartel de policía.*

Vemos el resto de la escena desde el punto de vista de Henry Bright, lo que equivale a decir que vemos las cosas tal como son. Es la pistola lo que deja caer Robbie, no una serpiente, y es Linoge quien está en la celda, dirigiéndose ahora hacia los barrotos.

LINOGE: Te estaré esperando en el infierno, Robbie, y cuando llegues allí tendré una cuchara. Voy a usarla para sacarte los ojos. Voy a comerte los ojos, Robbie, una y otra vez, porque el infierno es repetición. Nacidos en el pecado, sed bienvenidos.

Henry se inclina hacia la pistola. Linoge la mira y el arma se desliza hasta el otro extremo de la habitación. Linoge vuelve a concentrarse en Robbie; le mira intensamente y de pronto Robbie sale proyectado hacia atrás. Golpea contra la pared, rebota y cae de rodillas.

HENRY (*en un susurro horrorizado*): ¿Qué eres?

187

*Interior. Al otro lado de la puerta, en el supermercado.*

La luz se derrama a través de la cerradura, en torno a las bisagras y por el resquicio inferior de la puerta. Los tres hombres retroceden, presas del temor.

JACK: ¿Qué es eso? ¿Qué está pasando?

HATCH: No lo sé.

188

*Interior. El cuartelillo.*

Henry y Robbie se hallan de pie a un lado de la estan-Oa, encogiéndose ante el brillante torrente de luz. Bajo ella vemos por primera vez a Linoge tal como es: un antiguo mago cuyo bastón alzado es su principal instrumento de magia, una versión maligna del cayado de Aarón que derrama la deslumbrante luz en oleadas. Los papeles del tablón de anuncios se desclavan y flotan en el aire. En el escritorio, el fichero de Mike también se eleva y queda en suspenso. Los cajones se abren lentamente, uno tras otro, y los objetos en su interior emergen para volar en círculos en torno al escritorio: bolígrafos y clips para papel, esposas y un pedazo olvidado de emparedado de jamón. La papelería danza en el aire junto al ordenador de Hatch. En el extremo más alejado de la estancia, la pistola que Robbie pretendía usar contra Linoge (qué absurda nos parece ahora semejante idea) se alza del suelo, vuelve el cañón hacia la pared y dispara seis veces.

189

*Interior. Detrás de la puerta del lado del supermercado.*

Hatch, Kirk y Jack reaccionan ante los disparos. Hatch mira en torno a sí, ve un mostrador de ferretería y coge de él un hacha pequeña. Se vuelve y empieza a dar golpes de hacha en la puerta alrededor del picaporte. Jack le aferra un brazo.

JACK: ¡Hatch! Quizá no deberías...



Hatch le propina un empujón y continúa dando hachazos. Quizá no debería hacerlo, pero va a cumplir con su deber si puede.

190

*Interior. El cuartelillo.*

Los barrotes de fundición casera empiezan a caer uno por uno de la puerta de la celda, casi como las hojas de un árbol. Robbie y Henry observan aquello, mudos de terror. Los barrotes caen cada vez más rápido creando un orificio en forma humana. Cuando se completa, Linoge lo traspone con facilidad. Contempla a los dos hombres encogidos de miedo y luego se vuelve para alzar el bastón hacia la puerta que da al supermercado.

191

*Interior. Detrás de la puerta del lado del supermercado.*

Hatch ha alzado el hacha para propinar otro golpe cuando la puerta se abre de pronto por sí sola. La brillante luz azulada se derrama a través de ella.

LINOGE (voz): Hatch.

Hatch da un paso hacia el torrente de luz. Jack le aferra del brazo.

JACK: ¡Hatch, no!

Hatch le ignora. Se adentra en la luz y el hacha le resbala de los dedos al hacerlo.

192

*Exterior. El supermercado. Noche.*

El todoterreno de asistencia de la isla gira hacia la zona de aparcamiento. Las persianas están bajadas sobre los escaparates, pero vemos derramarse la brillante luz azul a través de los resquicios de la puerta.

193

*Interior. Vehículo de asistencia de la isla.* Está atiborrado de tipos fornidos. Mike está al volante.

JOHNNY (sobrecogido): ¿Qué demonios es eso?

Mike no se molesta en responder, pero se apea del vehículo prácticamente antes de que se detenga. Los otros le siguen, pero Mike es el primero en subir los peldaños.

Jiirsuto cabello blanco que le cae casi hasta los hombros. Tiene las mejillas y la frente surcadas de arrugas y los labios hundidos, pero el suyo sigue siendo un rostro enérgico, dominado por los ojos, en los que vemos torbellinos de rojo y negro. Su vestimenta habitual ha desaparecido; ahora lleva una túnica oscura en la que se mueven relucientes dibujos plateados. Todavía sostiene en lo alto el bastón con una mano (la empuñadura sigue siendo una cabeza de lobo, pero ahora vemos grabados en la madera runas y símbolos mágicos), y aferra el

hombro de Hatch con la otra... sólo que no se trata en realidad de una mano, sino de una zarpa provista de garras.

Linoge inclina el rostro hasta que su frente casi toca la de Hatch. Sus labios se abren para revelar los afilados dientes. Durante toda la escena, Hatch le mira con ojos muy abiertos e inexpresivos.

LINOGE: Dadme lo que quiero y me marcharé. Díselo a ellos. Que si me dais lo que quiero... me marcharé.

Se vuelve, con el bajo de la túnica lanzando destellos, y se dirige hacia la puerta que da a la plataforma de carga.

194

*Interior. Cuartel de policía.*

Hatch camina como sonámbulo hacia la luz brillante, ajeno a los objetos que flotan y giran en el aire. El ordenador le golpea en la cabeza. Hatch lo aparta de un manotazo, y se aleja flotando como si lo hiciera bajo el agua. Hatch llega a donde está Linoge, que brilla con una luz casi cegadora. Comprobamos que Linoge es en realidad un anciano de

195

*Interior. Plano del supermercado, con las puertas de entrada al fondo. Noche.*

Las puertas se abren de golpe y Mike se precipita al interior, seguido por su partida de hombres. Recorre el pasillo central, salta sobre la mesa de cartas volcada y aferra el brazo de Kirk Freeman.

MIKE: ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Hatch?

Kirk señala atontado hacia el cuartelillo. Es incapaz de hablar. Mike se precipita a través del umbral... y se detiene.

196

*Interior. El cuartelillo, desde el punto de vista de Mike.*

Parece sacudido por un ciclón. Hay material de oficina y papeles desparramados por doquier, ondeando en la corriente que entra por la puerta abierta de la plataforma de carga. El ordenador de Hatch está hecho pedazos en el suelo. La celda está vacía. Los restos de los barrotos se amontonan ante la puerta, que sigue cerrada, lo cual resulta absurdo con aquel enorme agujero de forma vagamente humana.

Robbie y Henry están de pie contra la pared y se abrazan mutuamente, como niños perdidos en la oscuridad. Hatch se halla en el centro de espaldas a Mike y con la cabeza gacha.

Mike se aproxima con cautela. Los demás hombres se apiñan en la puerta que da al supermercado, observando con los ojos muy abiertos y expresiones solemnes.

MIKE: ¿Hatch? ¿Qué ha pasado?

Hatch no responde y Mike le posa una mano en el hombro.

MIKE: ¿Qué ha pasado?

Hatch se vuelve. Su rostro refleja un cambio esencial en lo más profundo de su ser a raíz del cercano encuentro con Linoge; lleva impresa la huella de un terror que quizá nunca más le abandone, incluso aunque sobreviva a la tormenta del siglo.

MIKE (*reacciona ante la expresión de Hatch*): Hatch... Dios mío... pero ¿qué...?

HATCH: Tenemos que darle lo que quiere. Si lo hacemos, se marchará. Nos dejará en paz. Si no lo hacemos...

Hatch mira hacia la puerta trasera abierta, por la que se cuelan remolinos de nieve. Robbie se une a ellos con andar cansino, como el de un anciano.

ROBBIE: ¿Adonde ha ido?

HATCH: Ahí fuera. Se ha internado en la tormenta.

197

*Exterior. Centro del pueblo, mirando hacia el mar. Noche.*

La nevada sigue arceciando, los ventisqueros son cada vez mayores y las olas continúan batiendo la costa y provocando verdaderas explosiones de espuma. Linoge está ahí fuera, en algún lugar, transformado en un elemento más de la tormenta.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO VI

198

*Exterior. Cruce de Main y Atlantic Street. Noche.*

Los ventisqueros son mayores que nunca, y varios escaparates se han hecho añicos. Las calles se han vuelto intransitables incluso para vehículos todoterreno; las farolas están enterradas en la nieve hasta media altura. La cámara retrocede hasta la farmacia-bazar, y vemos que los pasillos se han convertido en una helada tundra. La escarcha centellea en el letrero de RECETAS al fondo de la tienda. Cerca de la entrada vemos otro que reza COMBATA EL INVIERNO CON UN CALEFACTOR, pero en esta ocasión es el invierno el que ha reído último: los calefactores están prácticamente enterrados en la nieve. El reloj de péndulo está demasiado cubierto de nieve para poder leerse la hora, pero aún funciona, y empieza a dar las campanadas: Una... dos... tres... cuatro...

199

*Interior. Vestibulo de Martha Clarendon. Noche.*

Vemos su cuerpo cubierto por el mantel. Y escuchamos las campanadas de otro reloj: cinco... seis... siete... ocho...

200

*Interior. Guardería Los Duendes. Noche.*

Un cuco que debe encantarles a los alumnos de Molly entra y sale de un reloj de pared, tan insolente como una lengua. Nueve... diez... once... doce. Tras su último canto, el pájaro se esconde de nuevo. La guardería se ve limpiísima pero espectral a la vez con sus pequeñas mesas y sillas, los dibujos en las paredes, la pizarra en la que se lee «Decimos por favor» y «Decimos gracias». Hay demasiadas sombras, demasiado silencio.

201

*Exterior. Plataforma de carga detrás del supermercado. Noche.*

Vemos el cuerpo envuelto de Peter Godsoe, que ahora es poco más que un bloque de hielo bajo la manta... de la que aún emergen aquellas botas.

202

*Interior. Cuartel de policía.*

Todavía está literalmente alfombrado de papeles y material de oficina y los barrotos rotos siguen donde cayeran, pero el lugar está desierto. La cámara pasa a través de la puerta hacia el supermercado. Allí tampoco hay nadie. La mesa volcada y las cartas desparramadas en el pasillo de las conservas son testigos de que ha tenido lugar algún súbito trastorno, pero sea cual fuere ya ha pasado. El gran reloj sobre las cajas registradoras, que funciona a pilas, anuncia que son las doce y un minuto.

203

*Interior. Cobertizo de provisiones en la parte posterior del ayuntamiento. Noche.*

Vemos ahora dos cuerpos envueltos: el de Billy Soames y el de Cora Stanhope.

204

*Interior. Cocina del ayuntamiento. Noche.*

Los mármoles están impecables y el suelo barrido. Los cazos limpios se amontonan en los escurrideros. Un pequeño ejército de señoras a las que les sobraba el tiempo (y sin duda comandadas por la señora Kings-bury) ha puesto manos a la obra y todo está dispuesto para el desayuno (hay tortitas para unos doscientos

comensales). En la pared, el reloj marca las doce y dos minutos. Como sucediera con la guardería, el lugar tiene un aspecto casi fantasmal con la mínima iluminación provista por el generador y el viento aullando en el exterior.

Sentados en taburetes junto a la puerta vemos a Jack Carver y Kirk Freeman. Tienen sendas escopetas de caza en el regazo. Ambos están a punto de quedarse dormidos.

KIRK: ¿Cómo se supone que vayamos a ver algo con este tiempo?

Jack niega con la cabeza. No lo sabe.

205

*Interior. Oficina del ayuntamiento. Noche.*

La radio emite suaves chisporroteos, sin comunicar otra cosa que el sonido de la estática. En la puerta, Hatch y Alex Haber montan guardia, armados a su vez con escopetas de caza. Bueno... en realidad es Hatch quien monta guardia; Alex está dormitando. Hatch le mira y le vemos debatirse entre si propinarle o no un codazo. Por fin decide apiadarse de él.

La cámara se desliza hasta el escritorio de Úrsula, donde Tess Marchant duerme con la cabeza apoyada en los brazos. La cámara la estudia unos instantes para luego volverse y bajar flotando la escalera. Mientras lo hace escuchamos una voz débil a través de la estática.

PREDICADOR (*voz*): Ya sabéis, amigos míos, que es difícil ser justos y honrados, pero cuan fácil resulta en cambio seguirles la corriente a esos que se hacen llamar amigos y que os dicen que es lícito pecar, que es correcto faltar a nuestro deber, que ningún Dios nos observa y que podéis seguir adelante y hacer aquello que se os antoje. Pero ¿podéis decir «aleluya»?

RESPUESTA (*entre dientes*): Aleluya.

En la zona ante el televisor quedan unas diez personas. Han ido gravitando hacia las pocas sillas cómodas y un par de sofás de segunda mano. A excepción de Mike, todos están dormidos. En la televisión, apenas visible a causa de las interferencias, vemos a un predicador de cabello lacio y tan poco merecedor de confianza como Jimmy Swaggart, famoso predicador a su vez al que pescaran en malas compañías en un motel de ínfima reputación.

MIKE (*se dirige al televisor*): Aleluya, hermano. Suéltalo ya.

Está sentado en una silla y ligeramente aparte del resto. Parece muy cansado; lo más probable es que no aguante mucho despierto. De hecho, ya ha empezado a cabecear. En la cadera lleva la pistola en su funda.

PREDICADOR (*continúa*): Hermanos, esta noche me gustaría hablaros de forma especial de los pecados ocultos. Y esta noche me gustaría recordaros (digamos aleluya) que el pecado deja un sabor dulce en los labios pero amargo en la lengua, y que envenena el vientre de los justos. Que Dios os bendiga, pero ¿podéis decir «amén»?

Mike no puede decirlo, de hecho. Tiene la barbilla apoyada contra el pecho y los ojos cerrados.

PREDICADOR (*prosigue*): ¡Pero el pecado oculto! El corazón egoísta que dice «No necesito compartir; puedo quedármelo todo para mí, y nadie lo sabrá jamás.» ¡Pensad en ello, hermanos! Es fácil decir «Oh, puedo guardar ese pequeño y sucio secreto; a nadie le incumbe y no me hará daño hacerlo», y tratar entonces de ignorar la llaga de corrupción que empieza a crecer en torno a él... esa enfermedad del alma que empieza a desarrollarse...

Durante esta perorata, la cámara recorre los rostros de algunos durmientes; entre ellos vemos a Sonny Brauti-gan y Upton Bell, que roncan en un sofá con las cabezas juntas, y en el otro, a Joñas y Joanna Stanhope abrazados. La cámara se aleja entonces flotando hacia las cortinas improvisadas, ahora echadas. Detrás de nosotros, la voz del predicador, que continúa hablando de secretos y pecados y

egoísmos, se va desvaneciendo. La cámara se cuela a través de las cortinas. Escuchamos los típicos sonidos de un dormitorio: toses, resuellos, leves ronquidos.

Pasamos por delante de Davey Hopewell, que duerme boca arriba y con el entrecejo fruncido. Robbie Beals, sobre un costado, tiende los brazos hacia Sandra. Están durmiendo con las manos entrelazadas. Úrsula Godsoe duerme con su hija, Sally, y su cuñada, Tavia, muy cerca de ella; las tres están todo lo unidas que pueden estarlo ahora que Peter ha muerto.

Melinda Hatcher y Pippa han juntado sus catres y duermen frente a frente, y Ralphie está acurrucado en los brazos de su madre, también dormida. La cámara se traslada a la zona en que inicialmente se metiera en la cama a los niños y en la que ahora quedan bien pocos: Buster Carver, Harry Robichaux, Heidi St. Pierre y Don Beals.

Los habitantes de Little Tall están durmiendo. Su sueño es inquieto, pero duermen.

206

*Interior. Primer plano de Robbie Beals.*

Murmura algo incoherente. Sus globos oculares se mueven con rapidez tras los párpados cerrados. Está soñando.

207

*Exterior. Main Street. Isla de Little Tall. Día.*

De pie en la calle —de hecho sobre la calle, pues Main Street está enterrada bajo un metro y medio de nieve— vemos a un reportero de televisión. Es joven y atractivo según los cánones convencionales y va ataviado con un traje térmico de esquiar de brillante color morado y guantes a conjunto. Lleva esquís, y uno asume que es el único modo en que consigue mantenerse en pie. Hay un metro de nieve en las calles, pero eso es sólo el principio. Las tiendas están prácticamente enterradas por ventisqueros de dimensiones casi monstruosas. Los cables de alta tensión caídos desaparecen en la nieve como hebras desgarradas de una telaraña.

REPORTERO DE TELEVISIÓN: La que llaman la tormenta del siglo ya forma parte de la historia en Nueva Inglaterra: la gente de New Bedford hasta New Hope está saliendo de entre una nevada de tales dimensiones que no ha añadido sólo entradas sino páginas enteras a los libros de récords.

El reportero empieza a deslizarse lentamente sobre los esquís por Main Street y pasa ante la farmacia, la tienda de informática, el restaurante Handy Bob, el bar y el salón de belleza.

REPORTERO DE TELEVISIÓN: Nos referimos a que están saliendo en todas partes excepto aquí, en la isla de Little Tall, un pequeño pedazo de tierra frente a la costa de Maine que alberga a casi cuatrocientas almas, de acuerdo con el último censo. En torno a la mitad de la población buscó refugio en el continente cuando quedó claro que esta tormenta iba en serio, muy en serio. Esa cifra incluye a la mayoría de niños en edad escolar hasta los adolescentes en el instituto. Pero prácticamente todos los demás, unos doscientos hombres y mujeres y niños pequeños... han desaparecido. Las excepciones resultan aún más angustiosas y de mal agüero.

*Exterior. Restos del muelle. Día.*

Equipos de personal médico de urgencias llevan cuatro camillas hacia la embarcación policial que se ha amarrado a un pilar del muelle. Cada camilla contiene una bolsa de las que se utilizan para transportar cadáveres.

REPORTERO DE TELEVISIÓN (*voz en off*): Hasta el momento se han encontrado cuatro cadáveres en la isla de Little Tall. Según fuentes policiales, dos de ellos pueden ser víctimas de suicidios, pero los otros dos son seguramente víctimas de asesinato; al parecer fueron golpeadas hasta la muerte por el mismo objeto contundente.

*Exterior. Nuevo plano de Main Street, con el reportero.*

Vaya, vaya. Todavía lleva el traje de esquiar morado, tan pulcro y chillón, pero ha sustituido los guantes morados por unos amarillos. Si no hemos reconocido antes a Linoge —y confiamos en que no haya sido así—, lo hacemos ahora.

REPORTERO DE TELEVISIÓN (LINOGE): Las identidades de los fallecidos no se han revelado, pendientes de la notificación a los parientes más allegados, pero se sabe que todos ellos eran residentes de la isla desde hace mucho. Y los agentes de policía, totalmente confundidos, no cesan de hacerse la misma pregunta una y otra vez: «¿Dónde están los demás habitantes de la isla de Little Tall?» ¿Dónde está Robert Beals, el alcalde? ¿Dónde está Michael Anderson, propietario del supermercado de la isla y que ejercía de agente de policía de Little Tall? ¿Dónde está el chico de catorce años Davey Hopewell, que estaba recobrándose en casa de un brote de mononucleosis cuando arreció la gran tormenta? ¿Dónde están los tenderos, los pescadores, los concejales del pueblo? Nadie lo sabe. Entoda la historia de Norteamérica sólo ha existido un caso como éste.

*Interior. Primer plano de Molly Anderson durmiendo. Noche.*

Sus ojos se mueven con gran rapidez bajo los párpados cerrados.

*Inserción. Dibujo de un pueblo en el siglo XVIII.*

REPORTERA DE TELEVISIÓN (*voz en off*): Éste es el aspecto que ofrecía el pueblo de Roanoke, en Virginia, el año 1785, antes de que todo el mundo desapareciera: hombres, mujeres y niños. Jamás se ha descubierto cuál fue su destino. Lo que sí se descubrió fue una posible pista, una palabra grabada en un árbol...

212 *Inserción. Grabado en madera de olmo.*

Grabada en la corteza vemos la palabra CROATON. REPORTERA DE TELEVISIÓN (*voz en off*): ...

precisamente

esta palabra: Croaton. ¿Se trata del nombre de un lugar? ¿Un error ortográfico? ¿Una palabra escrita en un lenguaje perdido a través de los siglos? Eso tampoco lo sabe nadie.

213

*Exterior. Nuevo plano de Main Street, con la reportera de televisión.*

Se la ve muy guapa con el traje de esquiar morado, que contrasta estupendamente con el largo cabello rubio, las mejillas arreboladas... y los guantes amarillo chillón. Sí, vuelve a ser Linoge, que habla ahora con voz de mujer y tiene un aspecto muy atractivo. No se trata de traves-tismo abocado a la risa, sino de un tipo que parece de Verdad una mujer joven y habla con voz de mujer. La cosa va mortalmente en serio.

La reportera ha retomado la narración exactamente donde se interrumpiera la versión de Robbie, y lleva a cabo un paseo comentado (en este caso, una esquiada comentada) por Main Street en dirección al ayuntamiento.

REPORTERA DE TELEVISIÓN (LINOGE): La policía continúa asegurándoles a los periodistas que se encontrará una solución, pero ni siquiera ellos son capaces de negar un hecho esencial: que las esperanzas de hallar a los residentes de Little Tall son cada vez más nimias.

Continúa esquiando hacia el ayuntamiento, a su vez semienterrado por los ventisqueros.

REPORTERA DE TELEVISIÓN (LINOGE): Las pruebas sugieren que la mayoría o la totalidad de los isleños pasaron la primera y peor noche de la tormenta aquí, en el sótano del ayuntamiento de la isla de Little Tall. Después de eso... nadie sabe qué pasó. Una no puede sino preguntarse si podrían haber hecho algo para cambiar tan extraño destino.

Se dirige esquiando hacia lo que en verano serán los jardines del ayuntamiento, donde se halla la pequeña cúpula con la campana en su interior. La cámara permanece inmóvil, viéndola alejarse.

214

*Interior. Primer plano de Davey Hopewell.*

Duerme presa de la inquietud. Vemos moverse sus globos oculares. Está soñando mientras el viento no cesa de aullar en el exterior.

REPORTERO DE TELEVISIÓN (LINOGE): Cabe preguntarse si, llevados del egoísmo propio de los isleños y del orgullo yanqui, se negarían a conceder algo... algo en realidad muy simple que podría haber cambiado las cosas. A este servidor le parece más que posible que así fuera; le parece plausible. ¿Se arrepienten ahora? (*pausa*) ¿Queda alguno con vida para arrepentirse? ¿Qué sucedió realmente en Roanoke, en 1587? ¿Y qué ha pasado aquí, en la isla de Little Tall, en 1989? Quizá nunca lo sepamos. Pero yo sí sé una cosa, Davey... eres demasiado bajo para jugar al



baloncesto... además, no enestarías ni en un océano.

La versión de Davey del reportero se vuelve a medias para tender un brazo hacia la cúpula envuelta en sombras. Ahí dentro está la campana conmemorativa, sólo que en el sueño de Davey no se trata de una campana. Lo que el reportero saca de allí es una pelota de baloncesto manchada de sangre, que arroja directamente contra la cámara. Cuando lo hace, sus labios se separan para esbozar una sonrisa y mostrar aquellos dientes que no son sino colmillos.

REPORTERO DE TELEVISIÓN: ¡Cógela!

215

*Exterior. Ante el edificio del ayuntamiento. Día.*

El reportero del traje de esquiar morado llega a la cúpula; incluso aunque nos dé la espalda, advertimos que en la versión de Davey Hopewell se trata de un hombre. Se vuelve. Se está quedando calvo, lleva gafas y bigote... pero una vez más es el mismísimo Linoge.

216

*Interior. Nuevo plano de Davey en el sótano del ayuntamiento. Noche.*

Profiere un gemido y se vuelve. Alza las manos brevemente, como para protegerse contra la pelota de baloncesto.

DAVEY: NO... no...

217

*Interior. Plano de Mike en el sótano, frente al televisor. Noche.*

La cabeza le pende flaccida, pero sus ojos se mueven tras los párpados cerrados; al igual que los demás, está soñando.

PREDICADOR (*su voz*): Dad por seguro que vuestro pecado os encontrará, y que vuestros secretos saldrán a la luz. Todos los secretos saldrán a la luz...

218

*Interior. Primer plano del predicador en la borrosa pantalla del televisor.*

Sí, ahora confirmamos nuestras sospechas: el predicador de televisión también es Linoge.

PREDICADOR (*continúa*): ¿...podéis decir «aleluya»? Oh, hermanos, ¿podéis decir «amén»? Pues os pido que contempléis el azote del pecado y el precio del vicio; os pido que contempléis el justo fin de aquellos que le cierran la puerta al extraño, al vagabundo que viene a ellos y les pide tan poco.

La cámara se introduce en la nebulosa pantalla del televisor. El predicador se desvanece en la oscuridad... pero se trata de una oscuridad plagada de puntitos blancos porque el viento ha arrancado la antena del ayuntamiento y la recepción de la imagen es deficiente. Sea como fuere, se nos empieza a mostrar una imagen. Los

puntitos blancos se han transformado ahora en copos de nieve real, copos que forman parte de la tormenta del siglo, y se ve una hilera de gente que camina a través de ellos; una hilera de gente que semeja una serpiente encantada que desciende lentamente por Atlantic Street.

219

*Exterior. Atlantic Street, vista más de cerca. Noche.*

PREDICADOR (*voz en off*): Pues el precio de la lujuria es convertirse en polvo, y el precio del pecado es la muerte.

Ante nosotros desfila una procesión de pesadilla formada por isleños aturdidos e hipnotizados que visten pijamas y batas y parecen ajenos al viento huracanado y la intensa nevada. Vemos a Angela con el pequeño Bus-ter en brazos; luego a Molly, con camisón y llevando a Ralphie, seguida de George Kirby, Ferd Andrews, Ro-bertha Coign... bueno, ya se irán haciendo una idea. Están todos ellos. Y cada uno lleva tatuada en la frente aquella palabra extraña e inquietante: Croaton.

PREDICADOR (*voz en off*): Pues si el que suplica es rechazado y al que busca no se le da tregua, ¿no debe acaso condenarse a los duros de corazón?

220

*Interior. Primer plano de Mike. MIKE (durmiendo):* Aleluya. Amén.

221 *Exterior. Restos del muelle.*

Los vemos marchar hacia la cámara... y hacia una muerte segura en las gélidas aguas, como lemmings. Nos parece increíble... pero aun así lo creemos; después de lo que sucedió en Jonestown con el suicidio masivo de aquella secta, creemos que pueda pasar algo así.

ROBBIE (*el primero de la fila*): Sentimos no haberle dado lo que quería.

Se arroja al agua desde el recortado borde del muelle.

ORVILLE BOUCHER (*segundo en la fila*): Sentimos no habérselo dado, señor Linoge.

Se zambulle en las aguas detrás de Robbie. Los siguientes son Angela y Buster.

ANGIE CARVER: Lo siento; los dos lo sentimos, ¿verdad, Buster?

Con el niño en brazos, Angela se tira del muelle. La siguiente es Molly, que lleva a Ralphie.

222

*Interior. Nuevo plano de Mike en la zona del televisor.*

Le vemos intranquilizarse más y más... ¿quién no lo haría de verse inmerso en un sueño tan

espantoso?

MIKE: NO... no, Molly...

PREDICADOR (*voz en off*): Pues es tan poco lo que se os pide, digamos «aleluya», hermanos... pero si endurecéis vuestros corazones y os tapáis los oídos, deberéis pagar por ello. Seréis tachados de desagradecidos y enviados aquí.

223

*Exterior. Molly en el borde del muelle. Noche.*

Se la ve tan hipnotizada como a los demás, pero Ralphie está consciente y asustado.

MOLLY: Endurecimos nuestros corazones. Nos tapamos los oídos. Y ahora pagamos por ello. Lo siento, señor Linoge...

RALPHIE: ¡Papá! ¡Papi, ayúdame!

MOLLY: ... debimos darle lo que nos pedía.

Se arroja desde el borde a las negras aguas con Ralphie chillando en los brazos.

224

*Interior. La zona del televisor, con Mike. Noche.*

Mike se despierta de golpe, jadeando. Mira hacia el televisor.

225

*Interior. Plano de la televisión, desde el punto de vista de Mike.*

No se ve otra cosa que puntos blancos. O bien el canal ha perdido su torre a causa de la tormenta, o bien ha dejado de emitir para el resto de la noche.

226

*Interior. Nuevo plano de Mike.*

Se incorpora en la silla y trata de recuperar el aliento. SONNY BRAUTIGAN: ¿Mike?

Sonny avanza pesadamente hacia él, despeinado, con el rostro hinchado de sueño y el cabello pegado a la nuca.

SONNY: Acabo de tener el sueño más espantoso... sobre un reportero...

Upton Bell se une a ellos.

UPTON: En Main Street... hablaba de que todo el mundo había desaparecido...

Se detiene. Él y Sonny intercambian una mirada de asombro.

SONNY: Como en ese pueblecito de Virginia, hace muchos años...

MELINDA (*su voz*): Nadie supo qué fue de ellos... y, en el sueño, nadie sabía qué había sido de nosotros.

Los tres miran hacia las cortinas. Melinda está de pie ante ellas, ataviada con el camisón.

MELINDA: Todos lo están soñando, ¿no lo entendéis? ¡Todos están soñando lo mismo que nosotros!

Melinda mira hacia atrás, hacia los que aún duermen.

227

*Interior. Zona dormitorio. Noche.*

Los durmientes se estremecen y agitan en sus catres. Gimen y protestan, pero sin llegar a despertarse.

228

*Interior. Nuevo plano de la zona del televisor.*

MELINDA: Pero ¿adonde podrían ir a parar doscientas personas?

Sonny y Upton niegan con la cabeza. Tess aparece a medio camino de la escalera; tiene el cabello alborotado y aún parece medio dormida.

TESS MARCHANT: En especial en una isla pequeña y aislada por una tormenta de gran magnitud...

Mike se levanta y apaga el televisor.

MIKE: Al mar.

MELINDA (*presa de la impresión*): ¿Qué?

MIKE: Nos arrojaremos al mar. Suicidio en masa; si no le damos lo que quiere.

SONNY: Pero ¿cómo va a...?

MIKE: NO lo sé... pero creo que puede hacerlo.

Aparece Molly, que traspone las cortinas con Ralphie en brazos. El niño está profundamente dormido, pero su madre no soporta alejarse de él.

MOLLY: Pero ¿qué quiere? Mike, ¿qué quiere ese hombre?

MIKE: Estoy seguro de que lo descubriremos; cuando esté dispuesto a decirlo.

229 *Exterior. El faro. Noche.*

El reflector gira una y otra vez, incidiendo brevemente a cada giro en la nieve que no cesa de caer. Vemos recortarse una figura en lo alto, en una de las ventanas rotas.

La cámara avanza hasta centrarse en Linoge, que está de pie y contempla el pueblo con las manos a la espalda. Tiene el aire de un monarca que inspeccionara su reino. Finalmente se vuelve para alejarse.

230

*Interior. Sala de control del faro. Noche.*

Linoge, poco más que una sombra a la luz roja de los paneles de control, cruza la estancia circular y abre la puerta que da a la escalera. La cámara avanza hacia la pantalla del ordenador que viéramos antes. De arriba abajo y reemplazando el aviso de crecida del oleaje por la mañana, en pleamar, se halla el siguiente mensaje repetido una y otra vez: «Dadme lo que quiero.»

231

*Interior. Escalera de caracol del faro. Noche.*

La cámara enfoca desde lo alto de la mareante espiral a Linoge, quien desciende con rapidez.

232

*Exterior. El faro. Noche.*

Linoge sale al exterior, con el bastón de cabeza de lobo en la mano, y se adentra en la cortina de nieve; sólo Dios sabe a dónde se dirige y con qué malévolas intenciones. Se mantiene unos instantes el plano del faro.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO VII

233

*Exterior. Centro del pueblo. Mañana.*

Nieva con mayor intensidad que nunca. Los edificios están semienterrados. Las líneas eléctricas desaparecen en la nieve. Se parece a lo que emitiera el informativo que vimos en los sueños, sólo que con la tormenta arreciando todavía.

234

*Exterior. Ayuntamiento. Mañana.*

La cúpula con la campana conmemorativa está prácticamente enterrada, y el edificio de ladrillo ofrece un aspecto fantasmagórico. El viento sigue aullando con furia.

235

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Mañana.*

En torno a la mitad de los que se refugiaron en el ayuntamiento están presentes, sentados en los duros bancos de madera con platos en el regazo, comiendo tortitas y bebiendo zumo. Al fondo del salón se ha

dispuesto una especie de bufé, con la señora Kingsbury (que lleva una gorra de cazador de un rojo brillante con la visera hacia atrás, al estilo gángster) y Tess Marchant al mando. Además de las tortitas y zumos hay café y cereales. Los que dan cuenta del desayuno están muy callados; no se muestran exactamente huraños, sino más bien reservados y un poco asustados. Todas las familias con niños pequeños se han levantado ya; cómo no, con la temprana energía que derrochan esos hombres y mujeres en miniatura. Entre ellas vemos a los Hatcher y los Anderson en un soñoliento grupo matutino de seis. Mike se dedica a darle pedacitos de tortita a Ralphie, y Hatch hace lo mismo con Pippa. Sus mujeres beben café y hablan en voz baja.

Se abre la puerta lateral, dando paso a una bocanada de viento y un torbellino de nieve, y a un excitado John-ny Harriman.

JOHNNY: ¡Mike! ¡Eh, Mike! ¡En toda mi vida había visto una crecida del oleaje semejante! ¡Creo que va a llevarse el faro! ¡En serio!

La noticia causa revuelo y murmullos entre los isleños. Mike deja a Ralphie en el regazo de Molly y se levanta. Hatch también se pone en pie, al igual que la mayoría.

MIKE: ¡Eh, amigos! ¡Si salís ahí fuera, quedaos cerca del edificio! ¡No olvidéis que estamos en plena ventisca de nieve!

236

*Exterior. Plano angular del cabo y el faro. Mañana.*

La marea está subiendo y olas enormes se estrellan contra las rocas, prácticamente inundando el cabo. Con cada arremetida, la base del faro queda anegada por las aguas. La estructura sobrevivió a la marea de la noche anterior; lo más probable es que no sobreviva a ésta.

237

*Exterior. Lateral del ayuntamiento. Mañana.*

Los isleños se precipitan al exterior charlando animadamente; unos se abrochan los abrigo o se anudan las bufandas, otros se ciñen las capuchas o las máscaras de esquí.

238

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Mañana.*

Los últimos curiosos están trasponiendo el cuello de botella que es la puerta lateral. Atrás sólo quedan unos cuantos que no quieren renunciar al desayuno, además de siete madres y un padre (Jack Carver) que tienen que vérselas con unos niños en extremo reacios a perderse la diversión.

RALPHIE: Mami, por favor, ¿puedo ir a ver?

Molly intercambia con Melinda una mirada exasperada y divertida al mismo tiempo; la clase de

mirada que sólo entienden los progenitores de niños tan pequeños.

PIPPA (*aprovechando la ocasión*): Por favor, mamá, ¿puedo ir yo?

Entretanto, Don Beals aborda a Sandra de forma algo más imperiosa.

DON: ¡Ponme el abrigo! ¡Quiero salir! ¡Date prisa, especie de tortuga!

MOLLY (*a Ralphie*): Oh... de acuerdo, (*a Melinda*) Yo también quiero verlo, (*a Ralphie*) Vamos, Ralphie, busquemos tu abrigo.

Casi todos los demás (Linda St. Pierre, Carla Bright, Jack Carver, Jill Robichaux) se disponen también a salir con sus hijos. Úrsula Godsoe, sin embargo, se resiste a los ruegos de Sally.

URSULA: Cariño, mami no puede ir... está demasiado cansada. Lo siento.

SALLY: Papá me llevará... ¿Dónde está papá?

Ursula no sabe qué responder y está al borde de las lágrimas. La escena conmueve a las otras mujeres

que la presencian: Sally aún no sabe que su padre ha muerto.

JENNA FREEMAN: Yo te llevaré, cariño. Si tu mamá está de acuerdo.

Ursula asiente con la cabeza, agradecida.

239

*Exterior. Jardín lateral del ayuntamiento. Mañana.*

Alrededor de unos setenta residentes de la isla forman una fila irregular, todos de espaldas a la cámara y mirando hacia el mar. Los que tienen niños van saliendo por la puerta lateral con los pequeños, muy abrigados, en brazos o cogidos de la mano. Ocasionalmente alguien se hunde en la nieve hasta la cadera y tienen que ayudarse unos a otros a salir de los ventisqueros. Se oyen risas; la excitación los ha ayudado a salir del introspectivo estado posterior al sueño.

En primer plano, vemos descender un bastón oscuro y hundirse en la nieve.

240

*Exterior. Parte trasera del ayuntamiento. Mañana.*

Linoge está ahí de pie y observa a los isleños a través de la intensa nevada. Ellos no le ven porque todos le dan la espalda.

241

*Exterior. El cabo y el faro, vistos desde el ayuntamiento. Mañana.*



Desde aquí, la nieve prácticamente nos impide ver el faro; de hecho, pronto no lo veremos en absoluto... pero ahora todavía lo discernimos entre las olas gigantescas que se estrellan contra él.

242

*Exterior. Plano de Mike y Hatch. Mañana.* HATCH: ¿Va a llevárselo, Mike?

Molly y Melinda, acompañadas de Ralphie y Pippa, se unen a sus maridos. Mike se inclina para coger a Ralphie sin apartar la mirada del faro.

MIKE: Me parece que así es.

243

*Exterior. El cabo y el faro, vistos desde el ayuntamiento. Mañana.*

Una ola gigantesca se estrella contra el cabo y azota el faro. El viento aulla de manera más audible, la intensidad de la nevada aumenta, y el faro apenas se distingue ya, una mera forma blanquecina y fantasmal entre los torbellinos de nieve.

244

*Interior. Sala de control del faro.*

El agua entra a borbotones a través de las ventanas rotas e inunda todo el equipo electrónico. Vemos saltar chispas y apagarse los ordenadores.

245

*Exterior. El cabo y el faro, vistos desde el ayuntamiento. Mañana.*

Lo cierto es que ahora no vemos gran cosa a excepción de un par de casas y unos cuantos árboles fantasmagóricos más allá de donde la gente aguarda en pie. La nevada se ha intensificado y el viento produce remolinos, lo que provoca que la visibilidad sea prácticamente nula.

246

*Exterior. Plano panorámico de los isleños. Mañana.*

La cámara va recorriendo los pequeños grupos familiares o de amigos (Sonny y Upton Bell están juntos; Kirk y su hermana menor, Jenna, junto a la pequeña Sally Godsoe, están cerca de los Beals), pero vemos a unas cuantas personas un poco aparte de los demás. Detrás de todos ellos, la nieve se erige en movedizo telón de fondo. El ayuntamiento no es más que una sombra ro-sácea.

La cámara prosigue con su recorrido de los personajes. KIRK: ¡No veo nada!

FERD ANDREWS: ¡Maldita sea, la visibilidad es nula! DON BEALS: Papá, ¿dónde está el faro?

ROBBIE (*a Don*): Espera a que amaine un poco el viento, cariño.

DON: ¡Haz que amaine ahora mismo!

DAVEY HOPEWELL (*a la señora Kingsbury*): ¡Mire! ¡Es el faro! ¡Aún está ahí!

247

*Exterior. Plano de la cortina de nieve, desde el punto de vista de los isleños. Mañana.*

A través de los remolinos de nieve, vemos el haz del reflector dirigirse hacia la cámara para brillar ante ella unos instantes y continuar girando. Entretanto comenzamos a discernir de nuevo el contorno del cabo.

248

*Exterior. Nuevo plano panorámico de los isleños. Mañana.*

HATCH: ¡Se está levantando!

La señora Kingsbury está de pie a la izquierda de los Hopewell y ahora lleva la gorra con la visera hacia delante. Vemos surgir de la nieve un par de brillantes guantes amarillos (Linoge debía de llevar otro par oculto en alguna parte). Uno se cierne sobre la boca de la señora Kingsbury; el otro la agarra del cuello. Se ve arrastrada hacia atrás bajo la ventisca. Los Hopewell están bastante cerca de ella, pero ninguno de ellos se percata de lo sucedido; están demasiado concentrados escudriñando ante sí a través de la nieve.

249

*Exterior. El cabo y el faro, vistos desde el ayuntamiento.*

Una ola gigantesca rompe contra el cabo para inmediatamente después estrellarse contra el faro. Y ahora sí advertimos que la estructura empieza a ladearse.

250

*Exterior. Plano de Sonny Brautigan y Upton Bell.*

SONNY: ¡Va a caerse! ¡Dios santo, se está cayendo!

Próximo a ellos se halla un isleño con una парка manchada de grasa y con el letrero ESTACIÓN DE SERVICIO E-Z estampado en la pechera izquierda. Una forma (la de Linoge) surge detrás de él. Permanece inmóvil un instante, y entonces el bastón desciende horizontal hasta el cuello del señor E-Z, sujeto en ambos extremos por sendos guantes amarillos. El señor E-Z es arrastrado hacia atrás y desaparece en la tormenta. Ni Sonny ni Upton se percatan de ello; están inmersos en la devastación que tiene lugar ante sus ojos.

251

*Exterior. Plano de la ventisca, mirando hacia el ayuntamiento.*

Advertimos dos formas oscuras: las suelas de las botas del señor E-Z, que destacan brevemente en la blancura para luego desaparecer.

252

*Exterior. El faro. Mañana.*

Otra ola de enormes dimensiones engulle su mitad inferior. Escuchamos el rugir del agua y el crujir de los ladrillos al ceder. La inclinación del faro se hace más pronunciada.

253

*Interior. Sala de control del faro. Mañana.*

La sala está cada vez más ladeada... El agua entra en ella a borbotones. Al ladearse aún más, los aparatos comienzan a soltarse y a deslizarse por la pendiente que ahora es el suelo...

254

*Exterior. Los isleños junto al ayuntamiento. Mañana.*

La cámara se halla detrás de ellos y recorre el grupo de izquierda a derecha. Entre unos y otros vamos viendo al fondo el faro tambaleante.

255

*Exterior. Plano de Jack, Angela y Buster Carver. Mañana.*

Jack está muy excitado. Alza en brazos a Buster y se adelanta ligeramente a través de la nieve.

JACK: ¡Mira, Buster! ¡El faro se está cayendo! BUSTER: ¡Se está cayendo! ¡El faro se cae!

Angela está sólo a tres o cuatro pasos por detrás de ellos. Ni Jack ni Buster advierten los guantes amarillos cuando éstos surgen flotando de la nieve, aferran a Angela y la arrastran hacia la nivea cortina.

256

*Exterior. Nuevo plano del faro. Mañana.*

La ola gigantesca se retira. Por unos instantes parece como si el faro fuera a aguantar un poco más... y entonces se desploma entre crujidos y con la luz del destrozado fanal todavía girando con valentía. Cuando cae, otra ola arremete contra él y engulle las ruinas.

JACK: ¡Eh, Angie!

BUSTER: ¡Eh, mami!

Jack se vuelve hacia Orv Boucher, de pie cerca de él.

JACK: ¿Has visto a mi esposa?

ORV: Pues no, Jack, no la he visto. A lo mejor tenía frío y ha regresado adentro.

257

*Exterior. Plano panorámico de los isleños.*

Guardan silencio y su breve excitación se ha desvanecido. Ahora que ya ha sucedido lo inevitable, desean que no hubiese sido así. La cámara concluye el recorrido con un plano de Jack y Buster.

BUSTER: Papá, ¿dónde está el faro? ¿Se ha ido para siempre?

JACK (*con expresión de tristeza*): Sí, cariño, eso me temo. El faro se ha ido para siempre, (*se vuelve*) Angie, ¿lo has visto?, ¿has...?

Donde Angela estaba de pie no hay nadie ahora. JACK: ¿Angie? ¿Angela?

Recorre con la mirada la hilera de espectadores, desconcertado pero sin experimentar todavía preocupación o temor. No consigue verla.

258

*Exterior. Plano de la familia Hopewell: Stan, Mary y Davey. Mañana.*

Los padres de Davey aún contemplan el lugar donde se alzaba el faro (como si esperasen una

repetición de lo sucedido), pero Davey mira alrededor con el entrecejo fruncido.

DAVEY: ¿Señora Kingsbury?

MARY HOPEWELL (*le ha oído*): ¿Davey?

DAVEY: Estaba justo aquí.

Aparece Jack caminando con esfuerzo; ahora lleva a Buster de la mano.

JACK: ¿Angie? (*a Buster*) Creo que Orv tiene razón; debe de haber sentido frío y regresado al interior.

Cerca de ellos están Alex Haber y Cal Freese.

CAL (*mirando en torno*): Eh, ¿dónde está el viejo George Kirby?

259

*Exterior. Plano de los Anderson y los Hatcher. Mañana.*

A lo largo de la irregular hilera de isleños que han salido a contemplar desplomarse el faro, Cal y Alex están llamando a George Kirby; Jack y Buster buscan a Angela; Davey Hopewell llama a la señora Kingsbury, y un par de personas buscan a un tal Bill; asumimos que se trata del nombre real del señor E-Z. Vemos reflejarse en el rostro de Mike la angustiada comprensión de lo sucedido. Se vuelve hacia Hatch y ve que su rostro expresa algo parecido. Mike deja en el suelo a Ralphie y se gira hacia la irregular fila de isleños.

MIKE: ¡Volvamos adentro! ¡Todo el mundo adentro! MOLLY: Mike, ¿qué sucede?

Mike la ignora. Empieza a correr a lo largo de la fila con expresión frenética.

MIKE: ¡Adentro! ¡Todo el mundo! ¡Ahora mismo! ¡Y no os separéis!

Transmite su temor a los isleños, que empiezan a volverse para regresar. Robbie se acerca a Mike.

ROBBIE: ¿Qué demonios pasa aquí?

MIKE: Quizá no sea nada; por el momento, vuelve a entrar ahí. Llévate a tu mujer y tu hijo y regresa al interior.

Cuando consigue guiar de nuevo a Robbie hacia Sandra y Don, aparece Jack Carver abriéndose paso entre la nieve y con Buster en brazos.

JACK (*ahora un poco asustado*): Michael, ¿has visto a Angela? Estaba justo ahí.

Robbie empieza a comprender. Se dirige hacia Sandra y Don; de pronto no desea perderles de vista.

MIKE: Llévate al niño adentro, Jack.

JACK: Pero...

MIKE: Haz lo que te digo. Ahora mismo.

260

*Exterior. Plano de Hatch, sobre la nieve junto al ayuntamiento.*

Alrededor de él, la gente se precipita de vuelta a la puerta lateral. Parecen asustados. Hatch los ignora y trata de mirar a todas partes al mismo tiempo, lo cual resulta imposible dado lo copioso de la nevada.

HATCH: ¿Señora Kingsbury...? ¿George...? ¿George Kirby...? ¿Bill Timmons...? ¿Dónde estáis? De pronto ve algo rojo y se dirige hacia allí. Recoge la gorra de la señora Kingsbury, le sacude la nieve con una mano enguantada y la contempla con expresión de gravedad mientras Mike llega junto a él, tratando de apiñar a la gente de vuelta al edificio. Los ojos de Mike también se mueven en todas direcciones. Semejan pastores tratando de salvaguardar un rebaño cuyo número va disminuyendo. Mike coge la gorra de manos de Hatch y la contempla unos instantes.

MIKE: ¡Adentro! ¡Entren ahora mismo! ¡Permanezcan juntos!

261

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Plano de Jack y Buster.*

BUSTER: ¿Dónde está mamá? ¡Mamá está ahí fuera! ¡Papá, hemos dejado fuera a mamá!

JACK (*echándose a llorar*): Venga, grandullón. Mami está bien.

Se lleva al niño, casi a rastras, por el pasillo que conduce a la puerta que da a la oficina y la escalera.

262

*Interior. Montaje de planos de los isleños en el salón de actos. Mañana.*

Recorren los pasillos arrastrando los pies. Vemos a Molly y Ralphie, los Stanhope, Johnny Harriman, Ta-via Godsoe, Kirk y Jenna Freeman, y a todos nuestros nuevos conocidos; todos los rostros reflejan temor.

FUNDIDO

263

*Exterior. Ayuntamiento. Tarde.*

Aún nieve en copiosos remolinos y todavía sopla un viento huracanado. Junto a la puerta lateral se halla aparcado, con el motor en marcha, el mayor coche oruga de la isla.

*Exterior. Puerta lateral del ayuntamiento, vista más de cerca. Tarde.*

En el umbral, muy abrigados, vemos a Mike, Sonny, Henry Bright y Kirk Freeman. Molly, Hatch y Tess Marchant han acudido a despedirlos tras hacerse con gruesos jerséis. De nuevo todos tienen que hablar a gritos para hacerse oír sobre la tormenta.

MOLLY: ¿Seguro que es necesario que vayáis?

MIKE: NO... pero nos hemos quedado sin previsiones meteorológicas, y más vale prevenir. Además, en el supermercado hay un montón de cosas que se estropearán si no las utilizamos.

MOLLY: ¡NO vale la pena arriesgarse a un encuentro con ese psicópata por unas cuantas botellas de zumo de naranja!

MIKE: No se atreverá con los cuatro a la vez. MOLLY: Prométeme que tendrás cuidado.

MIKE: Te lo prometo, *(centra la atención en Hatch)* Sigue el sistema de parejas, ¿de acuerdo? Que nadie se quede nunca solo.

HATCH: De acuerdo. Tened cuidado, muchachos.

SONNY: Lo tendremos, créeme.

Cuando se vuelven hacia el coche oruga:

MOLLY: Mike... ya que nuestra casa te queda de paso...

Se detiene, un poco avergonzada por lo que acaba de ocurrírsele, pero la expresión afable de los ojos de Mike la anima a seguir.

MOLLY: Verás... los niños se están portando todo lo bien que pueden, pero si tan sólo pudieras traerte unos cuantos juegos y un par de cajas de colores o algo así, podrían ser de vital ayuda.

MIKE *(besándola en la mejilla)*: Dalo por hecho.

Se dirige al coche oruga y se instala al volante. Acelera el motor. Todos saludan con la mano y el vehículo se interna zumbando en la tormenta.

TAVIA: Me pregunto si estarán bien. HATCH: Claro que sí.

Sin embargo, parece preocupado. Vuelven a entrar y cierran la puerta contra la tormenta.

*Exterior. Casa de los Anderson en la parte baja de Main Street. Tarde.*

El coche oruga se detiene ante la casa. La valla ha quedado totalmente enterrada por la nieve. El letrero GUARDERÍA LOS DUENDES yace sobre un ventisquero de más de dos metros.

*Interior. El coche oruga. Tarde.* MIKE (*a los demás*): Sólo tardaré un momento. Abre la portezuela y se apea del vehículo.

*Exterior. Ante la casa de los Anderson, con Mike. Tarde.*

Rodea el coche oruga, encorvándose contra la nieve y el viento, y casi se da de bruces con Kirk Freeman. Una vez más, hablan a gritos para hacerse oír.

MIKE: Quédate ahí dentro y resguárdate del frío; me las apañaré bien solo.

KIRK: Sistema de parejas, ¿recuerdas? (*señala a Henry y Sonny dentro del coche*) Entraremos juntos; ellos permanecerán juntos aquí fuera; y en el supermercado estaremos todos juntos.

MIKE: De acuerdo... vamos.

Avanzan penosamente por lo que antes fuera un sendero hacia el porche que parece bambolearse bajo la nieve amontonada cual barco que se hundiera lentamente.

*Interior. Primer plano de Cat Withers.*

Está sentada en una silla plegable con expresión ausente. Tiene una taza en la mano y un jersey sobre los hombros. Aún se halla bajo el efecto del shock y los tranquilizantes. Escuchamos el sonido de fondo de los niños cantando:

NIÑOS Y SANDRA BEALS: Soy una pequeña tetera, regorde-ta y certera...

Cat reacciona ante lo que oye, pero no violentamente; quizá no recuerde la canción. La cámara retrocede para mostrar a los niños de la guardería. Los están vigilando Robbie y Sandra Beals, mediante el sistema de parejas. Sandra lleva la batuta de la canción y trata de mostrarse alegre. Robbie está sentado en otra silla de madera, con la mirada casi tan perdida como Cat. Los niños fingen ser teteras: a medida que cantan ponen los brazos en jarras y se tocan la nariz para mostrar que saben dónde tienen la válvula de escape. Alrededor de ellos en ese extremo de la zona comunitaria entre la escalera y la pared, se hallan esparcidas toda clase de distracciones improvisadas: libros, pegamentos, revistas con montones de fotografías recortadas o arrancadas, algún que otro juguete. Más allá de los niños vemos una puerta cerrada con una placa que reza: MANTENIMIENTO.

NIÑOS Y SANDRA: He aquí mi asa, he aquí mi tapadera.

Ferd Andrews desciende por la escalera y se acerca a Robbie.

ROBBIE: Detesto esa canción. FERD: ¿Por qué?

ROBBIE: Simplemente la detesto. ¿Cómo está Jack Carver?



FERD: Un poco más calmado. Menos mal que las mujeres han apartado de él al niño antes de que se derrumbara, (*indica con la cabeza a Buster*)

Tendríamos que organizar una partida para buscar a Angela y los demás. Si Alton Hatcher no quiere guiarla, tú puedes hacerlo.

ROBBIE: Y si la partida de búsqueda no regresa, ¿qué haremos entonces? ¿Enviar otra?

FERD: Bueno... no podemos quedarnos simplemente aquí sentados...

ROBBIE: Desde luego que podemos. Y eso es precisamente lo que vamos a hacer. Sentamos y esperar a que amaine la tormenta. Discúlpame, Ferd, necesito un café.

Tras dirigir a Ferd una mirada de desdén, Robbie se pone en pie y sube la escalera. Ferd le sigue.

FERD: Sólo pensaba que deberíamos hacer algo, Robbie...

La cámara vuelve a centrarse en Cat, que está viendo algo.

269

*Inserción. Bastón de Linoge.*

Describe un arco hacia la cámara y la cabeza plateada de lobo parece rugir.

270

*Interior. Nuevo plano de la zona de juegos.*

*Tarde.*

*i*

Cat deja caer la taza, se lleva las manos a la cara y se echa a llorar. Los niños paran de cantar y se vuelven a mirarla. Pippa y Heidi empiezan a hacer pucheros.

FRANK BRIGHT: ¿Qué le pasa a Cat Withers?

SANDRA: Nada, Frankie... sólo está cansada... Vamos, niños, recoged un poco, ¿de acuerdo? Me parece que el señor Anderson va a traer más cosas con que jugar, de modo que...

DON: ¡Yo no pienso recoger! ¡Mi papá va a darme un donut!

Se precipita hacia la escalera.

SANDRA: ¡Don! ¡Don Beals! ¡Vuelve ahora mismo y ayuda a los demás a...!

RALPHIE: NO le necesitamos. Los monos no saben recoger.

Los otros niños ríen por lo bajo; ha sido una buena ocurrencia por parte de Ralphie, y cuando éste empieza a recoger, los demás le imitan. Sandra se dirige a consolar a Cat.

271

*Interior. Plano de Ralphie.*

Está recogiendo revistas un poco aparte de los demás. Va en dirección a la puerta del cuartito de mantenimiento y, cuando ésta se abre, el niño alza la mirada.

LINOGE (*su voz*): ¡Ralphie! ¡Eh, grandullón!

Los demás no oyen nada, pero Ralphie sí lo hace.

272

*Interior. Guardería en casa de los Anderson, con Mike y Kirk.*

Kirk lleva bajo el brazo una serie de juegos y piezas de construcción. Mike ha cogido cajas de colores y demás material infantil.

KIRK: ¿ES suficiente?

MIKE: Aja, con esto debería bastar. Volvamos a...

Algo le llama la atención. Se trata de una serie de bloques con las letras del alfabeto desparramados sobre un pupitre. Mike se arrodilla junto a éste, contempla pensativo los bloques, y luego empieza a colocar algunos en fila.

KIRK (*acercándose a echar un vistazo*): ¿Qué haces?

Mike ha utilizado seis bloques para formar la palabra «Linoge». Los observa un instante y luego los

cambia de orden hasta obtener «Niloge». No, eso no tiene sentido; forma entonces la palabra «Genilo».

KIRK: Suena a algo relacionado con unas vacaciones en Egipto.

273

*Interior. Zona de juego de los niños.*

Sandra está ocupada en consolar a Cat, y los demás niños se han agrupado en torno a unos cestos en el rincón, donde van colocando los juguetes, libros y revistas. Lo están pasando bien. Ninguno se percató de que Ralphie se dirige titubeante hacia la puerta entreabierta del cuartito de mantenimiento.

LINOGE (*su voz*): Tengo algo para ti, grandullón... ¡un regalo!

Ralphie tiende una mano hacia la puerta, pero titubea. LINOGE (*su voz*): No tendrás miedo, ¿eh?

Ralphie vuelve a tender la mano, esta vez con mayor decisión.

*Interior. Guardería Los Duendes, con Mike y Kirk.*

Kirk muestra ahora cierto interés. Mueve por sí mismo los bloques hasta transformar «Linoge» en «Lonieg».

Y, de pronto, Mike descubre de qué se trata. Sus ojos se abren desmesuradamente a causa del horror.

MIKE: Jesús y los discípulos en la tierra de los gerase-nos. Del Evangelio según san Marcos. ¡Oh, Dios mío!

KIRK: ¿Cómo?

MIKE: Se encontraron a un hombre de espíritu impuro; eso es lo que dice el Evangelio. Un hombre con demonios dentro de sí. Vivía entre las tumbas, y ningún hombre podía atarle, ni siquiera con cadenas. Jesús transformó a los demonios en una piara de cerdos que corrieron a arrojarse al mar y se ahogaron. Pero, antes de expulsarlos, Jesús les preguntó sus nombres. Y los demonios de dentro de aquel hombre respondieron...

Kirk le observa manipular los bloques con creciente temor.

MIKE: «Nuestro nombre es *Legión*, porque somos muchos.»

Ahora los bloques que deletreaban «Linoge» han pasado a formar la palabra «Legión». Mike y Kirk intercambian una mirada con los ojos muy abiertos.

*Interior. Puerta del cuartito de mantenimiento.*

Ralphie abre la puerta y alza la mirada hacia Andre Linoge. Una de las manos de Linoge sujeta la empuñadura de cabeza de lobo de su bastón. La otra la esconde detrás de la espalda. Está sonriendo.

LINOGE: ES un regalo para el chico de la silla de montar para duendes. Ven a verlo.

Ralphie entra en el cuartito. La puerta se cierra.

FUNDIDO

**TERCERA PARTE**  
**EL JUICIO**  
**CAPITULO I**

1

*Exterior. Supermercado de la isla. Tarde.*

Continúa nevando copiosamente. El porche ha quedado casi sepultado por un enorme ventisquero que semeja una duna y que va del alero al suelo. Aparcado ante él está el coche oruga en que partieran Mike y los demás en su expedición de reaprovisionamiento. Desde la portezuela de éste hasta la entrada del supermercado se ha cavado un pasadizo en la nieve que es casi un túnel. Los cuatro hombres —Mike Anderson, Sonny Brautigan, Henry Bright y Kirk Freeman— entran por la puerta en este preciso momento.

2

*Interior. Supermercado, junto a las cajas registradoras. Tarde.*

Los hombres hacen su entrada, jadeando y sacudiéndose la nieve. Sonny y Henry llevan sendas

palas. Producen vaho al exhalar; el lugar está muy sombrío.

SONNY: El generador se ha parado. *(Mike asiente)* ¿Crees que hace mucho?

MIKE: ES difícil saberlo. Al menos desde esta mañana, por lo que parece. Lo más probable es que la nieve haya bloqueado el escape.

Se dirige a una de las cajas y empieza a extraer de debajo grandes cajas de cartón.

MIKE: Sonny, Henry; vosotros os encargaréis de la carne. Coged los pedazos grandes de ternera, además de pavos y pollos. La carne de mejor calidad está ahí atrás, en la cámara frigorífica.

HENRY: ¿Crees que aún estará en buenas condiciones?

MIKE: ¿Bromeas? Ni siquiera se habrá descongelado aún. Vamos, en marcha. Oscurecerá pronto.

Sonny y Henry se dirigen hacia la nevera y la cámara frigorífica detrás de ésta. Kirk se acerca a Mike y coge una caja.

MIKE: En este viaje nos limitaremos a la comida envasada. Luego volveremos a por pan, patatas y verduras. Y a por leche. Los niños pequeños necesitan leche.

KIRK: ¿Vas a contarles lo de la palabra que obtuviste al cambiar de sitio las letras del nombre de ese tipo?

MIKE: ¿Serviría de algo hacerlo?

KIRK: NO lo sé. Dios santo, Mike, me ha hecho sentir escalofríos.

MIKE: A mí también. Y por el momento tal vez sea mejor guardarnos para nosotros esos escalofríos. Todavía nos queda al menos una noche por pasar.

KIRK: Pero...

MIKE: Vamos. Sólo las latas. Carguémoslas ya.

Empieza a recorrer el pasillo en que se encuentra la mesa de cartas volcada y, tras unos instantes de consideración, Kirk le sigue.

### 3

*Exterior. Ayuntamiento. Tarde.*

Apenas distinguimos el edificio a través de la nieve que cae, pero oímos a intervalos regulares la bocina de un coche.

### 4

*Exterior. Aparcamiento. Tarde.*

El vehículo de asistencia está no muy lejos de la puerta lateral, con el motor al ralentí. No va a ir a ninguna parte; ni siquiera un vehículo con tracción en las cuatro ruedas podría abrirse paso con metro y medio de nieve. Pero los faros están encendidos y vemos a un hombre de pie junto al coche y a otro en su interior. Hatch es quien se halla tras el volante. El de fuera, que lleva su

parca de

bombero y escudriña con ansiedad la cortina de nieve, es Ferd Andrews. La ventanilla que los separa está abierta. La nieve está entrando en la cabina, pero a esas alturas a ninguno de los dos hombres le preocupa. Ferd se lleva las manos a la boca para hacer bocina y grita con todas sus fuerzas sobre el aullido del viento.

FERD: ¡Angie Carver! ¡Billy Timmons! HATCH: ¿Hay algún rastro de ellos?

FERD: ¡NO! ¿Acaso no te lo diría? ¡Sigue haciendo sonar esa bocina!

Hatch continúa dando prolongados bocinazos. Ferd escudriña un poco más en la nieve, presa de la ansiedad, y luego se vuelve para abrir la puerta del coche.

FERD: Vigila tú, que yo tocaré la bocina; tu vista es mejor que la mía.

Intercambian las posiciones.

HATCH (*bisqueando*): ¡George Kirby! ¡Janie Kingsbury! ¿Dónde estáis?

Ferd sigue dando rítmicos y prolongados bocinazos.

5

*Interior. Zona improvisada de juegos infantiles del ayuntamiento. Tarde.*

Se escucha el amortiguado e incesante sonido de la bocina. Los niños han acabado de recoger y ahora no saben muy bien qué hacer. Nadie se ha percatado de la ausencia de Ralphie Anderson. Sandra ha conseguido calmar a Cat, pero ahora es ella quien parece inquieta. Cat lo advierte y le brinda una lánguida sonrisa y una palma-dita en el brazo.

CAT: Yo estoy bien. Ve arriba a buscar a tu marido y a tu pequeño.

SANDRA: Pero... los niños...

Cat se levanta y se acerca a ellos. Sandra la observa con cierta aprensión. Se trata de la joven que no hace mucho ha matado a golpes a su novio.

CAT: ¿Quién quiere jugar al paso del gigante?

HEIDI: ¡Sí!

SALLY GODSOE: ¡YO! ¡YO quiero!

Los niños empiezan a alinearse frente a Cat. Sólo Bus-ter Carver se queda atrás.

BUSTER: ¿Dónde está mi mamá?

SANDRA: Echaré un vistazo a ver si está arriba, ¿quieres? ¿O si está tu papá?

BUSTER: Sí, por favor, señora Beals.

PIPPA: ¡Y haga bajar a Don! ¡Siempre olvida decir «¿Me permite?» en este juego!

Los demás ríen alegremente, incluido Buster.

FRANK (*asíndelo del brazo a Buster*): Vamos, tú juegas conmigo; seremos pareja.

BUSTER (*deteniéndose de pronto*): ¿Dónde está Ralphie?

Siguen unos instantes de nerviosismo en que todos miran alrededor y comprenden que Ralphie no está entre ellos. Cat se vuelve hacia Sandra enarcando una ceja.

SANDRA: Probablemente ha salido corriendo escalera arriba detrás de Don, para ver si también conseguía un donut. Los enviaré a los dos para abajo.

Se dirige al piso superior. Todos los niños se muestran satisfechos con la explicación excepto Pippa, que mira alrededor con ceño.

PIPPA: NO se ha ido arriba con Don Beals... al menos me parece que no...

Aparece Upton Bell, con una amplia sonrisa propia de un afable tontaina como él.

SALLY GODSOE: ¿Quién está tocando la bocina, señor Bell?

UPTON: Supongo que alguien que trata de atraer a los pájaros de nieve.

FRANK: ¿Qué es un pájaro de nieve? UPTON: ¿Nunca habéis oído hablar de ellos? NIÑOS: No... ¿Cómo son? ¡Cuéntenoslo!

UPTON: Oh, son tan grandes como neveras, más blancos que la nieve y más sabrosos que el demonio... pero sólo vuelan cuando hay una gran tormenta. Sólo entonces sopla el viento suficiente para que levanten el vuelo. El sonido de la bocina es un reclamo para ellos, pero aun así los muy puñeteros son difíciles de atrapar. ¿Puedo jugar yo también?

NIÑOS: ¡Sí! ¡Sí! ¡Claro que sí!

Pippa ha seguido mirando en torno a sí en busca de , Ralphie, pero ahora se une a los demás, distraída de su preocupación por la excitación que le produce que un adulto desee jugar con ellos.

CAT: Ponte en la fila, Upton Bell. No te hagas el listo y no olvides decir «¿Me permite?». Allá vamos. Frank Bright, da dos pasos haciendo el helicóptero.

Frank se adelanta dando vueltas, haciendo ondear los brazos y emitiendo el supuesto sonido de un helicóptero.

NIÑOS: ¡Has olvidado decir «¿Me permite?»!

Sonriendo avergonzado, Frank retrocede. La cámara se aparta de los niños que juegan para concentrarse en la puerta cerrada con el letrero de MANTENIMIENTO.

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Tarde.*

Escuchamos el sonido amortiguado de la incesante bocina.

En primer plano vemos a Molly Anderson sentada junto a Jack Carver en uno de los duros bancos

del salón, tratando de calmarle. Al fondo se ha instalado el bufé, al que la gente acude en busca de café y tentempiés. Algunos observan comprensivos a Molly y Jack, pero no es el caso de Robbie Beals y su hijo Don. Ambos devoran donuts con ostensible falta de preocupación. Robbie se ha servido un café y Don sorbe una coca-cola.

JACK: ¡Tengo que encontrarla!

Intenta levantarse, pero Molly le sujeta un brazo y consigue retenerle por el momento.

MOLLY: Ya sabes qué condiciones hay ahí fuera.

JACK: ¡Quizá ande perdida por ahí, nutriéndose de frío en plena ventisca a cincuenta metros del edificio!

MOLLY: Y si tú sales ahí, también te perderás. Si están cerca, les atraerá el sonido de la bocina. Igual que cuando hay niebla en el mar. Ya lo sabes.

JACK: Voy a salir a ayudar a Ferd. MOLLY: Hatch ha dicho que...

JACK: ¡Que Alton Hatcher no me diga lo que tengo que hacer! ¡Es mi mujer la que está ahí fuera!

Molly no puede detenerle esta vez, de modo que se levanta con él. Detrás de ellos vemos aparecer a Sandra procedente de las oficinas; mira alrededor y distingue a su marido y su hijo.

MOLLY: Ve hasta el todoterreno entonces, pero sólo hasta allí. No se te ocurra alejarte por tu cuenta.

Pero Jack no puede prometerle que no lo hará. Está completamente trastornado. Molly le observa con tristeza recorrer el pasillo, y luego le sigue. Entretanto, Sandra mira alrededor. Todavía no ha visto a Molly.

SANDRA (*a Don*): ¿Dónde está Ralphie? DON (*masticando el donut*): No lo sé. SANDRA: ¿No ha venido aquí arriba contigo?

Molly llega a tiempo de oír la conversación y, por supuesto, se alarma de inmediato.

DON: NO; está recogiendo con los demás. Papá, ¿puedo comerme otro donut?

MOLLY (*a Sandra*): ¿No está abajo? ¿Quieres decir que no está con los demás?

SANDRA (*nerviosa*): No le he visto... Cat se ha echado a llorar... ha dejado caer la taza y la ha roto...

MOLLY: ¡Se suponía que los estabas vigilando!

Sandra esboza una mueca. Lleva casada diez años con Robbie y está acostumbrada a acarrear con las culpas cuando algo sale mal.

ROBBIE (*con su habitual actitud de gallito*): Oye, me parece que ese tono no es...

MOLLY (*ignorándole*): ¡Se suponía que los estabas vigilando! (*se precipita hacia la escalera*) ¡Ralphie! ¡Ralphie!

Mike se ha parado ante el monigote del porche, burla de Hatch a expensas de Robbie Beals. El muñeco está ahora enterrado en la nieve casi por completo, pero aunque el rostro está cubierto de copos y aún va ataviado con el impermeable de langostero, advertimos que no se trata de la misma figura.



Mike aparta la nieve del rostro. Es la señora Kingsbury. Está totalmente congelada. Kirk la observa consternado mientras Mike hunde una mano en la nieve junto al cuello de la mujer y extrae un nuevo letrero de broma, sólo que esta vez la broma va dirigida a ellos, DADMELO QUE QUIERO Y ME MARCHARÉ, reza. Los dos hombres intercambian una mirada, horrorizados.

7

*Exterior. Supermercado de la isla. Tarde.*

Los hombres se hallan junto al coche oruga pasándole las cajas cargadas a Mike, que las va depositando en la parte trasera. Mike habla a gritos para hacerse oír sobre la tormenta tras cargar la última caja.

MIKE: ¡Un viaje más! ¡Sonny, tú y Henry ocupaos del pan y los bollos! ¡Está todo en las estanterías! ¡Kirk, tú deberías traerte al menos cuarenta o cincuenta kilos de patatas! ¡Yo iré a por la leche! ¡Vamos, quiero regresar tan pronto como sea posible!

Se internan en fila india en el pasadizo cavado en la nieve. Sonny y Henry van primero, seguidos de Mike y de Kirk. Sonny y Henry entran al supermercado; Mike está a punto de hacerlo, pero se detiene con tal brusquedad que Kirk casi choca con él.

KIRK: ¿Qué demonios pasa?

8

*Exterior. Ayuntamiento. Tarde.*

Continúan escuchándose rítmicos y regulares boci-nazos.

MOLLY (*voz en off*): ¡Ralphie! ¡¡Ralphie!!

9

*Interior. Zona de juegos infantiles en el sótano. Tarde.*

Oímos el sonido amortiguado de la bocina. Molly está buscando frenética a Ralphie, que no aparece. Cat y Upton Bell se han acercado mutuamente presas del temor. Robbie, Don, Tess Marchant y Tavia Godsoe están en la escalera. Sally Godsoe ve a su tía y corre hacia ella. Los demás niños se han arrimado unos a otros, consternados.

PIPPA: Ya os he dicho que no se había ido con Don...

Los demás adultos se están acercando, unos procedentes de los asientos ante el ahora inservible televisor, otros de la escalera, y algunos más de la zona dormitorio. Entre ellos está Úrsula Godsoe, que parece devastada por el dolor.

URSULA: Oh, Dios, ¿qué pasa ahora?

Molly la ignora. Se dirige hacia Pippa, se arrodilla ante ella y la sujeta de los bracitos con suavidad. Escudriña el rostro asustado de la niña.

MOLLY: ¿Dónde estaba Ralphie la última vez que le has visto, Pippa?

Pippa piensa unos instantes, para luego señalar la zona entre la escalera y la pared. Molly mira en esa

dirección y advierte la puerta del cuartito. Se ha hecho un silencio absoluto a excepción de los amortiguados y regulares bocinazos, y Molly se dirige hacia la puerta temerosa de lo que pueda encontrar tras ella. Tiende una mano hacia el pomo, pero no consigue reunir el valor necesario para tocarlo, no digamos ya para girarlo.

MOLLY: ¿Ralphie? Ralphie, ¿estás...? RALPHIE (*su voz*): ¿Mami? ¿Mamá?

El alivio general es indescriptible. Es como si alguien hubiera dejado escapar el aire de los pulmones de todos

los presentes, incluidos los niños. A Molly la han abandonado las fuerzas. Se echa a llorar mientras abre la puerta de par en par.

Ralphie está ahí de pie, en el cuartito de mantenimiento, y parece contento, excitado, ileso, y totalmente ajeno al revuelo que ha causado. Su expresión se transforma en una de desconcierto cuando su madre le levanta para estrecharle en brazos. Entre la excitación general quizá advirtamos que Ralphie sujeta en una mano una pequeña bolsa de piel, de esas que llevan un cordel para cerrarlas.

RALPHIE: Eh, mami, ¿qué pasa?

MOLLY: ¿Qué estabas haciendo ahí dentro? ¡Me has dado un susto de muerte!

RALPHIE: El hombre estaba ahí dentro. Quería verme. MOLLY: ¿Un hombre...?

RALPHIE: El que arrestó papá. Sólo que yo no creo que sea tan malo, mamá, porque...

Molly deja al niño en el suelo y le aparta con tal fuerza hacia atrás que Ralphie casi cae de bruces. Upton coge al niño y se lo pasa a Joñas Stanhope y Andy Robi-chaux, quienes se han abierto paso hasta quedar en primera fila del semicírculo de adultos que observa la escena. Molly se interna un par de pasos en el espacioso cuartito.

## 10

*Interior. Cuartito de mantenimiento, desde el punto de vista de Molly.*

Vemos una considerable cantidad de productos de limpieza en los estantes, además de los enseres habituales consistentes en escobas, fregonas, tubos fluorescentes de repuesto; no hay otra salida que la puerta, pero no se ve a hombre alguno.

## 11

*Interior. Nuevo plano de Molly.*

Empieza a volverse de nuevo hacia Ralphie, pero se detiene cuando algo llama su atención. Entra en el cuartito.

## 12

*Interior. Cuartito de mantenimiento, con Molly.*

En el rincón más alejado hay una hoja de papel verde. Es un folleto del supermercado Anderson que anuncia las ofertas de la semana. Molly lo recoge y le da la vuelta. En el dorso, en letras mayúsculas en rojo, se lee:

DADME LO QUE QUIERO Y ME MARCHARÉ.

Andy Robichaux ha entrado a su vez en el cuartito. Molly le tiende el folleto.

MOLLY: Pero ¿qué quiere?

Andy no puede sino negar con la cabeza. Molly sale del cuartito.

13

*Interior. Zona de juegos del sótano.*

Molly se dirige hacia Ralphie, de pie junto a los demás niños, que se apartan un poco de él pensando que se ha metido en líos. Ralphie alza la mirada hacia su madre, aferrando la pequeña bolsa de piel y confiando de hecho en no haberse metido en un lío.

MOLLY: ¿Adonde ha ido, Ralphie? ¿Adonde se ha ido ese hombre?

Ralphie mira más allá de ella, hacia el cuartito.

RALPHIE: No lo sé. Debe de haber desaparecido cuando le he vuelto la espalda.

DON (*desde la escalera*): No seáis bobos; ahí dentro no hay ninguna puerta por la que escapar.

MOLLY: Cállate, Don Beals.

Don, que no está acostumbrado a semejante rudeza por parte de Molly, retrocede encogiéndose hacia su padre. Robbie abre la boca para hacer algún comentario reprobatorio, pero decide que no es la ocasión idónea para ello.

Molly se arrodilla ante su hijo como antes hiciera ante Pippa y por primera vez se percata de lo que el niño lleva: una delicada bolsita de ante.

MOLLY: ¿Qué es eso, Ralphie?

RALPHIE: Es un regalo. Me ha dado un regalo. Es por eso que no creo que sea tan malo como los que salen en la tele, porque los hombres malos no les hacen regalos a los niños.

Molly observa la bolsa con la misma aprensión que si contuviera una bomba, pero permanece tranquila. Tiene que hacerlo. Ralphie no sabe de qué va todo aquello, pero ve los rostros que le rodean y percibe la atmósfera de la habitación. El pobre niño está al borde de las lágrimas.

MOLLY (*cogiendo la bolsa*): ¿Qué es? Deja que mamá...

JOANNA STANHOPE (*al borde del histerismo*): ¡No la abras! ¡No la abras! ¡Podría ser una bomba! ¡Podría explotar!

JOÑAS: ¡Cállate, Joanna!

Demasiado tarde. Algunos de los pequeños —quizá Heidi y Sally— ya están haciendo pucheros. Todos los adultos dan un paso atrás. Estamos siendo testigos de los inicios de un desagradable ataque de histeria. Pero, dado lo sucedido, ¿cómo culpar a esa gente de ser víctimas de cierto histerismo?

CAT: No la abras, Molly... no.

Molly contempla la bolsa. Tiene forma de pera a causa del peso del contenido, sea lo que sea. Toca levemente la curva inferior.

RALPHIE: No es nada malo, mamá; no tengas miedo.

MOLLY: ¿Sabes qué hay aquí dentro, Ralphie? ¿Lo has visto?

RALPHIE: ¡Pues claro! Incluso hemos jugado, el señor Linoge y yo. Me ha dicho que son muy especiales, las más especiales del mundo. Y ha dicho que debo compartirlas, porque no son sólo para mí; son para todos. ¡Para todos los de la isla!

Molly coge la bolsa. Cuando empieza a desatar el cordel que la cierra, un hombre de traje oscuro y alzacuello bajo el chaquetón se adelanta y le posa una mano en el hombro. Se trata de Bob Riggins, el sacerdote.

REVERENDO BOB RIGGINS: Yo no abriría eso, señora An-derson. Dados los sueños que hemos tenido esta pasada noche, y la posible naturaleza de ese... de ese hombre...

MOLLY: NO; supongo que no debo hacerlo, reverendo Riggins. Pero ya que ese hombre ha puesto sus sucias manos en mi hijo en dos ocasiones...

Abre la bolsa y escudriña en su interior. Los demás la observan conteniendo el aliento. Luego Molly coge una gorra de niño y vacía el contenido de la bolsa en su interior.

FRANK BRIGHT (*acercándose para curiosear*): ¡Eh, qué bonitas!

No es de sorprender que se lo parezcan; se trata de un regalo que cualquier niño apreciaría. La cámara se acerca para obtener un plano mayor. En la gorra hay cerca de una docena de piedras redondas y lisas como el mar-mol. Todas son blancas a excepción de una, que es negra y está recorrida por hilillos de color rojo; debería recordarnos a los ojos de Linoge. Molly alza la mirada y se encuentra con la de Melinda Hatcher. Ninguna de las dos sabe qué significa el *regalo* de Ralphie, pero Melinda atrae a Pippa hacia sí, pues de pronto necesita el consuelo que supone la presencia de su hija.

14

*Exterior. Cruce de las calles Main y Atlantic. Tarde.*

Vemos aparecer lentamente el coche oruga que recorre cada palmo con extrema dificultad. Regresa del supermercado y se dirige de nuevo hacia el ayuntamiento.

15

*Interior. Coche oruga. Tarde.*

Los cuatro hombres (Mike, Sonny, Henry y Kirk) se apretujan en la cabina del vehículo. Los víveres se hallan en el compartimiento de carga tras ellos. Todos esgrimen sombrías expresiones, impresionados

por lo que han visto. Transitan unos instantes en silencio mientras el coche oruga se abre paso a través de los ventisqueros. Al fin, Sonny rompe el silencio.

SONNY: Sólo ha aparecido la señora Kingsbury. Ni rastro de los demás. ¿Dónde suponéis que están? ¿George, Angela y Bill Timmons? (*nadie responde*) ¿Cómo la habrá llevado hasta allí? (*siguen sin responderle*) ¿Dónde está el muñeco? ¿Alguien lo ha visto en la tienda? (*no obtiene respuesta*) ¿Cómo la ha llevado hasta allí con la que está cayendo?

HENRY: Déjalo ya, Sonny.

Durante unos instantes, Sonny obedece. Pero luego se vuelve hacia Mike.

SONNY: ¿Por qué está pasando todo esto? Tú eres lector seglar para el reverendo Riggins en la iglesia metodista; siempre tienes a mano una buena cita de la Biblia... debes de tener alguna idea de lo que está pasando.

Mike considera lo que Sonny ha dicho mientras guía el coche oruga a través del desolado paraje nevado que antes fuera Main Street.

MIKE: ¿Conocéis la historia de Job? ¿La de la Biblia? (*Sonny y los demás asienten con la cabeza*) Bueno, pues he aquí una parte de la historia que nunca llegó a escribirse. Después de que la contienda por el alma de Job concluya y de que Dios la haya ganado, Job se hinca de rodillas ante Él y le dice: «¿Por qué me has hecho esto, Dios mío? Toda mi vida te he venerado, por Ti sacrificué mi ganado, arruiné mis cosechas, maté a mi esposa y a mis hijos y soporté un centenar de espantosas enfermedades... ¿todo ello porque Tú tenías una apuesta pendiente con el diablo? Bueno, de acuerdo... pero lo que quiero saber, Señor... todo lo que este humilde servidor Tuyo quiere saber es... ¿Por qué yo?» De modo que espera, y justo cuando está casi convencido de que Dios no va a responderle, se forma un gigantesco nubarrón en el cielo, se oyen truenos y destellan relámpagos, y Su voz le dice: «¡Job! Supongo que es porque hay algo en ti que me saca de quicio.»

Sonny, Henry y Kirk observan a Mike sin saber qué pensar. De hecho, Sonny parece totalmente atónito.

MIKE: ¿Os resulta eso de ayuda? (*los demás no responden*) A mí tampoco.

Se escucha débilmente el sonido de los rítmicos boci-nazos.

KIRK: Todavía los están buscando.

SONNY (*pensando en la señora Kingsbury*): Buena suerte.

16

*Exterior. Main Street, con el coche oruga. Tarde.*

Avanza muy lentamente pero con firmeza y constancia. Todavía no han llegado al ayuntamiento, pero empieza a parecer que lo lograrán. Continúan oyéndose los bocinazos.

17

*Exterior. Junto al ayuntamiento, con el vehículo de asistencia de la isla. Tarde.*

Ferd está ahora en el asiento del pasajero, mientras que Hatch es quien hace sonar los prolongados bocinazos. Jack Carver describe tambaleantes y frenéticos círculos alrededor del vehículo, tropezando en la nieve para volver a levantarse y escudriñando en la aullante ventisca.

JACK: ¡Angie! ¡Angie, estamos aquí!

Se ha quedado ronco de tanto gritar, pero es incapaz de abandonar. Por fin se acerca dando traspiés hasta la ventanilla abierta del lado del conductor, encorvado y sin aliento. Tiene el rostro arrebolado y perlado de sudor, que se ha congelado hasta formar un cruel glaseado desde las comisuras de la boca hasta el mentón.

HATCH: Entra, Jack... caliéntate un poco.

JACK: ¡No! Está ahí fuera en alguna parte. ¡Sigue tocando esa bocina!

18

*Interior. Plano angular de Ferd, en el asiento del pasajero.*

Se incorpora en el asiento y abre desmesuradamente los ojos mientras a su izquierda la conversación continúa. No puede creer lo que está viendo.

HATCH: Será mejor que te sientes antes de que te derrumbes.

JACK (*furioso*): Mi mujer está ahí fuera y está viva... puedo sentirlo. ¡De modo que límitate a seguir tocando esa bocina!

HATCH: Jack, de veras creo que...

Ferd levanta una mano que tiembla a causa de la excitación. Su rostro refleja incredulidad.

FERD: ¡Hatch... Jack! ¡Mirad!

JACK (*llevado por la esperanza*): ¡ ¡Angie!!

Se precipita dando traspiés hacia la vaga figura. Cae, rueda sobre la nieve y vuelve a ponerse en pie. Detrás de él, Hatch se apea del vehículo. Al fondo vemos hacer lo mismo a Ferd.

HATCH: ¡Jack! ¡Espera! ¡Quizá no sea...!

Pero es inútil. El propio Jack ya casi ha desaparecido en la nieve y se acerca a aquella figura vacilante. Hatch decide seguirle. Ferd hace lo mismo.

19

*Exterior. Plano de la extensión nevada desde el punto de vista del vehículo de asistencia.*

La visibilidad es nula y el viento no para de aullar... pero advertimos una figura que da bandazos y traspiés en la creciente oscuridad. Podría tratarse de la figura de una mujer.

*Exterior. Nuevo plano del vehículo, con Jack, Hatch y Ferd.*

HATCH: Dios mío. Oh, Dios santo, ¿es uno de ellos? FERD: No sabría decirlo...

*Exterior. Plano de Jack Carver. Tarde.*

De algún modo consigue seguir avanzando, gritando el nombre de su esposa una y otra vez. Hatch no puede darle alcance y Ferd ha quedado muy rezagado. Pero ahora constatamos que en efecto se trata de una mujer. Cuando Jack está ya muy cerca, la mujer tropieza y cae boca abajo sobre la nieve.

JACK: ¡Angie! ¡Cariño!

La mujer lucha por ponerse en pie; se mueve con la mecánica determinación de un juguete de cuerda. Y cuando finalmente lo consigue, comprobamos que en efecto se trata de Angie Carver... pero ¡vaya cambio! La guapa mamá de Buster pertenece al pasado. Esta criatura tambaleante e inexpresiva parece tener setenta años en lugar de veintiocho, y el cabello que ondea tras ella se ha vuelto gris. Los ojos miran fijamente hacia adelante a través de la nieve, sin percatarse de la presencia de su marido. El rostro salpicado de nieve se ve pálido y surcado de arrugas.

JACK (*abrazándola*): ¡Angie! ¡Cariño! ¡Oh, Angie, te hemos estado buscando! ¡Buster está tan preocupado, cariño!

Mientras habla le cubre el rostro de besos y le prodiga constantes caricias y palmaditas, como haría un padre con un niño que acaba de salvar un peligro por los pelos. Al principio Jack experimenta tal alivio que no comprende que su mujer no responde. Pero va percatándose poco a poco de ello.

JACK: ¿Angie? ¿Cariño mío?

Retrocede y la ve realmente por primera vez; advierte su mirada gélida y vacía y el cabello cano que antes fuera negro. Su reacción es una mezcla de asombro y espanto.

Hatch aparece dando tumbos junto a Jack, sin resuello. Ferd viene tras él, y escuchamos el ruido de fondo del coche oruga que regresa de su expedición en busca de víveres.

JACK: Angie, ¿qué te ha pasado? ¿Qué te ocurre?

Mira a Hatch, pero éste no le es de gran ayuda. Está tan atónito como él por el cambio que ha tenido lugar en Angela; como también lo está Ferd. Jack vuelve a mirar a su esposa y la aferra de los hombros.

JACK: ¿Qué ha pasado, Angie? ¿Qué te ha hecho ese hombre? ¿Adonde te ha llevado? ¿Dónde están los demás, lo sabes?

Un gran ojo amarillo surge de entre la nieve: el faro del coche oruga. Angie lo ve, y el hecho de que el vehículo se detenga ante ella parece sacarla del profundo estupor en que estaba sumida. Dirige entonces a su marido una mirada que expresa frenético temor.

ANGIE: Tenemos que darle lo que quiere. JACK: ¿Cómo dices, cariño? No te he oído. HATCH (*que sí la ha oído*): ¿A Linoge?

Se abren las portezuelas del coche oruga y Mike y los demás se apean para avanzar penosamente hacia Hatch, Ferd y los Carver. Angie no se percata de ello. Tiene la mirada fija en Jack y, cuando habla, lo hace con creciente histeria.

ANGIE: A Linoge, sí, a él. Tenemos que darle lo que quiere, me ha enviado a decíroslo. Ése es el único motivo de que no me haya permitido caer, para que pudiera decíroslo. ¡Tenemos que darle lo que quiere! ¿Es que no lo entendéis? ¡¡Tenemos que darle lo que quiere!!

Mike la coge de los hombros y la vuelve hacia él.

MIKE: ¿Y qué quiere ese hombre, Angela? ¿Te lo ha dicho?

Al principio Angela no responde. Todos se apiñan en torno a ella, esperando ansiosos.

ANGIE: Me ha dicho que nos lo diría esta noche. Ha dicho que celebraremos una reunión especial de todo el pueblo, y que nos lo dirá entonces. Ha

dicho que si algunos no quieren participar, si no quieren hacer lo más conveniente para el pueblo, que deberían recordar los sueños que tuvieron la noche pasada. Que debería recordárseles lo que pasó en Roanoke. Que no olviden Croaton, sea lo que sea lo que eso signifique.

MIKE (*un poco para sí*): Su nombre, tal vez. Su nombre real.

ANGIE (*volviéndose hacia Jack*): Llévame adentro. Me estoy congelando. Y quiero ver a Buster.

JACK: Claro.

La rodea con un brazo y la conduce lentamente de vuelta al ayuntamiento. Mike se dirige hacia Hatch.

MIKE: ¿Algún indicio de Bill Timmons o George Kirby? HATCH: NO. De Janie Kingsbury tampoco.

MIKE: Jane Kingsbury está muerta, (*a Sonny*) Lleva tú el vehículo, ¿quieres?

Sonny sube de un salto a la cabina del coche oruga y acelera el motor. Mike y Hatch se dirigen caminando hacia el ayuntamiento; Mike le va explicando a Hatch lo de la señora Kingsbury.

*Exterior. Plano angular desde lo alto del lateral del ayuntamiento. Tarde.*

Desde aquí apenas distinguimos la fila de isleños que, en su penosa marcha hacia el edificio a través de los ventisqueros, semejan hormigas de safari por un desierto de azúcar. El coche oruga, conducido por Sonny, les adelanta lentamente. El plano se mantiene durante unos instantes.

FUNDIDO EN NEGRO



## CAPITULO II

23

*Exterior. El muelle. Muy entrada la tarde.*

Bueno, de hecho nos hallamos donde antes estuviera el muelle. La marea está subiendo de nuevo y olas gigantescas azotan la costa. Vemos barcas volcadas, nasas langosteras destrozadas, montones de escombros y redes hechas jirones.

*24 Exterior. El cabo. Muy entrada la tarde.*

Las aguas crecen e inundan el faro caído. Una ola deposita algo al romper junto al ventanal deshecho de la sala de control.

25

*Exterior. Junto a la sala de control. Muy entrada la tarde.*

Se trata del cuerpo empapado del anciano George Kir-by. Con un rugido creciente, la siguiente ola lo engulle para volver a llevárselo.

26

*Exterior. Zona de comercios del pueblo. Muy entrada la tarde.*

La tormenta continúa arreciando y la nieve cubre ahora los escaparates de las tiendas hasta media altura.

27

*Interior. Farmacia-Bazar. Muy entrada la tarde.*

Los escaparates están hechos añicos y la nieve ha entrado en auténticas avalanchas que se extienden hasta la mitad de los pasillos.

28

*Interior. Ferretería. Muy entrada la tarde.*

Como en la farmacia, los pasillos están llenos de nieve. Junto a las cajas registradoras, unas cortadoras de césped en exposición se hallan enterradas en la nieve hasta las tapas de los depósitos de gasolina. El letrero ante ellas apenas puede leerse ya: ¡LIQUIDACIÓN DE CORTADORAS! ¡EQUÍPESE AHORA PARA EL VERANO!

29

*Interior. Salón de belleza de la isla.*

También está lleno de nieve. Los secadores de pelo semejan marcianos congelados. Escrito en el espejo vemos lo siguiente: DADME LO QUE QUIERO Y ME MARCHARÉ.

30

*Exterior. Ayuntamiento. Última hora de la tarde.*

Apenas distinguimos el edificio, en parte a causa de la aullante ventisca, pero sobre todo porque la noche está a punto de cernirse sobre él.

31

*Interior. Zona de juegos del sótano. Última hora de la tarde.*

Los niños están sentados en círculo. En el centro de éste se halla Cat Withers, que les lee un libro titulado *El cachorrillo*.

CAT: Entonces el cachorrillo dijo: «Ya sé dónde debe de estar mi pelota. Aquel niño tan mezquino se la metió en el bolsillo y se la llevó. Pero podré encontrarla, porque mi hocico es...»

SALLY GODSOE (*cantando*): Soy una pequeña tetera...

CAT: Sally, cariño, no deberías cantar ahora. Es la hora de los cuentos.

Cat experimenta cierto temor, aunque no consigue recordar por qué le resulta tan desagradable esa cancioncilla absurda. De cualquier forma, Sally no le hace ningún caso y continúa cantando. Ralphie se une a ella. Heidi empieza a su vez a cantar, y lo mismo hacen Buster, Pippa, Frank Bright y Harry Robichaux. Muy pronto todos los niños cantan, incluido Don Beals.

NIÑOS: ... regordeta y certera...

Todos se ponen de pie y empiezan a hacer los correspondientes gestos de mímica a medida que cantan. Cat los observa con creciente inquietud. Joanna Stanhope, Molly y Melinda se aproximan a ella.

MELINDA: ¿Qué pasa aquí?

CAT: No lo sé... supongo que simplemente quieren cantar.

NIÑOS: ... He aquí mi asa, he aquí mi tapadera. Cógeme si quieres y vacíame entera. Soy una pequeña tetera, regordeta y certera.

A Molly aquello no le hace ninguna gracia. A su derecha hay un estante con varios libros. Sobre él está también la bolsa de ante con las piedras de mármol. Molly la observa unos instantes y luego se dirige en silencio al piso superior.

## 32

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Última hora de la tarde.*

Angie Carver está sentada en uno de los bancos delanteros. La han embutido en una cálida bata acolchada y lleva el cabello mojado envuelto en una toalla. Jack se sienta solícito junto a ella y la ayuda a sostener una taza de caldo humeante. Por lo visto es incapaz de hacerlo por sí misma porque le tiemblan las manos.

HATCH (*observando a los curiosos*): ¿Quieres que me los lleve de aquí?

MIKE: ¿De veras crees que podrías?

Tiene toda la razón, y Hatch lo sabe. Aparece Molly, que se abre paso entre la multitud, llega hasta Mike y se sienta junto a él, tratando de conseguir un instante de privacidad en el más público de los lugares.

MOLLY (*en voz baja*): Los niños se están comportando de forma extraña.

MIKE: ¿A qué te refieres?

MOLLY: Están cantando. Cat les estaba leyendo un cuento y de pronto se han puesto en pie y han empezado a cantar, (*se percata del desconcierto de Mike*) Ya sé que no parece nada del otro mundo...

MIKE: Sí tú crees que es raro, es que lo es. Bajaré a echar un vistazo en cuanto acabe aquí.

Mira a Angie para indicar que se refiere a ella. Angie empieza a hablar... pero no se dirige a Mike o Jack o a alguien en particular.

ANGIE: Ahora sé cuan fácil es que... que la arranquen a una de este mundo. Quisiera no saberlo, pero lo sé.

Jack le ofrece de nuevo la taza de caldo, pero cuando Angie la coge entre las manos, éstas tiemblan de tal modo que la derraman. Angie chilla cuando el líquido le escalda la piel. Molly extrae un pañuelo del bolsillo, se sienta junto a ella y le limpia el caldo de los dedos. Angie la mira con expresión agradecida y le coge una mano. La oprime con fuerza. Es consuelo lo que necesita, no que la limpien.

ANGIE: Estaba allí de pie, ¿sabes?, observando el faro. Y de pronto... fui suya.

MOLLY: Shhh. Ya ha pasado todo.

ANGIE: Me siento como si nunca fuera a dejar de sentir frío. Me he quemado los dedos, mira qué rojos están, pero aún están fríos. Me siento como si él me hubiera convertido en nieve.

MOLLY: Mike tiene que hacerte algunas preguntas, pero no tiene por qué ser aquí... ¿quieres ir a algún sitio más privado? Puedes hacerlo si quieres.

Mira a Mike para que confirme sus palabras, y éste asiente con la cabeza. Entretanto, Angie recobra con esfuerzo la compostura.

ANGIE: NO... tiene que saberlo todo el mundo. Todos deberían escuchar.

Fascinados y temerosos al mismo tiempo, los isleños se aproximan aún más.

REVERENDO BOB RIGGINS: ¿Qué te ha ocurrido, Angie Carver?

Durante la escena que sigue, la cámara va acercándose lenta y paulatinamente a Angie hasta captarla en primer plano. Se irán intercalando planos de tantos rostros de isleños como sea posible. En cada uno veremos reflejarse el miedo, el terror absoluto y la creciente seguridad de que lo que dice Angie es cierto, por extraño que resulte. Se supone que entre los oyentes no habrá ningún ateo dispuesto a salir de su madriguera, y posiblemente los incrédulos no lo serán tanto con la tormenta del siglo arreciando y amenazando con echar abajo las paredes. Se trata de una experiencia que raya en lo religioso, y cuando concluya veremos tomar cuerpo una idea que en realidad no precisa ser expresada verbalmente; cuando Linoge se presente, le darán lo que quiere. Sea lo que sea, se lo darán.

ANGIE: Estábamos observando desplomarse el faro... y de pronto me vi arrastrada hacia atrás en la nieve. Al principio creí que se trataba de una broma pesada, pero entonces me volví y advertí que lo que me había agarrado... no era un hombre. Vestía como un hombre y tenía rostro de hombre, pero donde debían haberse hallado

los ojos sólo había negrura... negrura y unos hilillos rojos que se arremolinaban, como serpientes en un fuego. Y cuando me sonrió y le vi los dientes... me desmayé. Por primera vez en mi vida; me desmayé.

Sorbe de la taza. En la habitación reina un silencio absoluto. Molly y Jack la rodean con los brazos. Angie aún aferra una mano de Molly.

ANGIE: Cuando volví en mí, estaba volando. Ya sé que suena absurdo, pero es cierto. Yo y George Kirby, ambos volábamos. Era como en *Peter Pan*, como si yo fuera Wendy y el anciano George, John. Esa... esa cosa nos llevaba a cada uno bajo un brazo. Y delante de nosotros, como si nos guiara o nos sujetara allá en lo alto, había un bastón. Un bastón negro con empuñadura plateada en forma de cabeza de lobo. Por rápido que volásemos, el bastón siempre iba por delante de nosotros.

Mike y Hatch intercambian una prolongada mirada.

ANGIE (*continúa*): Era la isla lo que veíamos debajo. La tormenta había amainado y había salido el sol, pero había policías con motonieve por todas partes. Había policía regional, policía del estado, incluso guardabosques. También había reporteros, tanto de cadenas locales como de las estatales. Todos nos estaban buscando. Sólo que nosotros no estábamos allí... nos habíamos ido a donde nadie nos encontraría jamás...

ORV BOUCHER: Como en los sueños...

I

ANGIE: Sí, exacto. Entonces todo volvió a oscurecerse. Al principio creí que era de noche, pero no lo era. Eran las nubes de tormenta. Habían vuelto y ya no hacía sol. Muy pronto empezó a nevar de nuevo, y yo entendí qué sucedía. Le dije: «Nos ha mostrado el futuro, ¿no es así? Como aquel último fantasma que le mostró el futuro al señor Scrooge en *Cuento de Navidad*.» Y él me respondió: «Pues sí; muy astuta por tu parte. Ahora será mejor que os sujetéis con fuerza.» Empezamos a ascender y los copos de nieve se volvieron cada vez más gruesos, y el viejo George comenzó a llorar y a decir que no lo soportaba más a causa de su artritis, que tenía que descender... aunque no hacía nada de frío; al menos a mí no me lo parecía. Y entonces el hombre rió y dijo que por él estaba bien, que George podía bajar inmediatamente si así lo quería, y por la vía más rápida además... pues en realidad sólo necesitaba que uno de nosotros regresara para contarlo. En aquel preciso momento nos internábamos en las nubes...

JOÑAS STANHOPE: Fue un sueño, Angie; tuvo que serlo.

ANGIE: Y yo te digo que no lo fue. Podía sentir aquellas nubes, que no eran frías del modo en que uno cree que deberían serlo las nubes de tormenta, sino húmedas, como el algodón cuando se moja. Y George entendió qué pretendía hacer, y chilló, pero la cosa que nos sostenía separó el brazo derecho... a mí me llevaba en el izquierdo... y...

33

*Exterior. Plano de George Kirby. Noche.*

Cae alejándose de la cámara, chillando y agitando los brazos, hasta sumirse en la oscuridad y en la nieve.

34

*Interior. Nuevo plano de Angie y los isleños. Última hora de la tarde.*

JACK: ¿Qué ocurrió entonces?

ANGIE: Me dijo que me traería de vuelta. De vuelta a través del tiempo, a través de la tormenta. Me

permitía vivir para decíroslo... para deciros a todos que tenemos que darle lo que quiere cuando venga esta noche.

ROBBIE: Si nosotros tenemos algo que ese hombre quiere, ¿por qué no lo coge simplemente?

ANGIE: NO creo que pueda hacerlo. Creo que tenemos que dárselo nosotros, (*pausa*) Me dijo que os dijera que sólo nos lo pedirá una vez. Me preguntó si me acordaría de Roanoke, y de Croa-ton, y de que sólo nos lo pedirá una vez. Y yo le dije que sí. Porque sabía que, si le decía que no, o si tan siquiera le pedía alguna explicación, me dejaría caer igual que había hecho con George. No tenía que decírmelo. Yo simplemente lo sabía. Entonces dejamos de ascender. Describimos un giro en el aire que me revolvió el estómago, como si me hallara en la montaña rusa de una feria ambulante en lugar de en el aire... y volví a desmayarme, creo. O quizá él me hizo algo. No lo sé. Lo siguiente que sé con certeza es que daba tumbos en la nieve... en plena ventisca... y que escuchaba una sirena... Pensé: «El faro no debe de haberse desplomado después de todo, pues escucho la sirena antiniebla...» Traté de dirigirme hacia ella... y vi a alguien surgir de la nieve... y creí que era él... él otra vez, que pretendía llevarme a lo alto de nuevo... sólo que esta vez me dejaría caer... y traté de correr... pero eras tú, Jack. Eras tú.

Apoya la cabeza en el hombro de Jack, agotada por el esfuerzo que le ha supuesto el relato. El silencio se prolonga unos instantes.

JILL ROBICHAUX (*con voz chillona*): ¿Por qué nosotros? ¿Por qué nosotros?

Se hace un momentáneo silencio.

TAVIA GODSOE: Quizá porque sabe que podemos guardar un secreto.

35

*Interior. Zona de juegos del sótano. Última hora de la tarde.*

NIÑOS (*cantando*): Soy una pequeña tetera, regordeta y certera...

Cat Withers sigue en pie en el centro del círculo, con *El cachorrillo* abierto donde dejara de leer. Advertimos que está asustada pero trata de ocultárselo a los niños. Me-hnda y Joanna aún están en la escalera. Ahora se une a ellas Kirk Freeman, aún ataviado con la ropa de abrigo y con un montón de juguetes y rompecabezas de los que recogiera con Mike en la guardería.

CAT: Si queréis cantar, niños, ¿qué os parece si cambiamos de canción? Podríamos elegir *El puente de Londres* o...

Cat desiste. No la están escuchando. Ni siquiera parecen estar allí. Aquellos niños antes normales y felices se han transformado en seres distantes y espeluznantes.

NIÑOS (*cantando*): ... He aquí mi asa, he aquí mi tapadera. Cógeme...

Dejan de cantar tras la palabra «cógeme», todos a la vez, con la misma precisión que un mechón de cabello cortado por las tijeras del barbero. Permanecen inmóviles alrededor de Cat.

KIRK: OS he traído estos juegos y... ¿Qué? ¿Qué pasa aquí?

36

*Interior. Cat y los niños, vistos más de cerca. Última hora de la tarde.*

A Cat le parece muy rara su actitud. Los va mirando uno por uno; la habitual vivacidad infantil ha abandonado sus rostros para ser sustituida por la absoluta inexpresividad. Tienen los ojos muy abiertos y continúan de pie y sin moverse.

CAT: ¿Buster? (*no responde*) ¿Heidi? (*no responde*) ¿Pi-ppa? (*no responde*) ¿Ralphie? ¿Te encuentras bien? (*tampoco obtiene respuesta*)

Melinda Hatcher entra precipitadamente en el círculo, derribando casi a Sally Godsoe y Harry Robichaux. Se arrodilla junto a Pippa y le aferra los bracitos.

MELINDA: Pippa, ¿qué te ocurre, cariño?

Cat se apresura a salir del círculo; aquello ya es demasiado para ella.

37

*Interior. En la escalera, con Cat, Joanna y Kirk Freeman.*

KIRK: ¿Qué es esto? ¿Qué les pasa a los niños?

CAT (*echándose a llorar*): No lo sé... pero sus ojos... oh, Dios, no hay nada en ellos.

38

*Interior. Primer plano de Melinda y Pippa.*

Cat está en lo cierto: los ojos de Pippa están tan Vd^ua de expresión que dan miedo, y aunque su madre la agita cada vez con más violencia, llevada más por el pánico que por la furia, no obtiene resultado alguno.

MELINDA: ¡Pippa, despierta! ¡Despierta!

Prueba a hacerle cosquillas en las manos a la niña. No sirve de nada. Mira alrededor con ojos desorbitados.

MELINDA: ¡Todos vosotros, despertad!

39

*Interior. Primer plano de Ralphie.*

Vuelve ligeramente la *cabeza* y sus ojos cobran vida de nuevo. Sonríe. Casi parece que la haya oído y esté respondiendo... sólo que ni siquiera mira en dirección a Melinda.

RALPHIE: ¡Mirad!

Señala hacia el estante en que reposa la bolsa de piedras.

40

*Interior. Zona de juegos del sótano. Última hora de la tarde.*

Todo el mundo mira hacia allí. Los rostros de los demás niños se iluminan como el de Ralphie. ¿Qué están viendo que les complace tanto? ¿Las piedras? No, no parece que se trate de eso; sus miradas están fijas un poco más abajo. Pero allí no hay nada.

HEIDI (*encantada*): ¡Es una cabeza de perrito! ¡Una cabeza plateada de perrito! ¡Qué chulada!

Cat comprende de pronto de qué se trata, horrorizada.

CAT (*a Kirk*): Ve a buscar a Mike.

JOANNA STANHOPE: NO lo entiendo, ¿qué...?

CAT: Ahora mismo.

Kirk se vuelve y hace lo que le dicen tras dejar caer los juegos y rompecabezas en la escalera.

41

*Interior. Primer plano de Don Beals.*

DON: ¡Sí, una cabeza de perro!

42

*Interior. El estante, desde el punto de vista de Don.*

El bastón de Linoge cuelga del estante. La rugiente cabeza de lobo se ha transformado en un simpático y sonriente san bernardo.

43

*Interior. Nuevo plano del círculo de niños.*

Melinda aún está arrodillada ante Pippa, pero la niña mira más allá de ella, como los demás niños.

PIPPA: ¡Un perrito! ¡Un perrito!

Perpleja y asustada, Melinda se vuelve para mirar; allí no hay nada.

44



*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Última hora de la tarde.*

Mike acaba de levantarse del estrado. La reunión con Angela ha terminado.

MIKE (*ajack*): ¿Por qué no tratas de hacerla descansar un ratito?

JACK: Buena idea...

Aparece Kirk abriéndose paso entre los curiosos apiñados.

KIRK: ¡Mike! ¡Mike, a los niños les pasa algo!

Se oyen murmullos asustados entre los isleños... pero algunos hacen algo más que murmurar: Jill y

Andy, Mike y Molly, Robbie y Sandy, los Bright, Hatch, Ursula, es decir, los padres y madres, salen

disparados hacia la escalera.

ANGIE (*como si despertara*): ¿Buster? ¿Le ha pasado algo a Buster? ¡Buster! ¡¡Buster!!

Se levanta con la rapidez del rayo y arroja al suelo la taza de caldo que Jack sostenía.

JACK: Cariño, espera... ANGIE (*ignorándole*): ¡Buster!

45

*Interior. Primer plano de Buster.*

Se separa del círculo y corre hacia el estante del que pende el bastón. Buster lo toca... y cae al suelo como si le hubieran disparado.

46

*Interior. Plano más amplio de la zona de juegos.*

Los demás niños siguen el ejemplo de Buster. Ríen excitados, como si acabaran de darles pases para un día en Disneylandia. Tienden sus manitas hacia el aire... o hacia algo que sólo ellos ven... y uno por uno se van desplomando en el suelo junto a Buster.

CAT: ¡NO! NO los dejéis...

Un grupo de padres asustados, encabezados por Jill y Andy, aparece en lo alto de la escalera.

ROBBIE: ¡Quitaos de en medio!

Aparta con rudeza a Jill —la habría arrojado escalera abajo si Andy no la sujeta— y se precipita hacia

el sótano.

Cat hace caso omiso de la escena y cruza corriendo la habitación. Harry Robichaux tiende la mano y se desploma junto a los otros. Ahora sólo quedan Ralphie Anderson y Pippa; ésta se halla de nuevo donde estuviera el círculo y forcejea para librarse de los brazos de su madre. Cat coge a Ralphie y le echa hacia atrás justo cuando tendía la mano para tocar... bueno, para tocar lo que ve, sea lo que sea.

PIPPA: ¡Suéltame! ¡Quiero ver al perrito! ¡¡Quiero ver al perrito!!

Vuelve a tender la manita y Cat le aparta una vez más, pero Robbie Beals arremete entonces contra ella en su desespero por llegar hasta Don, que yace en aquel montón de pequeños miembros entrelazados con los ojos cerrados y aún con migajas de donut en las comisuras de la boca. Cat suelta a Ralphie y cae despatarrada.

ROBBIE (*cayendo de rodillas*): ¡Donnie!

Ralphie se ha liberado. Se precipita hacia adelante y toca el bastón. Por unos instantes vemos en su rostro una expresión de dicha absoluta.

RALPHIE: ¡Qué guay!

Pone los ojos en blanco y se desploma junto a los demás.

47

*Interior. Primer plano de Cat y Ralphie.*

Cat no ve el bastón que cuelga del estante, pero nosotros sí lo vemos en esta toma, y Ralphie también. Tiende la mano hacia él, está a punto de tocarlo, pero Cat aparta al niño hacia atrás.

CAT: Ralphie, ¿qué ves?

RALPHIE (*forcejeando violentamente*): ¡Suéltame! ¡Suéltame!

48

*Interior. Primer plano de Pippa y Melinda.*

Pippa es ahora la única que queda. En la furiosa lucha para liberarse de su madre se desgarró la falda. Sus ojos se vuelven continuamente hacia la zona por encima de la maraña de niños.

MELINDA: Pippa... Pippa, no... PIPPA: ¡Suéltame!

Hatch se precipita escalera abajo y corre hacia su mujer y su hija.

HATCH: ¡Pippa! ¿Qué pasa...?

Melinda dirige parte de su atención hacia su marido. Craso error. La dulce carita de Pippa se contrae en una expresión de rabia y araña la mejilla de su madre dejándole al hacerlo tres líneas sanguinolentas.

PIPPA: ¡Suéltame, puta!

Estupefacta tanto por el daño que le ha hecho como por el insulto que Pippa ha utilizado, Melinda afloja la presión. Sólo ligeramente y sólo un instante, pero es suficiente. Pippa se libera de los brazos de su

madre y sale corriendo a través de la habitación.

HATCH: ¡Cariño, no! Se precipita tras ella.

49

*Interior. Primer plano de Pippa.*

Hatch pierde la carrera. Pippa toca el bastón un instante antes de que su padre la agarre de la cintura. Vemos la misma expresión de dicha en su rostro, y luego se desvanece junto a los demás.

HATCH: ¡NO! ¡NO! ¡¡NO!!

La coge en brazos, observa el lugar hacia el que ha tendido su manita y no ve nada allí más que aire. Se vuelve sosteniéndola, incrédulo.

50

*Interior. Sótano del ayuntamiento. Última hora de la tarde.*

Reina un verdadero pandemonio (orquestrado, cómo no, por nuestro intrépido director) mientras los isleños continúan descendiendo la atiborrada escalera y apiñándose en la zona de juegos. La nota dominante es un terror confuso.

Robbie está zarandeando a Donnie, tratando de despertarle. Hatch está de pie con Pippa en los brazos y ha empezado a sollozar. Mike se abre camino a través de la gente al pie de la escalera y contempla incrédulo la maraña de cuerpecitos.

DELLA BISSONETTE: ¡Están muertos! ¡Los ha matado!

URSULA: ¡No! ¡Oh, Dios, no, por favor! ¡Sally no! ¡Mi Sally no!

Ursula aparta a la gente que le bloquea el paso con tal rudeza que de hecho hace caer a algunos. Se la ve enloquecida por el dolor y el miedo; no olvidemos que perdió a su marido el día anterior.

Apartando a la gente —o más bien aplastándola— escalera abajo vemos a Andy Robichaux, que arrastra a Jill de la mano. Andy hace caer al anciano Burt Soames por la escalera. Se oye un chasquido producido por el brazo de Burt al romperse. El viejo da un grito de dolor.

BETTY SOAMES (*chillando*): ¡Le estáis pisoteando! ¡Basta! ¡Vais a matarle!

Andy y Jill hacen caso omiso. No les preocupa Burt Soames; sólo les preocupa Harry, que yace con los demás.

Entretanto, los que han oído el grito histérico de Della lo van transmitiendo a otros, que a su vez lo transmiten como si de un germen virulento se tratase: están muertos; los niños han muerto; Linoge los ha matado de algún modo.

51

*Interior. Plano de Mike, Molly y Ralphie.*

Cuando llega Molly llorando aterrorizada, Mike está incorporando a Ralphie y le apoya una oreja en el pecho.

MOLLY: ¿Está...?

Mike le coge una mano y se la sostiene ante la nariz y la boca de Ralphie. Molly se percata de que el niño respira. Su rostro adquiere una expresión de profundo alivio y sus hombros se hunden.

MOLLY: Gracias a Dios. ¿Está dormido o...?

MIKE: NO lo sé.

Coge al niño en brazos y se pone en pie.

52

*Interior. Zona de juegos del sótano. Plano angular de la escalera.*

Robbie lleva a Don en brazos. Corre hacia las escaleras con su desconcertada y aterrorizada esposa dando tumbos detrás. Los Soames le bloquean el paso; Betty acaba de ayudar a Burt a ponerse en pie. Cerca de ellos vemos también a Johnny Harriman, Sonny Brautigan y Upton Bell. Pero los Soames, infortunados padres del difunto Billy, suponen para Robbie el primer obstáculo.

ROBBIE (*que no es lo que se dice un gran diplomático*): ¡Quitaos de en medio!

Empuja a Burt, que se golpea el brazo roto contra el lateral de la escalera. Burt grita una vez más, y Betty le sujeta una vez más. Johnny, indignado, se interpone en el camino de Robbie.

JOHNNY HARRIMAN: ¡Eh, un momento! ¡Ése que empujas es un anciano! Además, ¿adonde crees que vas?

ROBBIE: ¡Déjame pasar! ¡Tengo que llevarle a un médico!

SONNY: Pues buena suerte, Robbie Beals; el más cercano está al otro lado del estrecho, y ahí fuera sopla un verdadero huracán.

Robbie le mira con los ojos muy abiertos, y a su expresión parece asomar cierta cordura. Sonny está en lo cierto, por supuesto. Sandra se une a Robbie y aparta con dulzura un mechón de cabello de la frente de Don. Betty Soames, que abraza a su sollozante marido, les dirige una mirada furiosa.

53

*Interior. Plano angular de los Anderson en la zona de juegos del sótano.*

Mike se percata de que los padres son presas del pánico, lo cual ya es bastante malo, pero de que también lo son los isleños en general, lo cual podría resultar incluso peor. Inspira profundamente para gritar tan alto como es capaz:

MIKE: ¡¡Callaos todos ahora mismo!!

Algunos de los que están más próximos a él le obedecen, y ese silencio se va extendiendo sucesivamente. Tan sólo Robbie Beals no se vuelve hacia el agente de policía, lo cual a estas alturas no debería sorprendernos.

ROBBIE: ¿Dónde está Ferd? Al menos él ha hecho cursos de primeros auxilios... Ferd Andrews, ¿dónde demonios estás?

FERD (*desde algún lugar entre la multitud*): Aquí. Le vemos forcejear para abrirse paso.

ROBBIE: ¡Mueve el culo y ven aquí! ¡Chicos, dejadle pasar! Mi hijo...

HATCH: Ya es suficiente; cállate de una vez.

ROBBIE: A mí no me mandes callar, gordo. Ya estoy hasta el gorro de tus gilipolleces.

Los dos hombres se enfrentan, cada uno con una criatura inconsciente en los brazos, pero igualmente dispuestos a armar camorra.

MIKE: Basta. Los dos. Robbie, no creo que Don corra un peligro inmediato. Ni Pippa o Ralphie o cualquiera de ellos.

Úrsula ha estado arrodillada junto a Sally, lamentándose. Pero Molly le susurra algo al oído y Úrsula se pone en pie.

MARY HOPEWELL: Entonces... ¿no han muerto?

Todos los isleños guardan silencio ahora y observan esperanzados. Andy ha cogido en brazos a su hijo Ha-rry. Jill está junto a ellos. Un poco más allá, Jack sostiene a Buster mientras su esposa —la ahora demacrada y canosa Angie— besa al niño en la mejilla y le murmura algo al oído.

ANDY: Me parece que está... dormido.

URSULA: Esto no es sueño; si estuviesen dormidos podríamos despertarles.

FERD (*que por fin se ha abierto paso entre la multitud*): Entonces ¿de qué se trata?

MIKE: NO lo sé.

Baja la mirada hacia el rostro sereno de Ralphie, como si tratara de averiguar qué pasa tras los párpados cerrados del niño. La cámara sigue su mirada y va acercándose a la cara de Ralphie, desde un plano medio a primer plano, y desde éste hasta un primerísimo plano.

A medida que lo hace la imagen se va fundiendo lentamente.

LINOGE (*mirando hacia atrás*): ¿Lo pasáis bien, niños? NIÑOS: ¡Sí!... ¡Estupendo!... ¡Esto es genial!

*Exterior. Cielo azul y nubes blancas. Día.*

El cielo por encima de nosotros es de ese azul profundo y penetrante que sólo se ve desde un avión. Estamos a unos ocho mil metros de la superficie de la tierra. Justo debajo, a unos siete mil metros, vemos una nube que se extiende hasta formar una amplísima pista de baile en pleno cielo. De la nube se desprenden zarcillos que se disuelven en el inmenso azul. Aquí arriba todo está sereno e iluminado por el sol. Abajo, todavía con una fuerza de todos los demonios, arrecia la tormenta del siglo. Una figura en forma de V se hace visible a través de las nubes, grisácea contra el blanco de éstas. Es como observar un submarino que

navegara justo por debajo de la superficie, o un avión a punto de salir a cielo abierto. Dada nuestra situación, pensarán que se trata de un avión, pero no es así.

La V emerge de las nubes. En el vértice vemos a Lino-ge, con su conocida vestimenta de gorro, chaquetón marinero, téjanos y guantes amarillos. Ante él, abriendo camino cual estrella vespertina, se halla el bastón. Linoge extiende las manos a ambos lados. Aferrada a una de ellas está Pippa Hatcher; Ralphie Anderson se agarra a la otra. Asidos a las manos de ambos niños están Heidi y Buster; de las manos de éstos se sujetan a su vez Sally y Don; y por fin, cogidos a ellos y en últimos lugares van Harry y el pequeño Frank Bright. El aire despeja sus frentes. Sus ropas ondean. Se les ve totalmente extasiados.

55

*Exterior. Primer plano de Linoge.*

Sus ojos son negros y están surcados de ondeantes vetas rojas. Cuando sonríe, muestra una vez más los afilados colmillos. La sombra del bastón le hiende el rostro como una cicatriz. Los niños creen estar volando en compañía de un amigo fabuloso; nosotros sabemos la verdad: están en las garras de un monstruo.

FUNDIDO EN NEGRO

### CAPITULO III

*56 Exterior. Ayuntamiento. Noche.*

Todavía queda casi totalmente emborronado por la tormenta de nieve; las escasas luces brillan con valentía.

57

*Exterior. Cobertizo del generador detrás del ayuntamiento. Noche.*

Apenas se ve, casi enterrado por los ventisqueros, pero es imposible confundir el rugir del motor. Pero de pronto éste falla y petardea...

58

*Exterior. Ayuntamiento. Noche.* Las luces parpadean varias veces...

*59 Interior. Cocina del ayuntamiento. Noche.*

Tess Marchant, Tavia Godsoe y Jenna Freeman sacan cajas de velas de un armario contiguo a la despensa y las van apilando en la encimera de la cocina. Las luces del techo continúan parpadeando. Tavia y Jenna alzan la mirada, nerviosas.

TAVIA GODSOE (*a Tess*): ¿Tú crees que nos quedaremos sin generador?

TESS: Aja. Es un milagro que haya funcionado tanto tiempo sin que nadie haya podido cavar la nieve de alrededor. El viento debe de haber impedido que se tapara el conducto de humos, pero ahora ha virado. En cierto sentido, supone buenas noticias; significa que la tormenta casi ha pasado.

Le tiende varias cajas de velas a Jenna y otras más a Tavia. Coge un tercer montón para sí misma.

JENNA: ¿Al salón de actos?

TESS: Aja. Exacto. Mike quiere que quede listo primero. El salón dispone de un par de luces de emergencia, pero con eso no le basta. Hagamos todo lo que podamos mientras aún veamos algo, mis queridas señoras.

60

*Interior. Pasillo que conduce a la parte delantera del ayuntamiento.*

Al fondo vemos la oficina acristalada de Úrsula Godsoe y la escalera que desciende al sótano. A la derecha se halla el salón de actos, visible a través de los ventanales del pasillo. Alrededor de un centenar de isleños se hallan congregados allí, unos picando del bufé (que a estas alturas ya escasea); pero la mayoría charlan y toman café sentados en los bancos.

Vemos una serie de sillas alineadas en el pasillo; éstas se utilizan en ocasiones menos catastróficas en que la gente espera su turno para algún nimio asunto oficial: la obtención de un permiso para un vehículo, un perro o un barco; el pago de un impuesto sobre la propiedad; la comprobación del censo electoral; quizá la renovación de un permiso de comercio pesquero. En esas sillas se arrellanan otras dos docenas de residentes, unos hablando en voz baja, otros dormitando. Están esperando a que amaine la tormenta.

Tess, Tavia y Jenna aparecen con su cargamento de velas. Al fondo, vemos salir a Hatch de la oficina de Úrsula.

HATCH: Acabo de captar un fragmento del último noticiario meteorológico en la emisora de onda corta. Dicen que es posible que esta noche veamos la luna.

TAVIA GODSOE: ESO es maravilloso.

Los que se sientan en el salón como pacientes en la sala de espera de un médico opinan lo mismo; algunos incluso aplauden y despiertan a los que duermen, que miran alrededor y preguntan qué pasa.

TAVIA: ¿Dónde está Úrsula, lo sabes?

HATCH: Está abajo, con Sally y los demás. La última vez que la he visto dormía, (*pausa*) Pero no como los niños... ¿ya lo sabes?

TAVIA: Sí... pero estoy segura de que estarán bien; cuando despierten estarán perfectamente.

HATCH: Espero que estés en lo cierto, Tavia Godsoe. Ruego a Dios que estés en lo cierto.

Se dirige al sótano. Las tres mujeres le observan con profunda compasión para luego seguir su camino. Cuando llegan a la escalera y giran a la derecha para entrar en el salón de actos, Joanna Stanhope aparece en lo alto de los peldaños.

JOANNA STANHOPE: ¿Puedo ayudaros?

TAVIA: Baja a la cocina a por el resto de velas, si te parece. Me temo que vamos a quedarnos sin generador.

Tavia, Tess y Jenna entran al salón. Joanna (que ha superado la impresión de la desagradable muerte de su suegra en un tiempo récord) se dirige a la cocina. Las luces del techo parpadean, se apagan y vuelven a encenderse. Los isleños sentados en las sillas del pasillo alzan la mirada y murmuran en voz baja.

61

*Interior. Zona dormitorio de los niños en el sótano. Noche.*

Lo cierto es que ahora parece el área de vigilancia intensiva de un hospital infantil; podría tratarse de la secuela de alguna espantosa tragedia, como la de los niños víctimas de aquel tiroteo en Escocia. Úrsula ha arrimado un catre al de Sally y duerme con las manos de su hija entre las suyas. Mike y Molly están junto a Ralphie, y Melinda le aparta el cabello de la frente a su hija Pippa. Los Robichaux están al lado de Harry, los Carver junto a Buster, los Bright con Frank, Linda St. Pierre con su hija Heidi. Cerca de ella, también sola, se halla Sandra Beals. Con una toallita, limpia las migajas de donut en torno a la boca de Don con delicadeza y cariño. Profundamente dormidos como están, se nos antojan los más pequeños ángeles del Cielo; incluido Don.

Sentado en un rincón y con las manos unidas en discreta oración, vemos al reverendo Bob Riggins. Hatch se desliza a través de la abertura de las cortinas, pero se detiene y alza la vista al parpadear de nuevo las luces. Éstas vuelven a encenderse y él se dirige de nuevo hacia los niños y los padres.

HATCH (*a Melinda*): ¿Algún cambio? (*ella niega con la cabeza*) ¿En ninguno de ellos?

MELINDA (*desconsolada*): No.

MOLLY: Pero su respiración es normal, sus reflejos son normales y, si les levantas un párpado, sus pupilas reaccionan a la luz. Todas ellas son buenas señales.

Hatch se sienta junto a Melinda y observa de cerca el rostro de Pippa. Ve contraerse y temblar los párpados.

HATCH: Está soñando. MIKE: Todos lo están.

Mike y Hatch intercambian una mirada, y luego Hatch fija la vista en Sandra.

HATCH: ¿Dónde está Robbie, Sandra?

SANDRA: No lo sé.

Y su tono denota que tampoco le importa. Continúa limpiándole la boca a Don. Ya no tiene migaja



alguna; ahora no hace más que acariciarle, demostrarle su cariño hasta donde es capaz.

62

*Interior. Un banco del salón de actos, con Robbie Beals.*

Está solo; funcionario electo o no, a muy poca gente le importa Robbie a nivel personal. Al fondo vemos charlar a la gente. Algunos ayudan a Tavia, Tess y Jenna a colocar velas en los candelabros ornamentales de las paredes. Robbie lleva una americana sport. Introduce la mano derecha en el bolsillo y extrae la pistola que ya le vimos en la primera parte. La sostiene en el regazo y la observa, pensativo.

Las luces parpadean de nuevo. Las luces de emergencia en las paredes se encienden en los correspondientes intervalos. La gente alza la vista con inquietud. Las tres mujeres aceleran un poco en su tarea de colocar velas. Más voluntarios se ofrecen a ayudarlas. Robbie no tiene ganas de ayudar y no reacciona al inminente apagón. Está sumido en su pequeño mundo, en el que lo único importante son los sentimientos de venganza. Observa la pequeña pistola unos instantes más, para volver a embutirla en el bolsillo de la chaqueta, donde la tendrá bien a mano. Luego permanece sentado con la mirada perdida en el espacio. No es más que un alcalde cabreado que espera a que Linoge haga su aparición.

63

*Interior. Cocina del ayuntamiento.*

Joanna Stanhope entra y alza una mirada inquieta cuando las luces parpadean.

64

*Exterior. Cobertizo del generador. Noche.*

El motor falla, petardea, y en esta ocasión no logra arrancar de nuevo. Se ahoga hasta enmudecer y no se oye otro sonido que el aullar del viento.

65

*Interior. Zona dormitorio de los niños. Noche.*

Las luces del techo se apagan. Tras unos instantes de negrura se enciende una débil luz de emergencia, que brilla desde una lamparilla en lo alto de la pared al fondo de la habitación.

MIKE (*a Hatch*): ¿Quieres ayudar con las velas?

HATCH: ¿Cariño?

MELINDA: Adelante.

Mike y Hatch se levantan y se marchan.

*Interior. Zona de la televisión del sótano del ayuntamiento. Noche.*

Mike y Hatch emergen de la abertura entre las cortinas y se dirigen hacia la escalera.

HATCH: La radio dice que la tormenta habrá amainado prácticamente para medianoche. Si Linoge pretende hacer algo...

MIKE: Me temo que puedes contar con que así es.

*Interior. Cocina del ayuntamiento, con Joanna. Noche.*

La cocina está casi en penumbra: hay dos luces de emergencia a pilas, pero una de ellas no funciona y la otra arroja un débil hilillo de luz amarillenta. Cuando Joanna empieza a cruzar la habitación, se apaga del todo. Joanna, ahora sólo una sombra más entre las sombras, pasa junto a la mesa en el centro de la habitación hacia la encimera. Se golpea la cadera y emite un débil grito, más fruto de la impaciencia que del dolor. Al llegar a la encimera coge una vela de una de las cajas. Junto a una serie de palmatorias hay paquetes de cajas de cerillas de madera, y utiliza una de ellas para encender la vela. Coge entonces una palmatoria e inserta en ella la vela. Coge el resto de las velas, sujetando las cajas cuidadosamente bajo un brazo, y se vuelve. Sobre la mesa, que estaba limpia y desnuda cuando entrara, está el bastón de cabeza de lobo de Linoge.

Joanna emite un jadeo, se vuelve... y ahí está Linoge, con el rostro sonriente iluminado por la vela. Recuerda al rostro de un duende travieso. Joanna trata de gritar pero sólo emite un sonido ahogado y las velas, tanto la encendida como las demás, se le escapan de las manos. La llama se extingue para sumirla (y sumirnos) de nuevo en una vaga penumbra.

LINOGE: Hola, Joanna Stanhope. Estás contenta de que la vieja ramera haya muerto, ¿no es así? Te hice un buen favor, ¿eh? Conseguiste mantenerte seria, pero por dentro dabas saltos de alegría. Lo sé. Puedo oler tu alegría como si fuera almizcle.

Joanna empieza a gritar; esta vez sí lo consigue. Pero se lleva ambas manos a la boca antes de poder continuar haciéndolo. Sus ojos están desorbitados por el terror, y comprendemos que no ha sido su propia voluntad la que la ha hecho callar.

LINOGE (*con ternura*): Shhh... shhh...

*Pasillo del ayuntamiento, con Mike y Hatch.*

Está en semipenumbra, iluminado tan sólo por un par de débiles lamparillas de emergencia y unas cuantas velas y linternas... quizá incluso por algún que otro mechero sostenido en alto. A través de los ventanales, vemos a las mujeres iluminar el salón de actos.

STAN HOPEWELL: ¿Qué pasa con el generador, Mike?

ISLEÑO: ¿Crees que nos quedaremos sin corriente durante el resto de la tormenta?

SEGUNDO ISLEÑO: ¿Y qué hay de la calefacción? ¡Hace años que se llevaron aquella maldita estufa de leña! Les dije que era un error, que la echarían de menos en la siguiente ventisca, un año u otro, pero ya nadie escucha a los viejos...

MIKE (*sin detenerse*): Tendremos luz y calor suficientes, no se preocupen. Y lo peor de la tormenta habrá pasado para medianoche, ¿no es cierto, Hatch?

HATCH: En efecto.

El reverendo Bob Riggins ha seguido a Mike y Hatch, aunque se ha rezagado un poco en la escalera (es un hombre bastante corpulento), pero consigue darles alcance de nuevo.

REVERENDO BOB RIGGINS: No es la luz o el calor lo que preocupa a estas buenas gentes, Michael, y lo sabes.

Mike se detiene en su marcha hacia la cocina y vuelve. Todas las conversaciones en susurros del vestíbulo cesan. Riggins ha puesto el dedo en la llaga; ha expresado en palabras lo que los demás no pueden decir, y Mike sabe que es así.

REVERENDO BOB RIGGINS: Cuando ese tipo venga, Mike, debemos darle lo que quiere. He rezado mucho, y ésa es la guía que el Señor...

MIKE: Le escucharemos y entonces decidiremos, ¿de acuerdo?

La opinión de Mike es acogida con un murmullo de reprobación.

ORV BOUCHER: ¿Cómo puedes decir algo así cuando tu propio hijo...?

MIKE: Porque no creo en los cheques en blanco. Se vuelve para marcharse.

REVERENDO: Hay un tiempo para la terquedad, Michael, pero también hay un tiempo en que es preciso soltar las riendas y decantarse hacia un bien mayor, por duro que resulte. «El orgullo precede a la destrucción, y antes de la caída se exalta el corazón del hombre.» Libro de los Proverbios.

MIKE: «Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.» Evangelio según san Mateo.

Al reverendo le irrita que Mike compita con él a la hora de citar las Escrituras. Cuando se dispone a seguirle, quizá con intención de seguir la discusión, Mike niega con la cabeza.

MIKE: Quédese aquí, por favor... lo tenemos todo bajo control.

REVERENDO BOB RIGGINS: Sé que eso crees... pero no todos estamos convencidos de que así es.

ORV BOUCHER: ¡Deberías recordar que esto sigue siendo una democracia, Michael Anderson! ¡Con tormenta o sin ella!

Se oyen murmullos de aprobación.

MIKE: Estoy seguro de que, si me flaquea la memoria, tú me la refrescarás, Orv. Vamos, Hatch.

*Interior. Umbral de la cocina, con Mike y Hatch. Noche.*

Se detienen en seco nada más trasponer el umbral, horrorizados y sorprendidos.

LINOGE (*su voz*): ¡Pasad! ¡Pasad!

70

*Interior. Cocina. Noche.*

Hay velas encendidas sobre la mesa y las encimeras. Linoge ofrece un aspecto pulcro con el bastón planta-  
do ante sí y las manos (los guantes amarillos han vuelto a desaparecer por el momento) entrelazadas sobre la empuñadura de cabeza de lobo. También vemos a Joan-na Stanhope. Flota contra la pared del fondo, con la cabeza casi tocando el techo y los pies oscilando en el aire. Tiene los brazos extendidos de modo que las manos quedan al nivel de las caderas; la postura no llega a ser una réplica exacta de la crucifixión, pero al menos la sugiere. En cada puño cerrado sostiene una vela encendida. La cera derretida le recorre los dedos. Tiene los ojos muy abiertos. No puede moverse, pero está consciente... y aterrorizada.

En el otro extremo de la habitación, Mike y Hatch permanecen inmóviles.

LINOGE: Entrad, muchachos. Hacedlo ahora mismo y en silencio... a menos que queráis que haga que esta ramera se abra la cara.

Alza levemente el bastón. Cuando lo hace, Joanna imita el gesto llevándose una de las velas hacia la cabeza.

LINOGE: ¡Todo ese cabello! ¿Acaso queremos verlo arder?

MIKE: NO.

Se adentra en la habitación. Hatch le sigue tras mirar por encima del hombro hacia el salón. En éste, Bob Riggins les habla a los isleños. Nos es imposible saber qué dice, pero por lo que parece ha conseguido que bastantes de ellos estén de acuerdo con él.

LINOGE: Tenéis algún problemilla con el hechicero local, ¿eh? Bueno, he aquí cierta información que quizá quieras archivar para más tarde, agente... siempre asumiendo que exista ese más tarde, por supuesto. El reverendo Bob Riggins tiene un par de sobrinitas en Castine. Tienen once y nueve años y son dos lindas rubias. Le gustan muchísimo; demasiado, probablemente. Salen corriendo a esconderse en cuanto ven entrar su coche en el sendero. De hecho...

MIKE: Bájela de ahí. Joanna, ¿te encuentras bien?

Joanna no contesta, pero pone los ojos en blanco, presa del terror. Linoge frunce el entrecejo.

LINOGE: Si no quieres ver la imitación de la señora Stanhope de la vela de aniversario mayor del mundo, te aconsejo que no vuelvas a hablar hasta que se te pida que lo hagas. Hatch, cierra la puerta.

Hatch la cierra. Linoge le observa hacerlo y luego vuelve a centrar su atención en Mike.

LINOGE: No te gusta saber cosas, ¿eh? MIKE: No las de la clase que usted dice.

LINOGE: Vaya, pues es una pena. Una verdadera lástima. ¿Acaso no me crees?

MIKE: Le creo. Lo que pasa es que sabe todas las cosas malas y ninguna de las buenas.

LINOGE: Eso resulta tan inspirador que se me llenan los ojos de lágrimas. Pero por lo general, agente Anderson, el bien o lo bueno es una ilusión. No se trata más que de pequeñas fábulas que la gente se cuenta a sí misma para sobrellevar sus vidas sin quejarse demasiado.

MIKE: Eso no lo creo.

LINOGE: Ya lo sé. Buen chico hasta al final, así es como eres... pero me parece que esta vez te vas a encontrar cargando con las culpas.

Mira a Joanna. Alza el bastón y vuelve a bajarlo lentamente. A medida que lo hace, Joanna se va deslizando hacia abajo. Cuando sus pies tocan el suelo, Linoge aprieta los labios y emite un leve soplido. Un viento recorre la estancia. Las llamas de las velas de la mesa y la encimera vacilan; las de las manos de Joanna se apagan. Al mismo tiempo se rompe el hechizo que la retenía. Deja caer las velas y corre hacia Mike entre sollozos. Se encoge y se aparta al pasar cerca de Linoge. El le sonríe con expresión paternal cuando Mike la rodea con un brazo.

LINOGE: Vuestro pueblo está lleno de adúlteros, pedó-filos, ladrones, glotones, asesinos, matones, sinvergüenzas y codiciosos tarados. Conozco a todos y cada uno de ellos, además... Que los nacidos en la lujuria se conviertan en polvo. Que los nacidos en el pecado sean bienvenidos.

JOANNA (*entre sollozos*): ¡Es el demonio! ¡Es el demonio! ¡No dejes que vuelva a acercarse a mí!; haré lo que sea, pero ¡no dejes que vuelva a acercarse a mí!

MIKE: ¿Qué es lo que quiere, señor Linoge?

LINOGE: A todo el mundo en esos bancos dentro de una hora... con eso bastará para empezar. Vamos a celebrar una pequeña reunión municipal inesperada, a las nueve en punto. Después de eso... bueno... ya veremos.

MIKE: ¿Veremos qué?

Linoge cruza la habitación hacia la puerta trasera. Alza el bastón y la puerta se abre. Entra una ráfaga de viento que apaga todas las velas. La forma que es Linoge se vuelve en el umbral. En el contorno de la cabeza vemos aquellas serpenteantes líneas rojas que iluminan sus ojos.

LINOGE: Si ya he acabado con este pueblo... o sólo acabo de empezar. A las nueve en punto, agente. Tú... él... ella... el reverendo Bobbie... el alcalde Robbie... todo el mundo.

Sale al exterior. La puerta se cierra de golpe tras él.

HATCH: ¿Qué hacemos?

MIKE: Y ¿qué podemos hacer que no sea escuchar lo que quiere, sea lo que sea? Si existe otra opción, no consigo verla. Díselo a Robbie.

HATCH: ¿Qué pasa con los niños?

JOANNA: Yo los vigilaré... sea como fuere, no quiero volver a estar cerca de él. Nunca más.

MIKE: NO, eso no nos sirve. Quiere a todo el mundo, y eso te incluye a ti, Jo. *(piensa)* Los llevaremos arriba. Con catres y todo. Los colocaremos al fondo del salón de actos.

HATCH: Sí, eso funcionará, *(cuando Mike vuelve a abrir la puerta)* En toda mi vida no he estado tan asustado.

MIKE: YO tampoco.

Salen a informar de la reunión a los supervivientes de la tormenta.

72

*Exterior. Plano frontal del ayuntamiento. Noche.*

La pequeña cúpula con la campana conmemorativa ha sido prácticamente engullida por la nieve amontonada. De pie sobre uno de los ventisqueros —un truco casi tan milagroso como el de caminar sobre las aguas— se halla Andre Linoge. Tiene el bastón plantado entre los pies. Está observando el ayuntamiento, vigilándolo, a la espera del momento oportuno.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO IV

73

*Exterior. Cruce de las calles Main y Atlantic. Noche.*

El viento todavía sopla con fuerza y levanta capas de nieve que se siguen acumulando en el cruce, pero la nevada prácticamente ha cesado.

*74Exterior. Restos del muelle. Noche.*

Las olas continúan rompiendo contra el malecón, pero con menor fuerza que antes. Al final de Atlantic Street vemos una barca pesquera volcada, cuya proa ha hecho añicos el escaparate de la tienda de antigüedades de Little Tall.

75

*Exterior. El cielo. Noche.*

Al principio no vemos más que nubes y neblina, pero de pronto captamos un leve resplandor plateado. Los turbulentos y grisáceos contornos de las nubes se tornan más visibles y entonces, sólo durante unos instantes, la luna llena brilla a través de ellas antes de desaparecer de nuevo.

76

*Exterior. Ayuntamiento. Noche.*

El edificio, visible por las capas de nieve que se arremolina, todavía semeja en cierto modo un espejismo. Refugiada en su cúpula, la campana conmemorativa se mece a merced del viento que la hace tañer débilmente.

77

*Interior. Primer plano de un anticuado reloj patrón.*

Escuchamos su sonoro tictac. Cuando las agujas marcan las nueve en punto empieza a dar la hora. Mientras lo hace, la cámara retrocede y gira para mostrarnos el salón de actos del ayuntamiento de la isla de Little Tall. Se trata de una visión a un tiempo espectral y hermosa. Todos los miembros de la comunidad que conocemos

están allí sentados, además de otros isleños; en total son unos doscientos. Tienen un aspecto misterioso a la luz de las velas, como si pertenecieran a una época anterior... la época de Salem y Roanoke, digamos. Sentados en primera fila están Mike y Molly; Hatch y Melinda; el reverendo Bob Riggins y su esposa, Cathy; Úrsula Godsoe y Sandra Beals. Robbie Beals se halla en el estrado, sentado a una mesita de madera a la izquierda del podio. Sobre la mesa, ante sí, tiene una pequeña placa que anuncia: ALCALDE.

Al fondo de la estancia se han dispuesto ocho catres en un rincón. En ellos duermen los niños. Sentados en sillas plegables a ambos lados del pequeño coto, vemos a An-gie Carver, Tavia Godsoe, Joanna Stanhope, Andy Ro-bichaux, Cat Withers y Lucien Fournier. En la medida de sus posibilidades, tratan de vigilar a los niños. Oímos las últimas campanadas del reloj, cuyo sonido reverbera hasta quedar ahogado por el aullido del viento en el exterior del edificio. La gente mira alrededor con nerviosismo a la espera de cualquier indicio de la presencia de Linoge. Tras unos instantes, Robbie se levanta y se dirige al podio tironeando inquieto de los faldones de la americana.

ROBBIE: Damas y caballeros, al igual que ustedes, no estoy muy seguro de qué estamos esperando, pero...

JOHNNY HARRIMAN: ¿Por qué no te sientas entonces y esperas como el resto de nosotros, Robbie?

Se oyen unas risillas nerviosas. Robbie frunce el entrecejo y se dirige a Johnny.

ROBBIE: Tan sólo quería decir, Johnny, que estoy seguro de que lograremos salir airosos de esta... situación... si permanecemos unidos, como siempre hemos permanecido los de la isla...

78

*Interior. Puerta principal del ayuntamiento. Noche.*

Se abre con estrépito de par en par. Al otro lado del umbral, sobre la nieve, vemos las botas negras de Linoge y el extremo de su negro bastón.

79

*Interior. Plano de Robbie Beals.*

Deja de hablar y mira hacia la puerta. De pronto tiene el rostro perlado de sudor.

80

*Interior. Montaje de planos de los isleños.*

Tavia, Joñas Stanhope, Hatch, Melinda, Orv, el reverendo Bob Riggins, Lucien... y varios otros. Todos miran en dirección a la puerta.

81

*Interior. Pasillo del ayuntamiento. Noche.*

Las botas echan a andar sobre las baldosas blancas y negras. El bastón va marcando el ritmo, descendiendo a intervalos regulares. Seguimos a las botas hasta que llegan a la puerta que da al salón. Entonces la cámara se eleva de golpe para mostrarnos la puerta de doble hoja con sus paneles de cristal, en los que se ha escrito SALÓN

DE ACTOS DEL AYUNTAMIENTO DE LA ISLA DE LITTLE

TALL; y, más abajo, DEPOSITEMOS NUESTRA CONFIANZA EN DIOS Y LOS UNOS EN LOS OTROS. Vemos a los isleños vueltos hacia el visitante con los ojos muy abiertos y expresiones de temor.

Aparecen unas manos embutidas en chillones guantes amarillos que aferran los pomos de las puertas y las abren hacia la cámara.

82

*Interior. Umbral del salón de actos visto desde el otro lado. Noche.*

Linoge está ahí de pie con su chaquetón marineroy los guantes amarillos y el bastón sujeto bajo un brazo. Sonríe con prudencia para no mostrar aquellos dientes monstruosos y sus ojos tienen una apariencia más o menos normal. Se quita los guantes y se los mete en los bolsillos del chaquetón.

Lentamente, y en medio de un silencio tan denso que resulta ensordecedor, Linoge entra en la habitación. El único sonido es el rítmico tictac del reloj.

83

*Interior. Salón de actos. Noche.*

Linoge recorre lentamente el pasillo entre los bancos y las mesas salpicadas de migajas en que se dispusiera el bufé. Todos los isleños, pero en especial los que ocupan las dos o tres últimas filas de bancos (en otras palabras los más cercanos a él), se vuelven para mirarle con ojos temerosos y llenos de



desconfianza. Cuando Linoge se aproxima al grupito de catres y a los niños dormidos, los autoprociamados guardianes se apiñan para formar una barrera entre Linoge y las criaturas.

Linoge llega al lugar en que debe girar a la derecha para tomar el pasillo central hasta el estrado. Durante unos instantes permanece allí, sonriendo con expresión benigna y claramente disfrutando del ambiente de miedo y desconfianza que flota en la silenciosa estancia. Alimentándose de él.

Intercalamos planos de todos los isleños que ya conocemos. La actitud de Cat es desafiante: «Si quieres llevarte a esos niños tendrás que hacerlo por encima de mi cadáver», parece decir su rostro. La cara redonda y honesta de Hatch expresa tensión y determinación; la de Melinda, miedo y consternación. Vemos también los rostros de Jack Carver, Ferd Andrews, Upton Bell... todos ellos se muestran atemorizados y sobrecogidos por la presencia de lo sobrenatural... y ese hombre es sobrenatural; todos lo sienten. En último lugar vemos a Robbie, con el rostro empapado en sudor y la mano embutida en el bolsillo de la chaqueta en que ha ocultado la pistola. Linoge golpea con el bastón primero el banco de la izquierda y luego el de la derecha, como hiciera con la valla a ambos lados de la puerta de Martha. Se escucha

un sonido siseante y sendos hilillos de humo se alzan de la madera chamuscada tocada por el bastón. Los que se sientan más cerca del pasillo, a ambos lados, se encogen acobardados. Los de la derecha son la familia Hopewell: Stan, Mary y Davey. Linoge les sonríe y esta vez sus labios se separan lo bastante para mostrar los afilados colmillos. Los tres Hopewell reaccionan ante lo que ven. Mary rodea con un brazo los hombros de su hijo y mira temerosa a Linoge.

LINOGE: Hola, Davey. Vaya redacción podrías hacer sobre el día que has faltado a la escuela, ¿no te parece?

Davey no contesta. Linoge le observa unos instantes más, todavía sonriente.

LINOGE: TU padre es un ladrón. Durante los últimos seis años ha robado más de catorce mil dólares de esa compañía de suministros navales para la que trabaja. Se dedica a jugar con ese dinero y (*añade con tono confidencial*) siempre pierde.

Davey se vuelve para dirigir a su padre una mirada sorprendida e incrédula. «No lo creo», parecen decir sus ojos, «mi padre no», pero por un instante le parece captar una expresión de culpa desnuda y pánico acorralado en el rostro de Stan. Sólo por un instante, pero basta para que se tambalee profundamente la confianza del muchacho en su idolatrado padre.

DAVEY: ¿Papá...?

STAN HOPEWELL: NO sé quién es usted, señor, pero está mintiendo, (*pausa*) Está mintiendo.

La defensa es buena, pero no lo suficiente. Nadie le cree, incluidos su hijo y su esposa. Linoge esboza una amplia sonrisa.

LINOGE: El que a vicios se entrega, dos veces lo niega... ¿eh, Davey? Al menos dos veces.

Concluida su misión con los Hopewell, la de arruinar toda una vida de confianza familiar en cuestión de segundos, Linoge recorre lentamente el pasillo central hacia el estrado. Todas las miradas que tratan de encontrarse con la suya flaquean y se apartan; todas las mejillas palidecen; todos los corazones rememoran sus errores y engaños. Cuando llega a la altura de Johnny Harriman, Linoge se detiene y sonríe.

LINOGE: ¡Vaya, si es Johnny Harriman! ¡El tipo que hizo arder el aserradero al otro lado del estrecho, en Machias!

JOHNNY HARRIMAN: Yono... usted... ¡No fui yo!

LINOGE: ¡Por supuesto que lo hiciste! Hace dos años, justo después de que te despidieran, (*se concentra ahora en Kirk Freeman*) Y Kirk te ayudó... ¿no es así? Claro que le ayudaste... después de todo, ¿para qué están los amigos? (*mira de nuevo a Johnny*) Setenta hombres perdieron sus empleos, pero tú conseguiste vengarte y eso es lo que importa, ¿verdad? ¡Aja!

Los isleños miran a Johnny como si le vieran por primera vez... y también a Kirk. Johnny se encoge bajo el efecto de esas miradas.

KIRK (*a Johnny*): Ahí lo tienes, tarado. ¡Mira en qué lío nos has metido!  
JOHNNY: ¡Cállate!

Kirk le obedece, pero es demasiado tarde. Sonriendo, Linoge continúa hacia el estrado. Cada persona que mira se encoge como un perro apaleado. Nadie le mira a los ojos. Cada uno de los isleños confía en que Lino-ge no se detenga para hablarle como ha hecho con Stan y Johnny Harriman. Pero Linoge vuelve a detenerse al llegar junto a Jack Carver. Jack se sienta flanqueado por los dos hombres que Linoge ya mencionara en relación con el asalto a aquel joven gay. Jack alza la mirada hacia Linoge, y la aparta con rapidez. Alex Haber y Lucien Fournier parecen igualmente incómodos.

LINOGE: Chicos, de verdad que tendríais que ir a ver a ese homosexual al que le disteis una paliza. Os volvería locos el parche que lleva en el ojo; un parche con estampado de cachemir.

84

*Interior. Plano de Angie Carver.*

Frunce el entrecejo con curiosidad. ¿Qué está diciendo ese Linoge de su marido, que le dio una paliza a alguien? Jack nunca haría algo así, ¿verdad?

85

*Interior. Nuevo plano del pasillo central del salón. JACK (casi en un susurro): Cállese.*

LINOGE: El tipo está en uno de esos apartamentos sin ascensor de Canal Street. Podría daros la dirección. No sé, quizá a los tres os gustaría dejarle a oscuras del todo. ¿Qué opinas tú, Lucien? ¿Te gustaría sacarle el otro ojo? ¿Acabar el tra-bajito? (*Lucien baja la vista y no dice palabra*) ¿Alex? (*éste tampoco suelta prenda*) Que los nacidos en el pecado sean bienvenidos.

Linoge se aleja de ellos para dirigirse de nuevo hacia el estrado.

86

*Interior. Plano de Robbie Beals.*

Está de pie entre la mesilla y el estrado, con el rostro tan sudoroso que se le ha empapado el cuello de la camisa. Está viendo algo.

*Interior. El salón, desde el punto de vista de Robbie.*

Recorriendo lentamente el pasillo hacia el estrado, todavía ataviada con el camisón de hospital y el despeinado cabello blanco sobre los hombros, vemos acercarse a la falsa madre de Robbie. Aún se trata de Linoge, por supuesto, que aferra la empuñadura de su bastón de cabeza de lobo.

MADRE FALSA: Robbie, ¿por qué tuve que morir rodeada de extraños ? Todavía no me lo has explicado. ¿Por qué tuve que morir gritando tu nombre? Lo único que quería era un beso...

*Interior. Salón de actos. Plano angular del estrado.*

Cuando Linoge (en esta escena es el propio Linoge) se aproxima, Robbie saca del bolsillo la pistola y le apunta con ella.

ROBBIE: ¡NO te acerques! ¡Te lo advierto, no te acerques! LINOGE: Oh, vamos, baja eso.

La mano de Robbie se abre. Le vemos luchar por impedirlo, pero es como si una mano mayor que la suya, y que no llegamos a ver, se la hubiera aferrado para abrirle los dedos uno por uno. La pistola cae al suelo del estrado con un sonido sordo justo cuando Linoge asciende los peldaños del centro de éste.

*Interior. Parte central del estrado, desde el punto de vista de Robbie.*

Es la madre falsa quien asciende los escalones con el camisón hospitalario ondeando en torno a su enjuto cuerpo. Señala a Robbie con la punta del bastón; sus ojos legañosos de vieja brillan malévolos.

MADRE FALSA: ¿Por qué no le cuentas a esta gente dónde estabas y qué hacías en el momento de mi muerte, Robbie? Me parece que tu esposa estará especialmente interesada en saberlo, ¿no crees?

*Interior. Plano angular de Robbie, Linoge y las primeras filas de bancos.*

ROBBIE: ¡Cierra la boca! ¡Sandra, no le escuches! ¡No son más que mentiras!

Sandra Beals, desconcertada y asustada, se dispone a levantarse. Úrsula le aferra la muñeca y la hace sentarse de nuevo.

En el estrado, Linoge tiende una mano hacia el rostro de Robbie con los dedos curvados.

LINOGE: TUS ojos...

*Interior. La madre falsa, desde el punto de vista de Robbie.*

MADRE FALSA: Te arrancaré los ojos para comérmelos...

La huesuda mano que no sujeta el bastón continúa haciendo el gesto de aferrar algo.

*Interior. El estrado.*

Robbie retrocede tambaleante, tropieza con sus propios pies y cae sentado. Se arrastra sobre el trasero para alejarse de mamá/Linoge, empujándose con los pies hasta acabar agazapado bajo su propia mesilla de alcalde. Allí se detiene, fărfullando en voz baja. La pistola yace olvidada en el estrado a un par de metros de él. Los isleños murmuran atemorizados cuando Linoge se instala tras el pulpito y apoya las manos a ambos lados cual político de confianza a punto de dar un discurso.

LINOGE: NO OS preocupéis, chicos... se recuperará de ésta, estoy seguro. Entretanto, no deja de ser agradable tenerle debajo de la mesa en lugar de aporreándola, ¿no os parece? Digamos que es más relajante. Vamos. Digamos la verdad... (*sonriendo*) y ahuyentemos al demonio.

Todos le observan en silencio y asustados. Él los mira a su vez, sin dejar de sonreír.

LINOGE: Bueno, parece que ya es hora de ir al grano, ¿no os parece? Os expondré cómo están las cosas, y luego me iré al sótano a esperar a que toméis una decisión.

*Interior. Plano de los isleños.*

Sonny Brautigan se pone en pie. Tiene miedo, pero está decidido a hablar.

SONNY: ¿Por qué ha venido aquí? ¿Por qué nosotros?

*Interior. Primer plano de Mike y Molly.*

MIKE (*en voz baja, casi para sí*): Supongo que es sencillamente porque hay algo en nosotros que le saca de quicio.

Molly le coge la mano. Mike se lleva la mano de su esposa a la mejilla para buscar consuelo en su caricia.

*Interior. Plano angular del estrado y el salón, con Linoge.*

LINOGE: Estoy aquí porque la gente de las islas sabe unirse por el bien común cuando precisan ha-

cerlo... y los isleños saben guardar un secreto. Lo cual era cierto en la isla de Roanoke en 1587 y sigue siéndolo en la isla de Little Tall en 1989.

HATCH (*poniéndose en pie*): Díganoslo. Deje ya de andarse por las ramas. Díganos qué quiere. Hatch vuelve a tomar asiento. Linoge permanece de pie en el estrado con la cabeza gacha, como sumido en la reflexión. Los isleños aguardan expectantes conteniendo el aliento a que continúe. En el exterior, el viento gime. Por fin, el extraño levanta la cabeza y contempla a su audiencia.

LINOGE: Vuestros niños están aquí con vosotros... pero no están. Conmigo pasa lo mismo, pues una parte de mí está con ellos.

Señala hacia su derecha, hacia la pared exterior con grandes ventanales de la habitación. En un día despejado, éstos ofrecerían una vista de la ladera occidental que desciende hasta el muelle, el estrecho y el continente más allá. Ahora los ventanales sólo revelan oscuridad... hasta que Linoge levanta la otra mano y señala en esa dirección con la empuñadura de cabeza de lobo del bastón. Los ventanales se inundan de una brillante luz azul. Los isleños murmuran presas del temor y el asombro. Algunos llegan incluso a protegerse los ojos con las manos.

LINOGE: ¡Mirad!

La cámara se aproxima hacia la ventana central. Vemos el cielo azul, las nubes debajo de éste... y vemos algo que podría tratarse de una formación de pájaros en V (¿patos, tal vez?) volando por encima de las nubes. Sólo que no son patos ni ocas... sino que son...

96

*Interior. Plano del «rincón de los niños» en el salón.*

Andy Robichaux se pone en pie de un brinco sin apartar la mirada de las resplandecientes ventanas. Su rostro es la viva imagen de la consternación.

ANDY: Harry... oh, Dios mío, ¡ése es Harry!

Se vuelve desesperado hacia su hijo dormido para convencerse de que el niño no ha desaparecido, y luego vuelve a contemplar la imagen de la ventana. Y de pronto Angie se pone en pie junto a él.

ANGIE (*chillando*): ¡Buster! ¡Jack, ése es Buster!

97

*Interior. Primer plano de Linoge.* LINOGE: Son todos ellos.

98

*Exterior. Linoge y los niños, volando. Día.*

Linoge es el primero como lo fuera antes, justo detrás del bastón. Sigue llevando de la mano a Pippa y Ralphie, y los demás niños se extienden tras ellos formando aquella letra Ve. Los niños ríen, felices. Su expresión es de gozo absoluto. Hasta que...

LINOGE (*su voz*): Y si les dejo caer allí...

Linoge abre las manos, soltando a Ralphie y Pippa. Sus expresiones de alegría se transforman de inmediato en terror. Chillando, los ocho niños se sueltan y se precipitan hacia el vacío hasta ser engullidos por la capa de nubes debajo de ellos.

99

*Interior. Primer plano de Linoge.* LINOGE: ... morirán aquí.

100

*Interior. Nuevo plano del estrado y la audiencia, con Linoge en el centro de la imagen.*

Linoge baja el bastón y la resplandeciente luz azul abandona las ventanas, que se tornan negras de nuevo. Los isleños están absolutamente conmocionados por lo que han visto; sobre todo los padres, como es comprensible.

LINOGE: Seréis testigos de cómo sucede. Sus vidas se extinguirán...

Se vuelve levemente hacia la izquierda, sopla con suavidad, y una serie de velas montadas en la pared (ocho para ser exactos) se apagan.

LINOGE (*continúa, sonriente*): ... como velas al viento.

Úrsula Godsoe se pone en pie con dificultad. Su rostro, antes atractivo, se ve ahora macilento y ajado por el dolor. Se tambalea y está a punto de caerse. Melinda Hatcher se levanta para ofrecerle apoyo. Úrsula suplica con todo su corazón:

URSULA (*sollozando*): Por favor, no le haga daño a mi Sally, señor. Es todo lo que me queda, ahora que Peter se ha ido. Le daremos lo que quiere, si es que lo tenemos. Le juro que lo haremos. ¿No es así?

101

*Interior. Montaje de planos en el salón de actos.*

Vemos a Cat Withers, Sonny, Della Bissonette, Jenna Freeman, Jack, Lucien y Alex Haber formando un pequeño grupo culpable. Todos asienten con la cabeza y murmuran que están de acuerdo. Sí, le darán a Linoge lo que quiere. Todos están dispuestos a hacerlo.

102

*Interior. La primera fila.* HATCH (*en pie junto a su esposa*): ¿Qué es? Díganoslo.

103

*Interior. Nuevo plano del estrado y la audiencia, con Linoge en el centro de la imagen.*

LINOGE: He vivido mucho tiempo, miles de años, pero no soy un dios ni un ser inmortal.

Linoge sujeta el bastón por el centro, lo alza por encima de la cabeza y lo va bajando lentamente, en posición horizontal, frente a su rostro. Una tenue sombra proyectada por la luz de las velas va recorriendo su rostro de arriba abajo. A medida que lo hace, las facciones duras y atractivas de un hombre recién entrado en la madurez cambian... envejecen. El rostro de Linoge se transforma en el semblante arrugado y flácido de un hombre que no es sólo viejo... sino antiguo. Los ojos escudriñan desde las hundidas cuencas bajo unos párpados hinchados.

La audiencia profiere gritos ahogados y murmullos. Una vez más, el director intercalará planos de los rostros que desee, con las subsiguientes reacciones. Por ejemplo, vemos a Andy Robichaux sentado junto a su hijo y acariciando la manita del pequeño.

LINOGE: De modo que ahora me veis como soy en realidad. Viejo. Y enfermo. Me estoy muriendo, de hecho.

Vuelve a alzar el bastón y, a medida que su sombra asciende, Linoge va recobrando la juventud. Espera a que se extingan los murmullos de la audiencia.

LINOGE: Según los parámetros de vuestras efímeras existencias, aún me queda mucho por vivir... todavía recorreré la Tierra cuando todos menos

vuestros más recientes retoños... Davey Ho-pewell, quizá, o el pequeño Don Beals...

Se intercalan planos de Davey junto a sus padres y de Don durmiendo en su catre.

LINOGE: ... descanséis ya en vuestras tumbas. Pero en términos de mi propia existencia, me queda ya poco tiempo. ¿Qué quiero, me preguntáis?

104

*Interior. Plano de Mike y Molly Anderson.*

Mike ya lo sabe, y en su rostro se están reflejando el horror y una furiosa protesta. Cuando habla, y su voz se eleva desde un mero murmullo hasta un chillido, Molly le aferra la muñeca...

MIKE: NO, no, no, ¡no...!

105

*Interior. Plano de Linoge, en el podio.*

LINOGE (*ignorando a Mike*): Quiero a alguien a quien enseñar y educar; alguien a quien pueda transmitir todo lo que he aprendido, todo lo que sé; quiero a alguien que continúe con mi obra cuando ya no pueda llevarla a cabo por mí

mismo.

106

*Interior. Plano de Mike.*

Se pone en pie de un brinco, arrastrando a Molly tras él. MIKE: ¡NO! ¡NO! ¡Jamás!

107

*Interior. Plano de Linoge.*

LINOGE (*ignorando a Mike*): Quiero un niño. Uno de los ocho que duermen ahí atrás. No me importa cuál; a mis ojos todos son igualmente válidos. Dadme lo que quiero, dádme lo libremente, y me marcharé.

108

*Interior. El estrado y la audiencia. Plano angular de Mike y Linoge.*

MIKE: ¡Nunca! ¡Nunca te daremos a uno de nuestros hijos! ¡Jamás!

Se libera de Molly y se precipita hacia los peldaños que llevan al estrado, con la intención de enfrentarse a Lino-ge. Presa de la furia, cualquier duda que haya podido abrigar sobre su capacidad de imponerse a los poderes sobrenaturales de Linoge se ha desvanecido.

LINOGE: ¡Sujetadle! ¡A menos que queráis que deje caer a los niños! ¡Y lo haré! ¡Os prometo que lo haré!

109

*Interior. El «rincón de los niños».*

Los niños gimen y se agitan en sus catres; algún miedo interior ha quebrado su serenidad... o quizá se trate de algo que les está sucediendo muy lejos de allí... en lo alto del cielo.

JACK CARVER (*presa del pánico*): ¡Cogedle! ¡Detenedle! Por el amor de Dios, ¡que alguien le detenga!

110

*Interior. Nuevo plano de la zona del estrado.*

El reverendo Bob Riggins rodea con sus brazos los hombros de Mike antes de que éste consiga llegar más allá del pie de los peldaños. Hatch se une a él y también le sujeta antes de que Mike pueda desembarazarse de Riggins, que a pesar de su envergadura no deja de ser algo fofo.

HATCH: Mike, no... tenemos que escucharle... al menos tenemos que escucharle...

MIKE (*forcejeando*): ¡No, no tenemos que hacerlo! ¡Suéltame, Hatch! ¡Maldita sea!

Casi consigue liberarse, pero entonces se arrojan sobre él Lucien, Sonny, Alex y Johnny. Todos ellos tipos ro-



bustos, le arrastran de vuelta a su asiento en la primera fila. Advertimos que les avergüenza un poco, pero también que están resueltos a hacerlo.

JOHNNY: Quédate ahí sentado y quietecito un momento, Michael Anderson, y dejémosle decir lo que tiene que decir. Vamos a escucharle.

LUCIEN: Tenemos que hacerlo.

MIKE: Os equivocáis. Lo peor que podemos hacer es escucharle.

Se vuelve hacia Molly en busca de apoyo, y lo que ve en el rostro de su esposa le deja anonadado: una especie de desesperada inseguridad.

MIKE (*horrorizado*): ¿Molly?

MOLLY: No sé, Mike. Me parece que será mejor escucharle.

MELINDA: Escucharle no puede hacernos ningún daño. SONNY: NOS tiene entre la espada y la pared. Se vuelven de nuevo hacia Linoge.

111

*Interior. Plano de los isleños.*

Todos ellos se vuelven otra vez hacia Linoge, a la espera de que concluya.

112

*Interior. Nuevo plano de Linoge.*

A medida que habla, la cámara va aproximándose lentamente hasta un primer plano.

LINOGE: Cuando se trata de un asunto como éste, no puedo llevarme simplemente lo que quiero... aunque sí puedo castigaros; os aseguro que puedo castigaros. Dadme a una de esas criaturas que duermen ahí para criarla como si fuera mía, y os dejaré en paz. El niño o la niña en cuestión vivirá muchos años, hasta mucho después de que los otros durmientes se hayan ido, y verá muchas cosas. Dadme lo que quiero y me marcharé. Negaos a hacerlo, y los sueños que compartisteis la pasada noche se harán realidad. Los niños caerán del cielo, el resto de vosotros se arrojará al océano, de dos en dos, y cuando la tormenta amaine, encontrarán esta isla como encontraron la de Roanoke. Vacía... desierta. Os daré media hora. Discutidlo... ¿no es para eso acaso que se celebra una reunión municipal? Y entonces...

Se detiene. Hemos llegado a un primerísimo plano.

LINOGE: Haced vuestra elección.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO V

113

*Exterior. Ayuntamiento de la isla de Little Tall. Noche.*

El viento todavía arremolina la nieve, pero ésta ha cesado de caer. La tormenta del siglo, o por lo menos la versión de la misma de la madre naturaleza, ha amainado ya.

114 *Exterior. El délo. Noche.*

Las nubes han empezado a abrirse. En esta ocasión, cuando aparece la luna llena, no vuelve a ocultarse.

115

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento, visto desde el pasillo.*

Estamos mirando a través de las puertas de cristal, y al pie de la imagen, como un subtítulo en un noticiero, aparece el lema de antes: DEPOSITEMOS NUESTRA CONFIANZA EN DIOS Y LOS UNOS EN LOS OTROS. Vemos a Robbie Beals ponerse en pie, con el cabello aún revuelto por ocultarse bajo la mesa, y

dirigirse lentamente hacia el podio.

116

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Noche.*

[El director o directora filmará lo siguiente como desee, pero debería obtener resultados dignos casi de una obra maestra, pues mayormente se ha escrito con esa intención.]

Robbie llega al podio y observa a la audiencia, que aguarda silenciosa. Más abajo, en la primera fila, Mike permanece sentado pero se estremece casi visiblemente, como un cable de alta tensión. A un lado tiene sentado a Hatch, y al otro a Molly. Le coge la mano a su esposa, y ella le mira con expresión ansiosa. Sentados tras él en el siguiente banco vemos a Lucien, Sonny, Alex y Johnny, autodesignados guardianes municipales. Si Mike trata de interferir en el proceso de tomar una decisión, ellos se lo impedirán.

Al fondo de la estancia, donde duermen los niños, el círculo de adultos ha aumentado. Úrsula se ha unido a Tavia en la vigilancia de Sally Godsoe; tanto Andy como Jill se hallan junto a Harry; Jack se ha situado al lado de Angie para estar cerca de Buster, aunque cuando trata de rodear con un brazo a su mujer, ésta se escabulle encorvando los hombros. «Jackie, tienes unas cuantas cosas que explicar», quizá habría dicho Ricky Ricardo. Melinda está sentada junto a Pippa y, cerca de ellas, Sandra vigila a Don. Carla y Henry Bright se han sentado a los pies del catre de Frank, cogidos de la mano. Linda St. Pierre está al lado de Heidi. La atención de todos los padres no se centra sin embargo en sus hijos dormidos, sino en Robbie, el autoproclamado moderador, y en los demás isleños, quienes decidirán el destino de sus hijos.

Con un esfuerzo tremendo por hacer las cosas como Dios manda, Robbie busca bajo el podio y extrae un mazo viejo y pesado, una reliquia que se viene utilizando desde el siglo xvii. Lo contempla unos instantes, como si nunca lo hubiera visto antes, y lo deja caer con un sonoro golpetazo. Varias personas se sobresaltan.

ROBBIE: Doy por inaugurada esta asamblea. Opino que lo mejor sería abordar este tema como lo haríamos con cualquier otra clase de asunto municipal. Después de todo, de eso se trata... de un asunto municipal, ¿no es así?

El comentario es recibido por unos rostros tensos y silenciosos. Mike parece dispuesto a responder, pero no lo hace. Molly continúa mirando a su marido con expresión ansiosa y acariciándole la mano que ciñe la suya casi dolorosamente.

ROBBIE: ¿Alguna objeción?

Silencio. Robbie deja caer de nuevo el mazo, y una vez más la gente se sobresalta. Los niños no, sin embargo; están profundamente dormidos. O sumidos en un coma.  
Sil

ROBBIE: El asunto a decidir es si entregarle o no a este... a esta criatura que ha aparecido entre nosotros... uno de nuestros niños. Dice que se marchará si le damos lo que quiere, y que nos matará a todos, incluidos los niños, si no lo hacemos. ¿Lo he expuesto con la suficiente claridad?  
encio.

ROBBIE: Muy bien. ¿Qué decís entonces, habitantes de Little Tall? ¿Vais a discutir este asunto?

De nuevo se hace el silencio. Entonces Cal Freese se pone lentamente en pie. Mira alrededor hacia los demás isleños.

CAL: NO veo qué opción nos queda si le creemos capaz de hacer lo que ha dicho que puede hacer.

ROBERTA COIGN: ¿Tú le crees?

CAL: ESO es lo primero que me he preguntado. Y... sí, le creo. He visto lo suficiente para convencerme. Creo que, o le damos lo que quiere, o se llevará todo lo que tenemos... incluidos nuestros niños.

Cal vuelve a sentarse.

ROBBIE: Creo que Roberta Coign ha señalado algo de suma importancia. ¿Cuántos de vosotros creen que Linoge dice la verdad? ¿Que si nos enfrentamos a él borrará a todo el mundo de la faz de la isla?

Silencio. Todos creen que es así, pero nadie quiere ser el primero en levantar la mano.

DELLA BISSONETTE: Todos tuvimos el mismo sueño... y no era un sueño normal. Lo sé. Todos lo sabemos. Nos ha hecho las justas advertencias.

Levanta la mano.

BURT SOAMES: No me parece que haya nada justo en ello, pero...

Burt lleva un brazo en un cabestrillo improvisado, pero levanta el sano. Otros le siguen, al principio sólo unos pocos, pero el número va creciendo hasta llegar a la práctica totalidad de los asistentes. Hatch y Molly son de los últimos en levantar las manos. Sólo Mike se queda sentado como está, con expresión sombría y con la mano que no le estrecha Molly en el regazo.

MOLLY (*a Mike, en voz baja*): No se trata de qué vamos a hacer, Mike... todavía no. Sólo de si creemos o no que...

MIKE: Ya sé de qué se trata. Y también sé que, una vez que tomemos este camino, cada paso se hace un poco más fácil.

ROBBIE (*bajando su propia mano*): Muy bien, al parecer le creemos; asunto resuelto. Ahora, si hay alguien que quiera discutir la cuestión principal...

MIKE (*poniéndose en pie*): Yo tengo algo que decir.

ROBBIE: Cómo no. Pagas tus impuestos como los demás. Adelante.

Mike asciende lentamente los peldaños que llevan al estrado. Molly le observa con cierta aprensión. Mike no se molesta en instalarse en el podio; sencillamente se vuelve hacia sus colegas isleños. La cámara se toma unos instantes para centrarse en él y así aumentar la tensión mientras piensa cómo empezar.

MIKE: NO, no es un hombre. Yo no he votado, pero igualmente estoy de acuerdo con eso. He visto lo que le hizo a Martha Clarendon, lo que le hizo a Peter Godsoe, lo que ha hecho con nuestros hijos... y no creo que sea un hombre. Tuve el mismo sueño que vosotros, y comprendo la realidad de sus amenazas tan bien como vosotros. Mejor, quizá... pues soy vuestro agente de policía, el nombre que

elegisteis para hacer respetar vuestras leyes. Pero... amigos... nosotros no entregamos nuestros hijos a cualquier matón. ¿Es que no lo entendéis? ¡Nosotros no entregamos a nuestros hijos!

Al fondo de la estancia, donde duermen los niños, Andy Robichaux da un paso adelante.

ANDY: ¿Qué opción tenemos, entonces? ¿Qué hacemos? ¿Qué podemos hacer?

Un profundo murmullo de asentimiento acoge sus palabras, y advertimos la agitación de Mike. Porque la única respuesta de que dispone no tiene sentido; tan sólo tiene la virtud de ser la correcta.

MIKE: Enfrentamos a él, unidos hombro con hombro. Unir nuestras voces para decirle no. Hacer lo que dice en la puerta que hemos abierto para entrar aquí... depositar nuestra confianza en Dios y los unos en los otros. Y entonces, tal vez... se alejará. Del mismo modo en que lo hacen las tormentas cuando ya han descargado su ira.

ORV BOUCHER (*poniéndose en pie*): ¿Y si empieza a señalarnos con su bastón? Entonces ¿qué? ¿Qué pasará cuando empecemos a caer como moscas en un alféizar?

Los murmullos de asentimiento son ahora más audibles.

REVERENDO BOB RIGGINS (*levantándose*): «Dadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.» Tú mismo me lo has dicho, Michael, hace menos de una hora. Del Evangelio de san Mateo.

MIKE: «Quédate detrás de mí, Satán, pues no saborearás las cosas que son de Dios.» Evangelio según san Marcos, (*mira en derredor*) Amigos... Si entregamos a un niño, a uno de nuestros hijos, ¿cómo vamos a seguir viviendo unos con otros, incluso aunque él nos permita vivir?

ROBBIE: Pues muy bien, así es como viviremos.

Mike se vuelve a mirarle, atónito. Desde el fondo de la sala, Jack Carver se adelanta hasta el lugar de donde parte el pasillo central. Cuando habla, Mike se vuelve hacia él; le están bombardeando desde todos los frentes.

JACK: Todos tenemos ciertas cosas con las que vivir, Mike. O tal vez tú seas distinto.

El comentario ha dado en el blanco. Vemos a Mike recordar algo. Se dirige entonces a Jack y a todos los demás.

MIKE: NO, yo no soy distinto. Pero esto no es como tratar de vivir con haber copiado en un examen, o con un desliz de una noche, o con el recuerdo de alguien a quien hiciste daño estando borracho y en un estado de ánimo deplorable. Estamos hablando de un niño. ¿Es que no lo entiendes, Jack?

Parece que esté logrando hacérselo entender... pero entonces interviene Robbie.

ROBBIE: Supongamos que tienes razón en lo de que somos capaces de echarle de aquí... Supongamos que nos unimos hombro con hombro, hacemos acopio de voluntad y de fuerzas y contestamos con un rotundo y colectivo «No». Supongamos que al hacerlo así el tipo simplemente desaparece. Que regresa al lugar de donde ha venido, sea cual sea...

Mike le observa receloso, esperando el costalazo.

ROBBIE: Ya has visto a nuestros niños. No sé qué les ha hecho exactamente, pero sin duda ese vuelo en lo alto del cielo supone una representación lo bastante exacta de ello. Pueden caer. Creo que puede suceder. Todo lo que tiene que hacer es mover ese bastón suyo, y los niños caerán. ¿Cómo vamos a vivir con eso si llega a ocurrir? ¿Nos diremos a nosotros mismos que los matamos a los ocho porque éramos demasiado buenos, demasiado santurriones, para sacrificar a uno solo?

MIKE: Podría tratarse de un farol...

MELINDA (*con tono áspero y hostil*): No lo es, Michael, y tú lo sabes. Lo has visto.

Tavia Godsoe se adelanta titubeante hacia el pasillo central, al parecer el lugar preferido por los isleños para hablar. Al principio se muestra insegura, pero va adquiriendo confianza a medida que habla.

TAVIA: Hablas como si fuera a matar al niño, Michael... como si se tratara de alguna especie de... de sacrificio humano. A mí me ha sonado más como una adopción.

Mira alrededor esbozando una sonrisa tímida. Parece decir: «Si tenemos que hacer esto, saquémosle el mejor partido; veámosle el lado bueno.»

JOÑAS: ¡Y tendrá una larga vida, además! (*pausa*) Si creemos lo que dice, claro; y, después de verle, yo... de hecho, supongo que le creo.

Nuevos murmullos de asentimiento. Y de aprobación.

MIKE: ¡Linoge mató a golpes a Martha Clarendon con el bastón! ¡La golpeó hasta sacarle los ojos de las órbitas! ¡Estamos debatiendo la posibilidad de entregarle un niño a un monstruo!

A estas palabras sigue un silencio absoluto. Los isleños bajan las miradas al suelo y sus mejillas enrojecen por la vergüenza. El reverendo Bob Riggins vuelve a sentarse. Su esposa le pone una mano en el brazo y mira a Mike con expresión resentida.

HENRY BRIGHT: Tal vez sea cierto, pero ¿qué hay de los demás niños? ¿Decimos que no y los vemos morir ante nuestros propios ojos?

KIRK: Sí, Mike... a veces uno solo tiene que sacrificarse por todos los demás, como Jesucristo.

Mike no encuentra una buena respuesta para tal afirmación.

MIKE: LO de los niños también podría ser un farol. Satán es el padre de todas las mentiras, y este tipo tiene que ser un pariente cercano.

JILL ROBICHAUX (*con tono agudo y desagradable*): ¿Quieres correr ese riesgo? Estupendo... pero córrelo con tu hijo, ¡no con el mío!

LINDA ST. PIERRE: Estoy absolutamente de acuerdo.

HENRY BRIGHT: ¿Quieres saber qué creo que sería lo peor, Mike? Supongamos que tienes razón pero sólo hasta cierto punto. Supon que nosotros vivimos... y que ellos mueren, (*señala a los niños*) ¿Cómo vamos a mirarnos unos a otros a la cara? ¿Cómo vamos a convivir unos con otros?

JACK: ¿Y cómo vamos a poder convivir jamás contigo, Mike?

La pregunta suscita murmullos de asentimiento. Jack, el justiciero de homosexuales, se dirige de nuevo hacia su hijo dormido y se sienta junto a él. A Mike tampoco se le ocurre ahora una respuesta adecuada; le vemos luchar por encontrarla y fracasar.

Robbie consulta el reloj: son las 9.20.

ROBBIE: Ha dicho media hora; nos quedan diez minutos.

MIKE: ¡NO podemos hacer esto! ¿Es que no lo veis? ¿No lo entendéis? No podemos permitirle...

SONNY (*no sin amabilidad*): Creo que ya hemos escuchado tu opinión, Mike. Ahora siéntate, ¿de acuerdo?

Mike le mira con expresión de impotencia. No es estúpido y sabe muy bien hacia dónde sopla el viento.

MIKE: Tenéis que pensaros bien esto, chicos. Tenéis que pensároslo muy bien.

Desciende los peldaños y regresa junto a Molly. Coge la mano de su esposa. Ella le deja retenerla unos instantes y luego la aparta.

MOLLY: Quiero sentarme junto a Ralphie, Mike.

Se levanta y recorre el pasillo central hasta donde los niños duermen en sus catres. Atraviesa el círculo de padres y desaparece sin mirar atrás.

ROBBIE: ¿Algo más? ¿Algún otro quiere dar su opinión? Transcurren unos instantes de silencio.

ÚRSULA (*adelantándose*): Que Dios nos ayude, pero démosle lo que quiere. Démosle lo que quiere y que siga su camino. No me preocupa mi propia vida, pero la de los niños... incluso aunque le toque a mi Sally. Prefiero que viva junto a un hombre malo que... que muera, (*mira alrededor, sollozando*) Dios mío, Michael Anderson, ¿es que no tienes corazón? ¡Son niños! ¡No podemos dejarle matar a unos niños!

Vuelve junto a su hija. Mike, entretanto, está quedando aislado en el centro de un círculo de miradas hostiles.

ROBBIE (*consultando el reloj*): ¿Alguien más?

Mike hace ademán de levantarse. Hatch le posa una mano en el brazo y presiona. Mike vuelve hacia él una mirada sorprendida e inquisitiva. Hatch niega levemente con la *cabeza.*, como si quisiera decir: «Déjalo; ya has hecho cuanto has podido.» Mike le aparta y vuelve a levantarse. En esta ocasión no utiliza el estrado, sino que se dirige a los isleños desde donde está.

MIKE: NO lo hagáis, por favor. La familia Anderson se remonta a 1735 aquí en Little Tall. Os lo pido como isleño y como padre de Ralphie Anderson... no lo hagáis. No accedáis a una cosa así. (*pausa*) Os estáis condenando.

Mira alrededor con desesperación. Ninguno de ellos, ni siquiera su propia esposa, se atreve a mirarle a los ojos. Vuelve a reinar el silencio, quebrado tan sólo por el aullar del viento en el exterior y el tictac del reloj.

MIKE: De acuerdo, propongo que la votación sea restringida. Dejemos votar a los padres, y sólo a los padres. Todos son residentes...

LINDA ST. PIERRE: No, eso no es justo.

Acaricia con cariño la frente de su hija dormida.

LINDA ST. PIERRE: La he criado yo sola... oh, sí, con la ayuda de la gente de la isla, incluidos tú y tu mujer, Mike... pero sobre todo por mí misma. No debería tener que tomar una decisión como ésta yo sola. ¿Para qué sirve una comunidad si no es para ayudar a la gente cuando sucede algo terrible? ¿Cuando ninguna opción parece la adecuada?

AND Y: YO no habría sabido expresarlo mejor, Linda. MIKE: Pero...

MUCHAS VOCES: Siéntate... Plantea ya la cuestión... ¡Votemos!

ROBBIE: ¿Puede alguien pronunciarse en contra de la restricción de voto? Probablemente no sea parlamentario, pero tenemos que seguir. Preferiría escucharlo de uno de los progenitores.

Siguen unos instantes de tenso silencio.

MELINDA HATCHER: Propongo que todo el mundo vote.

CARLA BRIGHT: Yo lo secundo.

MIKE: Esto no es...

ANGIE: ¡Cállate! Ya has dicho lo que tenías que decir, ahora cállate.

ROBBIE: Se ha propuesto y secundado que se le permita votar a todo el mundo si entregar o no lo que pide al señor Linoge. ¿Los que estén a favor?

Todas las manos se alzan a excepción de la de Mike. Advierte que Molly también ha levantado la suya y que evita su mirada, y algo muere un poco dentro de él.

ROBBIE: ¿LOS que se oponen?

No se alza ni una sola mano. Mike permanece simplemente sentado en primera fila, con la cabeza gacha.

ROBBIE (*dejando caer el mazo*): La moción se aprueba.

TESS MARCHANT: Plantea ya la cuestión, Robbie Beals; la cuestión real.

117

*Interior. El sótano, con Linoge.*

Alza la mirada hacia el techo. Sus ojos resplandecen en la penumbra. Están a punto de votar, y él lo sabe.

118

*Interior. Nuevo plano del salón de actos. Noche.*



JOANNA: Por el amor de Dios... ¡votemos y acabemos de una vez!

MIKE: Mi hijo no forma parte de esto. Que quede entendido, ¿eh? Él no forma parte de esta... obscenidad.

MOLLY: Sí. Forma parte.

Se hace un silencio absoluto tras sus palabras. Mike se levanta y observa incrédulo a su mujer. Se enfrentan el uno al otro desde ambos extremos del salón.

MOLLY: Nunca hemos faltado a nuestro deber, Michael; hemos tomado parte en todo en la vida de esta isla, y vamos a tomar parte en esto.

MIKE: NO hablas en serio... no puedes hablar en serio. MOLLY: Hablo en serio. MIKE: ES una locura.

MOLLY: Tal vez... pero no es una locura que hayamos provocado nosotros. Michael...

MIKE: Me voy. A la mierda con esto. A la mierda con todos vosotros. Voy a coger a mi hijo y largarme de aquí.

Consigue dar dos o tres pasos antes de que los autode-signados guardianes le detengan y le arrastren de nuevo hasta su asiento. Molly ve forcejear a Mike, advierte con qué rudeza le están tratando —no les gusta que desaprobe su muy cuestionable decisión— y corre por el pasillo hacia él.

MIKE: ¡Hatch! ¡Ayúdame!

Pero Hatch vuelve el rostro, enrojeciéndose de vergüenza. Y cuando Mike se precipita hacia él, Lucien le propina un puñetazo en la nariz, de la que mana sangre.

MOLLY: ¡Basta! ¡No le hagáis más daño! Mike, ¿te encuentras bien? ¿Estás...?

MIKE: Apártate de mí. Hazlo antes de que pierda el control y te escupa en la cara.

Molly retrocede un paso, horrorizada y con los ojos muy abiertos.

MOLLY: Mike, si sólo pudieras ver que... no es una decisión que debamos tomar nosotros. ¡Esto afecta al pueblo entero!

MIKE: Ya lo sé... ¿qué otra cosa he estado repitiendo? Aléjate de mí, Molly.

Molly retrocede, apenada y dolorida. Sonny Brautigan le tiende un pañuelo a Mike.

MIKE: Podéis soltarme. Me quedaré sentado.

Le sueltan, aunque con cautela. Desde el podio, Robbie observa la escena con inconfundible satisfacción. «Tal vez se trate de una mala situación —expresa su rostro—, pero al menos a nuestro policía gilipollas y presuntuoso le han hecho una cara nueva, y eso ya es algo.» Entretanto, Molly sigue retrocediendo para alejarse de Mike, quien se niega a mirarla. Su rostro se contrae y, sollozando, regresa al fondo de la habitación. La gente sentada en el pasillo le da palmaditas y le susurra palabras de apoyo por el camino: «No te preocupes, querida», «Ya cambiará de opinión», «Estás haciendo lo correcto». Al llegar a la zona de los niños, Melinda, Jill y Linda St. Pierre se apresuran a abrazarla. Hatch se desliza junto a Mike; la vergüenza que siente es casi palpable.

HATCH: Mike, yo...

MIKE (*sin siquiera mirarle*): Cállate. Déjame en paz.

HATCH: Cuando hayas tenido ocasión de pensar en ello, lo comprenderás. Entrarás en razón. Es lo único que podemos hacer. ¿Qué otra opción nos queda? ¿Morir por nuestros principios? ¿Todos y cada uno de nosotros? ¿Incluidos los que son demasiado jóvenes para entender por qué tienen que morir? Es necesario que pienses en ello.

Mike alza por fin la mirada.

MIKE: ¿Y si es Pippa quien resulta que se lleva Linoge?

Sigue un largo silencio mientras Hatch lo considera. Luego clava su mirada en la de Mike.

HATCH: Me diré a mí mismo que murió siendo un bebé. Una muerte súbita en la cuna, algo que nadie puede prever o evitar. Y lo creeré. Melinda y yo, ambos lo creeremos.

Robbie da unos mazazos en el podio.

ROBBIE: Atención, atención... la moción se ha aceptado. ¿Vamos a darle o no al señor Linoge lo que pide, siempre que cumpla con su promesa de dejarnos en paz? Debéis pronunciaros, residentes de Little Tall. Los que estén a favor, que lo expresen de la forma habitual.

Siguen unos momentos de tenso silencio, y entonces, al fondo de la estancia, Andy Robichaux levanta la mano.

ANDY: Soy el padre de Harry, y voto sí.

JILL ROBICHAUX: YO soy su madre, y también voto que sí.

HENRY: Carla y yo votamos sí.

Linda St. Pierre levanta la mano. También lo hace Sandra Beals y, en el podio, Robbie alza la suya.

MELINDA (*levantando la mano*): Sí. No tenemos elección.

HATCH: No hay opción.

Levanta la mano a su vez.

URSULA: Voto que sí; es la única manera.

Alza la mano, y Tavia la imita.

JACK: Tengo que hacerlo.

Su mano se eleva. Angela dirige una larga y amorosa mirada al dormido Buster, y levanta entonces la suya. Todos los ojos se vuelven hacia Molly. Ésta se arrodilla, besa a Ralphie en la marca de nacimiento de la nariz y vuelve a ponerse en pie. Se dirige a todos, pero en cierto sentido habla sólo para Mike, y la expresión de su rostro parece una súplica para que la entienda.

MOLLY: Perder a uno de ellos en vida es mejor que perderlos a todos en la muerte. Voto que

sí.

Levanta la mano. De inmediato la siguen otras. La cámara recorre a todos los isleños que hemos llegado a conocer, observándoles mientras todas las manos se alzan... a excepción de una.

Robbie alarga el momento mientras observa aquel bosque de manos alzadas y rostros solemnes. Si tenemos que ser justos con esa gente, acaban de tomar una decisión terrible... y lo saben.

ROBBIE (*no muy alto*): ¿Los que se oponen?

Las manos alzadas descienden. Mike, todavía mirando el suelo, levanta la suya.

ROBBIE: Todos los votos a favor a excepción de uno. Se aprueba que la moción sea llevada a cabo.

119

*Interior. Primer plano del reloj patrón.* Las agujas señalan las 9.30 y el reloj da una campanada.

120

*Interior. Nuevo plano del salón de actos. Noche.*

Las puertas se abren. Linoge hace su entrada, con el bastón en una mano y la pequeña bolsa de ante en la otra.

LINOGE: ¿Habéis llegado a una decisión? ROBBIE: Sí... hemos votado a favor. LINOGE: Excelente.

Camina junto a la última fila y se detiene al llegar al pasillo central. Mira hacia los padres.

LINOGE: Habéis tomado la decisión adecuada.

Molly aparta la mirada, asqueada por la aprobación del monstruo sonriente. Linoge advierte su repulsión, y su sonrisa se hace más amplia. Recorre lentamente el pasillo central sosteniendo ante sí la bolsita de piedras. Ascende los peldaños y Robbie se aparta de él con rapidez, en su rostro hay una expresión de terror. Lino-ge se sitúa ante el podio y contempla a sus rehenes con una dulce sonrisa.

LINOGE: Habéis hecho algo muy difícil, amigos míos, pero a pesar de lo que pueda haberos dicho el agente de policía, habéis hecho bien. Habéis hecho lo correcto. Lo único, en realidad, que unas personas responsables y tiernas podían hacer dadas las circunstancias.

Tiende ante sí la bolsita sujetándola por el cordón.

LINOGE: Estas piedras son legendarias. Ya eran viejas cuando el mundo era joven, y solían decidir asuntos importantes mucho antes de que la Atlántida se hundiera en el océano. Aquí dentro hay siete piedras blancas... y una negra.

Linoge hace una pausa y esboza una sonrisa... una sonrisa que muestra las puntas de sus afilados

colmillos.

LINOGE: Estáis ansiosos de que me vaya, y no os culpo por ello. ¿Quieren hacer el favor de adelantarse el padre o la madre de cada niño? Acabemos con esto de una vez.

121

*Interior. Plano de los isleños.*

Por primera vez, y en lo más hondo de sus entrañas, comprenden lo que han hecho. Y también comprenden que es demasiado tarde para echarse atrás.

122

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Sonríe mostrando en parte aquellos colmillos afilados. Y sostiene la bolsa ante sí. Ha llegado el momento de elegir.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO VI

115

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento, visto desde el pasillo.*

Estamos mirando a través de las puertas de cristal, y al pie de la imagen, como un subtítulo en un noticiero, aparece el lema de antes: DEPOSITEMOS NUESTRA CONFIANZA EN DIOS Y LOS UNOS EN LOS OTROS. Vemos a Robbie Beals ponerse en pie, con el cabello aún revuelto por ocultarse bajo la mesa, y dirigirse lentamente hacia el podio.

116

*Interior. Salón de actos del ayuntamiento. Noche.*

[El director o directora filmará lo siguiente como desee, pero debería obtener resultados dignos casi de una obra maestra, pues mayormente se ha escrito con esa intención.]

Robbie llega al podio y observa a la audiencia, que aguarda silenciosa. Más abajo, en la primera fila, Mike permanece sentado pero se estremece casi visiblemente, como un cable de alta tensión. A un lado tiene sentado a Hatch, y al otro a Molly. Le coge la mano a su esposa, y ella le mira con expresión ansiosa. Sentados tras él en el siguiente banco vemos a Lucien, Sonny, Alex y Johnny, autodesignados guardianes municipales. Si Mike trata de interferir en el proceso de tomar una decisión, ellos se lo impedirán.

Al fondo de la estancia, donde duermen los niños, el círculo de adultos ha aumentado. Úrsula se ha unido a Tavia en la vigilancia de Sally Godsoe; tanto Andy como Jill se hallan junto a Harry; Jack se ha situado al lado de Angie para estar cerca de Buster, aunque cuando trata de rodear con un brazo a su mujer, ésta se escabulle encorvando los hombros. «Jackie, tienes unas cuantas cosas que explicar», quizá habría dicho Ricky Ricardo. Melinda está sentada junto a Pippa y, cerca de ellas, Sandra vigila a Don. Carla y Henry Bright se han sentado a los pies del catre de Frank, cogidos de la mano. Linda St. Pierre está al lado de Heidi. La atención de todos los padres no se centra sin embargo en sus hijos dormidos, sino en Robbie, el autoproclamado moderador, y en los demás isleños, quienes decidirán el destino de sus hijos.

Con un esfuerzo tremendo por hacer las cosas como Dios manda, Robbie busca bajo el podio y extrae un mazo viejo y pesado, una reliquia que se viene utilizando desde el siglo xvii. Lo contempla unos instantes, como si nunca lo hubiera visto antes, y lo deja caer con un sonoro golpetazo. Varias personas se sobresaltan.

ROBBIE: Doy por inaugurada esta asamblea. Opino que lo mejor sería abordar este tema como lo haríamos con cualquier otra clase de asunto municipal. Después de todo, de eso se trata... de un asunto municipal, ¿no es así?

El comentario es recibido por unos rostros tensos y silenciosos. Mike parece dispuesto a responder, pero no lo hace. Molly continúa mirando a su marido con expresión ansiosa y acariciándole la mano que ciñe la suya casi dolorosamente.

ROBBIE: ¿Alguna objeción?

Silencio. Robbie deja caer de nuevo el mazo, y una vez más la gente se sobresalta. Los niños no, sin embargo; están profundamente dormidos. O sumidos en un coma.  
Sil

ROBBIE: El asunto a decidir es si entregarle o no a este... a esta criatura que ha aparecido entre nosotros... uno de nuestros niños. Dice que se marchará si le damos lo que quiere, y que nos matará a todos, incluidos los niños, si no lo hacemos. ¿Lo he expuesto con la suficiente claridad?  
encio.

ROBBIE: Muy bien. ¿Qué decís entonces, habitantes de Little Tall? ¿Vais a discutir este asunto?

De nuevo se hace el silencio. Entonces Cal Freese se pone lentamente en pie. Mira alrededor hacia los demás isleños.

CAL: NO veo qué opción nos queda si le creemos capaz de hacer lo que ha dicho que puede hacer.

ROBERTA COIGN: ¿Tú le crees?

CAL: ESO es lo primero que me he preguntado. Y... sí, le creo. He visto lo suficiente para convencerme. Creo que, o le damos lo que quiere, o se llevará todo lo que tenemos... incluidos nuestros niños.

Cal vuelve a sentarse.

ROBBIE: Creo que Roberta Coign ha señalado algo de suma importancia. ¿Cuántos de vosotros creen que Linoge dice la verdad? ¿Que si nos enfren-  
tamos a él borrará a todo el mundo de la faz de la isla?

Silencio. Todos creen que es así, pero nadie quiere ser el primero en levantar la mano.

DELLA BISSONETTE: Todos tuvimos el mismo sueño... y no era un sueño normal. Lo sé. Todos lo sabemos. Nos ha hecho las justas advertencias.

Levanta la mano.

BURT SOAMES: No me parece que haya nada justo en ello, pero...

Burt lleva un brazo en un cabestrillo improvisado, pero levanta el sano. Otros le siguen, al principio sólo unos pocos, pero el número va creciendo hasta llegar a la práctica totalidad de los asistentes. Hatch y Molly son de los últimos en levantar las manos. Sólo Mike se queda sentado como está, con expresión sombría y con la mano que no le estrecha Molly en el regazo.

MOLLY (*a Mike, en voz baja*): No se trata de qué vamos a hacer, Mike... todavía no. Sólo de si creemos o no que...

MIKE: Ya sé de qué se trata. Y también sé que, una vez que tomemos este camino, cada paso se hace un poco más fácil.

ROBBIE (*bajando su propia mano*): Muy bien, al parecer le creemos; asunto resuelto. Ahora, si hay alguien que quiera discutir la cuestión principal...

MIKE (*poniéndose en pie*): Yo tengo algo que decir.

ROBBIE: Cómo no. Pagas tus impuestos como los demás. Adelante.

Mike asciende lentamente los peldaños que llevan al estrado. Molly le observa con cierta aprensión. Mike no se molesta en instalarse en el podio; sencillamente se vuelve hacia sus colegas isleños. La cámara se toma unos instantes para centrarse en él y así aumentar la tensión mientras piensa cómo empezar.

MIKE: NO, no es un hombre. Yo no he votado, pero igualmente estoy de acuerdo con eso. He visto lo que le hizo a Martha Clarendon, lo que le hizo a Peter Godsoe, lo que ha hecho con nuestros hijos... y no creo que sea un hombre. Tuve el mismo sueño que vosotros, y comprendo la realidad de sus amenazas tan bien como vosotros. Mejor, quizá... pues soy vuestro agente de policía, el nombre que elegisteis para hacer respetar vuestras leyes. Pero... amigos... nosotros no entregamos nuestros hijos a cualquier matón. ¿Es que no lo entendéis? ¡Nosotros no entregamos a nuestros hijos!

Al fondo de la estancia, donde duermen los niños, Andy Robichaux da un paso adelante.

ANDY: ¿Qué opción tenemos, entonces? ¿Qué hacemos? ¿Qué podemos hacer?

Un profundo murmullo de asentimiento acoge sus palabras, y advertimos la agitación de Mike. Porque la única respuesta de que dispone no tiene sentido; tan sólo tiene la virtud de ser la correcta.

MIKE: Enfrentarnos a él, unidos hombro con hombro. Unir nuestras voces para decirle no. Hacer lo que dice en la puerta que hemos abierto para entrar aquí... depositar nuestra confianza en Dios y los unos en los otros. Y entonces, tal vez... se alejará. Del mismo modo en que lo hacen las tormentas cuando ya han descargado su ira.

ORV BOUCHER (*poniéndose en pie*): ¿Y si empieza a señalarnos con su bastón? Entonces ¿qué? ¿Qué pasará cuando empecemos a caer como moscas en un alféizar?

Los murmullos de asentimiento son ahora más audibles.

REVERENDO BOB RIGGINS (*levantándose*): «Dadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.» Tú mismo me lo has dicho, Michael, hace menos de una hora. Del Evangelio de san Mateo.

MIKE: «Quédate detrás de mí, Satán, pues no saborearás las cosas que son de Dios.» Evangelio según san Marcos, (*mira en derredor*) Amigos... Si entregamos a un niño, a uno de nuestros hijos, ¿cómo vamos a seguir viviendo unos con otros, incluso aunque él nos permita vivir?

ROBBIE: Pues muy bien, así es como viviremos.

Mike se vuelve a mirarle, atónito. Desde el fondo de la sala, Jack Carver se adelanta hasta el lugar de donde parte el pasillo central. Cuando habla, Mike se vuelve hacia él; le están bombardeando desde todos los frentes.

JACK: Todos tenemos ciertas cosas con las que vivir, Mike. O tal vez tú seas distinto.

El comentario ha dado en el blanco. Vemos a Mike recordar algo. Se dirige entonces a Jack y a todos los demás.

MIKE: NO, yo no soy distinto. Pero esto no es como tratar de vivir con haber copiado en un examen, o con un desliz de una noche, o con el recuerdo de alguien a quien hiciste daño estando borracho y en un estado de ánimo deplorable. Estamos hablando de un niño. ¿Es que no lo entiendes, Jack?

Parece que esté logrando hacérselo entender... pero entonces interviene Robbie.

ROBBIE: Supongamos que tienes razón en lo de que somos capaces de echarle de aquí... Supongamos que nos unimos hombro con hombro, hacemos acopio de voluntad y de fuerzas y contestamos con un rotundo y colectivo «No». Supongamos que al hacerlo así el tipo simplemente desaparece. Que regresa al lugar de donde ha venido, sea cual sea...

Mike le observa receloso, esperando el costalazo.

ROBBIE: Ya has visto a nuestros niños. No sé qué les ha hecho exactamente, pero sin duda ese vuelo en lo alto del cielo supone una representación lo bastante exacta de ello. Pueden caer. Creo que puede suceder. Todo lo que tiene que hacer es mover ese bastón suyo, y los niños caerán. ¿Cómo vamos a vivir con eso si llega a ocurrir? ¿Nos diremos a nosotros mismos que los matamos a los ocho porque éramos demasiado buenos, demasiado santurriones, para sacrificar a uno solo?

MIKE: Podría tratarse de un farol...

MELINDA (*con tono áspero y hostil*): No lo es, Michael, y tú lo sabes. Lo has visto.

Tavia Godsoe se adelanta titubeante hacia el pasillo central, al parecer el lugar preferido por los isleños para hablar. Al principio se muestra insegura, pero va adquiriendo confianza a medida que habla.

TAVIA: Hablas como si fuera a matar al niño, Michael... como si se tratara de alguna especie de... de

sacrificio humano. A mí me ha sonado más como una adopción.

Mira alrededor esbozando una sonrisa tímida. Parece decir: «Si tenemos que hacer esto, saquémosle el mejor partido; veámosle el lado bueno.»

JOÑAS: ¡Y tendrá una larga vida, además! (*pausa*) Si creemos lo que dice, claro; y, después de verle, yo... de hecho, supongo que le creo.

Nuevos murmullos de asentimiento. Y de aprobación.

MIKE: ¡Linoge mató a golpes a Martha Clarendon con el bastón! ¡La golpeó hasta sacarle los ojos de las órbitas! ¡Estamos debatiendo la posibilidad de entregarle un niño a un monstruo!

A estas palabras sigue un silencio absoluto. Los isleños bajan las miradas al suelo y sus mejillas enrojecen por la vergüenza. El reverendo Bob Riggins vuelve a sentarse. Su esposa le pone una mano en el brazo y mira a Mike con expresión resentida.

HENRY BRIGHT: Tal vez sea cierto, pero ¿qué hay de los demás niños? ¿Decimos que no y los vemos morir ante nuestros propios ojos?

KIRK: Sí, Mike... a veces uno solo tiene que sacrificarse por todos los demás, como Jesucristo.

Mike no encuentra una buena respuesta para tal afirmación.

MIKE: LO de los niños también podría ser un farol. Satán es el padre de todas las mentiras, y este tipo tiene que ser un pariente cercano.

JILL ROBICHAUX (*con tono agudo y desagradable*): ¿Quieres correr ese riesgo? Estupendo... pero córrelo con tu hijo, ¡no con el mío!

LINDA ST. PIERRE: Estoy absolutamente de acuerdo.

HENRY BRIGHT: ¿Quieres saber qué creo que sería lo peor, Mike? Supongamos que tienes razón pero sólo hasta cierto punto. Supon que nosotros vivimos... y que ellos mueren, (*señala a los niños*) ¿Cómo vamos a mirarnos unos a otros a la cara? ¿Cómo vamos a convivir unos con otros?

JACK: ¿Y cómo vamos a poder convivir jamás contigo, Mike?

La pregunta suscita murmullos de asentimiento. Jack, el justiciero de homosexuales, se dirige de nuevo hacia su hijo dormido y se sienta junto a él. A Mike tampoco se le ocurre ahora una respuesta adecuada; le vemos luchar por encontrarla y fracasar.

Robbie consulta el reloj: son las 9.20.

ROBBIE: Ha dicho media hora; nos quedan diez minutos.

MIKE: ¡NO podemos hacer esto! ¿Es que no lo veis? ¿No lo entendéis? No podemos permitirle...

SONNY (*no sin amabilidad*): Creo que ya hemos escuchado tu opinión, Mike. Ahora siéntate, ¿de acuerdo?

Mike le mira con expresión de impotencia. No es estúpido y sabe muy bien hacia dónde sopla el



viento.

MIKE: Tenéis que pensaros bien esto, chicos. Tenéis que pensároslo muy bien.

Desciende los peldaños y regresa junto a Molly. Coge la mano de su esposa. Ella le deja retenerla unos instantes y luego la aparta.

MOLLY: Quiero sentarme junto a Ralphie, Mike.

Se levanta y recorre el pasillo central hasta donde los niños duermen en sus catres. Atraviesa el círculo de padres y desaparece sin mirar atrás.

ROBBIE: ¿Algo más? ¿Algún otro quiere dar su opinión? Transcurren unos instantes de silencio.

ÚRSULA (*adelantándose*): Que Dios nos ayude, pero démosle lo que quiere. Démosle lo que quiere y que siga su camino. No me preocupa mi propia vida, pero la de los niños... incluso aunque le toque a mi Sally. Prefiero que viva junto a un hombre malo que... que muera, (*mira alrededor, sollozando*) Dios mío, Michael Anderson, ¿es que no tienes corazón? ¡Son niños! ¡No podemos dejarle matar a unos niños!

Vuelve junto a su hija. Mike, entretanto, está quedando aislado en el centro de un círculo de miradas hostiles.

ROBBIE (*consultando el reloj*): ¿Alguien más?

Mike hace ademán de levantarse. Hatch le posa una mano en el brazo y presiona. Mike vuelve hacia él una mirada sorprendida e inquisitiva. Hatch niega levemente con la *cabeza*, como si quisiera decir: «Déjalo; ya has hecho cuanto has podido.» Mike le aparta y vuelve a levantarse. En esta ocasión no utiliza el estrado, sino que se dirige a los isleños desde donde está.

MIKE: NO lo hagáis, por favor. La familia Anderson se remonta a 1735 aquí en Little Tall. Os lo pido como isleño y como padre de Ralphie Anderson... no lo hagáis. No accedáis a una cosa así. (*pausa*) Os estáis condenando.

Mira alrededor con desesperación. Ninguno de ellos, ni siquiera su propia esposa, se atreve a mirarle a los ojos. Vuelve a reinar el silencio, quebrado tan sólo por el aullar del viento en el exterior y el tictac del reloj.

MIKE: De acuerdo, propongo que la votación sea restringida. Dejemos votar a los padres, y sólo a los padres. Todos son residentes...

LINDA ST. PIERRE: No, eso no es justo.

Acaricia con cariño la frente de su hija dormida.

LINDA ST. PIERRE: La he criado yo sola... oh, sí, con la ayuda de la gente de la isla, incluidos tú y tu mujer, Mike... pero sobre todo por mí misma. No debería tener que tomar una decisión como ésta yo sola. ¿Para qué sirve una comunidad si no es para ayudar a la gente cuando sucede algo terrible? ¿Cuando ninguna opción parece la adecuada?

AND Y: YO no habría sabido expresarlo mejor, Linda. MIKE: Pero...

MUCHAS VOCES: Siéntate... Plantea ya la cuestión... ¡Votemos!

ROBBIE: ¿Puede alguien pronunciarse en contra de la restricción de voto? Probablemente no sea parlamentario, pero tenemos que seguir. Preferiría escucharlo de uno de los progenitores.

Siguen unos instantes de tenso silencio.

MELINDA HATCHER: Propongo que todo el mundo vote.

CARLA BRIGHT: Yo lo secundo.

MIKE: Esto no es...

ANGIE: ¡Cállate! Ya has dicho lo que tenías que decir, ahora cállate.

ROBBIE: Se ha propuesto y secundado que se le permita votar a todo el mundo si entregar o no lo que pide al señor Linoge. ¿Los que estén a favor?

Todas las manos se alzan a excepción de la de Mike. Advierte que Molly también ha levantado la suya y que evita su mirada, y algo muere un poco dentro de él.

ROBBIE: ¿LOS que se oponen?

No se alza ni una sola mano. Mike permanece simplemente sentado en primera fila, con la cabeza gacha.

ROBBIE (*dejando caer el mazo*): La moción se aprueba.

TESS MARCHANT: Plantea ya la cuestión, Robbie Beals; la cuestión real.

117

*Interior. El sótano, con Linoge.*

Alza la mirada hacia el techo. Sus ojos resplandecen en la penumbra. Están a punto de votar, y él lo sabe.

118

*Interior. Nuevo plano del salón de actos. Noche.*

JOANNA: Por el amor de Dios... ¡votemos y acabemos de una vez!

MIKE: Mi hijo no forma parte de esto. Que quede entendido, ¿eh? Él no forma parte de esta... obscenidad.

MOLLY: Sí. Forma parte.

Se hace un silencio absoluto tras sus palabras. Mike se levanta y observa incrédulo a su mujer. Se enfrentan el uno al otro desde ambos extremos del salón.

MOLLY: Nunca hemos faltado a nuestro deber, Michael; hemos tomado parte en todo en la vida de esta isla, y vamos a tomar parte en esto.

MIKE: NO hablas en serio... no puedes hablar en serio. MOLLY: Hablo en serio. MIKE: ES una locura.

MOLLY: Tal vez... pero no es una locura que hayamos provocado nosotros. Michael...

MIKE: Me voy. A la mierda con esto. A la mierda con todos vosotros. Voy a coger a mi hijo y largarme de aquí.

Consigue dar dos o tres pasos antes de que los autode-signados guardianes le detengan y le arrastren de nuevo hasta su asiento. Molly ve forcejear a Mike, advierte con qué rudeza le están tratando —no les gusta que desaprobe su muy cuestionable decisión— y corre por el pasillo hacia él.

MIKE: ¡Hatch! ¡Ayúdame!

Pero Hatch vuelve el rostro, enrojando de vergüenza. Y cuando Mike se precipita hacia él, Lucien le propina un puñetazo en la nariz, de la que mana sangre.

MOLLY: ¡Basta! ¡No le hagáis más daño! Mike, ¿te encuentras bien? ¿Estás...?

MIKE: Apártate de mí. Hazlo antes de que pierda el control y te escupa en la cara.

Molly retrocede un paso, horrorizada y con los ojos muy abiertos.

MOLLY: Mike, si sólo pudieras ver que... no es una decisión que debemos tomar nosotros. ¡Esto afecta al pueblo entero!

MIKE: Ya lo sé... ¿qué otra cosa he estado repitiendo? Aléjate de mí, Molly.

Molly retrocede, apenada y dolorida. Sonny Brautigan le tiende un pañuelo a Mike.

MIKE: Podéis soltarme. Me quedaré sentado.

Le sueltan, aunque con cautela. Desde el podio, Robbie observa la escena con inconfundible satisfacción. «Tal vez se trate de una mala situación —expresa su rostro—, pero al menos a nuestro policía gilipollas y presuntuoso le han hecho una cara nueva, y eso ya es algo.» Entretanto, Molly sigue retrocediendo para alejarse de Mike, quien se niega a mirarla. Su rostro se contrae y, sollozando, regresa al fondo de la habitación. La gente sentada en el pasillo le da palmaditas y le susurra palabras de apoyo por el camino: «No te preocupes, querida», «Ya cambiará de opinión», «Estás haciendo lo correcto». Al llegar a la zona de los niños, Melinda, Jill y Linda St. Pierre se apresuran a abrazarla. Hatch se desliza junto a Mike; la vergüenza que siente es casi palpable.

HATCH: Mike, yo...

MIKE (*sin siquiera mirarle*): Cállate. Déjame en paz.

HATCH: Cuando hayas tenido ocasión de pensar en ello, lo comprenderás. Entrarás en razón. Es lo único que podemos hacer. ¿Qué otra opción nos queda? ¿Morir por nuestros principios? ¿Todos y cada uno de nosotros? ¿Incluidos los que son demasiado jóvenes para entender por qué tienen que morir? Es necesario que pienses en ello.

Mike alza por fin la mirada.

MIKE: ¿Y si es Pippa quien resulta que se lleva Linoge?

Sigue un largo silencio mientras Hatch lo considera. Luego clava su mirada en la de Mike.

HATCH: Me diré a mí mismo que murió siendo un bebé. Una muerte súbita en la cuna, algo que nadie puede prever o evitar. Y lo creeré. Melinda y yo, ambos lo creeremos.

Robbie da unos mazazos en el podio.

ROBBIE: Atención, atención... la moción se ha aceptado. ¿Vamos a darle o no al señor Linoge lo que pide, siempre que cumpla con su promesa de dejarnos en paz? Debéis pronunciaros, residentes de Little Tall. Los que estén a favor, que lo expresen de la forma habitual.

Siguen unos momentos de tenso silencio, y entonces, al fondo de la estancia, Andy Robichaux levanta la mano.

ANDY: Soy el padre de Harry, y voto sí.

JILL ROBICHAUX: YO soy su madre, y también voto que sí.

HENRY: Carla y yo votamos sí.

Linda St. Pierre levanta la mano. También lo hace Sandra Beals y, en el podio, Robbie alza la suya.

MELINDA (*levantando la mano*): Sí. No tenemos elección.

HATCH: No hay opción.

Levanta la mano a su vez.

URSULA: Voto que sí; es la única manera.

Alza la mano, y Tavia la imita.

JACK: Tengo que hacerlo.

Su mano se eleva. Angela dirige una larga y amorosa mirada al dormido Buster, y levanta entonces la suya. Todos los ojos se vuelven hacia Molly. Ésta se arrodilla, besa a Ralphie en la marca de nacimiento de la nariz y vuelve a ponerse en pie. Se dirige a todos, pero en cierto sentido habla sólo para Mike, y la expresión de su rostro parece una súplica para que la entienda.

MOLLY: Perder a uno de ellos en vida es mejor que perderlos a todos en la muerte. Voto que sí.

Levanta la mano. De inmediato la siguen otras. La cámara recorre a todos los isleños que hemos llegado a conocer, observándoles mientras todas las manos se alzan... a excepción de una.

Robbie alarga el momento mientras observa aquel bosque de manos alzadas y rostros solemnes. Si tenemos que ser justos con esa gente, acaban de tomar una decisión terrible... y lo saben.

ROBBIE (*no muy alto*): ¿Los que se oponen?

Las manos alzadas descienden. Mike, todavía mirando el suelo, levanta la suya.

ROBBIE: Todos los votos a favor a excepción de uno. Se aprueba que la moción sea llevada a cabo.

119

*Interior. Primer plano del reloj patrón.* Las agujas señalan las 9.30 y el reloj da una campanada.

120

*Interior. Nuevo plano del salón de actos. Noche.*

Las puertas se abren. Linoge hace su entrada, con el bastón en una mano y la pequeña bolsa de ante en la otra.

LINOGE: ¿Habéis llegado a una decisión? ROBBIE: Sí... hemos votado a favor. LINOGE: Excelente.

Camina junto a la última fila y se detiene al llegar al pasillo central. Mira hacia los padres.

LINOGE: Habéis tomado la decisión adecuada.

Molly aparta la mirada, asqueada por la aprobación del monstruo sonriente. Linoge advierte su repulsión, y su sonrisa se hace más amplia. Recorre lentamente el pasillo central sosteniendo ante sí la bolsita de piedras. Ascende los peldaños y Robbie se aparta de él con rapidez, en su rostro hay una expresión de terror. Lino-ge se sitúa ante el podio y contempla a sus rehenes con una dulce sonrisa.

LINOGE: Habéis hecho algo muy difícil, amigos míos, pero a pesar de lo que pueda haberos dicho el agente de policía, habéis hecho bien. Habéis hecho lo correcto. Lo único, en realidad, que unas personas responsables y tiernas podían hacer dadas las circunstancias.

Tiende ante sí la bolsita sujetándola por el cordón.

LINOGE: Estas piedras son legendarias. Ya eran viejas cuando el mundo era joven, y solían decidir asuntos importantes mucho antes de que la Atlántida se hundiera en el océano. Aquí dentro hay siete piedras blancas... y una negra.

Linoge hace una pausa y esboza una sonrisa... una sonrisa que muestra las puntas de sus afilados colmillos.

LINOGE: Estáis ansiosos de que me vaya, y no os culpo por ello. ¿Quieren hacer el favor de adelantarse el padre o la madre de cada niño? Acabemos con esto de una vez.

121

*Interior. Plano de los isleños.*

Por primera vez, y en lo más hondo de sus entrañas, comprenden lo que han hecho. Y también comprenden que es demasiado tarde para echarse atrás.

122

*Interior. Primer plano de Linoge.*

Sonríe mostrando en parte aquellos colmillos afilados. Y sostiene la bolsa ante sí. Ha llegado el momento de elegir.

FUNDIDO EN NEGRO

## CAPITULO VI

123

*Exterior. El estrecho. Noche.*

Ha dejado de nevar y el reflejo de la luz de la luna en el estrecho semeja un sendero de plata que une la isla con el continente.

124

*Exterior. Main Street. Noche.* La nieve se amontona en la calle silenciosa.

125

*Exterior. Ayuntamiento. Noche.*

El lado derecho del edificio está a oscuras. El izquierdo, donde se halla el salón de actos, se ve

brillantemente iluminado por las velas.

126

*Interior. Salón de actos. Noche.*

Lenta, muy lentamente, los padres recorren el pasillo central: Jill, Úrsula, Jack, Linda, Sandra, Henry y Me-linda. Molly Anderson va la última de la fila. Mira a Mike con expresión suplicante.

MOLLY: Mike, por favor, trata de entender...

MIKE: ¿Quieres que te entienda? Entonces vuelve ahí atrás y siéntate junto a él. Niégate a formar parte de esta obscenidad.

MOLLY: NO puedo. Si sólo fueras capaz de ver...

Mike está mirando el suelo entre sus piernas. No quiere mirarla, no quiere ver nada de aquello. Molly se da cuenta y continúa, apesadumbrada, hacia los peldaños. Los padres se sitúan en una fila en el estrado. Linoge los observa con la benigna sonrisa de un dentista asegurándole a un niño que no le dolerá, que no le dolerá en absoluto.

LINOGE: Es perfectamente simple. Cada uno extrae una piedra de la bolsa. El niño cuyo padre o cuya madre haya extraído la piedra negra se viene conmigo. Para vivir mucho tiempo... para recorrer mundo... y saber muchas cosas. ¿Señora Robichaux? ¿Jill? ¿Quieres empezar, por favor?

Le ofrece la bolsa. Al principio parece que no vaya a hurgar en ella... o que sea incapaz de hacerlo.

ANDY: Adelante, cariño... hazlo.

Ella le dirige una mirada angustiada y luego introduce una mano en la bolsa para hurgar en ella y extraer el puño cerrado con fuerza en torno a una piedra. Parece a punto de desmayarse.

LINOGE: ¿Señora Hatcher?

Melinda coge una piedra. Sandra es la siguiente en hacerlo. Tiende una mano hacia la bolsa... pero la aparta de nuevo.

SANDRA: ¡Robbie, no puedo! ¡Hazlo tú!

Pero Robbie no desea acercarse tanto a Linoge.

ROBBIE: ¡Vamos! ¡Saca una!

Sandra le obedece, para retroceder después con los labios temblorosos y la mano ciñendo la piedra con tal fuerza que tiene blancos los nudillos. El siguiente es Henry Bright, que hurga durante un buen rato y rechaza un par de piedras en favor de otra. Luego va Jack. Elige con rapidez, para dar un paso atrás y brindar a Angie una sonrisa entre desesperada y esperanzada. Linda St. Pierre extrae la suya. Con ello quedan sólo Úrsula y Molly.

LINOGE: ¿Señoras?

URSULA: Tú primero, Molly. MOLLY: NO, por favor. Hazlo tú.

Ursula hunde la mano en la bolsa, extrae una de las dos piedras restantes y retrocede con el puño apretado.

Molly da un paso adelante, mira a Linoge y saca la última piedra. Linoge echa a un lado la bolsa vacía,

que ondea hacia el estrado... y desaparece entre un borroso resplandor azul antes de tocar siquiera los tablonés. No advertimos reacción alguna en los isleños; su silencio es tan denso y tan cargado de tensión que podría cortarse con cuchillo.

LINOGE: Muy bien, amigos míos; hasta ahora lo habéis hecho muy bien. Ahora, ¿quién tiene la valentía de mostrarla primero? ¿De dejar a un lado el miedo y permitir que el dulce alivio ocupe su lugar?

Nadie responde. Permanecen en pie, ocho padres y madres con un puño apretado frente a sí y un terror absoluto reflejado en sus pálidos rostros.

LINOGE (*jovial*): Vamos, vamos... ¿acaso nunca habéis oído decir que los dioses castigan a los pusilánimes?

JACK (*gritando*): ¡Buster! ¡Te quiero!

Abre la mano. La piedra que sostiene en la palma es blanca. La audiencia murmura. Úrsula da un paso adelante. Sostiene ante sí el puño cerrado y tembloroso. Hace acopio de fuerzas y abre la mano de golpe. Su piedra también es blanca. La audiencia murmura de nuevo.

ROBBIE: Veamos la tuya, Sandra. Muéstrala.

SANDRA: Yo... Robbie... no puedo... sé que le toca a Donnie... Lo sé... Nunca he tenido suerte... Impacientándose con ella, desdeñoso y frenético por saberlo de un modo u otro, se dirige hacia Sandra, le aferra la mano y le abre los dedos uno por uno. No podemos ver qué contienen, y al principio la expresión de su rostro no nos revela nada. Entonces coge la piedra de la mano de Sandra y la muestra en alto para que todos puedan verla. Esboza una sonrisa salvaje; parece Richard Nixon en un mitin.

ROBBIE: ¡Blanca!

Trata de abrazar a su esposa, pero Sandra le rechaza con una expresión que va más allá del asco; aquello es rotunda repulsión.

Ahora es Linda St. Pierre quien da un paso adelante. Tiende el puño cerrado, lo mira y cierra los ojos.

LINDA ST. PIERRE: Por favor, Dios, te lo ruego, no te lleves a mi Heidi.

Abre la mano, pero no los ojos. UNA voz: ¡Blanca!

Se oyen murmullos en la audiencia. Linda abre los ojos, ve que la piedra es en efecto blanca y empieza a sollozar, para luego volver a cerrar la mano y llevarse la preciada piedra al pecho.

LINOGE: ¿Jill? ¿Señora Robichaux?

JILL ROBICHAUX: NO puedo. Creí que sería capaz de hacerlo, pero no puedo. Lo siento...

Se dirige hacia la escalera todavía con el puño cerrado ante sí. Antes de que la alcance, Linoge la señala con el

bastón. Jill se ve inmediatamente arrastrada hacia atrás. Linoge apunta ahora con la cabeza de lobo plateada hacia su mano. Ella trata de mantener los dedos cerrados y no puede hacerlo. La piedra cae al suelo, rueda cual esfera de mármol (que es lo que semejan las piedras) y la cámara la sigue. Se detiene por fin contra una de las patas de la mesa del alcalde. Es blanca. Jill se deja caer de rodillas, sollozando.



Linda la ayuda a ponerse en pie y la abraza. Ahora sólo quedan Hen-ry, Melinda y Molly. Uno de ellos tiene la piedra negra. Intercalamos planos de sus cónyuges. Carla Bright y Hatch contemplan el estrado con ferviente y aterrorizada fascinación. Mike continúa mirando al suelo.

LINOGE: ¿Señor Bright? ¿Henry? ¿Nos honrará usted?

Henry se adelanta y abre lentamente la mano. La piedra es blanca. Está a punto de desinflarse de puro alivio. Carla le mira, sonriendo a través de las lágrimas. Ahora la decisión se ha reducido a Molly y Melinda, a Ralphie y Pippa. Las dos madres se miran una a la otra con Linoge sonriendo al fondo. Una de ellas está a punto de dejar de ser madre, y ambas lo saben.

127

*Interior. Primer plano de Molly.* Está imaginando una escena.

128 *Exterior. Cielo azul. Día.*

Vemos a Linoge volar por encima de las nubes, pero ahora la forma de la letra Ve se ha reducido mucho. De los ocho niños sólo quedan Ralphie y Pippa, cada uno de ellos aferrado a una mano de Linoge.

129

*Nuevo plano del estrado. Noche.* LINOGE: ¿Señoras?

Molly mira intensamente a Melinda, como tratando de transmitirle algo. Melinda capta sus intenciones y asiente levemente con la cabeza. Las mujeres tienden ante sí los puños cerrados, tocándose. Se miran una a la otra en un auténtico frenesí de amor, esperanza y temor.

MOLLY (*en voz muy baja*): Ahora.

130

*Interior. Primer plano de los puños cerrados.*

Se abren. En una palma hay una piedra blanca; en la otra, una negra. Se oyen murmullos, jadeos y exclamaciones de sorpresa de la audiencia... pero aún no estamos seguros, todavía no. Sólo vemos las piedras sobre las palmas extendidas.

131

*Interior. Primerísimo plano del rostro de Molly.* Sus ojos se abren desmesuradamente.

MIKE (*poniéndose en pie*): ¡¡No!! ¡¡No!!

Sonny, Lucien y Alex le agarran cuando trata de precipitarse hacia el estrado y le arrastran de nuevo

hasta su asiento.

132

*Interior. Primerísimo plano del rostro de Melinda.*

Sus ojos se abren desmesuradamente.

133

*Interior. Primerísimo plano del rostro de Hatch.*

Sus ojos se abren desmesuradamente.

134

*Interior. Primerísimo plano de Mike.*

Tiene la cabeza gacha, pero no consigue mantenerla así, pese a su intención de no participar en aquello, ni siquiera de forma pasiva. Alza el rostro y mira hacia el estrado. Debemos leer en el rostro de este hombre los primeros signos de la pérdida de su hijo: vemos incredulidad y el paulatino surgir de una espantosa certeza.

135

*Interior. Molly y Melinda en el estrado.*

Continúan cara a cara, una frente casi contra la otra, paralizadas y con las manos, ahora abiertas, tendidas ante sí. En la de Melinda está la séptima piedra blanca. En la de Molly está la negra. El rostro de Melinda se contrae en una reacción retardada. Se vuelve, cegada por las lágrimas, y se dirige al borde del estrado.

MELINDA: ¡Pippa! Tu mami ya viene, cariño...

Trastabilla en la escalera y habría caído rodando de no ser por Hatch, que está ahí para sujetarla. Melinda, histérica de puro alivio, ni siquiera se percata de ello. Se libera de los brazos de su marido y se precipita por el pasillo central.

MELINDA: ¡Pippa, cariño! ¡Tranquila! ¡Tu mami ya viene, tesoro, tu mami ya viene!

Hatch se vuelve hacia Mike. HATCH: Mike, yo...

Mike sólo le dirige una mirada, una mirada de odio puro y venenoso. «Tú has aprobado todo esto, y me ha costado a mi hijo», dicen sus ojos. Hatch no puede soportarlo. Se escabulle en pos de su mujer. Molly ha permanecido atónita durante toda esta escena, mirando la piedra negra, pero sólo ahora empieza a comprender lo sucedido.

MOLLY: No. Oh, no. Esto no... no puede ser... Arroja la piedra y se vuelve hacia Linoge.

MOLLY: ¡Es una broma! ¿O una prueba? Se trata de una prueba, ¿verdad? En realidad no hablaba en serio...

Pero Linoge sí hablaba en serio, muy en serio, y Molly se percató de que es así.

MOLLY: ¡NO puede llevárselo!

LINOGE: Molly, me afecta profundamente tu dolor... pero estuviste de acuerdo con los términos. Lo siento.

MOLLY: ¡Usted lo organizó de antemano, de algún modo! ¡Siempre le quiso a él! ¡Por... por la silla de montar para duendes!

¿Es cierto eso? Nunca sabremos si hemos imaginado el súbito brillo en los ojos de Linoge... o lo hemos visto en realidad.

LINOGE: Te aseguro que no es así. El juego, como vosotros lo llamaríais, ha sido limpio. Y como creo que las despedidas largas no hacen sino aumentar el dolor... Se dirige hacia los peldaños, dispuesto a reclamar su trofeo.

MOLLY: No, no se lo permitiré...

Trata de atacarle. Linoge hace un gesto con el bastón y Molly sale despedida hacia atrás para golpearse contra la mesa del alcalde y rodar sobre ella. Aterrizó en el suelo y yace desplomada, sollozando. Linoge, al borde del estrado y a punto de descender los peldaños, contempla a los isleños, que parecen acabar de despertar de una pesadilla común en la que han hecho algo terrible e irrevocable, con expresión burlona y radiante de placer.

LINOGE: Señoras y caballeros residentes de Little Tall, os agradezco el haber atendido mis necesidades y declaro clausurada esta reunión, con la sugerencia de que cuanto menos reveléis al mundo exterior sobre nuestro... nuestro acuerdo, más felices seréis. Aunque tales asuntos, por supuesto, son en última instancia de vuestra incumbencia.

A sus espaldas, Molly se pone en pie y da un paso adelante. Se la ve al borde de la locura a causa de la impresión, el pesar y la incredulidad.

LINOGE (*poniéndose los guantes y el gorro*): Ahora me llevaré a mi nuevo protegido y os dejaré con vuestros pensamientos. Os deseo que sean agradables.

Empieza a descender los peldaños. Su camino hacia el pasillo central le hará pasar cerca de donde se sienta Mike. Molly se precipita al borde del estrado con los ojos tan abiertos que parecen ocuparle medio rostro.

Advierte que los guardianes de Mike ya no cumplen su misión; Lucien, Sonny y los demás han vuelto a sentarse y observan boquiabiertos a Linoge.

MOLLY (*chillando*): ¡Mike! ¡Deténle! ¡Por el amor de Dios, deténle!

Mike sabe qué pasará si va a por Linoge; un simple movimiento del bastón y se estampará contra una de las paredes. Alza la mirada hacia su esposa, de la que se supone que se considera ahora separado,

con ojos horriblemente inexpresivos.

MIKE: Demasiado tarde, Molly.

Molly reacciona primero con consternación, y luego con una enloquecida determinación. Si Mike no la ayuda a enmendar el error que han cometido, lo hará por sí misma. Mira alrededor... y ve la pistola de Robbie, que ahora reposa en el podio. La coge, se vuelve en redondo y se lanza escalera abajo.

MOLLY: ¡Alto! ¡Se lo advierto!

Linoge prosigue su camino y, a medida que lo hace, se va operando un cambio en él: el chaquetón marino se está convirtiendo en una larga túnica de un regío azul plateado, decorada con soles y lunas y otros símbolos de diseño cabalístico. El gorro de lana se está transformando en el sombrero alto y puntiagudo de un hechicero o mago. Y el bastón va asumiendo la forma de un cetro. La cabeza de lobo aún sigue allí, pero ahora corona una refulgente varita mágica digna de Merlín. Molly o no se percata de ello o no le da importancia. Lo único que quiere es detenerle. Se dirige a la boca del pasillo central y le apunta con la pistola.

MOLLY: ¡Alto o disparo!

Pero Sonny y Alex Haber se colocan ante ella en el pasillo, bloqueándole el camino hacia Linoge. Lucien y Johnny Harriman la sujetan, y Hatch le quita limpiamente la pistola de la mano. Durante toda esta escena, Mike permanece sentado con la cabeza gacha, incapaz de mirar.

LUCIEN: Lo siento, señora Anderson, pero hicimos un trato.

MOLLY: ¡NO entendimos la naturaleza del trato! ¡No nos percatamos de lo que estábamos haciendo! Mike tenía razón, no tendríamos que haber... ¡Jack, deténle! ¡No le dejes llevarse a Ralphie! ¡No le dejes llevarse a mi hijo!

JACK: NO puedo hacer eso, Molly. *(y añade con cierto resentimiento)* Además, no estarías chillando de ese modo si me hubiera tocado a mí la piedra negra.

Molly le mira, incrédula. Él le devuelve la mirada durante unos instantes, para luego vacilar. Pero Angela está allí para rodearle con un brazo y mirar a Molly con desnuda hostilidad.

ANGIE: ¿ES que no sabes perder?

MOLLY: ¡Esto no es... un partido de béisbol!

136

*Interior. El rincón de los niños, con Linoge.*

Ahora es un mago de pies a cabeza, rodeado de un aura azulada y resplandeciente. Una vez más advertimos cuan anciano es. Los demás padres y amigos que rodean a los niños dormidos retroceden presas del temor. Pero Linoge hace caso omiso. Se inclina, coge en brazos a Ralphie Anderson y lo contempla embelesado.

137

*Interior. Boca del pasillo central, con Molly.*

En su frenesí, casi logra liberarse de los forzudos hombres que la sujetan. Se enfrenta a Linoge desde el extremo opuesto del pasillo con un tono desafiante fruto de la histeria.

MOLLY: ¡Nos ha engañado!

LINOGE: Tal vez os engañasteis a vosotros mismos.

MOLLY: ¡Él nunca le pertenecerá! ¡Jamás!

Linoge levanta al niño dormido como si se tratara de una ofrenda. El resplandor azulado en torno a él se intensifica, y ahora empieza a rodear también a Ralphie. La vejez de Linoge no resulta amable sino cruel, temible. Y su sonrisa triunfal es horrorosa, una sonrisa capaz de perseguirnos en nuestros sueños.

LINOGE: Pero lo hará. Llegará a quererme, *(pausa)* Llegará a llamarme «padre».

La verdad que encierran sus palabras es tan espantosa que Molly no puede soportarla. Se derrumba en los brazos que la aferran y deja de resistirse. Linoge continúa mirándola unos instantes más para luego volverse haciendo ondear el bajo de la túnica de seda. Se dirige a grandes zancadas hacia la puerta. Todo el mundo se vuelve para mirarle.

138 *Interior. Plano de Mike.*

Se levanta. Todavía tiene aquella mirada vacía e inexpresiva en el rostro. Hatch tiende una mano hacia él.

HATCH: Mike, yo no...

MIKE *(apartándole la mano con rudeza)*: No me toques. No vuelvas a tocarme nunca más. Ninguno de vosotros, *(mira a Molly)* Ninguno de vosotros.

Empieza a recorrer el pasillo lateral. Nadie le detiene.

139

*Interior. Ayuntamiento. Pasillo que parte del salón de actos.*

Mike sale del salón justo a tiempo de ver el bajo de la túnica de Linoge cuando éste traspone la puerta principal y se interna en la noche. Se detiene, para seguirle un instante después.

140

*Exterior. Peldaños de la entrada principal del ayuntamiento. Noche.*

Mike sale al exterior y permanece de pie, mirando. Su aliento forma una nubécula plateada a la luz de la luna.

141

*Exterior. Linoge y Ralphie ante el ayuntamiento. Noche.*

Linoge aún está rodeado de aquel resplandor azulado. La cámara le sigue cuando lleva a Ralphie colina abajo hacia la calle, la costa, el estrecho, el continente... y las leguas de tierra que se extiende más allá. Vemos las huellas de Linoge, al principio bastante profundas, luego más ligeras... hasta ser tan débiles que casi son imperceptibles.

Cuando Linoge pasa ante la cúpula con la campana conmemorativa, empieza a elevarse en el aire. Al principio sólo unos centímetros, pero la distancia entre él y la tierra va aumentando paulatinamente. Casi parece ascender unos peldaños que nosotros somos incapaces de ver.

142

*Exterior. Plano de Mike en los peldaños del ayuntamiento. Noche.*

Grita llamando a su hijo, poniendo todo el dolor que su pérdida le produce en aquella única palabra.

MIKE: ¡¡Ralphie!!

143

*Exterior. Plano de Linoge y Ralphie. Noche.*

Ralphie abre los ojos y mira alrededor.

RALPHIE: ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi papá?

MIKE (*su voz, cada vez más débil*): Ralphie...

LINOGE: NO importa, chico de la silla para duendes. ¡Mira hacia abajo!

Ralphie le obedece. Ahora vuelan por encima del estrecho. Sus sombras recorren las olas ribeteadas de luz de luna. Ralphie sonrío, encantado.

RALPHIE: ¡Uau! ¡Genial! (*pausa*) ¿Es real? LINOGE: Tan real como tú y yo. Ralphie mira hacia atrás.

144

*Exterior. La isla de Little Tall, desde el punto de vista de Ralphie. Noche.*

Se trata casi de una imagen en negativo de la presentación inicial de la isla: es de noche y no de día, y nos alejamos en lugar de acercarnos. Bajo la luz de la luna, Little Tall casi parece una mera ilusión; de hecho, para Ralphie muy pronto lo será.

Bueno, el adulto es él... además, aquello resulta muy divertido.

RALPHIE: De acuerdo.

Linoge efectúa un giro —casi un viraje, como el de un avión— y se aleja volando.

*Exterior. Nuevo plano de Linoge y Ralphie. Noche.*

RALPHIE (*muy impresionado*): ¿Adonde vamos?

El mago arroja el cetro en el aire delante de ellos, y éste se eleva para adoptar la posición que tuviera en las visiones de Linoge volando con los niños. Su sombra, arrojada ahora por la luna en lugar de por el sol, cruza al proyectarse el rostro de Linoge. Éste se inclina y besa la silla de montar para duendes en la nariz del niño.

LINOGE: A cualquier parte. A todas partes. A todos los lugares con que siempre has soñado.

RALPHIE: ¿Y mi papá y mi mamá? ¿Cuándo vendrán ellos?

LINOGE (*sonriendo*): ¿Qué te parece si nos preocupamos más tarde de ellos?

*Exterior. Plano de Mike en los peldaños del ayuntamiento. Noche.*

Está llorando. Joanna Stanhope sale del edificio y le posa una mano en el hombro. Le habla con infinita dulzura.

JOANNA: Mike. Vamos adentro.

Mike la ignora, desciende los peldaños y trata de caminar sobre la nieve recién caída. Se hace muy duro para quienes no son magos, pero él sigue adelante, tambaleante, incluso aunque la nieve le llega en ocasiones a la cintura. Está siguiendo las huellas de Linoge, y la cámara las sigue con él, observando cómo se van tornando cada vez más débiles, cada vez menos ligadas a la tierra en que deben vivir los mortales.

Al pasar ante la campana conmemorativa vemos una ligerísima huella más... y luego nada. Tan sólo hectáreas de nieve virgen. Mike se desploma junto a aquella última huella, sollozando. Tiende las manos hacia el cielo vacío, hacia la luna resplandeciente.

MIKE (*en voz baja*): Devuélvemelo. Por favor. Haré cualquier cosa si me devuelves a mi hijo. Haré lo que quieras.

*Exterior. Puerta de entrada del ayuntamiento. Noche.*

El umbral está atiborrado de isleños que permanecen en pie, observando en silencio. Vemos a Johnny y Sonny, Ferd y Lucien, Tavia y Della, Hatch y Melinda.

MIKE (*su voz suplicante*): ¡Devuélvemelo!

Los rostros de los isleños no se alteran. Quizá veamos reflejarse en ellos la comprensión, pero no la piedad. No, no se apiadan de él; lo hecho, hecho está.

*Exterior. Nuevo plano de Mike en la nieve. Noche.*

Está agazapado en la nieve junto a la cúpula que contiene la campana conmemorativa. Eleva los brazos hacia la luna y hacia las aguas bañadas de luz una última vez, pero ya sin esperanza.

MIKE (*en susurros*): Por favor, devuélvemelo.

La cámara empieza a ascender y alejarse a la vez. Poco a poco, Mike pierde su dimensión humana para convertirse en un mero puntito oscuro en una vasta extensión de nieve blanca. Más allá vemos el cabo, el faro caído y las olas del estrecho.

FUNDIDO EN NEGRO

MIKE (*su voz, en susurros, en una plegaria final*): Le quiero. Ten piedad.

FUNDIDO

## CAPITULO VII

149 *Exterior. El estrecho. Una mañana de verano.*

El cielo es de un azul brillante, al igual que las aguas del estrecho. Las barcas de pesca se mecen impasibles; las embarcaciones de placer pasan como exhalaciones, levantando oleaje y arrastrando a saltarines esquiadores. En lo alto, las gaviotas descienden en picado entre chillidos.

150

*Exterior. Un pueblo costero. Mañana.*

TÍTULO EN SOBREIMPRESIÓN:  
MACHIAS,



VERANO DE 1989.

151

*Exterior. Un pequeño edificio de madera en Main Street. Mañana.*

En el letrero de la fachada se lee: SERVICIOS COSTEROS DE ORIENTACIÓN TERAPÉUTICA. Y, debajo, lo siguiente: EXISTE UNA SOLUCIÓN; LA ENCONTRAREMOS JUNTOS. La cámara penetra en el interior a través de una ventana lateral. Una mujer está allí sentada, mirando hacia el exterior. Tiene los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas de lágrimas. Su cabello es cano, y al principio no reconocemos a Molly Anderson. Ha envejecido veinte años.

152

*Interior. Consulta de la terapeuta. Mañana.*

Molly está sentada en una mecedora de madera curvada, contemplando el verano en el exterior y sollozando en silencio. Sentada frente a ella está la terapeuta, una profesional ataviada con una falda color crema y una blusa, todo ello de fino tejido estival. Lleva un bonito peinado, va muy bien arreglada y mira a Molly con esa clase de compasión que muestran los buenos terapeutas, y que a menudo resulta de ayuda pero cuyo distanciamiento también asusta un poco. El silencio se prolonga. La terapeuta espera a que Molly lo rompa, pero ésta continúa sentada en la mecedora contemplando el verano con sus ojos llorosos.

TERAPEUTA: Usted y Mike no se han acostado juntos desde hace... ¿cuánto tiempo?

MOLLY (*mirando por la ventana*): Cinco meses. Más o menos. Podría decírselo con exactitud, si cree usted que le va a ser de ayuda. La última vez fue la noche antes de que arreciara la gran tormenta. La tormenta del siglo.

TERAPEUTA: Cuando perdió usted a su hijo. MOLLY: Exacto. Cuando perdí a mi hijo.

TERAPEUTA: Y Mike la culpa de esa pérdida. MOLLY: Creo que va a dejarme.

TERAPEUTA: Le da mucho miedo que eso suceda, ¿no es así?

MOLLY: Creo que se está quedando sin motivos para quedarse. ¿Comprende qué quiero decir?

TERAPEUTA: Cuénteme otra vez qué le pasó a Ralphie.

MOLLY: ¿Por qué? ¿Para qué serviría? Por el amor de Dios, ¿para qué serviría? ¡Se ha ido!

La terapeuta no responde. Al cabo de unos instantes, Molly suspira y accede a su petición.

MOLLY: Fue el segundo día. Estábamos en el ayuntamiento... donde nos habíamos refugiado, ya sabe. La tormenta... no puede imaginar lo fuerte que fue.

TERAPEUTA: YO estaba aquí. Tuve que pasar por ella.

MOLLY: Sí, precisamente; usted estaba aquí, Lisa. En el continente. En la isla es diferente, *(pausa)* Todo es distinto en la isla, *(otra pausa)* Sea como fuere, Johnny Harriman entró corriendo mientras tomábamos el desayuno y dijo que el faro estaba a punto de caer. Todo el mundo quiso verlo, por supuesto... y Mike...

*Exterior. Casa de los Anderson. Una mañana de verano.*

Vemos un pequeño coche blanco aparcado en la curva con el maletero abierto. En él hay dos o tres maletas. Se abre la puerta de la casa y sale Mike llevando dos más. Cierra la puerta, baja los peldaños del porche y recorre el sendero. Cada movimiento, cada gesto, cada mirada hacia atrás nos dicen que estamos siendo testigos de una partida definitiva.

MOLLY *(voz en off)*: Mike nos dijo que la visibilidad era nula a causa de la nieve y que permaneciéramos cerca del edificio. Ralphie quería verlo... Pippa y todos los demás niños querían salir a ver qué pasaba... de modo que los llevamos. Que Dios nos perdone, nos los llevamos.

Mike se detiene ante el letrero de GUARDERÍA LOS DUENDES. Todavía cuelga con su cadena de una rama baja del arce del patio, pero ahora tiene cierto aspecto polvoriento. Olvidado. Como si no tuviera importancia alguna. Mike lo arranca, lo observa, y luego se vuelve y lo arroja en el porche, presa de momentánea ira.

MOLLY *(voz en off)*: Fue un error por parte de cualquiera de nosotros salir allí, pero especialmente en el caso de los niños. Subestimamos el poder de la tormenta. Varias personas se alejaron y se perdieron. Ralphie fue una de ellas. Angie Carver logró encontrar el camino de vuelta. Pero ninguno de los demás lo hizo.

Mike contempla el porche donde ha aterrizado el letrero y luego se vuelve para dirigirse al coche. Mete el último par de bultos en el maletero y lo cierra de un portazo. Cuando empieza a rodear el coche hacia el lado del conductor hurgando en el bolsillo en busca de las llaves, escuchamos una voz:

HATCH *(su voz)*: ¿Mike?

Mike se vuelve. Hatch, quien ofrece un aspecto extraño en bermudas y camiseta, se dirige hacia él. No parece precisamente satisfecho de estar allí. Mike le mira con frialdad.

MIKE: Si tienes algo que decir, será mejor que lo hagas. El ferry sale a las 11.10, y no tengo intención de perderlo.

HATCH: ¿Adonde vas? *(silencio por parte de Mike)* No lo hagas, Michael. No te vayas. *(Mike continúa en silencio)* ¿Te serviría de algo que te dijera que no he dormido decentemente ni una sola noche desde febrero? *(no obtiene respuesta)* ¿Te serviría de algo que te dijera que... quizá nos equivocamos?

MIKE: Hatch, tengo que irme.

HATCH: Robbie me ha dicho que te diga que tu puesto de agente de policía es tuyo cuando quieras. Todo lo que tienes que hacer es reclamarlo.

Mike: Dile a Robbie que puede meterse su puesto donde quiera. No puedo quedarme aquí. Lo he intentado, pero ya no puedo seguir haciéndolo.

Se dirige hacia la puerta del conductor, pero justo cuando está a punto de abrirla, Hatch le toca el brazo. Mike se vuelve en redondo ante aquel contacto con los ojos echando chispas, como si pretendiera darle un puñetazo a Hatch. Pero éste no parpadea; quizá opine que se lo merece.

HATCH: Molly te necesita. ¿No has visto qué mal aspecto tiene? ¿Te has fijado siquiera?

MIKE: Fíjate tú por mí, ¿de acuerdo?

HATCH (*bajando la mirada*): Me parece que no se encuentra muy bien. Toma un montón de tranquilizantes. Me parece que está un poco enganchada.

MIKE: Mala suerte. Pero tú por lo menos tienes a tu hija. Quizá no duermas bien, pero puedes ir al dormitorio de Pippa y ver cómo duerme ella la noche que te dé la gana. ¿No es así?

HATCH: Sigues tan presuntuoso como siempre. Sólo lo ves desde tu punto de vista.

Mike toma asiento tras el volante y levanta la vista hacia Hatch con expresión sombría.

MIKE: NO estoy siendo de ninguna manera; estoy vacío... hueco, como una calabaza en noviembre.

HATCH: Si tan sólo trataras de entenderlo...

MIKE: LO único que entiendo es que el ferry sale a las 11:10, y que si no me pongo en marcha ahora mismo voy a perderlo. Buena suerte, Hatch. Espero que consigas volver a dormir.

Cierra de un portazo, pone en marcha el motor y se aleja por Main Street. Hatch le observa marcharse con expresión de impotencia.

154

*Exterior. Jardines del ayuntamiento. Mañana.*

La cámara enfoca Main Street abajo y vemos el coche de Mike dirigirse al muelle, donde está amarrado el tras-bordador que hace la travesía de las islas con los motores en marcha. La imagen se mantiene unos instantes, para luego girar hacia la izquierda, hacia la cúpula con la campana conmemorativa. Se ha añadido una segunda placa, a la derecha de la de las víctimas de guerra. El encabezamiento reza: DESAPARECIDOS EN LA TORMENTA DEL SIGLO, 1989. Debajo se halla la lista de nombres:

MARTHA CLARENDON, PETER GODSOE, WILLIAM SOAMES, LLOYD WISHMAN,  
CORA STANHOPE, JANE KINGSBURY,  
WILLIAM TIMMONS, GEORGE KIRBY... y, en último lugar,  
RALPH ANDERSON.

La cámara se aproxima hasta que el último nombre queda en primer plano.

155

*Interior. Consulta de la terapeuta. Mañana.*

Molly ha dejado de hablar y ahora sólo mira por la ventana. Sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas, que se le deslizan por las mejillas, pero continúa sollozando en silencio.

TERAPEUTA: ¿Molly...?

MOLLY: Se perdió en aquella ventisca. Quizá acabara por encontrar a Bill Timmons, el gasolinero. Me gusta pensar que así fue; que estuvo con alguien al final. Debieron de desorientarse de tal modo que acabaron en el agua. Ellos dos fueron los únicos a quienes nunca encontramos.

TERAPEUTA: Hay una gran parte de esta historia que no me ha contado, ¿verdad? (*Molly permanece en silencio*) Hasta que lo haga, hasta que se lo cuente a alguien, la llaga seguirá abierta.

MOLLY: Continuará abierta no importa lo que haga. Hay heridas que nunca cicatrizan. No lo entendí... entonces... pero ahora sí lo hago.

TERAPEUTA: ¿Por qué la odia de esa forma su marido, Molly? ¿Qué le sucedió a Ralphie en realidad?

La cámara avanza para centrarse en Molly. Todavía mira por la ventana. En el patio de la terapeuta hace sol; la hierba es verde y vemos algunas flores... pero está nevando. La nieve cae en copos densos y alfombra la hierba y las aceras, se amontona en las ramas de los árboles llenas de hojas. La cámara se centra cada vez más en Molly, hasta llegar a un primerísimo plano mientras contempla caer la nieve.

MOLLY: Se alejó y se perdió. A la gente le pasa eso, ya sabe. Se extravían. Eso le sucedió a Ralphie. Se perdió en aquella ventisca. Se perdió en la tormenta.

FUNDIDO

156

*Exterior. Elferry. Mañana.*

Navega con dificultad a través del estrecho hacia Machias. Los coches están aparcados en la pista de la popa, el de Mike entre ellos. El propio Mike está solo, apoyado en la baranda, con el rostro alzado para dejar que la brisa del mar le despeje el cabello de la frente. Parece casi en paz consigo mismo.

MIKE (*voz en off*): Hace ya nueve años de aquello. Acababa de llenar de gasolina el depósito del coche y me marchaba en el ferry de las 11.10. Jamás he regresado.

FUNDIDO

157

*Interior. Consulta de la terapeuta. Mañana.*

La sesión de Molly ha concluido. El reloj de la pared marca las 11.55. Molly está de pie ante el escritorio de la terapeuta, rellenando un cheque. La terapeuta la observa con expresión preocupada, sabedora de que ha perdido, de que una vez más ha ganado la isla. El secreto, sea cual sea, se sigue manteniendo. Ninguna de las dos ve pasar el coche blanco de Mike.

MIKE: (*VOZ en off*): Al principio no pensaba a donde iba; sencillamente conducía.

*Exterior. Mike, a través del parabrisas del coche. Crepúsculo.*

Lleva gafas oscuras para protegerse del resplandor anaranjado. Vemos reflejarse un sol poniente en cada lente.

MIKE (*voz en off*): Lo único que me preocupaba era tener que llevar gafas oscuras cada vez que se ponía el sol. Y que cada kilómetro que recorría era un kilómetro más que me alejaba de Little Tall.

*Exterior. El desierto estadounidense. Mediodía.*

Una carretera de dos carriles recorre el centro de la imagen. El coche blanco hace su aparición, a bastante velocidad, y la cámara gira para seguirlo.

MIKE (*voz en off*): El divorcio fue como la seda. Molly se quedó con las cuentas bancarias, el seguro, el supermercado, la casa y un pedazo de terreno que teníamos en Vanceboro. Yo me quedé el Toyota y la paz de espíritu, (*pausa*) La que me quedaba.

*Exterior. El puente Golden Gate. Crepúsculo.*

MIKE (*voz en off*): Vine a parar aquí... de nuevo en la orilla del mar, lo cual supongo que resulta irónico, ¿eh? Pero, de alguna manera, el Pacífico es distinto. No tiene ese duro resplandor cuando empieza a acechar el invierno, (*pausa*) Y no evoca los mismos recuerdos.

*Exterior. Un rascacielos en Montgomery Street, San Francisco. Día.*

Vemos salir a Mike, un Mike algo mayor, con el cabello cano en las sienes y arrugas en el rostro, pero que parece haberse reconciliado con el mundo; o encontrado cierta paz. Lleva traje, pero sin corbata, y un maletín. Él y el hombre que le acompaña se dirigen a un sedán aparcado en la esquina. El coche se sumerge en el tráfico, tras rodear un tranvía. Durante la escena, Mike continúa hablando.

MIKE (*voz en off*): Estudié en la academia de policía y un curso de contabilidad. Pensé en la posibilidad de licenciarme en derecho... y me lo pensé dos veces. Empecé llevando un supermercado en una isla de Maine y he acabado de agente federal. ¿Qué les parece? (*pausa*) escena desde un plano medio). Las hojas caídas revolotean en susurrantes y coloridas ráfagas.

MIKE (*voz en off*): Melinda Hatcher murió en octubre de 1990. El periódico local dijo que fue un ataque de corazón; Úrsula Godsoe me envió el recorte. No sé si hubo algo más o no. Treinta y cinco años parecen pocos para que la bomba de uno deje de funcionar, pero a veces pasa... Aja... Sí, a veces pasa.

*Exterior. Mike, a través del parabrisas. Día.*

Su compañero conduce. Mike va sentado en silencio en el asiento del pasajero, con la mirada perdida. Es la mirada de un hombre que recorre el sendero del recuerdo.

MIKE (*voz en off*): A veces la isla parece muy lejana, y Andre Linoge, sólo un mal sueño. Otras veces... cuando me despierto de madrugada, esforzándome en no gritar... parece muy cercana. Y, como he dicho al principio, mantengo el contacto.

*Exterior. Cementerio de Little Tall. Día.*

Los asistentes al entierro caminan entre las lápidas hacia una fosa recién cavada, llevando un ataúd (vemos la

*Exterior. Iglesia metodista de Little Tall. Día.*

La primavera está ya avanzada y alegres flores salpican de color el sendero que lleva a la entrada principal. Escuchamos débiles y triunfantes acordes de la marcha nupcial. Las puertas se abren de par en par y por ellas sale Molly, riendo y radiante en su vestido de novia. Todavía se ven arrugas en su rostro, pero ya no tiene el cabello cano. Junto a ella, con chaqué y asiéndola de la cintura, vemos a Hatch. Parece tan feliz como ella. Detrás de ellos, llevándole la cola a Molly con una mano y un ramo de novia en la otra, vemos a Pippa, que ha crecido y luce una bonita cabellera. Sus días de atascarse entre los balaustres de una escalera han quedado atrás. La gente los sigue, arrojándoles arroz. Entre ellos, sonriendo cual orgulloso pontífice, vemos al reverendo Bob Riggins.

MIKE (*voz en off*): Molly y Hatch se casaron en mayo de 1993. Úrsula también me envió ese recorte. Por lo que he oído, les ha ido muy bien juntos... y también a Pippa. Me alegro. Les deseo a los tres toda la felicidad del mundo. Lo digo de todo corazón.

*165 Interior. Un cuchitril de alquiler. Noche.*

MIKE (*voz en off*): No todos los de Little Tall han sido tan afortunados.

La cámara cruza la habitación y pasa junto a una cama deshecha que tiene aspecto de haber soportado todas las pesadillas que le tocaban. La puerta del baño está entreabierta y la cámara pasa a través de ese espacio.

MIKE (*voz en off*): Jack y Angie Carver se divorciaron unos dos meses después de que Hatch y Molly se casaran. Jack luchó por la custodia de Bus-ter —una lucha bastante amarga, supongo— y perdió. Se marchó de la isla, a Lewiston, alquiló una habitación y se suicidó en ella una noche de finales del verano de 1994.

La ventana del baño está abierta. A través de ella, débilmente, escuchamos el sonido de un grupo

musical que ataca *Hang on Sloopy*. Jack Carver yace en una bañera vacía con una bolsa de plástico en la cabeza. La cámara se acerca, implacable, hasta que vemos el parche estampado que lleva en un ojo.

MIKE (*voz en off*): Le dejó lo poco que tenía a un tipo llamado Harmon Brodsky, que perdió un ojo en una pelea en un bar en los años ochenta.

166

*Exterior. Isla de Little Tall, desde el estrecho. Mañana.*

Sólo se escucha el lento tañer de la campana de una boya. Ofrece un aspecto ligeramente fantasmal, empañada de diferentes tonos de gris. Comprobamos que el muelle se ha reconstruido y que vuelve a haber un almacén pescatero... sólo que de un color distinto del de Peter y el letrero en su costado reza PESCADO DE PRIMERA CALIDAD BEALS en lugar de PESCADO Y LANGOSTAS GODSOE.

Cuando la cámara empieza a retroceder, escuchamos también el chapaleo del agua contra el costado de un bote. Este aparece en la imagen: es un pequeño bote de remos que se mece en las olas.

MIKE (*voz en off*): Robbie Beals reconstruyó el viejo almacén pesquero del muelle y contrató a Kirk Freeman para trabajar en él. Kirk contó que la esposa de Robbie, Sandra, apareció en el almacén a primera hora de una mañana de la primavera de 1996, ataviada con un impermeable amarillo y botas rojas, y le dijo que quería salir a remar un poco. Kirk le hizo ponerse un salvavidas... dijo que no le gustó su aspecto.

La cámara llega hasta el bote y se eleva por encima de él para mostrarnos la proa. En ella, pulcramente doblado, vemos el impermeable amarillo de pescador. Junto a éste hay un par de botas rojas de caucho y, rodeando las punteras a modo de collar, un salvavidas.

MIKE (*voz en off*): Dijo que parecía estar soñando con los ojos abiertos... pero ¿qué otra cosa podía hacer Kirk? Hacía una mañana apacible, sin viento, sin mucho oleaje... y ella era la esposa del jefe. Encontraron el bote, pero no encontraron a Sandy. Y había algo extraño...

La cámara recorre la eslora del bote. Escrita en el banco de popa en pintura roja o en lápiz de labios, hay una sola palabra: «Croaton.»

MIKE (*voz en off*): ... pero no supieron qué significaba. Había gente en la isla que podría haberlos ayudado en ese sentido...

167

*Interior. Oficinas del ayuntamiento, con Úrsula. Día.*

Una pareja de policías estatales está hablando con ella (no nos es preciso oírlos), sin duda haciéndole preguntas, y ella niega educadamente con la cabeza. Les dice que lo siente, que no puede ayudarles y cosas por el estilo.

MIKE (*voz en off*): ... pero los isleños saben guardar un secreto. En aquel año de 1989 nos tocó guardar unos cuantos, y la gente que vive en la isla todavía los guarda. En cuanto a Sandra Beals, se presume que se ahogó, y los siete años expiran en el 2003. Sin duda Robbie hará que la declaren oficialmente muerta tan pronto como arranque la primera página del calendario del 2003. Ya sé que es duro, pero...

168

*Exterior. Isla de Little Tall, vista desde el mar. Día.*

MIKE (*voz en off*): ... uno tiene que pagar por vivir en este mundo nuestro. A veces uno sólo tiene que pagar un poco, pero en la mayoría de ocasiones un montón. Ésa es una lección que creí haber aprendido hace nueve años, en Little Tall, durante la tormenta del siglo...

#### LA IMAGEN SE FUNDE LENTAMENTE

169

*Exterior. Típica, vista de San Francisco. Día.*

MIKE (*voz en off*): ... pero me equivocaba. Durante la gran tormenta mi aprendizaje no hizo sino empezar. No concluyó hasta la semana pasada.

170

*Exterior. Una calle ajetreada del centro de la ciudad. Día.*

Un montón de gente va de compras. La cámara se acerca a una cafetería un par de escaparates más allá de la esquina, y Mike sale de ella. Es su día libre y va vestido de modo informal: cazadora, vaqueros y camiseta. Lleva un par de bolsas de la compra en los brazos y hace malabarismos con ellas en el intento de sacar las llaves del bolsillo del pantalón mientras se dirige a la esquina en que está el coche.

En dirección contraria y de espaldas a nosotros, aparecen en el marco un hombre y un adolescente. El hombre lleva un abrigo gris y un sombrero de fieltro. Lleva un bastón con empuñadura de cabeza de lobo. El chico que va con él viste cazadora sport y vaqueros. Mike va a cruzarse con ellos de camino al coche, pero al principio no se fija particularmente en la pareja. Ha conseguido extraer las llaves; ahora trata de discernir por sobre las bolsas cuál es la que abre la puerta. Entonces, justo cuando el hombre y el muchacho llegan a la altura de Mike, escuchamos:

LINOGE (*cantando*): Soy una pequeña tetera, regordeta y certera...

CHICO (*uniendo su voz*): He aquí mi asa, he aquí mi tapadera...

En el rostro de Mike se refleja el espanto del reconocimiento. Al volverse, las llaves se le caen de entre los dedos y las bolsas se le escurren entre los brazos.

171

*Exterior. Linoge y el chico, desde el punto de vista de Mike. (Cámara lenta.) Día.*

Están pasando ante Mike, y sólo nos da tiempo a echarles un rápido vistazo, incluso a cámara lenta. Sí,



es Linoge quien se halla bajo el sombrero, y su aspecto no es ya el de un pescador psicótico sino el de un inflexible hombre de negocios, y no aparenta treinta y cinco años sino sesenta y cinco.

El chico que le acompaña, y que entona en casi perfecta armonía con él aquella cancioncilla absurda, es un atractivo joven de catorce años. Su cabello es del mismo color que el de Molly. Sus ojos son del color de los de Mike. Y en el puente de la nariz, débil pero aún visible, tiene aquella marca de nacimiento que semeja una silla de montar para duendes.

LINOGE Y RALPHIE (*sus voces al unísono*): Cógeme si quieres y vacíame entera... Soy una pequeña tetera, regordeta y certera.

Mientras cantan, sus rostros se salen de nuestro ángulo de visión; pero los hemos visto durante un breve y desgarrador instante. Ahora tan sólo vemos sus espaldas, la de un hombre bien vestido y el chico que tuviera ya bien entrado en la madurez, que se dirigen hacia la esquina. Y, más allá de ésta, hacia cualquier parte.

172

*Exterior. Nuevo plano de Mike. Día.*

Permanece donde está y las bolsas cada vez se le escurren más de entre los brazos. Está estupefacto. Abre y cierra la boca sin emitir sonido alguno... y por fin consigue articular un mero susurro.

MIKE: Ra... Ralphie... ¿Ralphie? ¡¡Ralphie!!

173

*Exterior. Linoge y Ralphie. Día.*

Ya han pasado ante la cafetería y casi han llegado a la esquina. Se detienen, y miran atrás.

174

*Exterior. Nuevo plano de Mike. Día.* Deja caer las bolsas con estrépito y echa a correr. MIKE:

¡¡Ralphie!!

175

*Exterior. Linoge y Ralphie. Día.*

Ralphie separa los labios y emite un siseo como de serpiente. Su atractivo desaparece en un instante al revelar los agudos colmillos. Sus ojos se oscurecen hasta volverse negros y vemos aparecer en ellos unas espirales rojas. Alza unas manos en forma de garras que amenazan con despedazar el rostro de Mike.

Linoge le rodea los hombros con un brazo y, sin apartar la mirada de Mike, insta al chico a volverse. Luego se escabullen juntos por la esquina.

176

*Exterior. Nuevo plano de Mike. Día.*

Se detiene en el exterior de la cafetería con una expresión de consternación y asqueado horror en el rostro. Los transeúntes pasan junto a él en un inacabable fluir, y algunos le observan con curiosidad, pero Mike hace caso omiso.

MIKE: ¡Ralphie!

Se precipita hacia la esquina.

177

*Exterior. Plano de Mike. Día.*

Se para en seco y busca con la mirada.

178

*Exterior. La calle, desde el punto de vista de Mike. Día.*

La gente viene y va por las aceras o cruza corriendo la calle, o para taxis, o compra periódicos de las máquinas expendedoras de la esquina. No hay ningún hombre con un abrigo gris. No hay ningún muchacho con cazadora y vaqueros.

179

*Exterior. Nuevo plano de Mike.*

LINOGE (*voz en off*): Llegará a quererme, (*pausa*) Llegará a llamarme «padre».

Mike se desploma contra la pared y cierra los ojos. Bajo un párpado cerrado se desliza una sola lágrima. Una mujer joven vuelve la esquina y le mira con cautelosa compasión.

JOVEN: ¿Se encuentra bien, señor?

MIKE (*sin abrir los ojos*): Sí. Sólo necesito un momento.

JOVEN: Ha dejado usted caer su compra. Probablemente haya cosas en buen estado, pero algunas se han roto.

Mike abre los ojos y hace todo lo posible por sonreírle. MIKE: Aja, he oído cómo se rompían algunas

cosas. JOVEN (*sonriendo*): ¿Qué clase de acento es ése? MIKE: El que se le pega a uno en el confín del

mundo. JOVEN: ¿Qué le ha pasado? ¿Ha tropezado?

MIKE: Me ha parecido ver a alguien que conocía y... digamos que he perdido la razón por unos instantes.

Mira calle abajo una vez más. Ha llegado a la esquina segundos después de que Linoge y Ralphie la volvieran,

tendrían que estar allí mismo, pero no están... lo cual en realidad no le sorprende demasiado.

JOVEN: Puedo ayudarle a recoger sus cosas, si le parece bien. Mire qué tengo.

Hurga en el bolsillo del abrigo y extrae una arrugada redecilla de la compra. Se la tiende a Mike con una sonrisa tímida.

MIKE: Muy amable por su parte. Tuercen en la esquina juntos.

180

*Exterior. Mike y la joven, desde un plano elevado. Día.*

Los vemos aproximarse al coche y a la compra desparramada desde lo alto... entonces la cámara se eleva aún más y se vuelve a la vez, perdiéndolos. Ahora vemos el brillante cielo azul y las aguas de la bahía de San Francisco, con el puente que se extiende sobre ellas como un sueño que ha empezado a herrumbrarse. Vemos volar las gaviotas y seguimos a una de ellas.

181

*Exterior. Una gaviota en pleno vuelo. Día.*

La seguimos, y de pronto descendemos en picado para descubrir la isla de Little Tall y su ayuntamiento. Hay un coche aparcado en la esquina. Tres personas caminan hacia la cúpula que ostenta las placas y la campana conmemorativas. Una de ellas, una mujer, camina delante de las otras dos.

MIKE (*voz en off*): Podría haberle escrito a Molly y contárselo. Le di muchas vueltas... incluso recé. Cuando todas las opciones son dolorosas, ¿cómo saber cuál es la adecuada? Al final, guardé silencio. En ocasiones, sobre todo de madrugada cuando no puedo dormir, creo que me equivoqué. Pero a la luz del día, sé que no fue así.

182

*Exterior. La cúpula en el jardín del ayuntamiento. Día.*

Molly se aproxima lentamente a ella. En las manos lleva un ramo de flores. Su rostro, que refleja serenidad y tristeza, nos parece muy hermoso. Tras ella, Hatch y Pippa permanecen de pie donde empieza la hierba. Hatch rodea con un brazo los hombros de su hija. Molly se arrodilla en la base de

la placa que recuerda a los desaparecidos en la tormenta del siglo. Deja allí el ramo. Ahora solloza levemente. Se besa los dedos y los presiona contra el nombre grabado de su hijo. Se levanta y vuelve junto a Hatch y Pippa, que la esperan. Hatch la estrecha entre sus brazos.

183

*Exterior. Plano mantenido de la isla de Little Tall. Día.*

MIKE (*voz en off*): A la luz del día sé que no fue así.  
FUNDIDO EN NEGRO